
STAR WARS
RELATOS DE LA CANTINA DE MOS EISLEY
KEVIN J. ANDERSON

Dieciséis historias de la cantina más infame en el universo… por algunos de los principales escritores de ciencia ficción de la actualidad.

En un rincón del universo, en el pequeño planeta desértico de Tatooine, hay una cantina oscura y llena de nic-i-tain donde puedes bajarte tu bebida favorita mientras escuchas a los mejores riffs de jazz en el universo. Pero ten cuidado con los otros moradores de este abrevadero pangaláctico, porque son estafadores y rateros, asesinos y soldados, humanos y alienígenas, gánsteres y ladrones…



Relatos de la Cantina de Mos Eisley

editado por

Kevin J. Anderson



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Tales from the Mos Eisley Cantina*
Editor: Kevin J. Anderson
Autores: Kathy Tyers, Tom y Martha Veitch, Timothy Zahn, A. C. Crispin, Dave Wolverton, David Bischoff, Barbara Hambly, Daniel Keys Moran, Kevin J. Anderson, Rebecca Moesta, Doug Beason, Jennifer Roberson, Jerry Oltion, Kenneth C. Flint, M. Shayne Bell, Judith y Garfield Reeves-Stevens
Arte de portada: Stephen Youll
Ilustraciones: Michael Manley, Aaron McClellan, y Al Williamson
Publicación del original: 1995

algunos relatos empiezan antes o terminan después, pero todos incluyen alguna de las escenas en la cantina vistas en Una Nueva Esperanza poco antes de la batalla de Yavin

Esta antología fue un proyecto para iniciar a traductores principiantes en Libros Star Wars que aunque de forma intermitente estuvo activo durante mucho tiempo antes de finalmente completar el libro. Algunos de los primeros relatos se tradujeron varios años antes que los más recientes.

Traducción: e_etxebarria, Aliensx, Yavin201, Javi-Wan Kenobi, CrashMars, dreukorr, Durgrim1986, Alvaritto951, Valverd1, joao0909, Bodo-Baas y Pato_Basz
Revisión: Javi-Wan Kenobi, e_etxebarria, dreukorr, Bodo-Baas, Argolat y KIRA
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 2.0
22.04.18
Base LSW v2.22

Declaración

CONOCE PARTE DE LA EXÓTICA CLIENTELA DE LA TABERNA MÁS CANDENTE DE LA GALAXIA…

Feltipern Trevagg, un despiadado gotal que está a la caza de una bella alienígena a la que le encantaría llevarse a la cama y de un legendario Caballero Jedi que mataría con mucho gusto.

Figrin D'an y los Nodos Modales, los músicos de tiempo completo de Jabba que se atreven a romper su contrato de exclusividad para ofrecer una sesión deslumbrante…

Muftak, un atrevido espía que planea el mayor golpe de su vida, el saqueo de un centenar de mundos, pero corre el riesgo de un viaje de ida al Gran Pozo de Carkoon.

Wuher el Camarero, un hosco humano que sueña con complacer al más malévolo señor del crimen de Tatooine creando el trago perfecto…

Momaw Nadon, un sacerdote ithoriano exiliado que planea destruir a un perverso teniente imperial, aunque deba romper sus más sagrados votos para hacerlo.

Kardue'sai'Malloc, el devaroniano desgarrador de carne que intenta engañar ni más ni menos que a Jabba el hutt… por una canción.

Davin Felth, un recluta novato en las fuerzas armadas del Emperador que resulta lanzado a una situación que no estaba cubierta en el entrenamiento básico…

Dannik Jerriko, un asesino que obtiene placer de su trabajo… una víctima a su vez.

VIENEN EN BUSCA DE VICIO, ESPECIA Y ENTRETENIMIENTO…
TENDRÁN SUERTE DE SALIR CON VIDA

A BILL SMITH
de West End Games
que ha sido una gran fuente de información e ideas, proporcionando los antecedentes de los personajes y puntos de partida para muchas de estas historias.

El puerto espacial de Mos Eisley. No encontrarás nunca otro lugar como este, tan lleno de maldad vileza. Hemos de tener mucho cuidado.

—OBI-WAN KENOBI

Estoy preparado para lo que sea.

—LUKE SKYWALKER

No hacemos bodas: El relato de la banda

por Kathy Tyers



La cavernosa y humeante Sala de Presencia de Jabba el hutt hedía a vertidos tóxicos y cuerpos armados sudorosos. Escoltas y guardaespaldas, bailarinas y cazarrecompensas, humanos y jawas y weequays y arconas se esparcían por doquier. Apretados bajo los arcos o amontonados en cubículos semiprivados o abatidos en la zona abierta. El portón interior se abrió. Un trasnochador más en el palacio de Jabba.

Ese portón me fastidia, ¿qué pasa si queremos salir a toda prisa? Eso sí, mantiene a la chusma fuera.

Dejadme decirlo con otras palabras. Lo peor de la chusma, el mismo Jabba, nos pagaba bien. Lord del crimen, un entendido, un crítico; cuando tocábamos, su pelada y manchada cola se movía con ritmo. No a nuestro ritmo. Al suyo.

Somos Figrin D'an y los Nodos Modales, miembros de buena categoría de la Federación Intergaláctica de Músicos, y somos —o éramos— artistas residentes a tiempo completo de Jabba. Nunca he visto si tiene orejas, pero Jabba apreciaba una buena banda de swing. También le gustaba manejar créditos e infligir dolor, incluso le resultaba más terapéutico que nuestra música.

Estábamos reunidos en la parte trasera del escenario, guardábamos nuestros cuernos mientras los invitados de Jabba roncaban. Mi fizzz (sinfónicos expertos lo llamarían Dorenian Beshniquel, pero esto es jizz) entraba en una pequeña caja en menos tiempo que el que tomaba registrar los bolsillos de un inspector imperial en busca de créditos.

Somos bith. Nuestros altos y desnudos cráneos revelan un nivel superior de evolución, y los pliegues de nuestra boca son esplendidas boquillas para nuestros instrumentos de viento. Percibimos el sonido con tanta precisión como otras especies perciben el color.

El líder de nuestra banda, Figrin D'an, limpiaba con cansancio su cuerno kloo (aquí hay un juego de palabras, pero tendrías que hablar bithiano para entenderlo). Tiene una doble lengüeta, mayor que la de mi fizzz, más rico en armónicos pastel, pero no tan dulce. Tedn e Ickabel estaban discutiendo por los estuches de sus fanfars. Nalan había comenzado a desconectar las cuernocampanas de su bandfill, y Tech (podríamos parecer iguales para los no bith, pero se podría reconocer a Tech por el destello vidrioso de sus ojos) estaba desplomado sobre su caja ommni. Algunos trozos de yeso debidos a una pelea con blásters cubrían el plato receptor de su ommni. (El ommni cortaba los picos, atenuaba los graves, reverberaba y amplificaba el conjunto del sonido. Para tocarlo hacía falta todo el ingenio de un bith. Tech odiaba a Figrin. Figrin había ganado el ommni en una partida de sabacc la temporada anterior).

—¡Eh Doikk! —sonó la voz de Figrin. Iba a ser otro típico día abrasador en Tatooine, y el extractor de aire de Jabba necesitaba un arreglo.

Guardé mi fizzz. *Mi fizzz.*

—¿Qué? —dije entre labios apretados, como dicen los humanos. No estaba de humor para tonterías.

—¿Una amistosa mano de sabacc?

—Yo no juego, Figrin.

Figrin se cepilló el brillo de su cabeza con una huesuda mano.

—Eres tibio, Doikk.

Y tú compulsivo.

—Todos los músicos somos tibios.

—Eres tibio para ser un músico. ¿Quién ha escuchado alguna vez de un músico que no juega?

Soy el independiente de la banda, el serio. He llevado aquel pequeño y dulce fizzz a lo largo de seis sistemas. Lo he arreglado cuando se rompía y lo he lubricado cuando las teclas hacían ruido. He tallado mis propias lengüetas. No iba a jugármelo en ninguna partida de sabacc. Ni siquiera para aplacar al fogoso Figrin D'an, un líder que criticaba cualquier nota mal dada, que era el dueño de todos los (demás) instrumentos, y no era tímido a la hora de dar órdenes.

—Yo no juego Figrin. Lo sab…

Una humeante figura atravesó el arco principal.

—Figrin —susurré—, date la vuelta. Despacio.

La cintura de avispa, grandes hombros y cuadrada cabeza del droide me hizo rememorar un momento posterior a cuando Jabba nos dio nuestro exclusivo contrato: su antiguo E522 asesino. Ecinco-Dosdós me había salvado el cuello cuando uno de los vendedores de las barcazas me acusó de comer del tanque de sapos moteados vivos de

Jabba. Por suerte para mí, Ecinco-Dosdós me dio una coartada. Me prometí que nunca más me iba a cruzar con humanos, salvo para lo estrictamente necesario.

Pero Jabba estaba ansioso por dar de comer al rancor. La justicia sugeriría tirar al humano que me acusó, pero Jabba y justicia no eran términos afines. Tiraron a Ecinco, generosamente untado con salsa de carne, a través de la trampilla situada delante del trono de Jabba. Para cuando el gigante y baboso mutante de Jabba lo escupió, ya no podía ser reparado.

O eso había pensado yo. ¿Había vuelto para vengarse?

No llevaba ningún dispositivo de retención. Dio la vuelta a una columna marcada de blásters, y se dirigió a nosotros. Miré alrededor frenéticamente. Nadie daba señales de levantarse para rescatarnos.

El droide levantó sus extremidades superiores. Ambas terminaban en la junta del codo. Alguien les había retirado su parte útil, pero eso no le dejaba indefenso. Los droides asesinos llevaban más material de apoyo.

—¿Figrin D'an? —preguntó en un tono agudo estridente.

—¿Qué harás… si le encuentras? —Figrin se acercó hacia mí, tratando de mostrar indiferencia. Nunca he llevado un bláster. Entonces deseé haber tenido uno. Esto se habría terminado.

—Traigo un mensaje —graznó el droide—. No temas. Han borrado mi programa de asesinato, y como puedes ver, mis armas han desaparecido. Mi nuevo empleador me salvó de ser destruido usándome de esta manera.

—No nos recuerda —me susurró Figrin en bithiano—. También habrán borrado su memoria.

Mientras pausaba mi respiración, mi permanente actitud hacia los droides asesinos reapareció: *Nunca te preocupes por el que puedes ver*. No había disparado antes de que pudiéramos verlo, así que estábamos a salvo. Y yo siempre me encontraba mejor entre droides que con la mayoría de otras especies inteligentes. Sobre todo, humanos.

Pero despojar a Ecinco de sus armas, eso sería como… como salvar mi vida cortándome todos los dedos.

—¿Quién es tu nuevo dueño? —pregunté.

El droide siseó, haciéndome callar con ruido blanco.

Bajé mi voz.

—¿Quién? —repetí en *sotto voce*.

La respuesta vino suave.

—La señora Valarian.

Oh, oh. Val para sus amigos, era la jefa rival de Jabba en el puerto espacial de Mos Eisley. Era una whiphid de colmillos en la boca que había llegado hacía poco a Tatooine. Juego, tráfico de armas, venta de información, lo típico… pero había prosperado. No me extrañaba que hubiese enviado un mensajero reciclado.

Ahora que había visto la falta de peligro inminente me apoyé contra el escenario.

—¿Qué quiere?

—Quiere contratar vuestros servicios para una boda, que se celebrará en Mos Eisley en su Hotel Déspota Afortunado.

Había oído hablar del Déspota Afortunado. Figrin frunció los pliegues de su labio.

—No hacemos bodas —contestamos al unísono.

Por favor entendednos. El trabajo de una boda hace perder dos días (tres días con algunas especies, además del tiempo que se requiere para aprender nuevos temas). Eres tratado como una grabadora, te hacen repetir frases imposibles y alargas el repertorio habitual, y tocas un acorde final mientras los anfitriones nerviosos llegan al centro del escenario, si llegan. Siempre hay alguien que trae a un neonato llorón. Luego la recepción, donde todos se emborrachan hasta que no oyen ni una nota. Todo esto a mitad de precio y plena satisfacción: has ayudado a perpetuar una especie.

Ecinco giró su cabeza plana hacia Figrin. Obviamente sus circuitos de reconocimiento todavía funcionaban.

—La señora Valarian ha conseguido una pareja de su propio mundo —declaró.

Menos mal que no estaba bebiendo. Me hubiera atragantado. Lo único más feo que un hutt es un whiphid. Me imaginaba otro gigantesco y apestoso whiphid de colmillos amarillos llegando a Tatooine. Probablemente Valarian había prometido un buen acomodo y una buena caza.

El droide continuó.

—Este trabajo es solo para su recepción. La señora Valarian ofrece a su banda tres mil créditos. Transporte y alojamiento incluido y bebida y comida ilimitada durante la estancia. También cinco descansos durante la recepción.

¿Tres mil créditos? Con mi parte podría fundar mi propia banda para las personas más acomodadas.

Figrin se echó hacia delante.

—¿Mesas de sabacc? —preguntó.

Demasiado tarde, me recuperé de mi ataque de codicia. Jabba nos había dado un contrato exclusivo. No le gustaría nuestra actuación para Valarian, y cuando Jabba fruncía el ceño alguien moría. *¡No Figrin!*, pensé.

—Mientras no estéis actuando, sin problemas —contestó el droide.

Zumbé con los pliegues de mi boca para captar la atención de Figrin, pero su sublime visión le impidió notarlo. Se sentó y comenzó a negociar.

Volamos a Mos Eisley durante el primer anochecer, con uno de los soles escondiéndose tras un horizonte oscuro y aburrido. Nuestro incómodo y pequeño trasporte pasó rozando el decadente sector sur, conducido por un droide de servicio naranja. Al igual que el antiguo asesino, no llevaba ningún dispositivo de retención, lo que hizo que me cayese bien su dueña. Las sombras sensibles dormían en las oscuras esquinas mientras conducíamos. La palabra de moda en Mos Eisley, que era como un racimo de dunas

habitadas, era camuflaje. Si nadie te veía, nadie te disparaba. O testificaba en tu contra en los juzgados locales.

Tres pisos por encima de una de las calles sin nombre de Mos Eisley, dos balizas gemelas parpadeaban como lámparas de una nave y brillantes rayos amarillos resplandecían por una escotilla de entrada abierta. El droide nos condujo más cerca. Una larga rampa en curva y unas escaleras llevaban desde el nivel de la calle hasta la elevada entrada principal. Bajo las escaleras reconocí una de las características más notables del hotel. Tres grandes escotillas.

Un grupo de inversores lo suficientemente locos para gastar sus créditos en Tatooine, habían remolcado un estropeado trasporte de carga y habían hundido una cuarta parte en la arena. Los escombros traídos por una reciente tormenta de arena yacían agrupados alrededor del lado más cercano, que sería el de estribor. Los restos de un grupo de antenas se inclinaban sobre lo que sería la cabina. Saludé mentalmente al Déspota Afortunado con la tradicional valoración de un espacial sobre la nave de otra persona: *¡Qué pedazo de chatarra!*

Nuestro deslizador se detuvo a los pies de la larga rampa.

—Desembarquen aquí caballeros —zumbó el droide.

Descargamos nuestro equipaje del compartimento de carga en un carro propulsado. Solo trajimos una ropa de recambio y nuestros trajes de trabajo, dejamos el resto de nuestras posesiones en el palacio de Jabba. En el viciado aire flotaban los olores de Mos Eisley: gasolina, comida rancia, humo industrial de baja tecnología y el abrupto e hipnótico olor de la arena caliente.

Una vez en el vestíbulo, pestañeamos mientras nuestros ojos se ajustaban a la luz. Un guarda de seguridad vestido de naranja se inclinaba en una esquina. No había señales de Lady Val. La recalifiqué mentalmente. Debía de confiar en los droides, pero equiparaba a los músicos con pinches de cocina.

—Por aquí. —El droide nos dirigió por delante de una atractiva empleada, era una especia desconocida para mí, cuyos multifacéticos ojos brillaban hermosos. Una larga y vasta habitación cubría un tercio de la cubierta superior de la nave. Reflectantes mamparos negros y un brillante suelo negro envolvían varias docenas pobladas mesas esparcidas. Pero más de una mesa cojeaba sobre patas dañadas y se veían rayas blancas en los descascarillados mamparos negros. Aquí, en el famoso café Cámara Estelar, nos preparamos y comenzamos un número para conseguir la acústica del lugar. Los primeros comensales aplaudieron, chasquearon sus pinzas o golpearon sus mandíbulas. Satisfechos, volvimos a empaquetar nuestro equipo y cogimos una mesa libre para cenar. En unos minutos comenzó el espectáculo. Un cometa pasó zumbando sobre la cabeza de Figrin. Aparecieron constelaciones bajo el techo y se reflejaron en mi sopa.

Aparecieron sobre varias mesas imágenes holográficas de sabacc. En ese instante recordé lo que había oído. Jabba se había asegurado de que el Déspota no obtuviese la licencia de juego de las autoridades imperiales locales, así que Valarian tenía que

esconder su equipo de juego hasta que anocheciese. Los informes de Jabba advertían a Val de las redadas policiales planeadas… por un precio.

Figrin comió rápidamente, cogió su baraja y se alejó. Esta noche él perdería. A propósito. Mis otros compañeros se unieron a una partida de schickele de apuesta baja.

Yo me encontré con un aburrido guarda de seguridad kubaz. Entablé una conversación. Los kubaz eran excelentes empleados de seguridad. Sus largas y prensiles narices discernían los aromas de la misma manera que los bith distinguíamos el tono y el timbre y la piel negra verduzca se camuflaba en cualquier sombra. A cambio de mis datos, que probablemente conocería de cualquier forma y una taza de lum suavemente intoxicada, obtuve que el nombre del kubaz de gorro verde era Thwim, que había nacido en Kubindi y que el novio de la señora Valarian, D'Wopp, era un experto cazador, una profesión muy común en su planeta natal.

También descubrí una conocida cara triangular. No amistosa, pero familiar. Kodu Terrafin pilotaba el tramo entre el palacio de Jabba y su mansión. Él era arcona: vestía un atuendo de piloto, parecía una serpiente parduzca con manos y pies con garras y una gran cara con forma de yunque.

Dejé mi conversación con Thwim mientras Kodu deambulaba de mesa en mesa, girando la cabeza de lado a lado. Le miré de reojo. Bruscamente me encontré con sus brillantes ojos amarillos.

Caminó hacia mí inmediatamente. *Me ha confundido con otro bith*, pensé cansinamente. Thwim se echó atrás, recogió un lado de su capa y dejó espacio para Kodu.

—¿Figrin, no ehss cierto? —el protuberante órgano entre los ojos de Kodu se movió.

—No exactamente —farfullé.

—Ah, Doikk. Los hssiento. —Al menos reconocía mi voz—. Vendo información. ¿Quierehss buhsscar a Figrin?

Eché una ojeada a la tenue mesa de sabacc de Figrin. Nuestro líder estaba encorvado y con gesto torcido sobre sus cartas. Fingiendo embriaguez. No era un buen momento para interrumpirlo. *¿Quién había hecho a Doikk Na'ts manager de la banda?,* me pregunté.

Kodu presionó más.

—No quiero quedarme —bufó—. ¿Quierehss comprarla? Haríass bien —rio con sorna.

—Diez —ofrecí. Figrin cubriría eso si las noticias lo valían.

Thwim miró la rueda uvide concentrado. Su nariz prensil se agitó como un grupo de jawas apresurado, farfullando rápidamente.

—Cien —respondió Kodu sin vacilar. En tres minutos habíamos llegado hasta treinta y cinco. Alineó su tarjeta de créditos con la mía y efectuamos la transacción.

—Jabba. —Kodu chasqueó sus garras—. Ehsstá enfadado.

—¿Enfadado? —miré alrededor—. ¿Esta vez quién? ¿Por qué?

—Rompihssteis vuehsstro contrato.

Mis estómagos se hicieron un nudo entre ellos.

—¡Tenemos otra banda para cubrirnos! No tan buena como nosotros, pero…

—Jabba lo notó.

Ese era el peor cumplido imaginable. ¿Quién hubiera imaginado que esa gran babosa ponía atención?

—¿Qué hará?

Kodu se encogió de hombros.

—Ha echado a dohss guardiahss al rancor y ha prometido… —se encogió de nuevo, elevando sus flacuchos hombros sobre su cuello marrón.

Prometió pagar bien si alguien nos llevaba de vuelta al palacio. Adiós al hogar del jubilado de la FIM.

—Gracias Kodu. —Traté de que sonase como si lo dijera en serio. Dejaría una madre conmovida en la burbujeante ciénaga rosa de Clak'dor VII. Echaría de menos a su hijo músico.

Kodu tocó su bláster.

—Adiohss, Doikk. Buena hssuerte.

Suerte. Bien. O nos poníamos rápidamente fuera del alcance de Jabba, en cuyo caso Kodu no me vería más…

Me moví entre la gente hasta la mesa de Figrin. Afortunadamente Figrin acababa de perder mucho. Un duro barajó el mazo de sabacc dispersando y reagrupando las cartas con una hábil mano gris. Tiré del cuello de Figrin.

—Acaba. Malas noticias.

Se excusó decaído y se levantó. Costaba el doble atravesar una habitación cuando mirabas por encima del hombro a cada paso. Jabba pagaba bien por un buen caos.

Encontramos un hueco libre en el bar.

—¿Qué? —los ojos de Figrin parecían contraídos: todavía con náuseas, o simulándolas muy bien.

Le di las noticias.

—Tenemos nuestros instrumentos y un par de mudas —acabé.

—Pero estoy perdiendo. Voy por detrás.

Sacudí los pliegues de mi boca. Íbamos a necesitar también el dinero de la actuación para comprar comida, o hasta que Jabba recuperase el humor. Se lo expliqué a Figrin.

Los reflejos de las luces del bar se movían adelante y atrás en su cabeza mientras se meneaba.

—Nos iremos del planeta —dijo.

—¿Qué hay de los… ahorros, que dejaste donde Jabba?

—Nada irremplazable. Saldremos mañana por la tarde, tras la boda. Estoy listo para volver a un público mayor.

Asentí.

—Incluso si las actuaciones no son tan regulares con tanta competencia. —Siempre habíamos tenido una esperando, pero no puedes comer de lo «esotérico».

—También mesas con más dinero —añadió, adornando su voz—. Alguien se deberá quedar de guardia por la noche. ¿Te he oído decir voluntario?

Así que las náuseas eran solo eso… teatro.

—Yo haré el primer turno —dije.

Al día siguiente en el café Cámara Estelar, nuestra banda se levantó con los ojos legañosos. Después del desayuno los invitados a la boda comenzaron a brincar, botar y moverse por la sala del Déspota Afortunado. Afinamos mientras esperábamos en el café. Trataba de imaginarme una boda whiphid, ¿se besaban, cruzaban sus colmillos o lanzaban gritos de batalla al llegar al momento álgido? Encontré dos turboascensores, una entrada a la cocina, la entrada principal y una pequeña escotilla circular que alguna vez fue una esclusa de aire. Thwim, mi amigo con gorra y larga nariz, se colocó en uno de los extremos de la barra. El personal de Lady Val, colocaba comida, en unas diez mesas, programaba droides camareros y colgaba guirnaldas, haciendo que el Cámara Estelar fuera lo más elegante posible, dado su mal estado.

Más allá de las grandes mesas había una docena más pequeñas. Casi podía sentir los pliegues de la boca de Figrin moviéndose, anticipándose a un acomodado público de buen humor.

Una estridente aclamación brotó de la sala.

—Se deben de haber casado —murmuró Figrin.

Una corriente de gente comenzó a entrar en el café. Figrin comenzó a balancearse en nuestro número inicial. Antes de que acabáramos comencé a sudar… Varios de los matones de Jabba habían entrado en el café siguiendo aquella corriente. ¿Eran invitados? ¿O había preparado Jabba un viaje de ida a la gran fosa de Carkoon?

Una vez más eché un vistazo a la seguridad de Valarian. Ecinco-Dosdós estaba sentado justo a su escotilla, le brillaba un nuevo bláster y agujas preparadas para la ocasión… y un nuevo y brillante dispositivo de retención justo en el centro de su enorme pecho. Evidentemente ella solo confiaba en los droides, hasta cierto punto.

Un humano joven se tambaleó hasta el escenario, con la ropa limpia, sin parches y con un andar encorvado.

—Tocad «Lágrimas de Aquanna». —Tiró de la zona del pantalón que Figrin se recogía sobre sus botas. Figrin liberó su pierna. El humano repetía su petición, entonces se dirigió hacia mí.

No quería que me cediesen los pantalones.

—Aquí está —le dije. Tomé aire rápidamente y toqué mi entrada en mi bemol.

¿Cómo íbamos a saber que una pandilla local había adoptado una de nuestras canciones como su canción oficial? El encorvado y varios amigos se reunieron al pie del escenario aullando letras que obviamente habían inventado.

Otros cuantos humanos avanzaron hacia el escenario, mirándonos. Le di un codazo a Figrin. E hizo un corte poco ortodoxo a la coda. Acabamos antes de que la cuadrilla dejase de cantar. Algunos de ellos lanzaron una mirada fulminante.

Una recién llegada, una mujer morena, empujó a un invitado que estaba callado.

—Ahora tocad «Caja de gusanos» —gruñó con una voz que hacía juego con el tono de su cara—. Para Fixer y Camie.

—Aquí está —dijo Figrin. Yo tenía una entrada de seis compases para «Caja de gusanos». La acorte a cuatro.

Cuando tocas una pieza seis mil veces, pierdes el sentido de dónde estás en la seis mil una. Durante esta última, se convirtió en un juego de corta y pega. No recuerdo pasármelo bien con este tema. Nadie intentaba cantar.

Thwim y otro guardia de seguridad acompañaron a ambos grupos fuera. Volví a buscar a los matones de Jabba. Estaban reunidos cerca del bar, matando el tiempo… por ahora.

Al final del primer repertorio, Figrin enfiló hacia una mesa de sabacc. Yo me quede encima del escenario, fuera de la concentración de humo y olores. Uno de los humanos más feos, caminó hasta arriba y trajo dos jarras.

—¿Tienes sed? —me preguntó en un tono bastante arisco—. Esta es de lum, esta otra es ponche de boda.

—Gracias. —A pesar de que me daba cierto asco cogí la jarra de ponche y me bebí la mitad.

—Sois bienvenidos. —Mi feo amigo se sentó en el borde del reflectante escenario, y echó una mirada al público. No quería que se diese la vuelta. Probablemente era un nativo. Me preguntaba si consideraría educado que le preguntase el nombre o intentaría pegarme—. Buena banda —dijo—. ¿Qué hacéis en Tatooine?

Puse mi jarra junto al ommni.

—Buena pregunta —dije fríamente—. Hemos tocado en los mejores palacios en seis sistemas.

—Lo creo. Sois excelentes. Pero no has contestado a mi pregunta.

Me empezó a caer simpático.

—Lo estás viendo. —Miré hacia abajo buscando la mesa de juego de Figrin—. Estábamos de paso y nos hemos quedado estancados. ¿Trabajas por aquí?

—Sí —sonando melancólico, cogió mi jarra—. Me ocupo de un bar calle arriba. Es una vida dura. Pero alguien tiene que impedir que los droides tomen el control.

Silbé con suavidad en un tono que los humanos encuentran inaudible. Los droides *mejoran* la vida. Estaba preparado para recordárselo cuando dijo:

—Mantén tu lengüeta húmeda amigo. —Y se marchó.

¿Era uno de esos tipos amistosos? ¿Había sido una advertencia? Miré en busca de la gorra verde y la nariz que se movía nerviosamente de Thwim. Pero no vi a ninguno.

Figrin se reunió con nosotros en el escenario enseguida.

—¿Vas perdiendo? —le murmuré mientras enchufaba su cuerno.

—Por supuesto. Dame un la. —Volvimos de nuevo al trabajo.

En la mesa de debajo de nosotros algo cambió de manos con un movimiento infinitesimal, a micrones por minuto: un típico acuerdo de Mos Eisley.

Algo más, muy grande, apareció avanzando pesadamente. Dos gigantescos whiphids, dos metros y medio de colmillos, garras y pelo amarillo pálido, iban unidos con una guirnalda de vegetales importados, bailaban hacia nosotros rodeándose entre sí con sus largos y peludos brazos. Me mantuve de pie en el escenario, pero sus caras se dirigían a mí.

D'Wopp miró fijamente a la cara ancha, dura y llena de colmillos de su novia. Sin ver a los furtivos comerciantes que ya habían ocupado la mesa más cercana, la dueña del Déspota y su cazador profesional se sentaron en dos sillas vacías. Empezaron a desenredarse las guirnaldas verdes.

Mantuve mi cabeza en ángulo para que pareciese que miraba a la sala de baile, aunque realmente estaba viendo a uno de los matones de Jabba, un anémico duro gris, deslizándose hacia nuestra posición.

Un trío de pappfaks se dieron la vuelta, entrelazando sus tentáculos turquesa en algo que parecía su propio abrazo prenupcial. Estuvieron a punto de tropezar con un droide ratón que rodaba hacia Lady Val. Al ver al droide la anfitriona se excusó de D'Wopp con un cariñoso golpe de su cabeza. Siguió al droide hacia la cocina.

Los ojos rojos del duro se encendieron. Rodeó la sala, se acercó a D'Wopp, hizo una pausa y se inclinó.

—¿Buena caza, whiphid? —gritó el duro de Jabba, con un ruido de sus elásticos labios. Extendió una mano fina y huesuda.

La gran garra de D'Wopp se cerró sobre el brazo del duro, que colgó como una rama.

—Explica ese comentario, duro, o serviré tus costillas asadas a mi señora para desayunar.

—No, no. —El duro sacudió su cabeza, avergonzándose—. No me refiero a tu preciosa esposa. ¿*Estoy* hablando con D'Wopp, el cazarrecompensas de gran reputación, cierto?

Calmado, D'Wopp soltó el brazo gris.

—Soy yo. —Inclinó su cabeza hacia atrás—. ¿Hay alguien a quien quieras destrozar, duro?

Respiré un poco mejor. Tocar de memoria implica aburrirse y recordar cosas. Pero eso a veces te salva el cuello. Continué escuchando y tocando.

—¿Ya te ha ofrecido tu querida novia algún juego? —indagó el duro.

D'Wopp se tocó un colmillo con una de sus garras.

—¿A dónde quieres llegar?

Me estiré para escuchar la respuesta del duro.

—Hay un jefe más grande en Tatooine, uno excelente. La Dama Valarian *le* paga por protegerla. Un whiphid que de verdad ame la caza no se conforma con un cebo pequeño. Mi jefe ofrece una recompensa récord. Probablemente no estés buscando trabajo en este momento, pero son raras las oportunidades como ésta.

¡Así que los matones estaban buscando a Lady Val a través de su novio… y no a nosotros! Con los ojos excitados, toqué unas cuantas notas fuera de compás y me recordé a mí mismo que Jabba tenía suficiente tiempo para venir a por nosotros.

D'Wopp apretó sus garras sobre la mesa.

—¿Recompensa? ¿Es un cebo peligroso?

El duro se encogió de hombros.

—Su nombre es Solo. Es un contrabandista, pero ha conseguido volver loco al jefe. Jabba tiene muchos más enemigos que los que tiene Dama Valarian, reputado D'Wopp. —Los ojos rojos del duro parpadearon—. ¿Puedo presentarte al poderoso Jabba?

La dura nariz del whiphid se movió.

—¿Recompensa récord?

Al final el duro bajó su voz. No escuché la cifra que cerró el acuerdo, pero D'Wopp se levantó.

—Dile a tu empleador que D'Wopp le llevará el cadáver. Entonces me reuniré con él.

Solo… Figrin le mencionó en una ocasión como un buen jugador de sabacc, para ser humano. Ahora él era mi compañero en la pequeña lista de Jabba.

—¿No te vas a quedar a la celebración? —aulló el duro.

—Más tarde —dijo D'Wopp—. Mi compañera y yo celebraremos mi glorioso retorno. Ella es whiphid. Lo entenderá.

Lady Val reapareció entre el público. El duro de Jabba desapareció como un cubo de hielo en una duna de arena. Contuve la respiración. Figrin comenzó otra canción, una que yo no conocía tan bien. Me tenía que concentrar. Hubo un gran estruendo al pie del escenario. Una profunda voz dijo en básico «caprichoso». Y una más áspera respondió «deshonroso».

Mi lengüeta crujió. Dos chillidos retumbaron en un idioma que no identifiqué. Nuestra querida pareja se atacaba entre sí con sus colmillos y garras justo debajo del escenario. Di un paso atrás y casi caigo sobre el ommni de Tech. Figrin no tiró el fanfar por unos milímetros.

Instantáneamente se reunió una multitud. Mos Eisley siendo lo que es, y con los matones de Jabba animando, esta pelea podía extenderse como una tormenta de arena. Me tomé un descanso de cinco compases y lancé la señal de peligro.

—¡«Anochecer», «Anochecer», Figrin!

—Todavía tengo pérdidas —bufó Figrin—. No podemos irnos todavía.

Al pie del escenario, a la izquierda, Lady Val pasó a toda velocidad entre los espectadores. Recuperó el equilibrio y se llevó a otros tres a la refriega. D'Wopp silbó dos veces. Dos whiphid cargaron. Los matones de Jabba salieron en estampida por detrás de los espectadores. Lady Val dio un alarido. Todos los gánsteres de la ciudad y todos los viandantes que no tenían que ver con Jabba se alinearon en el bando de Lady Val. Las sillas volaban. Una se estrelló en el mamparo a la izquierda del escenario.

Figrin dio la vuelta al ommni.

—Fin del repertorio. ¡Muchas gracias! —anunció en vano al tumulto.

Tech, completamente espabilado por una vez, desmontó su ommni. Yo no encontraba la caja de mi fizzz. Inclinándome frenéticamente, descubrí unas armaduras blancas en la gran entrada.

¿Tropas de asalto? ¡Ni siquiera Valarian podía haber pedido refuerzos tan rápido! Todos los proyectores de sabacc se apagaron simultáneamente, pero a la cuadrilla de la mesa de uvide les cogieron con la rueda girando. Esta vez creo que Jabba no había avisado a Lady Val. Incluso apostaría que el propio Jabba había enviado las tropas de asalto, aunque yo no juego.

—¡Por la puerta de atrás! —Figrin saltó por la parte trasera del escenario, esquivando por poco el golpe hacia atrás de un corpulento humano. Seguimos a Figrin a lo largo del mamparo agarrando nuestros instrumentos, nuestra forma de vida. Descubrí a mi amigo Thwim golpeándose las manos.

—¡Ayúdanos! ¡Estamos desarmados! —grité.

Su nariz se giró hacia nosotros. Subió su láser apuntándonos y disparó. Tedn dio un alarido y dejó caer el estuche de su fanfar. Horrorizado, me agaché.

—¡Coged los instrumentos! —gritaba Figrin. Nalan se metió en una refriega y trajo un brazo en un ángulo raro… y dos estuches de fanfar. Agarré a Tedn de su brazo sano y le empujé cerca de la escotilla, prometiendo mentalmente cualquier cosa a cualquier deidad que nos estuviese escuchando, si tan solo pudiese escapar con mis dedos sanos y sin dañar mi desnudo fizzz.

Ecinco mantenía su postura, disparando con calma a cualquier ser que se acercase a él. Figrin dejó de correr tan de golpe que Tech casi le pasa por encima.

Eché un vistazo por encima de mi hombro. No había adonde ir por ahí. Los imperiales y las armas sin licencia se estaban cargando todo el café Cámara Estelar.

Bien, me recordé a mí mismo, *siempre he tenido mejores relaciones con droides que con seres sensibles.* Fui directamente hacia Ecinco.

—¡Doikk! —gritó Figrin—. ¡Vuelve aquí! ¡Aléjate!

Ecinco no disparó, como había intuido, todavía nos tenía guardados en sus circuitos de memoria.

—Déjanos salir —le supliqué. Algo pasó zumbando por encima de mi cabeza.

—Cierra la escotilla cuando salgas —graznó.

—¡Vamos! —le grité a Figrin. Haciéndole un gesto.

Figrin se agachó por debajo de mi brazo y abrió la escotilla. Yo me mantuve en la retaguardia. Cuando la luz apareció tras la escotilla, seres de todo tipo cargaron hacia ella. Entre ellos distinguí al humano del bar entre ellos.

Titubeé. Le debía una dulce taza de ponche.

—¡Vamos! —grité y le ordené a Ecinco—. No dispares a ese humano.

Ecinco pudo haberme reconocido, pero no acató mis órdenes. Apuntó directamente al camarero. Se lanzó al suelo, sorprendentemente ágil para un humano *de su tamaño*.

—Registro Alto —gritó—. ¡Haz una escala!

Esto sonaba a locura, pero levanté mi desnudo fizzz y solté un chillido tan alto con el aliento que pude reunir. En algún momento a lo largo de ese chillido, debí dar con el control de frecuencia del nuevo dispositivo de retención. El droide se apagó.

El barman se levantó y pasó delante de mí. Nos dimos la mano en la exclusa de aire.

—Malditos droides —musitó limpiándose la sangre de la nariz—. Malditos y asquerosos droides.

Salí en una estrecha cornisa de duracreto, tres pisos por encima del suelo. El barman se echó hacia atrás aprisionando mi fizzz entre su corpachón y un mamparo abollado.

—¡Cuidado! ¡Ese es mi cuerno! —grité tambaleándome mientras echaba un vistazo abajo. Figrin saltó a una escalera metálica de incendios y salió corriendo, esquivando la mugre y saltando al montón de arena.

La cabeza de un arcona con forma de yunque apareció por la exclusa de aire. Bajé las escaleras cogiendo mi fizzz con una mano. El humano casi se estampa con mi cabeza con las prisas.

—Vamos —refunfuñó—. Muévete.

La escalera se balanceó con el peso. Apenas estaba agarrado, deseando no haber conocido a aquel tipo. Cuantos más fugitivos nos apilábamos, más terrorífica era la oscilación de la escalera.

Continué bajando. Una vez abajo descubrí otra media docena de tropas imperiales subiendo por la rampa principal en formación.

Otra mañana calurosa en Mos Eisley.

Ignorando la hilera de fugitivos tras nosotros, corrimos.

—¿Ahora qué? —aulló Nalan, apoyando su brazo contra su pecho—. Sin los créditos de este trabajo, ¿cómo vamos a salir del planeta?

—Tres mil créditos —gimió Tech, moviendo su larga y brillante cabeza—. ¡Tres mil créditos!

Eché un vistazo para examinar mi fizzz. Parecía no tener daños.

—No solo eso, sino que Figrin se ha jugado nuestras reservas, ¿verdad Figrin?

El barman cambió de dirección sin frenar, casi le perdemos.

—Por aquí —dijo.

—No podemos pagarte un refugio. —Me apresuré para alcanzarle—. Gracias, pero hemos quebrado.

—Por aquí —repitió—. Os daré trabajo.

Nos llevó calle arriba y callejón abajo. Le seguí, pensando, *tengo que hacer algo, palear arena, abrillantar sillines de banthas, ¡pero no trabajar para un humano!*

Pero su jefe no era humano. El dueño de la cantina, un wookiee gris y beis que se llamaba Chalmun, nos ofreció un contrato para dos temporadas.

No, pensé en la oficina del Wookiee junto a Figrin. *Es demasiado público y muy largo. Jabba nos encontrará, seguro.*

—Suena bien —contestó Figrin y añadió en bithiano—: Una vez que encontremos una forma de escapar del planeta, el wookiee podrá *quedarse* con nuestra indemnización. Di que sí.

Casi me voy por las escaleras, pero la lealtad es la lealtad.

Encontramos un buen espacio en las Habitaciones Aisladas de Ruillia. Tocábamos cada día en la cantina, donde mi único amigo humano, Wuher, era el barman. Solo venció a Figrin en una partida ayer, así que *él* todavía está vivo, pero D’Wopp fue enviado en trozos a casa. Lady Val está soltera de nuevo y quiere seguir así.

Cada vez que afinamos, inspecciono al público y encuentro a un mercenario de Jabba, un rodiano verde de orejas giratorias… Greedo. No es muy fuerte, pero va armado.

Le estoy vigilando.

El destino de un cazador: El relato de Greedo

por Tom Veitch y Martha Veitch



1. El refugio

—¿Oonagoota, Greedo?

La pregunta, dicha temerosamente, fue contestada por los chillidos burlones de los bo-sapos ocultos en la cueva de la montaña, rodeada de la verde y húmeda jungla. Pqweeduk se rascó la picadura que un insecto le había hecho en su hocico, como el de un tapir, e hizo un sonido ululante de valor. Escuchó cómo el sonido resonó con el viento en el oscuro agujero que se había tragado a su hermano mayor.

Pqweeduk sintió un escalofrío recorriéndole su espalda espinosa. Sacudió la antorcha de mano y las ventosas de su mano derecha agarraron fuertemente el brillante cuchillo de caza que su tío Nok le había regalado por su doceavo cumpleaños.

Pqweeduk se metió en la enorme cueva.

Pero la cueva de la jungla no era una cueva, y unos pocos metros adentro, ¡las rocas y la tierra prensada terminaban en una puerta de acero abierta!

Pqweeduk se asomó por la apertura rectangular y alumbró hacia arriba con su antorcha. Estaba bajo una bóveda que llenaba el interior de la montaña. El joven rodiano vio tres grandes naves plateadas que estaban silenciosamente en posición replegada en la inmensidad.

—¿Greedo?

—¡Nthan kwe kutha, Pqweeduk! —Era la voz de su hermano. Pqweeduk vio la mano con la antorcha de Greedo señalando y caminó hacia ella. Sus pies desnudos sentían un suelo liso y frío.

Greedo se paró en la escotilla abierta de una de las grandes naves.

—¡Vamos, Pqweeduk! ¡No hay nada que temer! ¡Vamos dentro y echémosle un vistazo!

Sus bulbosos ojos de múltiples caras, ya grandes de por sí, se hicieron incluso mayores cuando los dos jóvenes de piel verde exploraron el interior del navío plateado. Por todos lados era de formas metálicas extrañas y desconocidas que brillaban y relucían a la luz de las antorchas o presentaban oscuras siluetas angulosas llenas de ocultas intenciones. Pero había también algunos lugares para sentarse, y camas para acostarse, y platos para comer.

Greedo tenía una rara sensación de haber estado ahí antes. Pero solo era una sensación que no estaba acompañada de ningún recuerdo.

En efecto, los únicos recuerdos que tenía eran de la vida en la verde jungla donde su madre recogía nueces de tendril y sus tíos pastoreaban el rebaño de botts arbóreos para leche y carne. Alrededor de doscientos rodianos vivían juntos bajo los grandes árboles tendril. Siempre habían vivido allí, era la única vida que conocían y, en sus quince años de vida, Greedo y su hermano menor habían corrido salvajes en la selva.

Los rodianos no tenían enemigos en ese lugar, excepto por el merodeo ocasional del gato manka en su camino hacia las distantes montañas blancas, durante la temporada de apareamiento.

Los rodianos más jóvenes se quedaban cerca de casa durante esa época del año. Los rugidos salvajes de los mankas advertían a todos de su llegada. Los hombres rodianos sacaban sus armas de los lugares secretos donde las guardaban y se mantenían alerta en el borde del pueblo, esperando a que los mankas pasaran durante la noche.

Durante la temporada de los manka, Greedo podía oír el ruido de los fusiles, acostado en la cama, incapaz de dormir. A la mañana siguiente el cuerpo de un gran manka estaría colgado, para que todos lo vieran, de los árboles cruzados en el centro del pueblo.

Salvo por la matanza de mankas, los rodianos llevaban una tranquila existencia autosuficiente. Los adultos nunca hablaban de ninguna otra vida, al menos no delante de los niños. Pero, cuando ellos creían que estaba dormido, Greedo alcanzaba a oírles hablar de cosas que estaban ocurriendo fuera en las estrellas.

Oía a los adultos usar palabras como «Imperio», «las guerras de clanes», «cazarrecompensas», «naves espaciales», «caballeros jedi», «hiperespacio». Estas palabras creaban extrañas imágenes en su mente que no tenían ningún sentido para él, porque la única vida que había conocido era la jungla, los árboles, el agua y los días de juego sin fin.

Pero las charlas secretas de los adultos le llenaban de sentimientos de inexplicable nostalgia. De algún modo sabía que no pertenecía a ese mundo verde. Él pertenecía a algún otro lugar, fuera entre las estrellas.

Las naves plateadas eran la prueba. Sabía con asombrosa seguridad que estas eran las «naves espaciales» de las que había oído hablar a su madre y sus tíos. Seguramente su madre le contaría por qué las naves estaban ocultas debajo de la montaña.

Pqweeduk no es lo suficiente mayor como para saber… pero yo sí lo soy.

• • •

La madre de Greedo, Neela, estaba sentada en el suelo frente a su cabaña, a la luz de la lumbre pelando nueces de tendril. Sus manos se movían con rapidez, rajando las gruesas cáscaras con un cuchillo de hueso y volviéndolas a pelar. Ella tatareaba tranquilamente para sí misma mientras trabajaba.

Greedo se puso cerca en cuclillas, tallando un trozo de madera blanca de tendril en forma de una nave espacial plateada. Cuando la nave estaba terminada la levantó y la admiró.

—Madre —preguntó repentinamente—. ¿Cuándo me vas a explicar lo de las naves plateadas de la montaña?

El rápido movimiento de las manos de su madre se paró. Sin mirar a su hijo, habló, con una voz que revelaba emoción.

—Encontraste las naves —dijo.

—Sí, madre. Pqweeduk y yo.

—Le dije a Nok que tapara la apertura de la montaña. Pero Nok ama demasiado el pasado. Él siempre está yendo a hurtadillas allí a mirar las naves —suspiró y continuó pelando las ásperas pieles de las grandes nueces.

Greedo se acercó a ella. Sintió que estaba preparado para contarle las cosas que quería saber… cosas que *necesitaba* saber.

—Madre, *por favor*, háblame acerca de las naves.

Sus húmedos ojos se encontraron con los de él.

—Las naves… nos trajeron a este lugar… a este mundo… dos años después de que tú nacieras, Greedo.

—¿Yo no nací aquí… en la jungla?

—Tú naciste fuera de aquí —apuntó al cielo vespertino, visible a través de los altos árboles tendril, donde las primeras estrellas estaban apareciendo—. En el mundo de los de nuestra especie, el planeta Rodia. Había muchos asesinatos en aquel entonces. A tu padre lo mataron, mientras yo estaba embarazada de tu hermano. Teníamos que irnos… o morir.

—No lo entiendo.

Ella suspiró. Vio que tendría que contarle todo. O casi todo. Ya era lo suficientemente mayor para saber lo que pasó.

—Nuestro pueblo, los rodianos, siempre fuimos cazadores y luchadores. El amor por la muerte era fuerte en nosotros. Hace muchos años, cuando la carne de caza se acabó, aprendimos a criar nuestra comida. Pero nuestra gente empezó a darse caza los unos a los otros, por deporte.

—¿Se… mataban los unos a los otros?

—Sí, por deporte. Por un deporte mortal. Algunos rodianos pensaban que era una locura y se negaban a participar. Tu padre fue uno de ellos. Él era un gran cazarrecompensas… pero se negó a unirse a las estúpidas cacerías de gladiadores.

—¿Qué es un cazarrecompensas, madre? —Greedo sintió un escalofrío en su columna, esperando la respuesta.

—Tu padre cazaba criminales y forajidos… o gente con precio puesto a sus cabezas. Tenía una gran reputación por sus habilidades. Nos hizo muy ricos.

—¿Por eso murió?

—No. Un malvado líder de clan, Navik el Rojo, llamado así por la mancha de nacimiento roja que cubre su cara, utilizó los juegos de gladiadores como excusa para hacer la guerra a otros líderes de clan. Tu padre fue asesinado. Nos quitaron nuestras riquezas, y nuestro clan, los Tetsus, casi fue aniquilado. Afortunadamente, algunos de nosotros pudimos escapar a la matanza, en las tres naves plateadas que has encontrado.

—¿Por qué nunca nos hablaste a Pqweeduk y a mí sobre las naves… y sobre nuestro pueblo?

—Hemos cambiado. No había necesidad de desenterrar el oscuro pasado. Aquí nos hemos vuelto pacíficos. Solo sacamos los fusiles cuando están merodeando los gatos manka. Hicimos un juramento en nuestro consejo, que los niños no sabrían de nuestro terrible pasado, hasta que hubieran crecido por completo. Estoy rompiendo ese juramento ahora, al decirte estas cosas. Pero ya eres… casi tan alto como tu padre.

Los ojos de su madre parecían envolver a Greedo. A él le encantaba la forma en que le miraba. Su piel emanaba un placentero perfume, un fuerte aroma rodiano. La miró asombrado. De repente había mucho más que saber. Quería aprender desesperadamente… todo.

—¿Qué es el Imperio, madre?

Frunció el ceño y arrugó su largo y flexible hocico.

—Te he contado bastante, Greedo. Otro día quizás responderé a todas tus preguntas. Ahora vete a la cama, hijo mío.

—Sí, madre. —Greedo tocó con las ventosas de su mano las de su madre en un gesto tradicional que servía tanto de saludo como de buenas noches. Se fue a su cama llena de paja en la pequeña cabaña, donde su hermano ya estaba durmiendo.

Greedo estuvo acostado durante horas, pensando en las naves plateadas, en su padre el cazarrecompensas… y en la grandeza de la vida en las estrellas.

2. Navik, el Rojo

Un mes y un día después de que Greedo y Pqweeduk encontraran las naves plateadas, Navik el Rojo, líder del poderoso clan Chattza encontró a los Tetsus.

Greedo y su hermano estaban trepando a lo alto de los árboles tendril cuando vieron un destello brillante en el cielo. Miraron con curiosidad en silencio cómo el destello se convertía en una brillante forma roja que se hacía más y más grande, hasta que pudieron ver que era una nave del cielo, veinte veces más grande que las pequeñas naves plateadas de la cueva.

Voces ansiosas llamaban desde abajo. Greedo ululó con excitación y comenzó a deslizarse hacia abajo rápidamente por el liso árbol, usando sus ventosas con habilidad para frenar su descenso. Su hermano estaba justo detrás de él.

Abajo podían ver a la gente saliendo de sus cabañas y señalando a la gran nave en el cielo. El tío Nok y el tío Teeku y otros corrían a coger las armas. Greedo sintió que tenían miedo.

—¡Vamos, Pqweeduk! —gritó Greedo, cuando sus pies golpearon el suelo—. ¡Tenemos que salvar a madre! ¡No podemos dejar que la maten!

—¿De qué estás hablando, Greedo? ¡Nadie va a matar a nadie! —Pqweeduk descendió al suelo y obedientemente siguió a su hermano mayor.

Mientras corrían entre los árboles, la nave roja descendía más, sacó su tren de aterrizaje y se posó en una nube de humo abrasador al borde del pueblo.

Dos compuertas idénticas silbaron al abrirse. Greedo se paró, se giró y se quedó boquiabierto sobrecogido, cuando cientos de guerreros rodianos con armadura salieron de la nave gigante. Todos llevaban una brillante armadura segmentada y todos portaban un rifle bláster de aspecto mortífero.

La vista de estos asesinos petrificó al joven rodiano. Pasó todo un minuto antes de que sintiera a su hermano tirando de su manga con temor. Y entonces oyó la voz de su madre, urgiéndole para que *corriera*. Lo último que vio Greedo, antes de volver su cara a la selva, fue la figura de un imponente rodiano con una marca rojo sangre que manchaba la mayor parte de su rostro. El guerrero marcado gritó una orden y los demás levantaron sus armas.

Los sonidos de los disparos láser se mezclaban con los chillidos agonizantes de la gente, mientras Greedo, su hermano y su madre huían a la jungla.

El tío Nok, el tío Teeku y otros veinte también lo hicieron hacia la cueva que estaba enfrente de ellos. Se produjo un gran ruido chirriante y el rugir de un derrumbamiento de tierras, mientras la cima de la montaña se abría, deshaciéndose de su carga de tierra y piedras.

Greedo se quedó sin aliento mientras las tres naves plateadas relucían con la luz del sol de mediodía. Los poderosos motores despiertos ya gemían.

El tío Nok acogía a la madre de Greedo mientras pedía a todos que subieran a bordo lo más rápidamente posible.

—¡Neela, *ahora* ya sabes por qué siempre estaba visitando las naves! ¡Las mantenía a punto precisamente para este día!

La madre de Greedo abrazó a su hermano Nok y le dio las gracias. Entonces todos embarcaron a prisa, seguidos por un flujo de refugiados saliendo de la selva.

Dos de las naves plateadas se elevaron fácilmente sobre columnas de energía repulsora, sus motores propulsados por fisión gemían tan alto que el sonido desapareció fuera del campo auditivo de Greedo. La tercera nave estaba esperando a los últimos rezagados… los últimos supervivientes de la masacre.

Un corpulento cazador de mankas llamado Skee salió a la carrera del bosque, gritando:

—¡Marchaos! ¡Llevaos las naves mientras haya una oportunidad todavía!

La tercera nave nunca consiguió cerrar su trampilla. Un rayo de energía de iones fundió sus estabilizadores en una masa derretida y una fracción de segundo después una poderosa ráfaga de láser hizo estallar el núcleo de energía.

Cuando las primeras dos naves se lanzaron hacia el cielo, explotó una brillante esfera de fuego de fusión detrás en la jungla, imitando el sol del mediodía. La tercera nave ya no existía.

Greedo nunca escuchó la explosión. Estaba en la cabina de mando de *El Radián*, embobado con las estrellas, mientras la nave plateada del tío Nok saltaba hacia lo desconocido.

3. Nar Shaddaa

Previendo esta emergencia, Nok había programado las naves rodianas para que saltaran a una región de la galaxia muy transitada, donde los supervivientes de su pequeña tribu pudieran perderse entre la miríada de razas alienígenas dedicadas al comercio interestelar.

Así fue como llegaron a Nar Shaddaa, una luna espaciopuerto que orbita alrededor de Nal Hutta, uno de los principales planetas habitados por los hutt, especie con aspecto de babosas.

Había un continuo zumbido de tráfico espacial entre Nar Shaddaa y los remotos sistemas estelares de la galaxia: enormes naves de transporte transgaláctico y cargueros de mercancías, los ostentosos yates y carabelas de los señores del hampa, las naves corsario con señales de batalla de los mercenarios y cazarrecompensas, los bergantines piratas, e incluso los ocasionales buques de pasajeros comerciales, paquebotes estelares o arcas de migración masiva. Y, por supuesto, siempre presentes, los cruceros estelares y los patrulleros de líneas elegantes de la Armada Imperial.

La superficie de Nar Shaddaa era un entramado de ciudades y estaciones de acoplamiento de millas de altura, acumuladas durante miles de años. Nivel sobre nivel de

depósitos de mercancías, almacenes e instalaciones de reparación estaban conectados por toscas carreteras que abarcaban el globo, cruzando cañones que llegaban desde los estratos superiores, plagados de vida, a las rebosantes profundidades donde proliferaban varios tipos de subespecies sobre los desperdicios que caían continuamente desde las elevadas alturas.

Greedo, su hermano, su madre y todos los refugiados de aquellas dos naves plateadas llegaron a Nar Shaddaa, fundiéndose con la vida de la gran luna espaciopuerto, encontrando un hogar en el inmenso sector controlado por contrabandistas corellianos.

Los corellianos mantenían las cosas bajo control de forma razonable en su parte de la luna. El juego era una importante fuente de ingresos para ellos. Todas las especies estaban invitadas a deambular por las avenidas intensamente iluminadas, mirar boquiabiertos, comer y beber y malgastar dinero en los garitos de sabacc. No era de extrañar, de vez en cuando, un duelo con pistolas o un asesinato por una recompensa, y generalmente un hurto insignificante no era tenido en cuenta. Pero había una ley no escrita en el sector corelliano, impuesta por el control portuario: si quieres causar un gran problema, más vale que lo hagas en cualquier otro sitio.

Los refugiados rodianos se fundieron con los habitantes de los distritos de lúgubres almacenes del Nivel 88. En los meses siguientes encontraron trabajo como mozos de carga y descarga y en el servicio doméstico, y se ocuparon de sus vidas.

Nok ordenó a todos que se mantuvieran alejados de los niveles públicos, las carreteras y los casinos, ante la posibilidad de que fueran reconocidos por un cazador Chattza. Nok les aseguró que su estancia en Nar Shaddaa sería solo por una temporada, hasta que pudiera localizar otro planeta selvático donde pudieran vivir en paz.

Para los rodianos adultos no era una época feliz, echaban de menos profundamente el exuberante planeta verde que habían dejado atrás. Pero para Greedo y Pqweeduk, empezaba a revelarse todo un universo de emociones.

Cuatro años después el pueblo de Greedo todavía estaba en Nar Shaddaa, trabajando y sobreviviendo. Greedo tenía diecinueve años, su hermano dieciséis. Los jóvenes verdes se habían integrado con el espectáculo sin límite de la galaxia.

4. Cazadores de recompensas

—¡Jacta nin chee yja, Greedo!

Greedo saltó hacia atrás mientras tres motos repulsoras pasaban a toda velocidad, brincaban sobre un muro de contención roto y desaparecían en una de las abarrotadas explanadas que habían sido declaradas fuera de los límites por el tío Nok.

Vio a su hermano y a sus amigos virar bruscamente sus motos entre los deslizadores terrestres, antiguos taxis con ruedas, plataformas flotantes hutt, esquivando hábilmente a los jugadores ambulantes, piratas alienígenas, traficantes de especias, vendedores callejeros, vagabundos varios… y cazarrecompensas.

—¡*Crece*, Pqweeduk! —Greedo se apoyó contra un muro, esperando a su amigo Anky Fremp, un biomorfo skup de Siona que le había enseñado los secretos de la calle.

Greedo, al borde de la edad adulta, había dejado atrás los juegos de la niñez. Había cambiado su moto repulsora por un par de botas de primera calidad. Había robado una valiosa chaqueta de piel de rancor. Había aprendido como desmontar bombas termales y quitar los reguladores de escudo a las plataformas flotantes hutt mientras los señores del crimen locales estaban repantigándose en las casas de baños corellianas, haciendo tratos con sus homólogos interestelares.

Anky Fremp le había enseñado a Greedo los pormenores del mercado negro, quién pagaba por mayor parte de los equipos robados… y quién tenía los mejores precios de brillestim, chaquetas de piel y cubos de música yerk.

Fremp y Greedo formaban un equipo y habían sido un equipo durante dos años. Pqweeduk aún era un niño bobo, jugando a estúpidos juegos callejeros con sus amigos.

—¡Ska chusko, Pqweeduk! —¡Crece, Pqweeduk!

Mientras esperaba a Fremp, Greedo miraba la calle. Cada tipo de vida, humano o alienígena, que pasaba por Nar Shaddaa. Puede que la mitad fueran comerciantes legales y transportistas de mercancías, trabajando para una u otra de las grandes corporaciones transgalácticas. El resto estaban operando en algún lugar más allá de los límites de la ley.

Un grupo que fascinaba a Greedo no parecía perseguir oro y emociones, y casi nunca los veías en la calle. Eran los llamados rebeldes políticos, forasteros que habían tomado una posición contraria al gobierno despótico del Emperador Palpatine y su cruel dictador militar, Darth Vader.

Había rebeldes en esta luna espaciopuerto, Greedo lo sabía. Se escondían en un viejo almacén del Nivel 88, el mismo nivel donde vivían los refugiados rodianos. Los rebeldes estaban acumulando allí todo tipo de armas, armas que llegaban ocultas en exóticos cargamentos de metales preciosos y especia… y salían en las horas más oscuras de la noche, en naves burladoras de bloqueos con destino a remotos puestos de avanzada entre las estrellas.

Apuesto que el Imperio pagaría un montón por saber lo que están haciendo los rebeldes en Nar Shaddaa. Pero ¿cómo le doy esa información a los imps? No conozco a nadie que trabaje para el Imperio.

Justo entonces Greedo oyó las estridentes descargas de disparos láser y se agachó instintivamente, agazapándose detrás del muro de contención medio desmoronado que su hermano había saltado con el repulsor unos pocos minutos antes.

Mirando cuidadosamente por encima del muro, vio a un hombre con el uniforme verde característico de inspector de especia saliendo de las sombras y corriendo a través de la calle abarrotada. Resonaron más disparos de láser y la multitud comenzó a dispersarse rápidamente en los callejones y salones de juego de alrededor.

Greedo vio brillantes rayos de energía chocando contra edificios y vehículos. El hombre que corría fue alcanzado y cayó, ni a tres metros del lugar donde se encontraba Greedo.

Dos imponentes figuras salieron de las sombras a la intensamente iluminada explanada. Con pasos lentos se aproximaron al hombre caído.

La más grande de las dos figuras, que llevaba un casco con forma de cráneo y armadura ithullana completa, empujó con la bota a la víctima.

—Está muerto, Goa.

La figura más baja se inclinó para inspeccionar a la víctima y Greedo alcanzó a ver un tipo rechoncho con manchas marrones y cara muy picuda, que vestía desarreglado con cuero y hierro y bandoleras.

—Mala suerte, Dyyz —dijo el más bajo—. Yo solo quería herirlo. Vivo valía por lo menos el doble.

Cazarrecompensas, pensó Greedo. *Han cobrado su presa… ahora irán a cobrar la recompensa. Apostaría a que es mucho. Apostaría que son ricos*.

El más grande, al que el otro llamó Dyyz, se inclinó y recogió al inspector de especia muerto y se lo echó al hombro con facilidad.

—Todo en un solo día de trabajo, ¿eh, Goa? Yo mismo soborné a esta basura una o dos veces, hace años… ¡Pero cuando los imps ponen a un hombre en la lista de recompensas, no queda otra opción! Metámosle en una bolsa, escondámosle y vamos a tomar un trago.

—Por mí estupendo. Tengo más sed que un granjero de Tatooine.

Greedo se dio cuenta por primera vez de que el llamado Goa tenía un fusil bláster mayor de lo normal colgado a su espalda. Jamás había visto un bláster tan grande. Estaba encastrado en metal negro y recubierto de tubos y dispositivos electrónicos. *Un trabajo a medida*, pensó Greedo. *¡Fíjate en el aspecto de esa cosa! Apostaría a que es un cazarrecompensas que siempre alcanza a su hombre*.

Greedo esperó a que los dos cazarrecompensas desaparecieran de vuelta por el camino por el que vinieron, pero en lugar de eso caminaron directamente hacia él.

Cuanto más se acercaban al muro de contención, más aterradora era su apariencia. El grande, Dyyz, llevaba un casco de paracero corroído que le cubría toda la cabeza. La máscara facial, estrechas rendijas para los ojos en una estilizada cabeza de muerte, transmitía *amenaza* mortífera e inexorable. Este vestía la armadura de la extinta raza ithullana, Greedo sabía que los belicosos ithulles habían sido exterminados hacía cientos de años, su civilización aplastada y aniquilada por otra raza igual de guerrera, los mandalorianos. «Por el aspecto de su armadura —pensó Greedo— ¡debe haberla robado de un museo imperial!».

El otro cazarrecompensas, Goa, estaba vestido con una mezcolanza de ropa que sugería que nunca se cambiaba o se la quitaba, simplemente había añadido nuevas piezas sobre las desgastadas, hasta que se convirtió en una colección andante de vestuario y equipos militares.

El aspecto más fascinante de Goa era su cabeza: obviamente una especie inteligente de pájaro, o descendiente de pájaro. De piel áspera marrón con manchas, sin plumas, con diminutos ojos intensos hundidos detrás de un ancho pico lleno de cicatrices.

Dyyz y Goa llegaron al muro de contención y Greedo se agachó. Lo siguiente que oyó Greedo fue una tercera voz, áspera y cruel.

—Vaya, vaya, pero si son Dyyz Nataz y Jabalí Goa. ¿Dónde os habéis metido, chicos? ¡Deberíais saber que no se debe dejar tirado a un viejo amigo!

—Cálmate, Gorm. Tendrás tu parte. El hecho es que Jabalí y yo hemos cogido a este inspector de especia que estaba en la lista negra. ¡Los imps nos pagarán mucho y estaremos más que contentos dándote tu parte del trato!

—Y un cuerno, Dyyz —esa era la voz de Goa—. Nosotros somos dos y Gorm solo uno. Que se espere a los créditos que le debemos.

—Uno como yo vale por seis limpiadores de jaulas como vosotros.

Resonó fuego de bláster y rojos rayos de energía fueron disparados por encima de la cabeza de Greedo. Se agachó más y los sonidos de una violenta refriega llegaron a sus oídos. De repente el gran fusil bláster de Goa salió volando por encima del muro y sonó al chocar contra el pavimento cerca de Greedo.

Mientras extendía la mano para alcanzar el arma de forma impulsiva, Greedo oyó al que llamaban Gorm dirigiéndose al que llamaban Dyyz para que le entregara el cuerpo del inspector de especia.

—Entregádmelo… y os dejaré vivir un día más.

Encontrando el coraje para mirar de nuevo por encima del muro, Greedo vio una figura más imponente, dos cabezas más alto que Dyyz Nataz, vestido con una pesada armadura plateada y casco completo. Los ojos de la máscara facial eran electrónicos brillando en rojo. *Debe de ser un droide*, pensó Greedo. *He oído de droides renegados asesinos dedicándose al negocio de las recompensas. O quizás no era un droide*…

De repente, Greedo tuvo una idea. Cogiendo el enorme fusil bláster en sus temblorosas ventosas, Greedo levantó el arma en posición de tiro tan silenciosamente como pudo. Buscó el seguro, lo encontró y cargó el fusil.

Entonces, subrepticio como cuando el tío Nok esperaba un gato manka, alzó el cañón del fusil por encima del muro de contención. Lo apuntó a la espalda de *Gorm*.

Greedo vio los ojos de Goa dirigirse a su fusil y después alejarse. Greedo apretó el gatillo.

El arma silbó y rugió y el cazarrecompensas llamado Gorm cayó hacia delante con un gruñido y un agujero de bláster ennegrecido en el centro de su espalda.

Mientras Greedo se levantaba, Goa emitió un maniático sonido cacareante y se lanzó a por el fusil. Pero Greedo giró el cañón hacia la cabeza de Goa.

—¡Eh, niño! ¡Tranquilo! ¡Eso que estás apretando es un gatillo!

Dyyz resopló y se rio.

—Gracias, niño. Nos has salvado el pellejo. Estaremos eternamente en deuda contigo. Ahora en cuanto le devuelvas el arma a mi compañero, seguiremos nuestro camino.

Greedo se encaramó cuidadosamente al muro, manteniendo el fusil bláster apuntando a Goa. Moviéndose cerca de la figura boca abajo de Gorm, examinó el agujero que había hecho en la espalda del gran cazarrecompensas.

—¿Es un droide? —preguntó Greedo.

—Se puede decir que sí —dijo Goa—. Ahora, el fusil… ¿Qué tal si te metemos en la recompensa por este inspector? Te lo has ganado.

—Tengo una idea mejor —dijo Greedo—. Creo que puedo ayudaros a ganar *mucho* dinero, tíos.

5. El contrabandista y el wookiee

—¿Spurch Jabalí Goa? ¿Por qué le llaman Jabalí?

Anky Fremp, el amigo callejero de Greedo, estaba sentado en el borde de una plataforma de estacionamiento, con sus cortas piernas colgando sobre un cañón de la ciudad de millas de profundidad. Anky era un skup sioniano, una raza casi humana con ojos pequeños muy juntos, pelo tan quebradizo como el cristal y la piel del color del queso de dianoga. Anky tiró una botella tras otra en el abismo.

La distancia desde la torre más alta del espaciopuerto a la superficie de la luna Nar Shaddaa era tan grande que ellos nunca oyeron como se estrellaban las botellas. Pero algunas veces las botellas colisionaban con un taxi o carguero ascendiendo a repulsión por el desfiladero, y eso era divertido.

—¿Para qué haces eso? —dijo Greedo con desdén—. Esa es la clase de juegos estúpidos a los que juega el crío de mi hermano. Si el control portuario corelliano te coge, puede reclutarnos para trabajar para un transportista de mineral.

—Sí… es cierto. Me estoy haciendo demasiado mayor para esto. Bueno, ahí va la última.

Una chalana de hangar emergió del desfiladero siete niveles abajo y el proyectil de Fremp golpeó al piloto de la chalana en su casco de protección. El hombre miró arriba, gritando y agitando el puño.

Cuando la chalana ascendió rápidamente hacia ellos, Greedo y Fremp decidieron que habían estado sentados en el borde bastante tiempo y empezaron a caminar rápido hacia el garaje de Ninx, uno de sus sitios favoritos.

—Vale, háblame del trato, Greedo. ¿Van a hacerte rico esos cazarrecompensas que has conocido?

—Sí, les hablé de los rebeldes que trafican con armas en el Nivel 88. El Imperio paga una *buena* recompensa por ese tipo de información. Dyyz y Jabalí me dijeron que me meterían en el trato.

—¡Vaya! ¿Lo compartirás *conmigo*?

Greedo sonó con aire de superioridad.

—Sí… te pasaré unos cuantos créditos, Fremp. Pero la mayoría voy a emplearlos en comprar mi propia *nave*. Ninx tiene un pequeño Corsario Incom muy chulo que me dejará en catorce mil. Todo lo que necesita son unos nuevos acopladores de energía.

—Eso no es nada. ¡Podemos *robar* los acopladores!

—Cierto. Yo puedo robar los acopladores de energía. —Greedo le dirigió a su entusiasta amigo la versión rodiana de una mirada condescendiente, mientras llegaban a la puerta secreta del garaje de Ninx. *No hay necesidad de que Fremp piense que ninguna pieza de mi nueva nave le va a pertenecer a él*.

El asistente de Shug Ninx era un corelliano ambidiestro mecánico de hipermotor llamado Warb. Warb reconoció a los dos jóvenes en el monitor de la entrada.

—Eh, Anky… Greedo. ¿Tenéis bombas termales robadas para mí hoy?

—Lo siento, Warb. Mañana tendremos algo.

—De acuerdo, os veré mañana. Shug no está por aquí y yo estoy ocupado.

—Quiero enseñarle a Anky ese pequeño Corsario Incom que me voy a comprar.

—Hmmm… vale. Pasad. Pero como note que falta alguna herramienta ya sé a quienes voy a desintegrar.

Warb les abrió la entrada al garaje de Ninx y volvió al trabajo, ayudando a un contrabandista a poner a punto el motor-luz de un destartalado carguero YT-1300 que había ganado en una partida de sabacc.

El cavernoso taller de reparación era una confusión de naves descuartizadas y el grasiento revoltijo de toda una vida. Piezas por todas partes, ensamblajes completos colgando de elevadores y andamios y los brillantes destellos de soldadura por flujo de iones de los droides técnicos trabajando en andamios alrededor de un enorme Kuat Starjammer-IZX, un veloz transporte de carga que parecía ocupar la mitad del garaje.

Greedo y Anky deambularon por un laberinto de cajones de embalaje hacia donde estaba el Corsario Incom sobre sus patines de aterrizaje, reluciente como una joya arkaniana. ¡Estaba como nuevo!

—Aquí está —dijo Greedo orgulloso—. Voy a llamarlo el *Cazador de Mankas*. Bonito, ¿eh?

Anky tragó saliva.

—¿Solo catorce mil créditos por esto? ¡No me lo creo! Probablemente Shug te la va a sustituir por alguna *chatarra* averiada cuando tenga tu dinero.

—Mi amigo Shug no. Sabe que voy a ser cazarrecompensas. Sabe que un cazarrecompensas tiene que tener una buena nave.

—¿*Tú* vas a ser cazarrecompensas?

Greedo hinchó el pecho.

—Sí. Mi amigo Jabalí Goa dijo que me enseñaría el oficio. Dijo que algunos de los mejores cazarrecompensas son rodianos.

Anky se volvió creyente por un instante.

—¿Crees que me enseñaría a ser un cazarrecompensas a mí también?

Greedo se rio.

—No creo que los *skups* hayan destacado jamás por haber hecho mucho en el mundo del asesinato por una recompensa.

Anky *parecía* alicaído. El mundo natal de los sionianos era conocido principalmente por los expertos *ladrones* que había producido.

—Vamos, Anky. Miremos el interior de mi nave.

Pero la escotilla del corsario estaba cerrada. Como Shug no estaba por ahí, tendrían que pedirle a Warb que se la abriera. Volvieron a abrirse paso a través de los cajones de embalaje y el revoltijo y se dirigieron hacia el YT-1300 en el que Ward y el contrabandista estaban trabajando. Casi había llegado al carguero cuando Greedo vio un par de acopladores de energía Dekk-6 sobre una mesa de trabajo, próxima a la máquina fresadora de Shug.

Greedo en seguida supo que eran Dekks. Los Dekk-6 eran los mejores. Los acopladores Modog solían ser los mejores, pero la tecnología de las naves estelares estaba avanzando muy rápidamente, gracias al Imperio y a sus insaciables necesidades militares.

Fremp también vio los Dekks y ambos jóvenes se pararon a admirar los relucientes componentes. Un par de Dekk-6 podían costar veinte mil créditos, así de avanzados eran.

—Apostaría a que Warb está planeando poner estas en esa chatarra en la que está trabajando —dijo Greedo—. Va a tener que taladrar las cubiertas, para encajar las bridas del convertidor en ese viejo carguero.

—Estas son justo las que necesitamos para tu nuevo Corsario —dijo Anky, tocando el caro dispositivo—. Le irán bien.

Sí. Greedo ya había sentido el impulso de robar los Dekk. Estaban flamantes, eran más que bonitos y él nunca los encontraría parecidos desmontando carabelas hutt.

Un cazarrecompensas necesita una nave rápida. Mi nave será la mejor. Reemplazaré todas las piezas de mi nave con los componentes más avanzados que pueda comprar o robar. Nadie dejará atrás al Cazador de Mankas.

Greedo miró con indiferencia y recorrió con la vista el garaje. Warb y el contrabandista estaban subiendo con un levitador unas pesadas células de energía por la pasarela del YT-1300. Desaparecieron a través de la escotilla.

No había nadie mirando.

Greedo se quitó su chaqueta de piel de rancor y envolvió con ellas los acopladores del tamaño de un puño.

—Date prisa, Anky. Vamos. Tengo que ver a Goa dentro de veinte minutos.

—Vale. Vamos.

De repente Greedo sintió unas poderosas zarpas lanudas agarrándole alrededor de la cintura y levantándole en el aire. Cuando pataleaba y forcejeaba se le cayó la chaqueta de piel y los acopladores Dekk repicaron contra el suelo.

—*¡HNUUAARRN!*

—¡Te kalya skrek, grulla woska! —¡Bájame, cosa peluda!

El wookiee giró a Greedo con sus zarpas de forma que pudiera examinar su cara verde hocicuda.

—*¡NNHNGR-RAAAGH!* —Greedo vio dientes al descubierto y ojos furiosos y se vino abajo. Anky Fremp ya iba camino de la puerta.

—¿Qué pasa, Chewie? —apareció el alto contrabandista corelliano, con Ward a su lado. El contrabandista con la mano derecha sobre un bláster enfundado.

—*HNNRRNAWWN*. —Los gruñidos del wookiee solo eran un sonido aterrador para el joven, pero el contrabandista parecía entenderlos perfectamente.

—Robando nuestros Dekk-6, ¿eh? Genial. ¿Qué clase de negocio tenéis, Warb? ¿Sabes lo que he tenido que pagar por estos Dekk?

—Lo siento, Han. Le dije a Shug que no me fiaba de esos chicos de la calle, pero él le cogió simpatía al verde… Conoces las reglas, Greedo. Voy a tener que hablarle de esto a Shug. Si sabes lo que te conviene, saldrás de aquí y no volverás nunca más… ¡eso si el wookiee no te rompe el cuello antes!

El gran wookiee todavía sostenía al aterrado rodiano a un metro del suelo, como si esperara una señal de su amigo el contrabandista.

—Espera un minuto —dijo el contrabandista—. No le hagas daño, Chewie. Voy a enseñarle una lección a este pequeño ratero… ¿Dónde pusiste esos acopladores Modogs calcinados, Warb?

El wookiee bajó al suelo a Greedo, pero mantuvo su zarpa peluda sobre él mientras Warb rebuscaba por ahí en un gran bidón de desechos cercano al banco de trabajo. Un segundo después apareció Warb con dos acopladores de energía Modog ennegrecidos y corroídos. Se los dio al contrabandista y este se los pasó a Greedo.

—Bien. El chico quería acopladores de energía, puede quedarse estos. Los quité del *Halcón Milenario*. Tienen auténtico pedigrí, chico. Y todo lo que quiero por ellos es esta chaqueta de piel de rancor. ¿Qué me dices? ¿Hay trato?

El contrabandista sonrió y el wookiee apretó el hombro de Greedo.

—T-te jacta. —Me las pagarás por esto.

—¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? —preguntó el contrabandista.

—Ha dicho trato hecho —se rio Warb.

—Bien. El chico reconoce una ganga en cuanto la ve. —El contrabandista alargó la mano para un apretón de manos, pero Greedo la ignoró. En su lugar hizo un sonido con las ventosas de las manos y arrojó al suelo los acopladores quemados. Entonces se volvió y corrió hacia la puerta.

—*HWARRNNUNH*.

—Sí, Chewie, probablemente he sido un poco duro con él. Pero tienes que enderezar a los gamberros mientras aún son jóvenes. De lo contrario no te cuento donde terminarán… Eh, Warb, ¿quieres esta chaqueta? Es un regalo de cumpleaños.

—Gracias, Han. ¿Cómo sabías que hoy era mi cumpleaños?

6. El instructor

Spurch Jabalí Goa estaba sentado solo, contando una pila de créditos, en un rincón del Café Fusión Nuclear. Hizo señas con el brazo cuando vio entrar a Greedo.

—¡Eh, chico, aquí!

A Greedo aún se le notaba el enfado y el resentimiento, pero trataba de aparentar que era un curtido piloto espacial cuando se movía entre la ruidosa concurrencia. Se empezó a sentir mejor cuando un viejo twi'lek grisáceo prácticamente saltó apartándose de su camino.

—Hola, Spurch.

—Toma asiento, chico. ¿Quieres tomar algo?… No te sientes demasiado cerca. Vosotros los rodianos no oléis bien para un diolliano.

Greedo se colocó en el lado opuesto a su nuevo mentor. Goa pidió una botella de quemadura solar de Tatooine para Greedo.

—E-eso es mucho dinero, Spurch. —Greedo miró la pila nerviosamente. Esperaba que Ninx aún le vendiera el corsario, después de lo ocurrido.

—Llámame Jabalí, chico. No atiendo por ese otro nombre. Mi madre creyó que era efectista porque en nuestro idioma significa «valeroso capturador de bichos». —Goa resopló. Sacó un montón de billetes de la pila que tenía en frente de él—. Toma, chico. Para ti. Gracias por el soplo acerca de los rebeldes. Lo pagaron… a lo grande.

—¡Cthn rulyen stka wen! ¡Vaya, eso es genial! —Greedo cogió los billetes y los hojeó. Eran de poco valor… mucho menos de lo que había esperado. Las visiones pilotando su propio veloz corsario comenzaron a evaporarse.

—Uh… doscientos créditos… uh, gracias, Jabalí.

—¿Qué te pasa, chico? Pareces decepcionado. —Goa contempló a su nuevo protegido con un brillante ojo de pájaro.

—Uh… es que creí que sería más, supongo.

—Eh, chico. Quieres ser cazarrecompensas, ¿no? ¿No te dije que los rodianos son los *mejores* cazarrecompensas? ¿No te lo dije?

Greedo asintió solemnemente. *Quiero ser cazarrecompensas. Pero un cazarrecompensas necesita una nave*.

—¿Ahora, crees que entreno cazarrecompensas *gratis*? ¿Eh? ¿Lo crees?… Bébete tu quemadura solar de Tatooine, chico, está deliciosa.

Obedientemente Greedo tomó la botella y se tragó el espeso fluido. Le supo amargo. Se sintió avergonzado. Jabalí tenía razón.

—Uh… supongo que yo… uh, nunca pensé en eso —dijo.

—¡Cierto! ¡Nunca se te pasó por tu pequeña mente codiciosa que Goa *cobre* por enseñar a jóvenes gamberros cómo cazar! Ahora mira aquí. —Goa cogió una de las muchas bolsas atadas a su cuerpo y sacó un montón mucho mayor de créditos—. Esto es todo tuyo, si lo quieres, veinte mil. Esa es la tercera parte de lo que pagaron los imps por la información sobre los rebeldes.

A Greedo se le saltaron las lágrimas y un ansia profunda le revolvió las tripas cuando miró el montón de billetes de créditos. Las visiones del *Cazador de Mankas* comenzaron a formarse de nuevo.

Goa se inclinó hacia delante y clavó sus pequeños y brillantes ojos en Greedo.

—Pero si coges el dinero, *se acabó*, ¿entiendes? No quiero volver a verte nunca más. Tienes que aclararte, chico. ¿Quieres aprender el oficio de un experto… o quieres unas cuantas noches por la ciudad y dar la entrada para una nave trucada que probablemente estrellarás en una semana? Jabalí Goa puede hacer de ti el segundo cazarrecompensas más grande de la galaxia, chico… Jabalí Goa es el *primero*.

Greedo dejó que las palabras de Goa dieran vueltas dentro de su cabeza durante un minuto y se conectaran con sus deseos más profundos. Él quería ese corsario más que nada, pero sentía una necesidad más intensa de *cazar*… una necesidad de ser como su *padre*. Y el oficio de cazarrecompensas era la forma de hacer mucho *dinero*. Un cazarrecompensas rico podía ser dueño de su propia luna y de montones de naves: balandros, cruceros, veleros… incluso *naves de guerra*.

—¿De verdad me enseñarás los secretos? —preguntó Greedo con inseguridad.

—¿Enseñarte? ¡Haré que te tragues los apestosos secretos! ¿Tenemos un trato, chico? Créeme, no haría esto por nadie. Pero tú me salvaste la vida. Participaste conmigo y con Dyyz en tu primera captura… y por el Cúmulo de Cron, eres *rodiano*. Te lo digo, los rodianos son cazarrecompensas *natos*.

Greedo sentía como le recorrían oleadas de orgullo. *Cazarrecompensas nato. Los rodianos son cazarrecompensas natos. Sí, puedo sentirlo, siempre lo he sentido. Mi padre era cazarrecompensas. Yo seré cazarrecompensas. Soy un cazarrecompensas*.

—*Trato hecho*, Jabalí. —Greedo ululó y alargó la mano.

Goa se fijó en los dedos con ventosas y una mirada de disgusto atravesó su cara. *Hasta las manos del chico huelen raro*. Tocó escrupulosamente la mano de Greedo con la suya propia.

—*Trato* —dijo—. Vamos, te pediré otra quemadura solar en la barra… te presentaré a alguno de los chicos.

El tonto del chico cayó, pensó Goa, mientras se abría paso hacia la barra del bar. *Conseguí quedarme con su participación y todo lo que tengo que hacer es decirle unos pocos «secretos» y lo más probable es que consiga hacerlo bien por sí solo en un mes o dos… Bueno, quién sabe, tal vez sea un buen cazarrecompensas… ¡Creo que no he visto nunca que un rodiano sea bueno en nada que no sea matar ugnaughts desarmados!*

7. Vader

A quince mil kilómetros de la luna espaciopuerto, a la sombra del luminoso planeta de los hutt, el vacío estrellado se rompió y una poderosa nave de guerra triangular surgió del hiperespacio.

Un destructor estelar.

Mientras el enorme navío se movía en una órbita estacionaria sobre Nal Hutta, los soldados de asalto imperiales respondían al toque de formación, ajustándose la blanca armadura corporal y sacando de las fundas cargadoras los fusiles bláster cargados.

Las botas de los soldados resonaban en la plataforma de lanzamiento mientras corrían a la formación próxima a las dos lanzaderas de asalto Gamma camufladas que los transportarían a la luna espaciopuerto.

En lo alto, en el alcázar del destructor estelar *Venganza*, el comandante de la misión recibía las instrucciones finales de una imponente figura completamente recubierta por una armadura negra. La voz profunda de la figura resonaba a través de una mascarilla de respiración electrónica.

—Quiero *prisioneros*, capitán. Los rebeldes muertos no me dirán dónde están enviando esas armas. —El amenazante silbido de la grotesca mascarilla de respiración recalcaba la amenaza implícita en la voz y en las palabras.

—Sí, Lord Vader. Será como ordene. El incidente de Datar fue desafortunado, señor. Los rebeldes nos combatieron hasta el último hombre.

—Hemos perdido el elemento sorpresa, capitán. El Vicealmirante Slenn pagó ese error con su vida. Esta vez *no* habrá errores. Esta vez los rebeldes *no* deben saber que venimos. ¿Están preparadas las lanzaderas de asalto?

—Sí, Lord Vader. He tenido que camuflarlas como si fueran cargueros ligeros, señor. Nuestros agentes han obtenido los necesarios códigos de acoplamiento prioritarios del control del puerto. Tenemos libertad para entrar en el sector corelliano de Nar Shaddaa a cualquier hora que queramos.

—Bien. Parta de una vez, encuentre el enclave enemigo y capture tantos rebeldes como pueda. Les seguiré en cuanto la situación sea segura.

—Muy bien, señor. La misión se pondrá en marcha de inmediato.

Cuando el centinela de la Fuerza Especial Rebelde Spane Covis vio los dos desgastados cargueros de mercancías pasar descendiendo por el desfiladero de vuelo y entrar en el Nivel 88, no pensó nada al respecto.

Desde su puesto en un mirador alquilado en la Torre Uno del puerto, se suponía que Covis alertaría a su comandante si una circulación inusual de naves entraba en las inmediaciones. Era un trabajo aburrido. No ocurría nada fuera de lo normal. La atención de Covis estaba funcionando sobre el treinta por ciento.

Entonces cayó en la cuenta: el blindaje era totalmente incorrecto. Las puertas de carga eran demasiado pequeñas. «Nunca había visto cargueros con una configuración como esa».

Covis agarró su intercomunicador y gritó:

—¡Perro Estelar Uno, aquí Dewback!

—Adelante, Dewback, ¿cuál es el problema?

—Vigila tu cola, Perro Estelar. ¡Dos rancors en casa!

—Los tenemos, Dewback.

Veinte comandos rebeldes ya habían tomado posiciones dentro del almacén, con sus sensores de vigilancia escaneando la calle, cuando los Gammas camuflados irrumpieron en escena.

En la parte de atrás del cavernoso edificio, otro grupo de infantería de la Fuerza Especial cargaba la bodega de un enorme transporte Z-10, despejando el almacén de tanto armamento como podían antes de que comenzara el tiroteo.

En el mismo centro del almacén, detrás de un escudo contra bláster pesado, un cañón de iones de campaña C4-CZN estaba girando en posición.

El elemento sorpresa que esperaban los imperiales había desaparecido.

El tiroteo en el Nivel 88 fue muy intenso y todo ocurrió *muy* rápido.

La madre de Greedo, Neela, oyó un estruendo estremecedor y corrió hacia la ventana de la reconstruida ventilación de salida de humos donde vivían ella y sus hijos, en una maraña de estructuras apretujadas en un extremo del distrito del almacén.

En ese momento una de las lanzaderas de asalto Gamma se transformó en vapor llameante, haciéndose una esfera de luz y energía que se expandió en un fogonazo, inflamando ambos lados de la calle. La bola de fuego verde quemó los grandes ojos de Neela. Se volvió y echó a correr chillando al fondo del apartamento.

La otra Gamma encendió dos turbos gemelos y la fachada del almacén rebelde se hizo añicos y reventó. La tripulación de la lanzadera bajó por la rampa. Las tropas de choque imperiales emergieron disparando.

Otra descarga del cañón de iones C4 y la segunda Gamma fue historia. Se produjo una lluvia cruzada de disparos de bláster, cayeron sesenta soldados de choque y el combate terminó. El resto se rindió.

Greedo andaba por ahí con Goa y Dyyz y un grupo de cazarrecompensas en el Nivel 92. Los cazadores tenían noticias de que se había hecho pública una lista de buscados por un importante señor del hampa. El hutt estaba asignando trabajos de cobros por orden de llegada, formalizados mediante contratos firmados.

De repente las sirenas de emergencia comenzaron a resonar y Greedo vio chalanas contra incendios corellianas descendiendo por el desfiladero de vuelo, con destellos estroboscópicos rojos.

—Parece que a los imps les llegó nuestro *mensaje* —dijo Jabalí, haciendo un guiño de complicidad a Greedo.

Greedo trató de sonar despreocupado.

—Sí, tal vez. Podría ser solo otro fuego iniciado por los Moradores de la Penumbra. —Entonces el humo empezó a subir por el desfiladero y Greedo comenzó a preocuparse.

A Greedo no se le había ocurrido hasta después de haberle contado a Goa y Dyyz lo de los traficantes de armas rebeldes que eso podría ser peligroso para su gente. Los refugiados rodianos vivían y trabajaban en el Nivel 88, ellos estarían en la trayectoria de cualquier ataque de las tropas de asalto imperiales.

—Uh… supongo que yo… uh, te veré luego, Jabalí. A ti también, Dyyz. Tengo que ocuparme de algunos asuntos.

Goa levantó una ceja.

—Claro, chico. Dyyz y yo lo más probable es nos piremos a Tatooine esta noche, así que, si no te veo, ¡buena suerte!

¡Tatooine! ¡Los contratos del hutt! Greedo se alejó sintiéndose enfadado y traicionado porque Goa no le hubiera invitado a ir con él. Hasta ahora le había dado muy poco entrenamiento. *Y se había quedado mi parte de la recompensa*.

Greedo empezó a darse la vuelta para rogarle a Jabalí y a Dyyz que le llevaran a Tatooine. Entonces el rostro de su madre gritando inundó su mente de repente. En lugar de volverse, Greedo comenzó a correr hacia el elevador por repulsión más cercano.

Greedo entró en el elevador y le dio al botón que marcaba «88». El elevador cayó como una piedra, parando suavemente unos pocos segundos después en el Nivel 88. Sonó una alarma y las puertas del elevador se negaron a abrirse. Sensores automáticos habían bloqueado las puertas del elevador en ese nivel.

Mirando a través de la puerta transparente, Greedo vio por qué, la calle era una masa de humo y llamas. Las chalanas contra incendios corellianas estaban luchando contra el fuego con pulverizadores químicos y haciendo progresos con rapidez.

Greedo trató de atisbar a través del humo para ver si el complejo de la morada de su familia estaba en llamas. Los rodianos vivían justo detrás del núcleo de residuos. Greedo no podía ver a esa distancia, pero supuso que todo estaba bien. Solo el almacén rebelde y los edificios al otro lado de la calle estaban ardiendo.

Greedo se relajó y empezó a disfrutar de la escena que tenía delante de él. Podía ver a los rebeldes ayudando a los bomberos y empezó a preguntarse qué había pasado ahí

exactamente. Los únicos soldados de asalto visibles estaban tendidos sobre sus espaldas, con el casco hecho añicos.

Justo entonces Greedo oyó el sonido de metal arrancado y vio a los bomberos girarse hacia el desfiladero de vuelo, que estaba fuera de su línea de visión. Las caras de los bomberos cambiaron expresando miedo y un segundo después una enorme máquina de guerra negra flotaba a la vista, vomitando disparos láser desde diez puntos diferentes de su intrincada superficie.

La máquina era un monstruoso instrumento de muerte, con forma de cangrejo, con pinzas desgarradoras a derecha e izquierda, una falange de armas de ráfagas a proa y popa, y en el centro un puente de mando asegurado tras blindaje pesado, más o menos donde estaría la boca del cangrejo. Flotaba con energía repulsora, se movía con mucha rapidez y mataba *todo* a su paso.

Greedo aporreó la puerta del elevador. Aún no podía abrirse. Parte de él estaba triste de que no pudiera abrirse. Parte de él quería marcharse. Esa parte de él golpeó el botón del Nivel 92. *Mi familia estará bien. Solo van a morir los rebeldes*.

Cuando el elevador subió lejos de la matanza, Greedo alcanzó a ver por última vez la Máquina de la Muerte mientras vomitaba un grueso chorro blanco de energía caliente dentro del almacén rebelde. Entonces su visión quedó bloqueada al moverse entre dos niveles.

Un momento después tembló todo el sector como si hubiera sido golpeado por un asteroide.

Greedo salió a trompicones a la calle del Nivel 92 e inmediatamente cayó de bruces. La calle se agitó y tembló y un estruendo terrible llenó el aire. La gente huía corriendo o agarrándose a los vehículos que pasaban dando tumbos, dirigiéndose hacia el desfiladero de vuelo.

Mientras luchaba por incorporarse, Greedo vio a los cazarrecompensas moviéndose juntos hacia la plataforma de aparcamiento reservado donde todos tenían guardadas sus naves. Vio a Dyyz Nataz, pero no podía divisar a Jabalí Goa.

Una mano enguantada agarró el hombro de Greedo. Levantó la vista hacia la cara con pico ancho de su amigo.

—Si sabes lo que te conviene, chico, te vendrás conmigo y con Dyyz. Los imps están de *mal* humor por algo. Creo que los rebeldes les dieron más guerra de la que esperaban.

—Mi gente… No puedo dejar a mi familia… mi pueblo.

—No te preocupes por tu familia, chico. Si vas a ser cazarrecompensas, vas a tener que despedirte de la familia, tarde o temprano. Ahora es tan buen momento como cualquier otro… Además, probablemente estarán bien.

Jabalí Goa echó una mirada inquisitiva a Greedo y después se alejó, siguiendo a Dyyz hacia su nave.

Greedo se quedó de pie y miró como se iba Jabalí, intentando poner en orden su mente, tratando de decidir qué es lo que quería de verdad.

Quería ser cazarrecompensas.

El crucero de líneas elegantes *Nova Víbora* se elevó con el grupo de naves cazarrecompensas que se dirigían fuera del puerto, haciendo cola para la autorización de salto.

Las autorizaciones no llegaban. El control del puerto estaba preocupado.

Así que las naves saltaron de todas formas.

Lo último que vieron Goa, Dyyz y Greedo fue el colapso de una cuarta parte completa del sector corelliano, planta tras planta, con un magnifico destello y estruendo.

—¡Vaya! ¡Deben haber desaparecido veinte niveles! —gritó Dyyz—. Acaba de *morir* un montón de buena gente, Goa.

—Y nosotros estamos vivos… ¿verdad, Greedo?

Greedo no contestó. Solo se quedó mirando la creciente conflagración, la sucesión de bolas de fuego, las hinchadas nubes de humo negro.

El ordenador de navegación seleccionó Tatooine.

Hicieron el salto.

8. Mos Eisley

Una enorme figura con armadura estaba de pie en la entrada de la oscura y ruidosa cantina, inspeccionando la variopinta muchedumbre con ojos electrónicos rojos brillantes.

—Eh, ¿no es ese Gorm el Desintegrador? ¿Qué está haciendo aquí? ¡Creí que le habíamos *matado*!

—Claro… mi amigo Greedo frio su motivador. Pero Gorm tiene biocomponentes de seis alienígenas distintos. La única forma de *matarle* es vaporizar el ensamblaje entero.

Dyyz Nataz refunfuñó.

—¿Por qué no me dijiste eso, Goa? Podía haber *terminado* con él. ¡Ahora tenemos que preocuparnos de que nos ataque por los *créditos* que le debemos!

—Tómatelo con calma, Dyyz. Jodo Kast acaba de contarme que Jabba le dio a Gorm el trabajo más goloso de la lista de buscados: cincuenta mil créditos por traer a *Zardra*.

—¿Estás de guasa? Zardra es una *cazarrecompensas*. ¿Qué tiene Jabba contra ella?

Los tres estaban sentados en las sombras llenas de humo de la Cantina de Mos Eisley, bebiendo a sorbos Pica Nubarrón verde y mirando deambular a los cazarrecompensas de toda la galaxia: weequays, aqualish, arcona, defels, kauronianos, fennebs, cabezas de púas, bomodones, alferidianos y los inevitables *ganks*. Greedo incluso vio un par de

rodianos. Ellos saludaron con la cabeza en su dirección, pero no les devolvió el saludo. Hace mucho tiempo que había aprendido que los rodianos desconocidos podían ser peligrosos.

Entraron un corelliano presuntuoso y un gran wookiee y se quedaron de pie en los escalones de la entrada durante un minuto, observando a la multitud. Greedo reconoció a los contrabandistas con los que se había topado en el garaje de Ninx en Nar Shaddaa. Sintió crecer dentro de él un rencor exasperante al ver a los dos.

Entonces el corelliano se volvió y salió de la cantina, y el wookiee le siguió. Dyyz Nataz resopló:

—Bien, Solo. Estás en el lugar *equivocado*, amigo.

—¿*Han Solo*? ¿Está aquí? —Jabalí Goa se giró en redondo en su silla y miró por todo el recinto.

—Sí. Solo y su colega wookiee Chewbacca entraron, echaron un vistazo y *salieron*. Solo está en la lista de Jabba, ya sabes. ¡Si yo fuera él, haría como si fuera una rana espacial y saltaría a otra galaxia! —Dyyz se tomó un buen trago de nubarrón—. Ahora, ¿qué pasa con esa Zardra? ¿Qué *hizo* para valer cincuenta para Jabba?

Goa se volvió a sus dos compañeros y levantó su copa. Para ser un planeta completamente seco, Tatooine, fabricaba algunas de las mejores bebidas de la galaxia; caras, pero muy ricas.

—Por Zardra —dijo, y bebió, después se limpió la boca con su mano enguantada.

»Zardray Jodo Kast estaban en una cacería en el sistema Stenness, buscando un par de piratas de especia llamados los hermanos Thig. Los Thig estaban armados hasta los dientes con blásters imperiales que habían robado de un depósito de suministros militares. Jodo le dijo a Zardra "¿Por qué no nos separamos? Haré correr la voz por los puertos de que estoy siguiendo a los Thig… y vosotros estaréis fuera de la vista. Los Thig estarán deseando pelear, conozco a esos tipos. Vendrán a buscarme, organizaré una pequeña confrontación y vosotros les atacaréis por sorpresa. Dejarlos solamente sin sentido, ya sabéis. Los agarraremos con vida".

»Jodo sabía que él podía contar con Zardra. Es tan intrépida como ellos y una tiradora de primera con un láser aturdidor.

—Sí. La he visto en acción. La mejor. ¿Qué ocurrió entonces?

Todo ese tiempo Greedo estaba sin decir nada. Estaba saboreando el comentario de Dyyz sobre que Solo estaba en la lista de Jabba. Imágenes de venganza a medio formar se esbozaban en su mente. Estaba contento sentado escuchando a sus amigos y mirando a la multitud de cazarrecompensas. *Yo soy uno de ellos*, pensó, *Spurch va a llevarme a conocer a Jabba… Jabba necesita buenos cazadores en este momento… a montones. Jabba me necesita*.

Entonces Gorm el Desintegrador se puso de pie y recorrió con la vista el recinto con sus ojos rojos electrónicos. Greedo se agachó y ocultó la cara con su mano. Mirando entre dos dedos con ventosas, vio al gran cazarrecompensas caminar con aire arrogante hacia la entrada.

—Ahí va Gorm —dijo Greedo, alertando a sus amigos.

—¿Ah… sí? Adiós y buen viaje, digo. Irá de camino a encontrarse con Zardra. ¡Espero que lo reduzca a escoria!

—Tal vez deberíamos advertir a Zardra, Jabalí.

—No te preocupes, lo sabe. Tiene un montón de amigos en nuestra línea de trabajo. Apuesto un buen filete de krayt que Jodo ya ha hablado con ella.

—Probablemente tengas razón… ¿Qué hay del resto de la historia? *¿Por qué Jabba el hutt le paga a Gorm cincuenta mil por matar a Zardra?*

—Fácil. ¡Ella mató a un *hutt*, por eso! Cuando los hermanos Thig vinieron buscando a Jodo, le encontraron esperando en la Sombra Roja; que es una taberna de Taboon, un antro situado en un planeta donde nadie salvo los nessies podría vivir. El problema fue que un hutt llamado Mageye estaba de paso, de camino a cerrar un trato con el viejo BolBol, otro hutt que prácticamente era el *amo* del Sistema Stenness.

—Oh, ya caigo. ¿Mageye fue cogido en el fuego cruzado? —Dyyz hizo un ruido de bostezo tras su máscara.

—Peor. Mageye era transportado a la taberna en un palanquín, ya ves, por cinco de esos fornidos weequays. Comenzó el alboroto, los Thig estaban disparando a todo lo que se movía, dos weequays fueron alcanzados, soltaron el palanquín y el gusano cayó rodando… ¡justo encima de Zardra!

—¡Ja! ¡Pobre Zardra!

—Pobre Mageye. Zardra llevaba puesta armadura completa, pero aun así estaba siendo aplastada y las babas y el hedor casi le asfixia… ¡Así que ella saca de su bolsillo un detonador termal de calibre seis y lo hace estallar dentro de la boca del hutt!

Goa se detuvo para impresionar, dejando que sus oyentes se formaran una imagen de lo que ocurrió a continuación. Greedo hizo un suave sonido ululante. Dyyz emitió un ruido de nudo en la garganta. Goa tomó su nubarrón y tragó.

—Les llevó un mes limpiar el desastre, chicos. —Goa bebió más nubarrón y su pico cubierto de espuma hizo un ruido chasqueante de satisfacción.

—Uh… genial. Buena historia, Jabalí —dijo Dyyz, riendo—. ¿Así que cuando nos toca ser recibidos por Jabba?

Goa miró su cronómetro.

—De hecho, llegamos tarde —dijo—. Pongámonos en movimiento.

9. Jabba

Jabba el hutt, gánster preeminente, estaba recibiendo candidatos en su mansión, a un paseo corto de la cantina.

Se formó un violento vendaval en el desierto circundante, azotando nubes de polvo sobre Mos Eisley. Las angostas calles del espaciopuerto, estaban oscuras y asfixiantes de polvo. Los tres cazarrecompensas se tapaban la cara con capas protectoras mientras se apresuraban a su audiencia con el notorio hutt.

—No sé cómo pueden mantener funcionando los droides en un lugar como este —dijo Dyyz—. Mi visor ya tiene tres centímetros de arena debajo.

—A los granjeros de humedad se les dañan muchos droides —dijo Goa—. La arena se mete en las juntas, obstruye las aletas de refrigeración y los circuitos se queman. La mitad de la población vive de la *chatarra*, que es el principal producto de este ardiente y polvoriento planeta.

Dos robustos gamorreanos colmilludos bloqueaban la pesada rejilla de hierro que protegía el patio de la mansión de Jabba. Las bestias parecidas a cerdos hicieron gruñidos amenazadores y blandieron hachas de batalla cuando los cazarrecompensas aparecieron de entre las calles oscuras. Pero Jabalí Goa no vaciló, rugiendo la contraseña que le habían dado antes. Los gamorreanos dieron un paso atrás inmediatamente.

La verja de puntas de lanza se alzó con el chirrido de engranajes ocultos y Goa avanzó despacio bajo las amenazadoras puntas con un petulante modo de andar. Dyyz y Greedo se quedaron atrás, esperando a ver qué le pasaba a su amigo. Goa se volvió y cacareó.

—¿Qué pasa, Dyyz? ¿Tienes miedo del viejo Jabba? ¡Él es el *amigo* de los cazadores! ¡Vamos, Greedo, te enseñaré cómo hacerse *rico*!

De repente cuatro niktos de aspecto fiero salieron de las sombras del patio y apuntaron a Goa con picas bláster.

—¡Nudd chaa! ¡Kichawa joto! —gritó uno de ellos.

—¡Vosotros qué sabéis! ¡Llegamos justo a tiempo! ¡Jabba está preparado para vernos! —Goa ignoró las picas y siguió sin miedo hacia la abertura resplandeciente del domicilio de Jabba. Los niktos bajaron sus armas y gruñeron algo ininteligible.

Dyyz y Greedo le siguieron, cautelosamente.

El estridente parloteo de la chusma galáctica que abarrotaba la sala de audiencias de Jabba era ensordecedor. Alienígenas y humanos, un centenar de especies diferentes, caras crispadas por la gula y la depravación, vistiendo un surtido variopinto de trajes de piloto espacial y ropa militar.

Todos los ojos se volvieron hacia los tres recién llegados. Greedo observó la grotesca concurrencia y se asombró; le pareció que solo reconocía unas pocas especies de sus años en Nar Shaddaa.

—¿Todos esos son *cazarrecompensas*? —gritó a Goa.

—No. Tal vez la mitad de ellos más o menos. El resto solo son aduladores aprovechados que disfrutan estando alrededor del hedor y la corrupción de Jabba.

Goa no estaba bromeando precisamente. Greedo notó que un olor rancio impregnaba la sala y en pocos segundos adivinó la fuente: el gran gusano, Jabba el hutt, instalado cómodamente sobre una plataforma a su derecha, chupando de una intrincada pipa de agua.

Greedo había visto muchos hutts en las calles de Nar Shaddaa, pero nunca había estado con uno en un espacio cerrado. Se le revolvió el estómago y retrocedió ante la vista y el olor de la masa miasmática del gran gánster, adulado por empalagosos twi'leks y cabezas de púas y… *rodianos*. Sí, los dos rodianos que habían visto en la cantina estaban ante el gran Jabba, inclinados servilmente, como suplicantes en el palacio de un príncipe altanero. Un droide de protocolo plateado estaba traduciendo sus abyectos comentarios para el maloliente Jabba.

—Quizás se están inclinando para vomitar —dijo Dyyz, leyendo los pensamientos de Greedo.

—¿Cómo va a notar la diferencia un rodiano? —dijo Goa—. Los memos verdes apestan casi tan mal como Jabba.

Greedo echó una mirada sobresaltada a Goa. *¿Por qué ha dicho eso? ¿Para él solo soy un «memo verde»?* Decidió que Goa pretendía hacer un chiste burdo.

Cuando los dos rodianos se perdieron en la muchedumbre, el mayordomo Bib Fortuna lanzó una ojeada desconfiada hacia los nuevos visitantes. Con un casi imperceptible gesto de la cabeza, hizo una seña para que Goa, Dyyz y Greedo dieran un paso adelante.

Cuando los tres cazarrecompensas se movieron hasta la posición frente al gran gusano la chusma se calló. Todos querían ver si estaba a punto de ejecutarse una sentencia de muerte. Cuando se hizo aparente que estos solo eran otro equipo de codiciosos cazarrecompensas, se reanudó el barullo.

—¡Vifaa karibu uta chuba Jabba! —comenzó Goa, hablando en perfecto huttés. Él sabía que Jabba hablaba muchos idiomas con fluidez y usaba su droide de protocolo para los varios millones de otras formas de comunicación. Pero deseaba honrar al señor del crimen de todas las formas posibles.

—¡Mojajpo chakula cha asubuhi! —retumbó la voz del hutt, aparentemente complacido de ser tratado con respeto por escoria.

—¿Qué ha dicho? —dijo Dyyz—. ¿Qué *has* dicho?

—Le he contado que es el montón de fango de pantano más repugnante de la galaxia. Él me ha dado las gracias por postrarme ante su hinchado viscoso y putrefacto cuerpo.

—¿E-en serio? —susurró Greedo—. ¿Has dicho eso?

—Goa te está tomando el pelo, chico. Si hubiera dicho cualquiera de esas cosas, seríamos carnada de rancor.

Goa volvió toda su atención al hutt, esperando que Jabba no hubiera escuchado el intercambio de cuchicheos.

Si lo había oído, Jabba no dio signos de ello. Empezó a reírse bastante jovialmente y se echó a la boca un retorcido gusano de las arenas. A Greedo casi le dan arcadas a la vista de la hinchada lengua, chorreando de babas. A esa distancia, no mayor de metro y medio, el repugnante olor del aliento de Jabba era insoportable.

El seboso cuerpo del hutt parecía soltar periódicamente una grasienta descarga, enviando nuevas oleadas de hedor putrefacto a los sensibles orificios nasales de Greedo.

—¡Ne subul Greedo, pombo gek fultrh badda wanga! —Goa puso una mano sobre el hombro de Greedo mientras presentaba a su protegido al ilustre gánster. Greedo hizo una reverencia nerviosa, mientras los enormes ojos se volvían hacia él, reduciéndolo a polvo espacial.

Jabba y Goa intercambiaron unas pocas frases y entonces Jabba pasó a soltar un largo monólogo que terminó con las palabras…

—¿… kwa bo noodta du dedbeeta *Han Solo*?

Goa se volvió a Greedo y a Dyyz.

—El gusano se ha dignado a ofrecernos la oportunidad de cazar a uno de sus más notorios deudores, ese pirata Han Solo. Sostiene que perdió un cargamento de especia cuando fue abordado por los imps. Pero Jabba cree que Solo vendió la especia y se quedó con el dinero. Esto es un trabajo de cobro; *Jabba quiere ese dinero.*

—No quiero problemas con Solo —dijo Dyyz—. Tiene demasiadas formas de vengarse… incluso después de muerto.

—Yo puedo tratar con él —dijo Greedo—. Solo es un contrabandista de especia corelliano de poca monta que se cree alguien. Me robó una chaqueta de piel de rancor. *Atraparé a Solo.*

Jabalí Goa miró a Greedo un momento y entonces le dio una palmada en la espalda.

—De acuerdo, chico. ¡Eso es lo que quería escuchar! ¡Esta será una buena misión para echar los dientes de leche, porque Solo está en Tatooine! Le vimos hoy en la cantina, ¿te acuerdas? Incluso podría darte algún apoyo. Si lleva el dinero encima, lo obtendrás fácilmente.

Dyyz resopló.

—Genial, tú ayuda al chico. Yo no quiero tener nada que ver con eso… Ahora, ¿qué pasa con nosotros? ¿Vas a arreglar un par de tratos para nosotros o vas a desperdiciar todo el viaje en el chico?

—Vale, eso está hecho. —Goa intercambió unas pocas palabras más con Jabba y entonces Fortuna pasó a los cazarrecompensas tres rollos, los contratos oficiales asignándoles «derechos de caza» exclusivos por un período de dos meses de Tatooine. El rollo de Solo era por un período mucho más corto, debido al hecho de que Jabba estaba ansioso por eliminar una deuda que había permanecido sin cobrar demasiado tiempo.

A la señal de Fortuna, los tres cazarrecompensas hicieron una reverencia ceremoniosamente y retrocedieron haciendo sitio al siguiente equipo de solicitantes de empleo; un desagradable humano llamado Dace Bonearm y su droide asesino modelo IG.

Greedo se encontró separado de Goa y Dyyz, cuando estos fueron engullidos por la abarrotada sala de audiencias. Greedo se abrió paso hasta un lugar en una esquina, cerca del bar. Sin ser preguntado, el camarero aqualish deslizó un vaso lleno hasta el borde

hacia donde estaba. Greedo se sintió orgulloso de sí mismo mientras apoyaba su espalda contra la pared y sorbía la espesa quemadura solar de Tatooine.

Al otro lado de la habitación podía ver a Dyyz, de pie cerca de un cazador llamado Dengar, que Greedo recordaba de Nar Shaddaa. Estaban examinando sus rollos y comparando anotaciones.

Jabalí Goa estaba inmerso en una conversación con uno de los rodianos. Greedo sintió una punzada de celos, viendo a su mentor hablando con otro cazarrecompensas rodiano.

Soy un cazarrecompensas, pensó. *Voy a acechar a mi presa, cobraré la recompensa y empezaré a hacerme una reputación. Voy a ser el cazarrecompensas rodiano más duro que haya habido*.

Me pregunto de que están hablando ese rodiano y Goa. Vio a Goa mirando hacia él, entonces los ojos del rodiano se encontraron con los suyos y Greedo se dio cuenta de que estaban hablando de él. Al principio, se sintió incómodo siendo observado por el rodiano desconocido. Entonces Goa hizo señas y el rodiano levantó la mano, con las ventosas hacia afuera, en un gesto de hermandad.

Greedo sonrió con orgullo. *Bien, están hablando sobre mí; Greedo el cazarrecompensas*.

10. Solo

—¡*RRUUARRRNN!* —El wookiee dejó caer con estrépito un puño peludo sobre el generador de escudo del *Halcón Milenario* y echó hacia atrás su máscara de soldar.

—¡*Cálmate*, Chewie! Yo quiero salir de esta bola de suciedad tanto como tú. Pero sin deflectores somos presa fácil para piratas de especia e imps entrometidos.

—¿Hwuarrn? ¿Nnrruahhnm?

—Vale. Jabba está montando la mayor cacería de recompensas del sector, y tú te acabas de enterar que nuestros nombres están circulando por todo el desierto. Esa es otra razón para soplar esta junta. Pero como yo digo, si la nave hubiera estado a cubierto durante la tormenta de arena, no estaríamos en este apuro.

Han Solo terminó de limpiar de arena los reguladores de aluvio con la aspiradora y se secó la frente con la manga. *¿Por qué un tipo libre y sin ataduras como yo siempre termina en planetas perdidos como este, cuando podría estar disfrutando de la brisa del océano de cualquier centro turístico de juego del universo?*

Porque no soy muy bueno en el sabacc, pensó. *A veces tengo suerte, sí. Pero no muy a menudo. Al contrario que alguna gente que conozco, voy a trabajar toda la vida*.

Chewbacca hizo un tenue gruñido de advertencia y Solo levantó la cabeza y miró alrededor. Dos bulbosos ojos de múltiples caras sobresaliendo de una bola verde de carne con púas le miraban fijamente. El cuerpo humanoide vestido de piel bajo la cabeza sostenía un bláster con dedos de múltiples ventosas.

—¿Han Solo? —la voz procedente del largo hocico habló a través de un traductor electrónico.

—¿Quién quiere saberlo? —Han *sabía* quién quería saberlo. Un rodiano con un bláster *siempre* es un cazarrecompensas… o un cobrador de facturas.

—Greedo. Trabajo para Jabba el hutt.

—Greedo… oh sí, te recuerdo, el chico que intentó robar mis acopladores de energía. Vale, me alegro por ti, así que ahora trabajas para Jabba. A propósito, yo entiendo rodiano, así que puedes apagar la caja de graznidos.

Han bajó del andamiaje tan tranquilamente como pudo y recogió un trapo para limpiarse las manos. Oculto en el trapo estaba un pequeño bláster Telltring-7, cuidadosamente situado allí justo para esta eventualidad. Afortunadamente no tenía que usarlo; su boca era su mejor arma.

—Escucha… dile a Jabba la *verdad*, que vine a Tatooine por una única razón: *pagarle*.

Greedo desconectó el traductor. Goa había sugerido que lo usara para asegurarse de que el «cliente» entendía completamente la gravedad de la situación. *Pero si Solo realmente entiende rodiano, seré capaz de usar amenazas rodianas intraducibles*.

—Neshki J'ba klulta ntuz tch krast, Solo. —Jabba no cree que los parásitos de columna vertebral digan la verdad, Solo.

—Sí, bueno, ¿qué sabrá ese sobrealimentado con forma de bicho? ¿De verdad crees que me *acercaría* siquiera a este lugar si no tuviera el dinero?

La mano de Greedo apretaba su pistola. No estaba seguro si insultar a su patrón requería una acción especial por parte de un cazarrecompensas. Aunque lo que dijo Solo acerca de su estancia en Tatooine era lógico, pensó. Si alguien anduviera tras tu pellejo, ¿volarías para meterte en su bolsillo trasero? *Esto va a ir como la seda*.

—Skak, trn kras ka noota, Solo. —De acuerdo, entonces dame el dinero, Solo—. Vnu sna Greedo vorskl ta. —Luego Greedo se irá por su camino.

—Sí, ¿sabes qué, Greedo?… ¿Sabes qué? Eso no es tan sencillo. La pasta está atornillada aquí adentro del armazón del *Halcón*. Un escondrijo secreto. ¿Entiendes? ¿Por qué no vuelves mañana por la mañana y te lo entrego? Será pan comido. ¿Cómo te suena eso?

—Nvtuta bork te ptu motta. Tni snato. —No, ve a buscarlo ahora mismo. Esperaré.

No voy a dejar que este pez de los barrancos se escape de mi alcance, pensó Greedo, *especialmente con Jabalí mirándome desde las sombras*.

—*No puedo* ir a buscarlo ahora mismo. Escucha, si puedes esperar hasta mañana, te daré una pequeña bonificación; un par de miles de créditos solo para ti. ¿Qué tal te suena eso?

Eso sonaba bien.

—Prog mnete enyaz ftt save shuss. —Que sean cuatro mil créditos.

—¿*Cuatro* mil? ¿Estás loco?… Oh, de acuerdo, me tienes entre la espada y la pared, amigo. Lo haremos a tu modo. Cuatro mil para ti, a primera hora de la mañana. Ese es el trato.

Sin más palabra, Solo le volvió la espalda al cazarrecompensas y empezó a limpiar una llave inglesa. Mantenía el pequeño bláster en la palma de la mano, solo por si el chico verde cambiaba de opinión. Pero un minuto después Chewie le dio su gruñido de «todo despejado» y Solo se relajó.

—Genial, Chewie. ¿Te puedes creer qué cara tiene ese tipo? Ahora vamos a terminar de preparar la nave *esta noche*. Cuando ese gamberro vuelva mañana por la mañana, ¡todo lo que va a encontrar es una gran mancha de grasa en el suelo del hangar!

Jabalí Goa sorbió una luz de estrellas sorpresa y echó un vistazo por toda la cantina de Mos Eisley. La multitud de cazarrecompensas estaba mermando. Muchos cazadores habían conseguido sus contratos y se habían marchado. Algunos de ellos probablemente ya estaban acechando a sus objetivos en las calles de ciudades a miles de pársecs.

—Solo no piensa pagarte —dijo, mirando a su protegido—. ¿No lo captas? Es una evasiva.

Jabalí se fijó en los dos rodianos que estaban sentados en el reservado cercano a la entrada. Le saludaron con la cabeza y él les devolvió el saludo.

—Deberías conocer a esos dos rodianos, Greedo. Son buenos cazadores. Apuesto que pueden enseñarte cosas que incluso yo no sé. ¿Quieres que te los presente?

Greedo bajó la mirada a su bebida. *Goa no sabe nada sobre las guerras de clanes. Nunca se lo conté. No sabe de la época en que llegaron las naves cazando a los refugiados Tetsus. Los Tetsus no hablan con rodianos extraños. Él no sabe eso, porque yo no se lo conté nunca*.

Sí, pero, cuál es la cuestión. Ahora soy un cazarrecompensas, eso es lo importante. Los cazarrecompensas andan juntos, beben juntos, intercambian historias de combate, se ayudan a salir de los aprietos. Así, después de que haga mi primera caza, después de que Solo me pague y le pase el dinero a Jabba, después de que la noticia empiece a circular… entonces me haré amigo de esos tipos. Ellos me respetarán, tomaremos un trago juntos, me contarán algunas grandes historias y yo les contaré como salvé a Dyyz y Goa disparando a Gorm justo en sus tripas electrónicas.

—… pues, como digo, Greedo, todo trato con Jabba tiene dos caras. Esa es mi lección de hoy. Si cobras la deuda, tendrás buenas relaciones con Jabba. Pero si le fallas a Jabba, estás prácticamente *muerto*.

Greedo trató de hablar con tono despreocupado.

—No te preocupes, Jabalí. Solo pagará. Primero nos enteraremos con seguridad si lleva el dinero. Después, si no lo entrega, lo mataré y lo *cogeré*… ¿Aún vas a actuar de apoyo en caso de que el wookiee intente algo?

—Claro. Ese es el plan, ¿no?

—Wknuto, Goa. —Gracias, Goa.

La nave de Han Solo, el *Halcón Milenario*, estaba todavía posada en el hangar de reparaciones cuando Greedo entró poco antes de la salida del sol a la mañana siguiente.

A Han Solo no se le veía por ninguna parte. Greedo trató de abrir la escotilla del *Halcón*, pero estaba bloqueada mediante un código.

Greedo y Goa finalmente encontraron a Solo y al wookiee desayunando en una pequeña cafetería al aire libre detrás de los establos de los dewback.

Greedo tenía la mano en su pistola reforzada, pero no se molestó en quitar el seguro porque Goa tenía un rifle apuntando a la presa desde el callejón al otro lado de la calle.

—¿Rylun pa getpa gushu, Solo? —¿Disfrutas de tu desayuno, Solo?

Greedo trató de sonar con un tono duro y tranquilo, pero de hecho se estaba poniendo tenso. Si Solo se largaba sin pagar hoy, no sabría lo que hacer. Jabba no se pondría contento si mataba a Solo sin cobrar la deuda. El contrato era por el dinero, no por el cadáver.

—¡Greedo! ¡Te he estado buscando por todas partes! ¿Has decidido quedarte durmiendo hasta tarde hoy? —Han se rio consigo mismo y tomó otro bocado de filete de dewback. Chewbacca arqueó una ceja y ladeó la cabeza. Tenía su ballesta apoyada contra su pierna, cargada y preparada.

—Fna ho koru gep, Solo. Kras ka noota. —No tiene gracia, Solo. Dame el dinero.

—Por supuesto. El dinero. Encantado de complacerte. ¿Quieres algo de comer primero? Tienes pinta de que no te vendría mal una buena comida.

Greedo se dio cuenta de que Solo estaba tomándole el pelo y una ira repentina brilló en sus venas. Impulsivamente extendió la mano y agarró a Solo por la camisa.

—¡Ka noota! ¿Grot pleno ka Jabba spulta? —¡El dinero! ¿O prefieres explicárselo a Jabba personalmente?

—*¡NNRRARRG!* —Instantáneamente Chewie estaba de pie, con un enorme brazo peludo alrededor del cuello de Greedo y el otro agarrando fuertemente la mano con el bláster del cazarrecompensas.

—¡Nfuto…!

—Gracias, Chewie. —Han se puso de pie y se limpió la boca con una servilleta con tranquilidad. Extendió la mano y cogió el arma de Greedo, hizo crujir la apertura de la recámara y quitó la célula de energía. Le devolvió el bláster inservible a Greedo.

—¿Sabes, chico? Casi estabas empezando a *caerme bien*. Ahora no estoy tan seguro. Déjame darte un sabio consejo. Mantente alejado de babosas como Jabba. Encuentra una forma honrada de ganarte la vida… Déjale que se vaya, Chewie.

—¡Hnnruaahn! —Chewie soltó su presa y Greedo cayó hacia delante. Han se apartó del camino y Greedo cayó contra la mesa, estrellando la vajilla contra el suelo.

—¿Te parece bonito? ¿De dónde sacará Jabba a estos gamberros? ¿Y el tipo del callejón al otro lado de la calle, Chewie?

—*¡Hwarrun!*

—Desaparecido ¿eh? Probablemente otro cretinorrecompensas al que le falta un hervor. ¡Uno hubiera pensado que Jabba podría contratar a los mejores para rastrear a un tipo como *yo*!

—Hurrwan nwrunnh.

—Sí, estoy de acuerdo. Estamos jugando con fuego quedándonos por aquí. El *Halcón* está preparado; podríamos haber despegado esta mañana si Taggart hubiera cumplido su promesa. Si no aparece antes de mañana con ese cargamento de brillestim que quiere trasladar, somos historia, ¿estás de acuerdo?

—*¡WNHUARRN!*

—Eso mismo pensé.

• • •

A Jabba el hutt no le hizo ninguna gracia.

—¡Kubwa funga na jibo! ¡Dijiste que esta miserable verruga inexperta podía cobrarle a Solo! ¡Debería meteros a ambos en mi mazmorra privada y dejar que os pudráis!

O algo por el estilo. El gran gusano resopló, rugió y soltó groserías. A cada lado de la plataforma de su trono, weequays y niktos blandían sus armas de forma amenazante. Como de costumbre, el salón de audiencias de Jabba estaba abarrotado de la escoria de un centenar de civilizaciones galácticas.

Jabalí Goa estaba abatido. Se humilló sin vergüenza ante el hinchado y babeante señor del crimen. Mientras lo hacía, se arrepentía de volver a traer a Greedo aquí sin el botín. Pero tenía que pedir otra audiencia para persuadir a Jabba de que dejara a Greedo *matar* a Solo sin cobrar la deuda. Esa era la clave. Ahora las palabras salieron en un suspiro; ¡tenía que decirlo todo antes de que Jabba dictara sentencia de muerte para *ellos*!

—Oh, incomparable Jabba, como tú bien sabes, Han Solo, ese despreciable pedazo de estiércol de dianoga, es un tipo muy difícil. ¿Podría sugerir que permitieras a mi protegido *matar* a Solo sin más y aceptar su *nave* en pago de la deuda?

Jabba resopló y chupó de su pipa de agua pensativamente. Entonces pareció ponerse de buen humor, si es que eso era posible.

—Ne voota kinja. A Jabba le gusta tu sugerencia. Perdonará la superflua vida de tu protegido.

Miró directamente a Greedo antes de hablar de nuevo. A una señal de Jabba, el droide de protocolo plateado K-8LR, levantó más la voz y tradujo todas las malvadas palabras al idioma rodiano:

—*Puedes traerme a Solo, para que así pueda matarle, o bien puedes matarle tú mismo y entregarme los papeles de su nave. Jabba ha visto en su sabiduría que esto debe ser así.*

Greedo dio un suspiro de alivio y se inclinó servilmente.

—Gracias, gran Jabba. Tu sabiduría es…

—¡Na kungo! ¡Pero más vale que trabajes rápido! Ahora declaro una recompensa abierta por Han Solo. ¡Y aumento el precio de su cabeza a cien mil créditos!

—¡Cien mil! —dijo Goa—. Todos los cazarrecompensas del…

—Sí. Es cierto. ¡Si tu protegido no puede coger a Solo, con toda seguridad *algún otro* lo hará!

Entonces Jabba se inclinó hacia delante y clavó una vez más sus malevolentes ojos en Greedo.

—Y si *tú* no cumples *nuestro* trato, más vale que *empieces* a correr, pequeño insecto verde. *¡Tráeme a Solo, vivo o muerto!*

11. La cantina

Hoy había música en vivo. Los clientes estaban de mal humor.

Greedo y Goa se sentaron en un reservado cercano a la entrada. Cuando Solo y el wookiee entraron, Solo fingió no verles, pero Chewbacca articuló un bajo gruñido cuando pasó al lado de Greedo.

—Saben que estamos aquí, Jabalí.

—Sí. Esa es la idea. ¿Estás preparado para ejecutar el plan?

—Nchtha zno ta. Fnrt pwusko vtulla pa. —No estoy seguro. Tengo un mal presentimiento.

—Bien, si no estás preparado sugiero que nos dirijamos al hiperespacio, antes de que Jabba se entere. Tengo trabajo que hacer.

—¿Dónde está Dyyz?

—Se fue esta mañana. Se enganchó de paquete a 4-Lom y Zuckuss. Dyyz tiene un suculento contrato: un caudillo que ha decidido desalojar a los hutts del sistema Kommor.

—Parece un trabajo difícil.

—Muy difícil. Pero Dyyz Nataz es el hombre indicado para hacerlo. Y tú eres el cazador apropiado para liquidar a Solo, Greedo, mi chico. ¿Estás *preparado*?

Justo entonces se produjo un alboroto en la barra. Griterío, una refriega, luego el súbito resplandor y zumbido de una espada de luz. Un brazo desmembrado voló por el aire, aterrizando cerca de la silla de Greedo. La música se paró.

Greedo y Goa se habían fijado en el viejo y el chico al entrar y habían oído al camarero echar a los droides. Goa había notado la tranquila intensidad del viejo y un pensamiento atravesó su mente: *Es viejo, pero no me gustaría medirme con él en una pelea de bláster*.

El recinto se quedó en un silencio sepulcral. Greedo tomó aire y ululó suavemente.

—Buen trabajo para un viejo —dijo.

—Debe ser un Jedi —dijo Goa—. Creía que los de su clase se habían extinguido hace mucho.

Greedo nunca había visto a un Jedi.

El recinto volvió a la vida de nuevo, la banda continuó tocando, el ayudante del camarero quitó el brazo mutilado. Alguien pidió una ronda para toda la clientela.

—Mira eso, Greedo. El viejo y el chico están hablando con Solo y el wook. Vas a tener que esperar tu turno.

Greedo no respondió. Sus venas estaban hinchadas de excitación por la inesperada carnicería.

Los dos cazarrecompensas rodianos entraron y Goa les hizo una señal para que se acercaran a la mesa. Greedo miró su cerveza, concentrándose en qué le iba a decir a Solo.

—Chicos… Me gustaría presentaros a Greedo… mi aprendiz. Greedo, estos son Thuku y Neesh, dos excelentes asesinos a sueldo.

Greedo levantó la mirada y vio dos pares de ojos enormes estudiándole con curiosidad distante. ¿Detectó hostilidad reflejada en esos ojos de múltiples caras? El que se llamaba Thuku tendió una mano con ventosas.

—Wa tetu dat oota, Greedo.

—Ta ceko ura nsha —dijo Greedo, permitiendo que sus ventosas contactaran brevemente con las de Thuku. Los tres rodianos iniciaron una corta conversación, mientras Goa miraba divertido. Neesh le contó a Greedo que había oído que Jabba le había adjudicado a Han Solo como presa. Neesh parecía impresionado. Thuku advirtió a Greedo:

—Solo ya ha matado a dos cobradores de facturas de Jabba… Ten cuidado, hermano. *Tú* podrías ser el próximo.

—Gracias por el consejo —dijo Greedo, con bravuconería—. No estoy preocupado. Tengo a Jabalí de refuerzo en caso de que Solo o el wookiee intenten alguna estupidez.

Los dos compañeros rodianos intercambiaron miradas con Goa, y Greedo creyó detectar que estaban riéndose de él en silencio. *Sí, por supuesto que ellos piensan que soy un joven idiota. Bueno, así son las cosas cuando estás empezando. Yo les enseñaré*.

Entraron soldados de asalto imperiales en el bar y un minuto después, cuando Greedo miró al otro lado del recinto, Solo y el wookiee estaban sentados solos. El viejo y el chico habían desaparecido.

Después de que los imps pasaron su mesa, Goa desenfundó su bláster y lo puso en frente de él.

—De acuerdo, muchacho. Esta es tu oportunidad. Si el wook trata de interferir, lo convertiré en humo rojo.

Había llegado el momento. Greedo sintió una mezcla de miedo y excitación. Cerró los ojos y reunió sus energías. De repente su mente se llenó con una brillante imagen de un mundo selvático, hojas verde neón cayendo, una reunión de pequeñas cabañas y ocupados cuerpos verdes medio desnudos. Se vio a sí mismo y a su hermano Pqweeduk, corriendo debajo de los altos árboles de tendril, corriendo hacia la aldea. Vio a su madre de pie en el claro esperándolos. Se vio a sí mismo y a su hermano corriendo hacia ella y ella les tendía los brazos y abrazaba a ambos. Entonces estaba dentro de la visión, mirando sus enormes ojos. Ella estaba llorando.

—¿Qué ocurre, madre? ¿Por qué estás triste?

—Estoy triste y estoy feliz, Greedo. Estoy triste a causa de lo que debe ocurrir. Estoy feliz porque vas a venir a casa.

Greedo salió de su trance y le atravesó un sentimiento como el de un calambrazo. *¿Qué fue eso?*, pensó.

Goa tenía los ojos clavados en él con una mirada de irritación.

—Vamos, chico. ¿Vas a hacer tu jugada? Solo y el wook están empezando a marcharse.

El wookiee, Chewbacca, pasó por su mesa y desapareció en el vestíbulo. El momento perfecto había llegado. Greedo se puso de pie bláster en mano.

—¿Oona goota, Solo? —*¿Vas a alguna parte, Solo?*

—Sí, Greedo, en realidad iba justamente a ver a tu jefe. Dile a Jabba que tengo su dinero.

—Sompeetalay. Vere tan te nacht vakee cheeta. Jabba warin cheeco wa rush anye katanye wanaroska. —Greedo serio—. ¡Chas kin yanee ke chusko! —Es demasiado tarde, deberías haberle pagado cuando tuviste la oportunidad. Jabba ha puesto un precio a tu cabeza tan alto que todos los cazadores de recompensas de la galaxia estarán buscándote. Y yo te encontré primero.

—Sí, pero el caso es que ahora tengo el dinero.

—Enjaya kul a intekun kuthuow. —Dámelo y olvidaré que te he encontrado.

—No lo llevo encima. Dile a Jabba…

—Tena hikikne. Hoko ruya pulyana oolwan spa steeka gush shuku ponoma three pe. —Jabba está harto de ti. No tiene tiempo para los contrabandistas que sueltan la carga en cuanto ven un crucero imperial.

—Incluso a mí me atacan muchas veces. ¿Crees que tenía alguna otra posibilidad?

—Tlok Jabba. Boopa gopakne et an anpaw. —Eso díselo a Jabba. Quizás se conforme solo con tu nave.

—Pasando por encima de mi cadáver.

Goa vio el bláster saliendo de la funda de Solo bajo la mesa. Se relajó y se echó hacia atrás, sorbiendo su quemadura solar. *Pobre Greedo*, pensó.

—Ukle nyuma cheskopokuta klees ka tlanko ya oska. —Esa es la idea. Llevo mucho tiempo esperando esto.

—Sí, apuesto que sí.

Con una tremenda explosión de luz y sonido el bláster de Solo lanzó un rayo de energía a través de la mesa de madera. Cuando el humo se despejó quedaba muy poco de Greedo.

—Perdón por el paquete que le dejo —dijo Solo, lanzando una moneda al camarero.

Spurch Jabalí Goa se reunió con los dos rodianos en el Muelle 86, mientras ponía a punto su nave, la *Nova Víbora*.

El más alto, Thuku, le pasó un arcón de monedas rodianas recién acuñadas, oro puro, cada moneda acuñada con la imagen de Navik el rojo.

—Los rodianos te damos las gracias, Goa. Le habríamos matado nosotros mismos, pero no podíamos dejar que se supiera que estábamos cazando a los de nuestra propia especie.

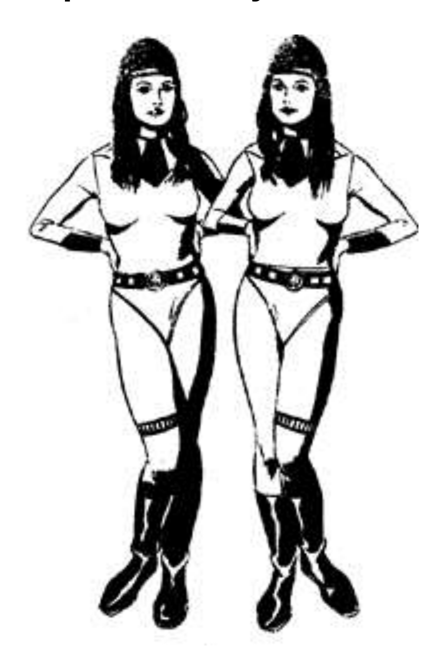
—Todo su clan está sentenciado a muerte —dijo Neesh, haciendo un sonido con su nariz verde.

Goa cogió una de las monedas y la observó destellar con el sol brillante y caliente de Tatooine.

—Sí… pero a decir verdad, chicos, esta es una recompensa de la que no estoy demasiado orgulloso. Al menos no tuve que matarle yo mismo. Sabía que Solo se encargaría de eso.

Percutor: El Relato de las «Hermanas Tonnika»

por Timothy Zahn



—Realmente es un dilema, eso es lo que es —dijo el Doctor Kellering con esa cuidada voz suya de la Universidad Primordial Imperial que iba tan bien con su joven y aristocrático rostro. Y decididamente tan mal en el tapcafé de baja estofa donde él y las dos mujeres estaban sentados—. Por un lado, está toda la cuestión de la seguridad —continuó Kellering—. Especialmente con toda la actividad rebelde en este sector. Y les puedo asegurar que el Doctor Eloy y yo no somos los únicos en el proyecto que se preocupan por esto.

Su frente se arrugó en un aristocrático gesto de perplejidad.

—Pero por otro lado, el capitán Drome es extremadamente temperamental con respecto a lo que considera su territorio personal. Si supiera que estoy hablando de este asunto fuera del complejo, se pondría terriblemente furioso. Especialmente con gente como… bueno, como ustedes.

Sentada en la mesa frente a Kellering, Shada D'ukal tomó un sorbo de su copa, el vino se llevó consigo una pizca de amargura y vergüenza. Como muchas de las niñas que crecían en su mundo devastado por la guerra, las Guardias Sombra Mistryl habían sido el centro de todas sus esperanzas. Ellas habían sido las últimas heroínas de su pueblo, el enigmático culto de mujeres guerreras que luchaba para forzar justicia para su mundo de los indiferentes, incluso hostiles, oficiales del Imperio. Empezó su entrenamiento tan pronto como la aceptaron, estudiando, trabajando y sudando para abrirse camino contra viento y marea, hasta que, por fin, había sido considerada digna de ser llamada una Mistryl. Asignada a un equipo, se había dirigido hacia su primera misión.

Solo para darse cuenta de que las Mistryl ya no eran las valientes guerreras de la leyenda.

Eran mercenarias. Nada más que mercenarias. Contratadas por personas ineptas e insípidas como Kellering.

Tomó un sorbo de su vino de nuevo, escuchando a medias cómo Kellering parloteaba, dejando que los recuerdos se desvaneciesen. Ahora, un año y siete misiones después, la vergüenza se había atenuado a un sombrío dolor en el fondo de su mente. Esperaba que algún día desapareciera por completo.

Al lado de Shada, la Líder de Equipo Manda D'ulin levantó una mano, finalmente poniendo fin a las divagaciones de Kellering.

—Entendemos su problema, Doctor Kellering —dijo—. Pero permítame decir que usted ya ha tomado su decisión. De lo contrario, no estaríamos aquí sentados.

—Sí, por supuesto —Kellering suspiró—. Supongo que todavía estoy… pero es una tontería. Las Mistryl pueden ser algo… pero aun así, sin duda vienen muy bien recomendadas. Cuando mi primo me habló de ustedes, dijo que tenían…

—La misión, doctor —interrumpió Manda de nuevo—. Háblenos de la misión.

—Sí. Por supuesto —Kellering respiró hondo, con los ojos recorriendo el concurrido tapcafé como si se preguntara cuáles de los humanos o alienígenas en las otras mesas podrían ser espías imperiales. O tal vez solo se preguntaba qué estaba haciendo fuera de su pequeño y elitista mundo académico. Confraternizando con mercenarias—. Estoy unido a un proyecto de investigación llamado Percutor —dijo, ahora con voz tan baja que Shada apenas podía oírle por encima del ruido de fondo—. Mi superior, el Doctor Eloy, es el científico principal del grupo. Hace un par de semanas el representante del Emperador en el proyecto nos informó de que íbamos a ser trasladados a una nueva ubicación. Tenemos que partir en tres días.

—¿Y usted no cree que el capitán Drome esté manejando adecuadamente la seguridad? —preguntó Manda.

Kellering se encogió de hombros incómodo.

—El Doctor Eloy no lo cree. Ambos han tenido varias discusiones al respecto.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que quiere de nosotras?

—Supongo… bueno, en realidad no lo sé —confesó Kellering, lanzando miradas furtivas entre las dos mujeres—. Pensé que podríamos hablar con el capitán Drome para que ustedes trajeran algunas personas que nos ayudasen a protegernos en el camino… —se calló, al parecer notando finalmente la expresión en el rostro de Manda.

—Déjeme explicarle algo sobre las Mistryl, Doctor Kellering —dijo ella, su voz todavía era cortés, pero con un filo de mullinine cromado—. Su primo probablemente le dijo que éramos solo un grupo estándar de mercenarias marginales. No lo somos. Probablemente le dijo que vendemos nuestros servicios al mejor postor, sin preguntas ni ética. No es así. Las Mistryl somos guerreras de una causa olvidada; y si nos alquilamos a nosotras mismas como seguridad temporal para personas como usted, es porque nuestro

mundo y nuestro pueblo exigen dinero para sobrevivir. No trabajaremos con fuerzas imperiales. Jamás.

Duras palabras. Pero eso era todo. Había mucho odio latente hacia el Imperio entre las Mistryl, furiosas por su presunta complicidad en la guerra y su completa indiferencia desde entonces. Pero con los restos de su pueblo viviendo al borde de la supervivencia, la simple y fría verdad era que las Mistryl no podían permitirse el lujo de rechazar nada excepto las más odiosas de las ofertas de las más odiosas de las personas. Manda podía sonar tan magnánima como quisiera, pero al final ella y el equipo aceptarían el trabajo de Kellering.

Y como había hecho en siete ocasiones anteriormente, Shada haría todo lo posible para ayudarlas a cumplir el contrato. Debido a la otra simple y fría verdad; ella no tenía otro lugar adonde ir.

Pero, por supuesto, Kellering no sabía todo eso; y por la expresión de su rostro, parecía como si Manda hubiera dejado caer un gran edificio sobre él.

—Oh, no —jadeó—. Por favor. Las necesitamos. Miren, no estamos realmente con el Imperio… estamos financiados por ellos, pero en realidad somos un grupo de investigación completamente independiente.

—Ya veo —murmuró Manda, frunciendo el ceño, pensativa. Hizo una representación del proceso de toma de decisiones, probablemente con la esperanza de sofocar cualquier protesta por parte de Kellering cuando finalmente le diera el precio. Con un proyecto financiado por el Imperio, ese precio probablemente sería alto…

Lo era.

—Muy bien —dijo Manda al fin—. Podemos pasar completamente por alto a su capitán Drome y colocar una pantalla avanzada que debería desarticular la clase de emboscadas que la Alianza Rebelde gusta de poner en escena en estos días. Ha dicho tres días hasta la partida; eso nos da tiempo para traer un par de equipos más. Deberíamos ser capaces de alinear un mínimo de diez naves en la pantalla, además de un par de naves en retaguardia en caso de que los rebeldes intentaran algo atrevido —ella levantó las cejas ligeramente—. La cuota sería de treinta mil.

Los ojos de Kellering se desorbitaron.

—¿*Treinta mil*? —tragó saliva.

—Eso es —dijo Manda—. Tómelo, o no.

Shada observó cómo la cara de Kellering mostraba conmoción, nerviosismo y desconcierto. Pero como Manda había señalado, si no hubiese tomado ya su decisión, ellas no estarían allí.

—Muy bien —suspiró—. Muy bien. El Doctor Eloy puede extenderles crédito cuando nos encontremos con él esta tarde.

Manda disparó a Shada una rápida mirada.

—¿Quiere que nos reunamos con el Doctor Eloy?

—Por supuesto —Kellering pareció sorprendido por la pregunta—. Él es el más preocupado por la seguridad.

—Sí, pero… ¿dónde nos reuniríamos con él? ¿Aquí?

—No, en el complejo —dijo Kellering—. Casi nunca sale de allí. No se preocupen, podrán entrar conmigo.

—¿Qué hay de Drome? —preguntó Manda—. Usted mismo ha dicho que era bastante quisquilloso con el tema de los extraños.

—El capitán Drome no está a cargo del proyecto —dijo con firmeza Kellering—. El Doctor Eloy lo está.

—Esos detalles rara vez detienen a los oficiales militares imperiales —contrarrestó Manda—. Si nos coge allí…

—No lo hará —le aseguró Kellering—. Ni siquiera sabrá que están allí. Además, es necesario que vean cómo se ha cargado en la nave el Percutor para que sepan cómo protegerlo adecuadamente.

Manda no parecía feliz, pero no obstante asintió.

—Está bien —dijo ella, su mano se encrespó en una sutil señal mientras hablaba—. Tengo un par de asuntos que tratar primero, pero después de eso estaré complacida de ir con usted. Shada puede salir del planeta en mi lugar y reunir al resto del equipo.

—Entendido —Shada asintió. El equipo no necesitaba ser reunido, por supuesto… las seis estaban allí, en ese tapcafé, con sus dos cazas camuflados, el *Garra Celeste* y el *Espejismo*, estacionados en hangares separados en la ciudad. Pero era una excusa tan buena como cualquier otra para que Shada desapareciera de la vista. Los refuerzos, después de todo, se suponía que no debían ser vistos.

—Bien —dijo Manda enérgicamente—. Que las demás estén aquí en Gorno al caer la noche. Entretanto… —le hizo un gesto a Kellering hacia la puerta—. Iremos a discutir un par de detalles, y luego iremos al encuentro de su Doctor Eloy.

—Están acercándose a la puerta —surgió el susurro de Pav D’armon a través de uno de los dos comunicadores sujetados al collar de Shada—. Dos guardias visibles, pero veo movimiento en la garita detrás de la valla. Podría haber hasta seis o siete más allí.

—Copiado —reconoció Shada, acariciando sin descanso con un dedo su rifle bláster de francotirador y deseando que Pav no estuviera tan habladora. Los comunicadores Mistryl estaban fuertemente encriptados, pero eso no evitaría que los imperiales rastrearan las transmisiones si se les metía en sus cabezas cuadradas hacerlo. Y tan cerca de una base principal, era una clara posibilidad.

La base. Abandonando el tramo del camino que serpenteaba a través de las colinas por debajo (camino que Manda y Kellering recorrerían en pocos minutos si lograban cruzar la puerta), Shada estudió las olas de colinas que se extendían a lo lejos, más allá de la inofensiva valla de seguridad que cortaba su vista. Sin duda, se parecía al campo de pruebas agrícola que las señales en la valla afirmaban que era. En absoluto se parecía a la imagen popular, erizada de armas, de una base de investigación militar imperial, pero su

ubicación estratégica, a menos de cincuenta kilómetros del espaciopuerto de Gorno y de cuatro grandes centros de transporte y suministros técnicos, hacía que su verdadera identidad fuera obvia.

Tal vez demasiado obvia. Tal vez por eso estaban desalojando a todo el mundo. Se preguntó cómo iban a manejar la situación: sutilmente con cargueros, o descaradamente con destructores estelares imperiales. Kellering había dado a entender que ese Percutor ya había sido cargado para el transporte; un vistazo a la nave que utilizaban debería darle a Manda una mejor idea de cómo iban a enfocarlo. Eso afectaría a cómo su pantalla se desplegaría…

—Allá van —informó Pav—. La puerta se cierra. Se dirigen hacia ti.

—Copiado —dijo Shada, frunciendo el ceño. Había algo en la voz de Pav…—. ¿Problemas?

—No lo sé —dijo Pav lentamente—. Todo parece en orden. Pero hay algo que no está bien, de alguna manera.

Shada reafirmó su sujeción del rifle bláster. Pav podría ser una cotorra por el com, pero no habría sobrevivido lo suficiente como para convertirse en la segunda del equipo de Manda sin buenos instintos de combate.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy segura —dijo Pav—. Han venido quizás un poco demasiado deprisa…

Y de repente, la voz de Pav se disolvió en un chasquido ensordecedor de interferencia estática.

Con una maldición, Shada arrancó el comunicador de su collar con la mano izquierda, lanzándolo tan lejos de ella como pudo. Demasiado para las ingenuas aseveraciones de Kellering sobre la seguridad. En la fracción de un cabello la cosa se había puesto repentinamente fea… y Manda y Pav estaban justo en el medio.

Con la propia Shada cerca de convertirse en la tercera. Más allá de la valla, sobre la siguiente línea de colinas, las brillantes figuras blancas de una docena de soldados de asalto en motos deslizadoras habían aparecido de repente, dirigiéndose en su dirección.

Shada maldijo de nuevo, alineando su rifle bláster con la mano derecha mientras buscaba a tientas el interruptor de su comunicador de reserva con la izquierda. Si tenían suerte, tendrían un minuto antes de que los imperiales encontraran la frecuencia y la bloquearan también. Encontró el interruptor, lo activó…

—… trampa… repito, una trampa —estaba diciendo Pav, con voz firme—. Tienen a Manda… ha caído. Probablemente. Y están viniendo a por mí.

—Pav, aquí Shada —interrumpió Shada, entrecerrando los ojos a través de la mira y apretando el gatillo. La moto deslizadora del soldado de asalto en cabeza explotó en una lluvia de chispas, lanzándolo al suelo y casi haciendo lo mismo con los dos a cada lado de él—. Puedo estar allí para respaldarte en dos minutos.

—Negativo —dijo Pav. La tensión en su voz había desaparecido, dejando una triste suerte de resignación que envió un escalofrío por el pescuezo de Shada—. Ya están

demasiado cerca. Haré lo que pueda para mantenerlos ocupados… tú y Karoly haríais mejor en regresar a las naves y salir de aquí. Buena suerte, y buena…

Se oyó un breve crujido, y luego silencio.

Por delante, las motos deslizadoras habían adoptado maniobras evasivas. Shada disparó cuatro veces rápidamente, dándole a otro de los soldados de asalto con el tercer disparo.

—¿Karoly? —gritó hacia su comunicador—. ¿Karoly? ¿Estás ahí?

—Se han ido, Shada —dijo Karoly D'ulin, su voz casi irreconocible—. Se han ido. Los soldados de asalto…

—Basta —gruñó Shada, manipulando el lanzagranadas Viper unido al cañón de su rifle bláster. El retroceso incrustó el arma con fuerza en su hombro cuando el esbelto cilindro disparó hacia las tropas de asalto que se acercaban—. ¿Puedes llegar hasta tu deslizador?

Hubo una breve pausa, y Shada pudo imaginar el rostro serio de Karoly mientras se recomponía.

—Sí —dijo—. ¿Nos retiramos?

—De ninguna manera —dijo Shada con los dientes apretados, se puso en cuclillas y se dirigió hacia los arbustos donde su moto deslizadora estaba oculta—. Vamos a entrar. En marcha —los soldados de asalto se aproximaban, presentando finalmente un objetivo, abrió fuego…

Entonces una granada golpeó el suelo diez metros por delante de ellos, estallando en una nube de ondulante humo verde.

—¿Vamos a entrar? —se hizo eco Karoly con incredulidad—. Shada…

—Estoy bien —la interrumpió Shada, lanzándose el rifle sobre el hombro y arrancando la moto deslizadora. Sobre el rugido del motor podía oír los golpes sordos de sus anteriores atacantes cayendo del cielo mientras el humo especialmente formulado quemaba los conectores de alimentación de las motos deslizadoras—. Llama a Cai y a Sileen; diles que traigan las naves para cubrirnos.

—Pero, ¿dónde vamos?

Shada dio la vuelta a la moto deslizadora. Manda y Pav habían caído, y ella sabía que con el tiempo el dolor de esa pérdida la alcanzaría. Pero en ese momento, solo tenía suficiente espacio para una sola emoción.

Ira.

—Vamos a enseñar a los imperiales una lección —le dijo a Karoly. Pisando el acelerador a plena potencia, saltó sobre la valla, hizo una curva alrededor del borde de la nube verde, y se adentró en el recinto.

Había poco más de diez kilómetros entre la valla exterior y la zona de la base principal, y durante los primeros ocho Shada voló a baja altura sobre las colinas preguntándose dónde diablos estaban las cacareadas defensas imperiales. O no habían comenzado la emboscada hasta que el coche de superficie de Kellering se detuvo en la

puerta, o bien habían asumido que su presa había huido y habían concentrado sus fuerzas más allá de la valla.

O bien se estaban concentrando en Karoly. Parpadeando contra el viento que golpeaba su cara, tratando de no pensar en lo que podría estar pasando su compañera de equipo, Shada siguió avanzando.

Estaba a dos kilómetros de su destino cuando los imperiales finalmente parecieron despertar al hecho de que tenían un intruso… y esos dos kilómetros más compensaron los ocho anteriores. Tres exploradores flotantes Mekuun aparecieron de la nada a su encuentro, reforzados por dos escuadrones más de soldados de asalto en motos deslizadoras. A los lados, secciones de dos colinas se abrieron, revelando un par de lo que parecían armas CoMar anti atmosféricas. El aire a su alrededor de repente se pobló de disparos bláster y láser, algunos fallaban, el resto eran desviados por escudos que realmente no habían sido diseñados con este tipo de ataque sin cuartel en mente. Apretando los dientes con la suficiente fuerza como para hacerse daño, Shada siguió avanzando, maniobrando y devolviendo el fuego por puro reflejo. A su izquierda, pudo ver otro torbellino de actividad imperial por la zona por donde Karoly debería estar viniendo…

Y entonces, de repente, los exploradores flotantes y las motos deslizadoras se revolvieron alejándose de su camino. Las armas CoMar apartaron sus miras lejos de ella…

Y con un rugido el *Garra Celeste* pasó disparado por arriba, escupiendo fulminante fuego láser a los imperiales.

—*Kan si manis por tam, Sha* —la voz de Sileen resonó desde un altavoz en el vientre del *Garra Celeste*—. *Mi Nazh ko*.

—*Sha kae* —respondió Shada, girando quince grados a su izquierda según las instrucciones de Sileen y permitiéndose un destello de fría satisfacción. Puede que los imperiales fueran capaces de interceptar comunicadores y romper sofisticada encriptación, pero apostaría a que no tenían la menor idea de qué hacer con el lenguaje de batalla Mistryl. A su izquierda, pudo ver a Cai y el *Espejismo*, cubriendo a Karoly, e hizo una estimación rápida del punto en el que se encontrarían. Justo después de la siguiente hilera de colinas, decidió. Descendiendo para situarse un poco más cerca del suelo, se preparó para lo que fuera que Sileen le había dejado delante.

Shada coronó las colinas; allí, enclavado en un amplio valle, había un complejo de quizá unos veinte edificios, variaban en tamaño desde edificios planos de oficinas hasta una estructura solitaria sin ventanas del tamaño de un hangar de mantenimiento para naves capitales. La base Percutor, sin duda.

Y descansando en medio de todo, dominando la escena por lo puramente inesperado de su presencia allí, estaba la forma elegante y alargada de un crucero de ataque Loronar.

—*Sha re rei som kava na Talae* —la voz de Sileen retumbó otra vez por encima de ella. Sin esperar respuesta, ambos cazas viraron a la derecha.

Un movimiento a su izquierda llamó la atención de Shada, y se volvió mientras la moto deslizadora de Karoly se colocó a su lado.

—¿Estás bien? —dijo Shada.

—Sí —respondió Karoly. Ella todavía parecía nerviosa, pero al menos no parecía que fuera a bloquearse de nuevo—. ¿Qué ha dicho Sileen? No lo he escuchado.

—Más imperiales viniendo —dijo Shada—. Ella y Cai van a interceptarlos.

—¿Qué hay de nosotras?

Shada hizo un gesto hacia el crucero de asalto.

—Vamos a hacer que los imperiales sangren un poco. La escotilla de proa está abierta… vamos a tratar de llegar antes de que la sellen.

Se dieron cuenta de inmediato de para qué eran dos de los edificios más pequeños de la periferia del complejo, cuando secciones de muro cayeron y cuatro armas CoMar más abrieron fuego. Pero por muy poco fue demasiado tarde. Entre el acoso por parte de los dos cazas y el pequeño tamaño y maniobrabilidad de las propias motos deslizadoras, Shada y Karoly avanzaron pasando más allá de las ardientes toberas de impulsión hasta la popa del crucero de ataque y el relativo amparo de su flanco, sin daños más allá de los escudos de las motos quemados.

—Pésima seguridad la que tienen aquí —resopló Karoly mientras se dirigían hacia la escotilla de proa.

Un instante después casi tuvo que tragarse esas palabras cuando, desde el suelo al lado de la rampa de aterrizaje, una docena de imperiales abrieron fuego con rifles bláster. Pero las dos motos deslizadoras tenían ventaja tanto en poder de fuego como en precisión, y no habían cubierto más de la mitad de la longitud de cuatrocientos cincuenta metros del crucero de ataque cuando ese nido de oposición fue silenciado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Karoly mientras frenaban hasta detenerse al pie de la rampa.

—Hacemos algo de daño —dijo Shada, medio en pie sobre su moto deslizadora y echando un rápido vistazo alrededor. Todavía había algo de resistencia, sobre todo por parte de las CoMar y el puñado de soldados de asalto en motos deslizadoras que todavía no habían sido desintegrados desde el cielo. Ella y Karoly deberían tener tiempo suficiente para abrirse camino hasta el puente del crucero de ataque, lanzar un bote o dos de su humo verde corrosivo donde más efectivo fuera, y salir echando chispas de nuevo.

Pero entonces, sobre las colinas distantes, un nuevo grupo de fuerzas imperiales apareció, lanzándose hacia ellas como mynocks chamuscados.

—Oh, oh —murmuró Karoly—. Me retracto sobre lo de su seguridad. Tal vez sea mejor que nos vayamos mientras podamos.

Shada respiró hondo, la última visión que tenía de los rostros de Manda y Pav emergió de su memoria.

—No hasta que les hagamos daño —dijo ella, girando y enfilando su moto deslizadora hacia la rampa—. Quédate aquí lo suficiente como para darme una advertencia de dos minutos, luego puedes marcharte.

Karoly siseó entre dientes.

—Muévete —rechinó mientras colocaba su moto deslizadora en la limitada protección de la rampa y se descolgaba el rifle bláster—. Te cubro. Hazlo rápido.

—Dalo por hecho —acordó Shada con firmeza, tratando de visualizar el diseño estándar del crucero de ataque mientras avanzaba por la rampa. Tendría que avanzar unos diez metros por el pasillo de salida, a continuación, a estribor al corredor central, luego hacia adelante otros veinte metros para llegar al puente. La dotación estándar de un crucero de ataque era de algo más de dos mil tripulantes; si había, aunque fuera una fracción de ese número a bordo y se interponían en su camino… pero tendría que hacer lo que pudiera. Alcanzó la cima de la rampa, desviándose hacia un lado al pasar bajo el arco de la escotilla para evitar el mamparo del pasillo de salida…

Y se tambaleó deteniéndose abruptamente.

—Madre de…

—¿Qué? —espetó la voz de Karoly desde el comunicador en su collar—. ¿Shada? ¿Qué es?

Por un momento Shada estuvo demasiado aturdida para hablar. Extendida delante de ella, donde deberían haber estado las salas de mando, cuartos de la tripulación y estaciones de combate, había una vasta caverna de espacio abierto, de trescientos metros de largo y cerca de cincuenta de diámetro, ocupando todo el camino desde la proa hasta la sección motriz principal. Una cubierta fuertemente reforzada había sido construida en la parte inferior de la enorme sala, conectada al casco exterior por una intrincada telaraña de líneas de soporte y puntales de refuerzo.

Y extendido en el centro de la cámara ocupando al menos tres cuartas partes de su longitud había un cilindro de tres metros de diámetro tachonado con miles de soportes de conexiones y enlaces de cables multicolores de alimentación y control. Estaba cuidadosamente protegido, envuelto y sujeto estáticamente a la cubierta, listo para viajar.

El Percutor.

—¿Shada? —llamó Karoly de nuevo.

Shada tragó saliva, mirando a su alrededor. La cámara parecía estar desierta, la tripulación o trabajadores probablemente habían sido los que les habían disparado desde el pie de la rampa. A su izquierda, en el extremo delantero de la cámara, el puente estándar del crucero de ataque había sido sustituido por una cabina simplificada estilo carguero, también desocupada. Y por el aspecto de las pantallas de estado, y la forma en que las toberas de impulsión habían estado humeando cuando ella y Karoly habían pasado junto a ellas, parecía como si hubieran estado ejecutando una verificación en estado activo de los sistemas de vuelo cuando el ataque Mistryl les había interrumpido.

Lo que significaba que la nave debía estar bastante preparada para volar…

—Cambio de planes —le dijo a Karoly, girando y lanzando la moto deslizadora hacia delante, hacia la instalación de la cabina—. Entra aquí. Y sella la puerta tras de ti.

Estaba ejecutando el procedimiento de puesta en marcha a los mandos del crucero de ataque cuando Karoly se unió a ella.

—Madre del espacio y del tiempo —jadeó Karoly, apoyándose en el respaldo del asiento del copiloto, con los ojos desorbitados hacia la sala por detrás de ellas—. ¿Es *eso* el Percutor del que Kellering hablaba?

—No sé qué otra cosa podría ser —dijo Shada, cruzando mentalmente los dedos mientras daba potencia a los repulsores. Una nave de ese tamaño no estaba diseñada para navegar tan profundamente en un pozo gravitatorio… pero parecía estar elevándose bien. Los imperiales debían haber añadido más repulsores mientras destripaban el interior—. Ajusta el comunicador a nuestra frecuencia, ¿quieres?

—Claro —todavía manteniendo un ojo tras ella, Karoly se sentó y se concentró en el comunicador—. ¿Cuál es el plan?

—Los imperiales han invertido un montón de trabajo para construir esa cosa y modificar una nave para transportarla —dijo Shada, analizando cuidadosamente las pantallas. A pesar de su arrogancia, los imperiales no eran estúpidos, especialmente cuando se trataba de máquinas tan impresionantes como el Percutor. Sus defensas terrestres habían sido de perfil bajo, por tanto, estaban obligados a tener algún armamento pesado estacionado en el espacio cercano como respaldo.

Pero si estaban por ahí, no aparecía en las pantallas. ¿Escondidos tras el horizonte? ¿O podría ser que el contraataque Mistryl los hubiera cogido a todos por sorpresa?

En cualquier caso, no se ganaba nada esperando para que les pisaran los talones.

—¿Ya tienes a Cai y Sileen? —le preguntó a Karoly.

—Casi —dijo Karoly, con sus manos ocupadas en el panel de mandos—. Estoy ejecutando una división de frecuencias… allá vamos.

—¿Shada? ¿Karoly? —la voz de Sileen surgió del altavoz—. ¿Qué diablos estáis haciendo?

—Estamos haciendo sangrar por la nariz al Imperio —dijo Shada. El crucero de ataque ya había superado los límites de la base y estaba empezando a coger velocidad, dejando a lo que quedaba de la fuerza de motos deslizadoras tras él.

—Shada… mira, todas estamos alteradas por lo de Manda y Pav —dijo Sileen cuidadosamente—. Pero esto es una locura. Vas a hacer que toda la flota imperial caiga sobre nosotras.

—Necesitan aprender que no pueden ir por ahí matando Mistryl —replicó Shada—. No sin un alto precio por ello. Karoly y yo podemos encargarnos si queréis largaros.

Hubo un suspiro silbante por el altavoz.

—No, será mejor que nos mantengamos unidas —dijo Sileen—. De todas formas, ¿qué nos puede hacer el Imperio que no nos haya hecho ya?

—Estoy con vosotras —dijo Cai—. Una pequeña pregunta: ahora que tenemos el Percutor, ¿qué vamos a hacer con él?

Shada miró atrás, hacia el silencioso y largo cilindro, empezando a asimilar tardíamente la magnitud de en lo que se habían metido. ¿Qué iban a *hacer* con el Percutor? Ella y Karoly podían cuidar del crucero de ataque por sí mismas durante un

corto vuelo, pero eso era todo. Cualquier cosa más allá de eso, maniobras fantasiosas, de combate, incluso mantenimiento básico de funcionamiento, estaba fuera de la ecuación.

—Vamos a tener que abandonar la nave —les dijo a las otras—. En algún lugar cercano. Encontrar una manera de ocultarla, a continuación, ver si podemos desmontar el Percutor en piezas que podamos cargar a bordo de uno de nuestros propios cargueros.

—Suena complicado —dijo Karoly—. ¿Tienes algún lugar en mente?

—Tenemos compañía —interrumpió Sileen antes de que Shada pudiera responder—. Destructor estelar imperial, saliendo del hiperespacio a popa.

—Lo tengo —dijo Karoly, girando hacia la sección de sensores del tablero—. Confirmado un solo destructor estelar imperial. Lanzando cazas TIE.

—La base probablemente ha pedido ayuda —dijo Shada, tecleando en la computadora de navegación. Ahí estaba: sin dudas, no había ninguna posibilidad de aterrizar el crucero estelar y escapar a bordo de los cazas. Ahora estaban comprometidas—. Cai, Sileen, ahí va vuestro curso; *código-alimentación Amargura*. Saltad a la velocidad de la luz tan pronto como podáis; iremos justo detrás de vosotras.

Hubo una breve pausa.

—¿Estás segura de que es ahí donde quieres ir? —preguntó Sileen.

—No veo que tengamos muchas opciones —dijo Shada—. Está cerca, no tiene mucha presencia imperial, y los locales no hacen muchas preguntas —se podía imaginar a Sileen contemplando el crucero de ataque y preguntándose hasta qué punto iba a estirarse la indiferencia de los locales. Sin embargo…

—Está bien —fue todo lo que dijo Sileen—. ¿Quieres que las dos os acompañemos, o debería irme yo y tratar de conseguir un carguero?

—Esa es una buena idea —estuvo de acuerdo Shada—. Márchate. Cai y Karoly y yo podemos hacernos cargo.

—Vale. Buena suerte.

El *Garra Celeste* parpadeó con un falso movimiento y desapareció en el hiperespacio.

—Allá vamos —murmuró Shada, introduciendo el curso y esperando fervientemente que los imperiales no hubieran deshabilitado la hipervelocidad como parte de la comprobación de pre-vuelo de la nave. Los cazas TIE que venían por detrás estaban reduciendo incómodamente la distancia, así que no tenían mucho margen de error—. ¿Todo preparado por ahí, Karoly?

—Eso parece —dijo Karoly, verificando su propio tablero—. ¿Vas a hacerme partícipe del gran secreto de adónde vamos?

—No es secreto —dijo Shada, alcanzando las palancas de hipervelocidad—. Es solo un pequeño agujero irrelevante en el espacio. Llamado Tatooine.

No fue tanto un aterrizaje como un accidente ligeramente controlado; y para cuando el crucero de ataque patinó hasta detenerse frente a una de las onduladas dunas de arena,

estaba claro para Shada que la nave nunca dejaría aquel lugar. No sin una gran cantidad de asistencia.

—Un aterrizaje fenomenal —comentó Karoly, respirando un poco fuerte mientras apagaba la unidad—. Supongo que ya se te ha ocurrido que aquí destacamos como un wookiee llevando luces de aterrizaje.

—No por mucho tiempo —dijo Shada, comprobando las pantallas—. Esa nube hacia el oeste es el borde de una tormenta de arena. Otra hora y nadie podrá encontrarnos. Venga, vamos a echar un vistazo a nuestro nuevo juguete.

Habían retirado el primer par de metros de la envoltura de protección del Percutor cuando Cai se unió a ellas.

—¿Algún problema? —preguntó Shada.

—No realmente —dijo Cai, dando un paso hacia el Percutor y mirándolo de cerca—. Ni siquiera estoy segura de que me captaran entrando. Lo que es seguro es que no me han saludado.

—Por lo general, nadie se preocupa por las naves que no van al espaciopuerto de Mos Eisley —dijo Shada—. Una gran cantidad de contrabando pasa a través de Tatooine, y todo el mundo más o menos mira hacia otro lado.

—Me alegro de que una de nosotras se mantenga al día de esas cosas —dijo Cai secamente—. Así que este es el Percutor, ¿eh? ¿Alguna idea de lo que es?

—Todavía no —dijo Shada—. ¿Cómo va tu droide astromecánico estos días?

—¿Decuatro? Errático pero funcional. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

Shada asintió.

—Al menos obtengamos una lectura técnica. ¿Está el *Espejismo* preparado para esa tormenta de arena?

—Tan preparado como puede estar —dijo Cai, dirigiéndose de nuevo hacia la escotilla—. Traté de posicionarlo para mantener un paso libre entre las dos naves, y también podemos levantar los escudos deflectores de la escotilla solo para asegurarnos. Vuelvo enseguida.

La totalidad de la fuerza de la tormenta de arena les golpeó unos diez minutos después de que Cai y el droide regresaran; y Shada no tardó ni diez minutos en preguntarse si toda esta idea no podría haber sido un gran error. Incluso a través del grueso casco podían escuchar el tamborileo de la arena contra la nave, un tamborileo que crecía más fuerte con cada minuto que pasaba. El plan había sido ocultar el crucero de ataque de ojos imperiales; sería una victoria bastante costosa si todas ellas terminaban sepultadas en su interior.

Cai aparentemente estaba pensando en la misma línea.

—Ya están fuera todos los pernos de ahí abajo —dijo, saliendo de debajo del Percutor y entregando la hidrollave a Karoly—. Voy a ir a echar un vistazo a la tormenta. A asegurarme de que no estamos siendo enterradas demasiado profundamente.

—Buena idea —dijo Shada, volviendo su atención a su propia línea de pernos. Terminó su trabajo, esperó a que Karoly terminara el suyo, y luego juntas retiraron el enorme panel de acceso.

El funcionamiento interno del Percutor no era tan complejo como el número de conexiones de alimentación y soporte por toda la superficie sugería. La mayoría de los cables de alimentación y control parecían conducir a una serie de multihelicoidales cristales prismáticos y a un grupo de cajas negras sin marcar, pero idénticas; los tubos de soporte parecían mayoritariamente conectados a líneas de refrigeración y manguitos.

—Tal vez es un nuevo tipo de núcleo de energía —sugirió Shada—. Es un diseño modular… ¿ves cómo el patrón de los conectores se repite cada cinco metros? Deberíamos ser capaces de desmontarlo por esos puntos.

—Tal vez —dijo Karoly, tocando pensativa una de las cajas negras con la punta de la llave hidráulica—. Decuatro, mira si puedes encontrar un lugar para conectarte. Bien podríamos empezar obteniendo una lectura técnica… querremos todo lo que podamos sacar de esta cosa.

—¡Eh! —llamó Cai desde el área de la cabina—. Shada, Karoly… será mejor que vengáis a ver esto.

Estaba encorvada sobre la pantalla principal, manoseando los ajustes, cuando las otras dos la alcanzaron.

—¿Qué pasa? —exigió Shada.

—No estoy segura —dijo Cai—. Es difícil de decir a través de toda esta arena, pero creo que hay una batalla allá arriba. Un destructor estelar imperial contra algo de menos del tamaño de un carguero pesado.

Shada se inclinó sobre la pantalla, con el corazón acelerado. Si Sileen había sido inesperadamente rápida en traerles transporte…

—¿Puedes depurar la imagen algo más? —preguntó.

—Ya estoy en el límite —dijo Cai—. Es por la tormenta de arena… espera un minuto, hay una brecha. Es una corbeta corelliana.

Shada dejó escapar un suspiro de alivio. No era una de las naves Mistryl, entonces.

—Me pregunto qué está pasando.

—No lo sé —dijo Cai lentamente—. Espera un minuto. Dos destructores estelares más saliendo del hiperespacio.

—Eso es mucho poder de fuego para un planeta como Tatooine —dijo Karoly—. Solo tenían a un destructor estelar custodiando el Percutor.

—A menos que uno o más de ellos supuestamente debieran estar allí también —sugirió Shada—. Podrían haber sido alejados para ayudar en la persecución de esa corbeta corelliana.

—Sea como sea, la corbeta debe ser muy importante para ellos —dijo Cai—. Podríamos estar en medio de algo muy gordo aquí.

Shada miró de vuelta al Percutor y al diminuto droide que trabajaba junto a él. Cai tenía razón… y de repente sentía que iban muy cortas de tiempo.

—Cai, ¿crees que podríamos sacar uno de esos módulos del Percutor?

—Podemos intentarlo. Probablemente nos lleve un par de días con solo nosotras tres y Decuatro. ¿Por qué?

—No creo que podamos esperar a que Sileen traiga una nave —dijo Shada—. Si no lo ha hecho para cuando hayamos desmontado uno de esos módulos, será mejor que tomemos lo que tengamos y salgamos de aquí.

—Nunca conseguirás cargar uno de esos módulos en el *Espejismo* —objetó Karoly—. Son demasiado grandes.

—Lo sé —dijo Shada—. Por eso, si llegamos a ese punto, tú y yo iremos a Mos Eisley y alquilaremos un carguero. ¡Venga, empecemos!

—Por ahí —dijo Shada, apuntando hacia un ruinoso edificio al otro lado de la arenosa calle de Mos Eisley y verificando doblemente su datapad—. Esa es la cantina.

—No parece gran cosa —dijo Karoly, basculando el antiguo deslizador del *Espejismo* hacia allí—. ¿De verdad crees que encontraremos un buen piloto ahí?

—Alguien entre las Mistryl piensa que sí —Shada se encogió de hombros—. Era el primer nombre en la lista de contingencia para Tatooine.

—Dudo que sea una recomendación eficaz —gruñó Karoly, dejando el deslizador en punto muerto hasta detenerlo—. No me gusta esto, Shada. De verdad que no.

—Brea, no Shada —la corrigió Shada—. Y tú eres Senni. No lo olvides dentro o todo esto podría desmoronarse.

—Es muy posible que se desmorone por sí mismo —replicó Karoly—. Mira, solo porque un par de soldados de asalto de patrulla se tragaran esta farsa —gesticuló bruscamente hacia la peluca repeinada y el traje ceñido que llevaba puesto—, no significa que cualquiera que realmente conozca a las hermanas Tonnika caiga en la trampa. No caerán.

—Bueno, ciertamente no podemos usar nuestros propios nombres e identificaciones —señaló Shada, tratando de ocultar su propio nerviosismo respecto a esta mascarada—. Este lugar ya está a rebosar de soldados de asalto, y si en este momento no tienen listas con nuestros nombres en ellas, pronto las tendrán. Las Mistryl han estado utilizando este sistema preestablecido de camuflaje durante mucho tiempo, y sin embargo nunca he oído que fallase. Si el sistema nos dice que nosotras dos podemos pasar por Brea y Senni Tonnika, entonces podemos.

—*Parecerse* a ellas y *actuar* como ellas son dos cosas muy diferentes —contrarrestó Karoly—. Además de que pretender ser un par de criminales no es mi idea de pasar desapercibidas.

Tenía razón, tuvo que admitir Shada. Brea y Senni Tonnika eran estafadoras profesionales, unas muy buenas, de hecho, que según se decía habían separado una impresionante cantidad de riqueza de una igualmente impresionante lista de ricos y

poderosos de la galaxia. En circunstancias normales, tomar prestadas sus identidades no sería una forma inteligente de no llamar la atención.

Pero las circunstancias estaban lejos de ser normales.

—No tenemos otra opción —dijo con firmeza—. Los completos extraños atraen atención automáticamente, y un lugar como Mos Eisley siempre está lleno de informantes. Sobre todo, ahora. Nuestra única oportunidad de mantener lejos a los imperiales es hacer ver que somos de aquí. A todo el mundo —miró hacia la cantina. Karoly estaba en lo cierto; el lugar no parecía muy acogedor—. Si lo prefieres, puedes quedarte aquí fuera y vigilar la puerta. Puedo encontrar un piloto por mí misma.

Karoly suspiró.

—Vamos a tener que hablar algún día de estos aumentos repentinos de imprudencia. Vamos, estamos perdiendo tiempo.

Shada había tenido la esperanza de que, al igual que algunas otras guaridas de criminales de las que había oído hablar, el interior de la cantina fuera notablemente mejor que su exterior. Pero no era así. Desde el vestíbulo oscuro y lleno de humo con el parpadeante detector de droides hasta la barra curvada y los cubículos aislados a lo largo de las paredes, la cantina era tan andrajosa como algunos de los menos selectos tapcafés de su propio mundo. Karoly había tenido razón: ser el número uno en Tatooine no era decir mucho.

—Cuidado con los escalones —murmuró Karoly a su lado.

—Gracias —dijo Shada, parándose a tiempo para no tropezar en los escalones que conducían desde el vestíbulo hasta la parte principal de la cantina. No se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que sus ojos se estaban teniendo que reajustar desde la luz del sol en el exterior a la penumbra del interior. Probablemente estaba deliberadamente diseñado para ofrecer a los que ya estaban dentro la oportunidad de examinar a los recién llegados.

Pero si alguno de los clientes tenía excesiva curiosidad por ella y Karoly, no lo mostraba. Alrededor de la sala, humanos y alienígenas de todo tipo estaban sentados o en cuclillas en las mesas y los cubículos o apoyados en la barra, bebiendo una docena de líquidos diferentes, charlando en una docena de idiomas diferentes, y sin prestar la más mínima atención a las recién llegadas. Al parecer, las hermanas Tonnika resultaban lo suficientemente familiares como para que la clientela no les echara un segundo vistazo.

O bien ocuparse solo de los asuntos propios era regla general allí. De cualquier forma, se adaptaba a las necesidades de Shada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Karoly.

—Vamos a la barra —dijo Shada, gesticulando hacia un lugar vacío en un lado—. Desde allí podremos ver la sala mejor que desde una mesa o cubículo. Vamos a tomar una copa y a ver si podemos encontrar a alguien de nuestras listas.

Se abrieron paso a través del flujo general de cuerpos hacia la barra. Al otro lado de la sala, una banda bith estaba tocando una animada, pero por lo demás, anodina melodía. La música no era capaz de ahogar la mezcla de conversaciones. Alrededor del centro de la

barra un hombre alto no del todo humano estaba fumando de una extraña pipa curvada y miraba melancólicamente al espacio; más allá de él, un aqualish y un hombre con feas cicatrices estaban bebiendo y mirando alrededor a los otros clientes; más allá, otro humano alto sostenía una conversación tranquila con un wookiee aún más alto.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó una voz hosca.

Shada se centró en el camarero de pie frente a ellas. La expresión de su rostro igualaba su voz; pero parecía que había algún tipo de reconocimiento detrás de la indiferencia en sus ojos.

Lo suficiente como para correr el riesgo de un experimento.

—Lo de costumbre —le dijo ella.

Él gruñó y trasteó en la barra. Shada vio la expresión repentinamente atónita de Karoly, le hizo un guiño tranquilizador, y se volvió cuando el camarero puso dos vasos delgados frente a ellas. Gruñó de nuevo y se alejó.

Shada cogió su vaso, dispuesta a dejar que la tensión fluyera fuera.

—Salud —dijo, levantando la copa a Karoly.

—¿Estás loca? —siseó Karoly.

—¿Preferirías que hubiera pedido algo ajeno al carácter de nuestros personajes? —preguntó Shada, tomando un cuidadoso sorbo. Algún tipo de vino sullustano, decidió—. Empecemos.

Todavía ceñuda, Karoly sacó de su traje el delgado cilindro escáner datapad de sus espías y lo encendió.

—Está bien —murmuró, mirando atrás y adelante entre el escáner y los clientes de la cantina—. El tipo con la pipa curvada… olvídalo, es un asesino. Esos dos duros de ahí… no están listados.

—De todas formas, sus monos de vuelo parecen demasiado aseados para que sean contrabandistas —dijo Shada. Al otro lado de la barra, un anciano con el pelo blanco y barba y vestido con una túnica marrón se acercó al wookiee y su alto compañero. Hubo una breve conversación entre los dos humanos, y luego el humano alto hizo un gesto al wookiee y se alejó—. ¿Qué hay de ese aqualish de allá?

—Justamente estaba comprobándolo —dijo Karoly, bajando la mirada hacia el escáner—. Su nombre es Ponda Baba, y definitivamente es contrabandista. El caracortada de su lado…

—¡Eh! —ladró el camarero.

Shada se puso rígida, su mano se extendió por reflejo hacia su cuchillo oculto.

Pero el camarero no la estaba mirando a ella.

—Aquí no servimos a los de su clase —espetó, gesticulando bruscamente.

—¿Qué? —dijo una voz por detrás de ella.

Shada se dio la vuelta. En la parte superior de los escalones había un chico con edad similar a la suya, vestido con ropa blanca suelta y frunciendo el ceño con perplejidad al camarero. A su lado había dos droides, un droide de protocolo y una unidad astromecánica similar al modelo Decuatro de Cai.

—Tus droides —gruñó el camarero—. Tendrán que esperar fuera; aquí no los admitimos.

El chico habló brevemente con los droides, quienes dieron la vuelta y se deslizaron fuera. Continuando escaleras abajo solo, se acercó a la barra y con cautela se metió entre el aqualish y el anciano de la túnica marrón.

—El caracortada se llama doctor Evazan —dijo Karoly—. Aquí figura que pesan sobre él diez sentencias de muerte.

—¿Por contrabando? —preguntó Shada, frunciendo el ceño ante el anciano de túnica marrón. Había algo en él; un sentido de alerta tranquila y autocontrol, y un poder que le erizaba los pelos de la nuca.

—No —dijo Karoly lentamente—. Experimentos quirúrgicos fallidos. ¡Puaj!

—Lo tendremos en cuenta como último recurso —dijo Shada, con sus ojos y pensamientos todavía en el hombre de túnica marrón. Quienquiera que fuese, definitivamente no encajaba con el resto de la clientela. ¿Un espía imperial, tal vez?—. Ese viejo de allá… compruébalo —le dijo a Karoly. El chico seguía de pie a su lado, mirando embobado alrededor como un turista. ¿Iban juntos? ¿Abuelo y nieto, tal vez, desde el campo para ver la gran ciudad?

Y entonces, abruptamente, el aqualish le dio un empujón al chico y le gruñó algo. El chico lo miró inexpresivamente, luego se volvió hacia la barra. Separándose de la barra, sonriendo como un depredador preparándose para el almuerzo, el doctor Evazan golpeó al chico en el hombro.

—Tú no le gustas —dijo.

—Lo siento —dijo el chico, empezando a girarse de nuevo.

Evazan le agarró de la ropa y le dio la vuelta.

—A *mí* tampoco me gustas —gruñó, acercando su rostro mutilado al del chico. Alrededor de ellos, las conversaciones se detuvieron mientras las cabezas se volvían para mirar—. Ten mucho cuidado —continuó Evazan—. Somos fugitivos.

—Oh, oh —dijo Karoly en voz baja.

Shada asintió en silencio. El chico estaba involucrado ahora; había visto suficientes peleas de tapcafé para reconocer un montaje en cuanto lo veía.

—No nos vamos a involucrar —le recordó a Karoly.

—Pero si los arrestan…

Shada la interrumpió con un gesto brusco. Suavemente, con gracia, como si hubiera sido plenamente consciente de la situación desde el principio, el anciano se había apartado de su conversación con el wookiee.

—Este jovencito no vale el esfuerzo —le dijo con tranquilidad a Evazan—. Ven, te buscaré algo mejor.

Era, notó Shada, un gesto tan limpio para salvar las apariencias como nunca lo había visto. Evazan y el aqualish podían ahora aceptar una bebida, tal vez gruñir y hacerse los gallitos un poco más, y luego seguir adelante con el honor personal intacto.

Pero por desgracia para el anciano, Evazan no estaba interesado en una solución pacífica. Por una fracción de segundo observó al anciano, su mirada depredadora creciendo a algo inquietante y virulento. Las conversaciones en la barra casi habían cesado ya; todos los ojos estaban vueltos hacia la violencia a punto de estallar. Desde su hueco la banda tocaba, ajena a lo que estaba sucediendo.

Y entonces, con un rugido, Evazan empujó violentamente al chico a un lado y este se estrelló contra una de las mesas. Su mano apareció blandiendo un bláster. A su lado, el aqualish también sacó su bláster, el urgente «¡blásters no, blásters no!» del camarero pasó completamente desapercibido. Las armas se alzaron, apuntando al anciano.

Pero no lo consiguieron. De repente, de la mano del anciano surgió una luz brillante blanco-azulada, un centelleante y contundente fuego que cortó con precisión quirúrgica a través de sus dos atacantes. Hubo un disparo de bláster que rebotó en el techo, un grito y un rugido gorgoteante.

Y entonces, tan abruptamente como había comenzado, todo había terminado. Evazan y el aqualish se derrumbaron fuera de la vista por detrás de la barra, con sus gemidos mostrando que por lo menos temporalmente seguían vivos. Desde donde estaba, Shada pudo ver el bláster del aqualish tendido en el suelo, todavía agarrado por una mano que ya no estaba unida a su dueño.

Por un momento el anciano permaneció como estaba, con su brillante arma zumbando, sus ojos recorriendo la cantina como si evaluara la posibilidad de más problemas. Podría haberse ahorrado el esfuerzo. Por la forma casual en que los otros clientes se estaban volviendo de nuevo hacia sus bebidas, era obvio que nadie allí tenía ningún afecto en particular por los contrabandistas caídos. Al menos no el suficiente como para recriminar al anciano por ello.

Y fue en esos segundos de pausa cuando finalmente Shada fue capaz de identificar el arma que el anciano había utilizado contra sus atacantes.

Un sable de luz.

—¿Todavía quieres saber quién es? —preguntó secamente Karoly a su lado.

Shada se lamió los labios, un nuevo cosquilleo la recorrió mientras el anciano apagaba su arma y ayudaba al chico a ponerse en pie. Un Caballero Jedi. Un verdadero Caballero Jedi vivo. No era de extrañar que hubiera sentido algo extraño en él.

—Dudo que él se venda —le dijo a Karoly, tomando una profunda respiración y obligando a su mente a regresar al asunto entre manos. Si los Caballeros Jedi de la Antigua República todavía hubieran estado en el poder cuando su mundo fue destruido…—. Bueno, eso elimina a Evazan y al aqualish —dijo—. Sigue buscando.

Pasaron los minutos siguientes sorbiendo de sus bebidas y escaneando subrepticiamente la sala, luego pasaron un par de minutos más hablando con tres de los mejores candidatos. Pero fue en vano. Dos de los contrabandistas ya tenían contrato, aunque uno de ellos se ofreció con una mirada lasciva a tomarlas como pasajeras si eran amables con él. El tercer contrabandista, uno independiente, estaba dispuesto a hablar,

pero dejó claro que no tenía la intención de mover la nave hasta que el repentino interés imperial en Tatooine se calmara.

—Genial —se quejó Karoly mientras regresaban a su lugar anterior en la barra—. ¿Ahora qué?

Shada miró a su alrededor. Algunas caras nuevas habían entrado en la cantina desde que habían empezado su busca, pero la mayoría de ellos tenían el aspecto de hombres que no querían ser molestados. Miró por turnos hacia cada uno de los cubículos que se alineaban en las paredes, preguntándose si podrían haber pasado a alguien por alto.

Y se detuvo. Allí, justo detrás de ellas, estaban el Caballero Jedi y el chico. Hablando con el wookiee y un hombre que no había visto entrar.

—Compruébalo —dijo, señalando a este último.

Karoly observó la lectura del escáner.

—Su nombre es Han Solo —dijo—. Contrabandista. Tiene un montón de tratos con Jabba el hutt…

—Guarda eso —la interrumpió Shada, mirando hacia el vestíbulo de la cantina—. Rápido.

Karoly siguió su mirada, y Shada sintió que se ponía rígida. Descendiendo los escalones hacia la barra, sujetando armas pesadas, había un par de soldados de asalto. Quienes claramente no estaban allí para beber.

—Me pregunto si hay puerta trasera —murmuró Karoly.

—No lo sé —dijo Shada, pasando un dedo a lo largo de su esbelta copa de vino mientras los imperiales convocaban al camarero. Tirarla contra la cara del casco de un soldado de asalto debería retrasarlo el tiempo suficiente como para deslizar la hoja de su cuchillo por una junta de la armadura…

El camarero señaló a alguna parte por detrás de ellas. Shada frunció el ceño, entonces lo comprendió.

—Deben estar preguntando por el Caballero Jedi —dijo, volviéndose para mirar al cubículo. Un corrillo de alienígenas pasaba por allí, bloqueando momentáneamente su visión. Continuaron avanzando y…

El viejo Jedi se había ido. También el chico. Los soldados de asalto avanzaron hasta el cubículo, echando un vistazo a Solo y al wookiee, y luego siguieron su camino. Por un momento, cuando miraron alrededor, sus máscaras blindadas parecieron detenerse en Shada y Karoly. Pero no dijeron nada, y continuaron avanzando hacia la parte posterior de la cantina.

Karoly le dio un codazo.

—Ahora es nuestra oportunidad —dijo—. Vayamos a hablar con él.

Shada se giró. Solo y el wookiee habían dejado el cubículo, Solo en dirección al vestíbulo mientras el wookiee iba en la misma dirección que los soldados de asalto habían tomado. Probablemente por dónde estaba la puerta trasera, lo que explicaría cómo habían desaparecido el Jedi y el chico.

—Bien —acordó Shada, tomando un último sorbo de su vaso y colocándolo de nuevo en la barra. Se giró de nuevo…

Para encontrarse con que Solo ya no estaba caminando hacia el vestíbulo. Estaba, en cambio, sentado en un cubículo en el lado equivocado de un bláster en manos de un rodiano de aspecto sucio.

—Oh, oh —dijo Shada—. ¿Amigo suyo?

—Lo dudo —dijo Karoly, manipulando el escáner—. Espera… su nombre es Greedo. Es un cazarrecompensas.

Durante un largo momento Shada observó la tensa discusión en el cubículo, tratando de decidir qué hacer. Actuar pondría en peligro su tapadera como Brea Tonnika, y ciertamente no había escasez de contrabandistas en la cantina. Pero había algo en la forma en que Solo se movía que a ella le gustaba. O tal vez el hecho de que hubiera estado hablando con el Caballero Jedi…

—Voy a ayudarle —le dijo a Karoly—. Prepárate para cubrirme.

Alargó la mano hacia el cuchillo; pero antes de que pudiera sacarlo, Solo resolvió el problema por su cuenta. Desde el cubículo surgieron destellos de fuego bláster, y el rodiano se desplomó sobre la mesa. Cautelosamente, Solo se deslizó fuera del cubículo, enfundó su arma, y continuó hacia el vestíbulo, lanzando una moneda al camarero al pasar.

Karoly dejó escapar un suspiro.

—Lo bueno es que no estábamos interesadas en Greedo. Este no es un lugar muy saludable para pasar el rato.

—Sin duda —dijo Shada—. Vamos a por Solo antes de que se nos escape.

Y entonces, desde detrás, una mano sudorosa apareció y se cerró alrededor de su muñeca.

—Bueno, bueno, bueno —dijo una voz—. ¿Qué tenemos aquí?

Shada se volvió. La mano sudorosa pertenecía a un sudoroso coronel imperial, su uniforme teñido de polvo rojizo y tenía una complacida mirada maliciosa en su rostro. Detrás de él estaban los dos soldados de asalto que habían estado allí antes.

—Brea y Senni Tonnika, supongo —continuó el coronel—. Qué bien que os dejéis ver de nuevo. No os podéis imaginar cómo se le partió el corazón al Gran Moff Argon con vuestra partida. Estoy seguro de que estará encantado de veros de nuevo —levantó una ceja—. Así como a los *veinticinco mil* que le robasteis.

Sonriendo sarcásticamente, les hizo un gesto a los soldados de asalto.

—Lleváoslas.

La celda de la comisaría de policía era aún más fría que la cantina, pero eso era todo lo que tenía a su favor. Pequeña, con pocos muebles, sucia con la omnipresente arena de Tatooine, tenía todo el encanto de un contenedor de transporte usado.

—¿Sabes cuándo nos sacarán de aquí? —preguntó Karoly, apoyada contra una pared y mirando tristemente a la puerta.

—No parece que vaya a ser pronto —dijo Shada—. El coronel dijo algo sobre terminar la búsqueda antes de que nos trasladaran a su nave.

El labio de Karoly se crispó. Claramente, ella también estaba apreciando la ironía: la búsqueda de los imperiales ya había terminado, solo que no lo sabían.

O tal vez lo sabían. Tal vez el coronel solo estaba jugando a los disfraces mientras conseguía el equipo de interrogatorio adecuado.

Shada miró alrededor de la sala. Una litera individual, una lámpara de lectura sujeta a la pared sobre un extremo, instalaciones de aseo primitivas, una puerta de barrotes, y una ventana de observación de un solo sentido al otro lado. Recursos limitados, y sin privacidad para usarlos.

Lo que las dejaba únicamente con su entrenamiento de combate. Y la posibilidad de que los imperiales todavía no supieran que estaban tratando con Mistryl.

—Solo espero que nos den de comer antes —le comentó a Karoly—. Estoy hambrienta.

La ceja de Karoly se alzó.

—Yo también —dijo, mirando a su alrededor—. Tal vez debería golpear los barrotes a ver si puedo captar la atención de alguien.

—Adelante —dijo Shada, tumbándose en la litera y dejando descansar la mano ociosamente en la lámpara de lectura sobre su cabeza, examinándola con los dedos. Estaba fijada a la pared sobre la litera, pero un poco de trabajo con la hebilla de su cinturón debería soltarla. Detrás habría cables de alimentación—. Pensándolo bien, en su lugar quizá deberías probar con ese espejo —le dijo a Karoly, haciendo un gesto hacia la ventana espía—. Probablemente alguien esté mirando.

—Vale —dijo Karoly. Se acercó a la ventana y apretó la cara contra ella, bloqueando la vista de la celda—. ¡Oye! ¿Hay alguien ahí?

Rápidamente, Shada se quitó la hebilla y se puso a trabajar mientras Karoly seguía alborotando. Consiguió aflojar la primera de las tres fijaciones; la segunda; comenzó con la tercera…

—¡Basta de escándalo! —espetó alguien.

Shada se detuvo, escondiendo la hebilla, cuando un hombre con un uniforme desteñido apareció en la puerta.

—Tenemos hambre —se quejó ella.

—Es una pena —gruñó él—. La comida vendrá en dos horas. Ahora callaos si no queréis que os ate y amordace.

—¿Dos *horas*? —repitió Shada—. No podemos esperar tanto. ¿Puedes conseguir algo para que aguantemos?

—¿Por favor? —añadió Karoly, sonriendo esperanzada.

Los labios del guardia se torcieron; y estaba a punto de abrir la boca para lo que probablemente habría sido una memorable réplica cuando un joven vestido de civil apareció en escena.

—¿Problemas, Happer?

—Siempre —gruñó el otro—. Pensé que librabas hasta esta noche.

—Así es —dijo el joven, mirando pensativo a Shada y Karoly—. Escuché que estabas ahogándote en prisioneros; pensé en venir y echar un vistazo. ¿A quién tenemos aquí?

—Brea y Senni Tonnika —Happer lanzó una mirada furiosa a las dos mujeres—. Prisioneras muy especiales del coronel Parq. Y nada que nos ataña a nosotros, si me preguntas. Si los imperiales quieren encerrar a la mitad de Mos Eisley, lo menos que podrían hacer es proporcionar sus propios depósitos de retención.

—¿Y hacer sus propias comprobaciones de identidad?

—No me lo recuerdes —gruñó Happer—. Tengo quince ejecutándose en este momento, con unas treinta más en espera —miró de nuevo a las prisioneras—. Mira, Riij, hazme un favor, ¿quieres? Ve abajo a los almacenes y coge un par de barras de racionamiento para estas dos, tengo que ir a la sala de comprobación… el sistema ha estado necesitando una gran cantidad de cuidados hoy, y los soldados de asalto están empezando a ser maleducados.

—Yo me encargo —le aseguró Riij—. Diviértete.

Happer gruñó de nuevo y desapareció por el pasillo.

—Entonces —dijo Riij, mirándolas de nuevo—. Brea y Senni. ¿Quién es quién?

—Yo soy Brea —dijo Shada cautelosa. Había algo en la forma en que la miraba que le resultaba raro.

—Ah —dijo—. Yo soy Riij, Riij Winward. ¿Sabéis?, podría jurar que oí que os habíais metido en un transporte para ir con Jabba el Hutt hace tres horas.

El corazón de Shada pareció contraerse en su interior. ¿Las hermanas Tonnika estaban *allí*? ¿En Tatooine?

—Regresamos —dijo a través de sus labios repentinamente secos—. Supongo que no deberíamos haberlo hecho.

—Supongo que no —Riij se detuvo—. Escuché algo más también interesante, justo después de que esa gran búsqueda imperial de droides empezara por todo Mos Eisley hace un par de días. Parece que el Imperio también puso en marcha una urgente orden de búsqueda y detención sobre un crucero de ataque robado.

—¿Un crucero de ataque? —repitió Shada, poniendo tanto desprecio como pudo en su voz—. Oh, estoy segura. La gente roba cruceros de ataque a todas horas.

—Sí, yo mismo pensé que sonaba bastante extraño —estuvo de acuerdo Riij—. Así que fui y hablé con un amigo mío en la torre de control para ver si eso era posible. ¿Sabéis lo que me dijo?

—Me muero por escucharlo.

—Dijo que captó algo colándose hacia el Mar de Dunas una hora o así antes de que ese destructor estelar apareciera y todos esos imperiales cayeran sobre nosotros. Algo

aproximadamente del tamaño de un crucero de ataque —Riij levantó las cejas—. Interesante, ¿no os parece?

—Tremendamente —dijo Shada, luchando por mantener su repentino temor fuera de su voz. Así que habían visto el crucero de ataque, después de todo. Y Cai estaba en serios problemas—. ¿A los imperiales les complació escuchar esto?

—En realidad, él todavía no se lo ha dicho a ellos —dijo Riij, observándola atentamente—. Su turno terminaba en ese momento y no le apetecía pasar por una sesión de preguntas con un grupo de soldados de asalto. Por supuesto, una vez que bajaron y se hicieron cargo de la torre, estuvo incluso menos inclinado a recordar cosas como esa. Eso pasa en Tatooine.

—Ya veo —murmuró Shada. Todavía estaban en problemas, pero al menos aún tenían un pequeño respiro—. Perdóname si la propiedad imperial perdida no figura en lo alto de mi lista en este momento. Tenemos problemas más acuciantes.

—Estoy seguro de que sí —dijo Riij solemnemente—. El número uno es cómo salir de aquí antes de que Happer descubra que no sois Brea y Senni Tonnika.

Shada se sintió tensa de nuevo. Había sospechado que él lo sabía, pero había estado esperando fervientemente estar equivocada.

—Eso es ridículo.

—Está bien —dijo Riij—. Los micrófonos de esta celda ya hace tres meses que no funcionan. También saqué el fusible del circuito hace unos minutos, solo para asegurarme.

Shada miró a Karoly. Parecía tan perpleja como se sentía Shada.

—Vale —dijo ella, mirando de nuevo a Riij—. Bien. Ahorrémonos todo esto y dinos lo que quieres.

Riij pareció coger fuerza.

—Voy a dejaros libres —dijo—. A cambio de lo que sea que haya en ese crucero de ataque.

Shada le frunció el ceño.

—¿Es que tienes un servicio de contrabando por tu cuenta como extra?

—No es contrabando —negó con la cabeza—. Información. Para ciertos grupos interesados.

—¿Qué grupos?

—Eso no es importante —Riij sonrió débilmente—. En Tatooine, normalmente no se hace esa pregunta.

—Sí, bueno, somos nuevas aquí —respondió Shada, pensando mucho. Esto podría ser un truco imperial, lo sabía: una forma de que ella y Karoly les dijeran dónde habían escondido el Percutor. Pero de alguna manera parecía un poco demasiado sutil para gente que poseía droides interrogadores y normalmente no tenían reparo en usarlos—. Está bien —dijo ella—. Pero solo si puedes encontrarnos un carguero que pueda manejar algo de tres por cinco metros.

Riij frunció el ceño.

—¿Tres por…?

—¡Eh, Riij! —llamó la voz de Happer desde el pasillo—. Me tengo que ir… algo grande se está gestando en el muelle de embarque 94. Los imperiales han llamado a toda la fuerza de guardia para ejercer de refuerzo. ¿Puedes vigilar las cosas aquí un rato?

—Claro, no hay problema —le aseguró Riij.

—Gracias.

Happer salió corriendo, sus pasos interrumpidos por el sonido de una puerta de seguridad cerrándose.

—¿Y bien? —solicitó Shada.

—Puedo conseguir el carguero —dijo Riij, la frente arrugada con concentración—. El problema será que sea lo suficientemente rápido. Hay una tormenta de arena gestándose por esa parte del Mar de Dunas… una grande. Golpeará en un par de horas, y es muy posible que entierre vuestra nave para siempre.

—Entonces no tenemos mucho tiempo, ¿no? —dijo Shada—. Sácanos de aquí, y en marcha.

El viento ya estaba soplando a través de las dunas de arena cuando Riij aterrizó torpemente la nave de transporte en el borde del improvisado túnel que conducía al crucero de ataque.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Shada, gritando para hacerse oír por encima del viento mientras los tres, medio caminaban, medio se deslizaban, a través de la arena hacia la escotilla.

—No mucho —respondió Riij—. Media hora. Tal vez menos.

Shada asintió, tecleando en el panel para abrir y entrando en la nave. En la cubierta justo dentro de la escotilla estaba el segmento del Percutor que habían desmontado, con los elevadores de carga todavía conectados. Al otro lado de la gran sala vacía Decuatro estaba trinando para sí mismo mientras husmeaba el resto del enorme cilindro, en busca de cualquier último bit de datos que pudiera añadir a su extensa lectura técnica del dispositivo.

No había señales de Cai.

—¿Cai? —llamó Shada—. *Da mala ci tri sor Kehai*.

—*Sha ma ti* —respondió Cai, emergiendo de un escondite detrás de uno de los puntales de soporte y enfundando su bláster—. Empezaba a pensar que no conseguiríais regresar a tiempo.

—Puede que no tengamos suficiente —dijo Shada con gravedad—. Tenemos otra tormenta de arena respirándonos en la nuca. Hay un transporte fuera… tú y Karoly cargad ese segmento del Percutor a bordo.

—Bien —dijo Cai—. ¿Karoly? Coge los elevadores por ese extremo.

Juntas elevaron del suelo el segmento del Percutor y lo sacaron por la escotilla mientras Shada se adelantaba hacia la cabina del crucero de ataque. Como anteriormente, la arena revoloteando interfería con los sensores, y tuvo que hilar fino con los ajustes antes de que fuera capaz de obtener una buena vista. Por lo que podía decir, ya no había ningún destructor estelar sobre Tatooine. Debían haber asumido que sus prisioneras fugadas ya habían dejado el planeta. Apagándolo, se dirigió de nuevo adonde Riij estaba agachado junto al extremo del cilindro Percutor, con su rostro presionado cerca de una de las aberturas.

—Pues aquí está —dijo—. ¿Qué piensas?

Él levantó la mirada hacia ella, su cara estaba pálida.

—¿Sabes lo que tenéis aquí? —susurró—. ¿Tenéis alguna idea?

—No realmente —dijo ella con cautela—. ¿Tú sí?

—Mira aquí —dijo, señalando un grabado—. ¿Lo ves? «E. M. Mark Dos. Módulo Siete, Prototipo B. Eloy/Lemelisk».

—Lo veo —dijo Shada—. ¿Qué significa?

Riij se enderezó.

—Significa que esto es una parte de un prototipo de superláser para la Estrella de la Muerte.

Shada lo miró fijamente, un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Qué es una Estrella de la Muerte?

—El último asidero del Emperador al poder. Como nada que hayas visto —Riij miró hacia atrás a lo largo de la longitud del Percutor—. Y aquí tenemos un pedazo de su arma principal.

—¿Un *pedazo*? —Shada frunció el ceño, siguiendo su mirada. Unos buenos doscientos metros de láser—. ¿Quieres decir que esto no es toda el arma?

—No lo creo —dijo Riij—. Módulo Siete, ¿recuerdas? —miró a Shada incisivamente—. Tengo que tener ese pedazo que habéis desmontado. Es absolutamente vital.

—Olvídalo —dijo Shada—. Si esto realmente es un arma, mi gente puede encontrar un mejor uso para ello que tú.

—Os pagaremos cualquier cosa que queráis.

—He dicho que lo olvides —dijo Shada de nuevo, pasando junto a él. Cai iba a necesitar ayuda…

Y de repente, fue girada por una mano en su brazo. Por reflejo, extendió la mano para romper su presa…

Se quedó inmóvil, mirando fijamente al bláster que había aparecido de la nada en la mano de Riij.

—¿Es así como honras tus tratos? —le preguntó ella.

—Tenéis que dejar que lo tengamos nosotros —dijo, en voz baja—. Por favor. Necesitamos saber todo lo que podamos sobre la Estrella de la Muerte.

—¿Por qué?

Tragó saliva.

—Porque seguramente seamos su primer objetivo.

Shada lo miró fijamente. ¿Tatooine iba a ser el primer objetivo? Ridículo.

Y entonces, de repente, todo encajó.

—Estás con la Alianza Rebelde, ¿verdad?

Él asintió.

—Sí.

Shada se centró en el bláster de su mano.

—¿Y esto es lo suficientemente importante como para matarme a sangre fría?

Él respiró hondo, dejó escapar un suspiro silbante.

—No —admitió—. En realidad no.

—Eso pensaba —dijo Shada—. *Mish Kom*.

Y en un abrir y cerrar de ojos, todo había terminado. Cai, viniendo por detrás del Percutor, tenía el bláster de Riij. Y a Riij.

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó ella, entregándole el bláster a Shada.

Shada miró a Riij, medio doblado por la presa de Cai.

—Déjale ir —dijo—. Ya no nos puede detener. De todos modos, más o menos estamos en el mismo lado.

—Si tú lo dices —dijo Cai, liberando la presa del brazo—. Estamos listas para partir tan pronto como tú lo estés.

—Está bien —Shada frunció los labios—. Riij, ¿podrás superar la tormenta en ese aerodeslizador que tenías a bordo del transporte?

Él asintió.

—Siempre que me ponga en marcha durante los próximos minutos.

—Bien. Cai, desembárcalo. Y luego tú o Karoly cargad a Decuatro a bordo y preparad las naves para volar.

—Recibido —con una última mirada a Riij, Cai se dirigió a la escotilla.

Riij todavía estaba allí de pie, mirando a Shada.

—Siento que el acuerdo se haya torcido —le dijo ella, tratando de ignorar la punzada de culpabilidad que sintió en su estómago. Él había arriesgado mucho por ellas, y parecía como si fuera a terminar con nada—. Mira, si puedes regresar aquí después de la tormenta, eres más que libre de coger lo que queda del Percutor.

—Déjame que te haga una contraoferta —dijo Riij—. Uníos a nosotros. Tú misma has dicho que estamos del mismo lado.

Shada negó con la cabeza.

—Apenas somos capaces de ocuparnos de lo nuestro. No tenemos ni el tiempo ni los recursos para asumir los problemas de la galaxia. Ahora no.

—Si esperáis demasiado, puede que no quede nadie que luche con vosotras —advirtió.

—Lo comprendo —dijo—. Creo que es una opción que tendremos que tomar. Adiós. Y buena suerte.

La arena estaba sacudiendo el casco del transporte cuando Shada terminó la doble comprobación de las sujeciones del Percutor y regresó de nuevo hasta el puente.

—¿Todo listo? —le preguntó a Karoly mientras se ataba a sí misma.

—Sí. ¿Riij se ha ido bien?

Shada asintió.

—Parece que justo a tiempo, también.

Karoly le lanzó una mirada de reojo.

—No estoy segura de que fuera buena idea dejarle ir.

—Si empezamos a matar a cualquiera que se interponga en nuestro camino, no seremos mejores que cualquier otro mercenario —dijo Shada—. Además, a él no le gusta el Imperio más que a nosotras.

El comunicador pitó.

—Estoy lista —vino la voz de Cai.

—Aquí también —le dijo Shada—. ¿Está Decuatro a bordo?

—¿Decuatro? —se hizo eco Cai—. ¿No lo recogió Karoly?

—Pensé que *tú* lo tenías —dijo Karoly.

Durante un largo momento, ella y Shada se quedaron mirándose la una a la otra. Luego, con una maldición ahogada, Shada tecleó en el panel de comunicaciones.

—¿Riij? Riij, adelante.

Hubo un siseo de estática; y luego la voz del otro llegó débilmente a través del altavoz.

—Aquí Riij —dijo—. Gracias por el préstamo de vuestro droide. Lo dejaré en la compañía naviera bothan de Piroket; podréis recuperarlo cuando devolváis el carguero.

Otro crujido de estática y él se había ido.

—¿Quieres que vaya tras él? —preguntó Cai.

Decuatro, con una lectura técnica completa del Percutor…

—No —le dijo Shada, sonriendo a pesar de sí misma por el ingenio de Riij—. No, está bien. Le debemos mucho. Y si tiene razón, él y sus amigos van a necesitar toda la ayuda e información que puedan obtener.

Su sonrisa se desvaneció. «E. M. Mark 2» rezaba el grabado en el Percutor. ¿Estrella de la Muerte, Mark 2, tal vez? ¿Una segunda generación de esa cosa que tanto aterrorizaba a Riij?

Podría ser. Y si era así, las Mistryl podrían tener que considerar seriamente la posibilidad de aceptar la oferta para unirse a la Alianza Rebelde.

Y si no todas las Mistryl, quizás Shada lo haría por su cuenta. Tal vez podría encontrar algo en lo que realmente creer.

Pero mientras tanto, tenía un paquete que entregar.

—Encended repulsores —les dijo a las otras—. Vamos a casa.

Tócala otra vez, Figrin D'an: El relato de Muftak y Kabe

por A. C. Crispin




Muftak olió el aire frío y húmedo con su corta probóscide tubular, probándolo, tratando de determinar si era seguro. Mientras olfateaba, el enorme cuatro ojos buscó en la calle imágenes residuales infrarrojas mediante sus ojos nocturnos, los dos inferiores y más grandes de su rostro peludo. Allí, en la parte antigua del espaciopuerto de Mos Eisley, la oscuridad era casi absoluta, solamente aligerada por la pequeña media luna gris que avanzaba por encima.

Gesticulando hacia su pequeña compañera, Kabe, para que se quedara detrás de él, el gigante peludo avanzó hacia una mejor ubicación detrás de un gran contenedor de basura. Mientras escaneaba, sus cuatro negros ojos con forma de pelotas relucían en la oscuridad de su rostro. Automáticamente, su órgano olfativo filtró el hedor de la basura en descomposición, la ranciedad de cuerpos sin lavar, tanto alienígenas como humanos, y el fuerte olor almizclado de su amiga chadra-fan y cómplice.

Nadie había estado allí recientemente. Agitó una pata enorme y peluda hacia su compañera.

—Vamos —le rugió—, los soldados de las arenas se han ido.

Kabe salió correteando, con sus orejas en forma de abanico y el pequeño hocico crispados con indignación.

—¡Yo podría haberte dicho eso hace mucho tiempo! —regañó, con su chillona y acelerada voz—. ¡Eres tan rematadamente *lento*, Muftak! Más lento que un bantha, eso seguro. ¡Nunca llegaremos a casa antes del amanecer! Y estoy *cansada*.

Muftak bajó la mirada hacia ella, soportando pacientemente su diatriba. Kabe, a pesar de toda su sofisticada sapiencia callejera, era todavía una niña. La había adoptado cuando encontró al bebé chadra-fan vagando por las calles.

—Tenemos que ser extra prudentes —le recordó—. Las tropas imperiales están por todas partes. Cuanto antes lleguemos a casa, más seguros estaremos. Vamos.

Kabe cedió de mala gana, y caminó siguiéndole.

—Por qué están aquí, eso es lo que me gustaría saber. ¿Tú lo sabes, Muftak? —ella no esperaba una respuesta, y él no reveló nada. Muftak sabía mucho de las idas y venidas en Mos Eisley, pero por lo general, solo divulgaba lo que sabía por un precio—. ¡Ha habido naves aterrizando toda la noche! —se quejó—. ¿Qué diablos está pasando? El hutt los está contratando, eso será. Nos va a fulminar por completo. ¡Y si nos quedamos aquí, vamos a tener que mendigar!

Muftak emitió un zumbido exasperado.

—El Gran Hinchado no es parte de esto. Esto es un asunto imperial.

La carita afilada de Kabe refulgía en la visión infrarroja de Muftak, y observó su cambio de expresión.

—¿No podemos ir a la cantina hoy? —preguntó, cambiando de tema—. Los viajeros espaciales van allí, viajeros espaciales borrachos con los bolsillos llenos. La última vez que estuvimos allí comimos durante una semana de lo que birlé. ¿Por favor, Muftak?

—Kabe —Muftak suspiró, un zumbido leve en la quietud—. No soy tan estúpido como todo eso. Sé que nunca dejas pasar un buen bolsillo, pero la verdadera razón por la que quieres ir a la cantina es el zumo juri —con aire ausente, el cuatro ojos inspeccionó las callejuelas sinuosas que daban a la calle—. Dos copas y tendría que cargar contigo hasta casa… como siempre.

La única respuesta de Kabe ante este tópico fue un audible resoplido.

El amanecer llegaba rápidamente en Tatooine, y el cielo del desierto ya estaba tomando el apagado brillo plateado que presagiaba el levantamiento de los soles. Muftak alargó sus zancadas, tentado de llevar a Kabe en brazos y apresurarse de verdad. Era culpa suya que llegaran tan tarde.

Aunque ambos eran expertos ladrones, ni la habilidad de Kabe con la electrónica ni la gran fuerza de Muftak habían prevalecido contra el nuevo dispositivo de bloqueo temporal que ahora todos los hangares imperiales tenían. Peor aún, uno de los soldados de las arenas los había visto… pero los humanos tenían una visión nocturna pésima, y, para ellos, todos los alienígenas exóticos tendían a ser iguales. En la oscuridad, esperaba Muftak, podría haber sido confundido con un wookiee o algún otro bípedo grande. Kabe era aproximadamente del mismo tamaño que un jawa.

Robar propiedad imperial era muy arriesgado… pero en estos días, había poco más que pudieran hacer. Cualquier ganancia justificaría su esfuerzo, dándoles los medios para volver a comprar su licencia de robo al hutt, perdida debido a un mal consejo de Kabe respecto al robo de una cartera. Todo lo de valor que no pertenecía al Imperio, o bien

pertenecía a Jabba, o bien había sido declarado prohibido por Jabba… y *nadie* estaba lo suficientemente loco como para cruzarse en el camino del señor del crimen hutt.

Con el fin de llegar a «casa», un pequeño cubículo en una sección de túneles abandonados debajo del muelle de atraque 83, tuvieron que pasar por el mercado. Arriesgado, pero no tenían otra opción.

Kabe rebotaba mientras caminaba, medio saltando. Su inquieta energía no se agotaba a pesar del trabajo de la noche. Muftak se movía rápidamente, aunque se sentía casi demasiado cansado como para colocar un enorme pie acolchado tras el otro. De repente, las cimas de las blancuzcas cúpulas brillaron; momentos después, todo estaba salpicado de dorado. El primer sol se estaba levantando. Muftak instintivamente cambió a sus ojos diurnos, ocultando algunos detalles, revelando otros. Pasaron frente a un vendedor ambulante preparándose para el día, y luego otro.

Mos Eisley era un agujero infernal en el mejor de los casos, y los recientes cambios hacían la supervivencia aún más incierta si cabía. La presencia imperial cada vez mayor añadía una desagradable nueva dimensión al régimen corrupto de Jabba. Las vidas de Muftak y Kabe nunca habían sido fáciles; ambos habían rapiñado durante años para ganarse la vida. Ahora, con la inacción del Senado, las cosas estaban empeorando. Anteriormente, el cuatro ojos había compartido la indiferencia de su pequeña amiga por la política, sin importarle quién estuviera en el poder, siempre y cuando lo dejaran en paz.

Pero los soldados de las arenas eran aún peores que los matones del hutt. Fríos, crueles, brutales, eran como droides asesinos. Cientos, tal vez miles, habían estado llegando en los últimos dos días para hacer cumplir la voluntad de ese anciano y putrefacto Emperador que vivía muy, muy lejos. *Tensando la presa del Imperio sobre mi mundo…*

Bzzzzz. La ligera risa de Muftak hizo eco en su cabeza como una abeja bailando. *¿Mi* mundo? ¡Ridículo! *Bzzzzz.*

Puesto que no había otras criaturas en Tatooine ni remotamente parecidas a él, Muftak sabía muy bien que este *no* era su mundo natal. Cuando se despertó aquel día hace mucho tiempo, de pie al lado de su capullo destrozado, se figuró que su pueblo se había originado en otro mundo… cuál, no tenía ni idea. Se había pasado toda la vida buscando información sobre sí mismo, y, en el proceso, había aprendido mucho acerca de Tatooine, tan diferente con sus desiertos del exuberante paraíso de sus sueños. El conocimiento de todo tipo, determinó el cuatro ojos, era poder. Los habitantes de Mos Eisley sabían que, si querías información sobre casi cualquier actividad o persona en Tatooine, tenías que ver a Muftak.

Desde que había «adoptado» a Kabe, una huérfana como él, los nebulosos recuerdos oníricos del gran alienígena habían pasado a un segundo plano. Para todos los efectos prácticos, Tatooine *era* su mundo.

El segundo sol se estaba levantando mientras se abrían camino a través de la plaza principal del mercado. Ya estaba empezando a hacer calor, y Muftak sintió cómo se secaba su diáfano pelaje, húmedo por el rocío. Al llegar a la calle principal, la pareja se

volvió hacia el oeste, hacia su pequeña guarida, tratando de apresurarse sin despertar sospechas. Los puestos se estaban colocando de forma rápida y eficiente, presentando los botines recién robados. Muftak observó nerviosamente varios blásters, con un precio mucho más allá de sus medios, tratando de parecer como si no tuviera nada mejor que hacer en el mundo que ir de compras. Kabe se movió alrededor, murmurando para sí misma, husmeando el aire, entonces retrajo el hocico con desdén.

—Mira esa basura —resopló—. Si me hubieses dejado robar en la mansión de Jabba, les hubiera dado algo de material real para los puestos. Hubiera sido muy fácil, y nos hubiera resuelto la vida.

Esa era una discusión tan antigua que Muftak no se molestó en contestar. El hutt actualmente ocupaba su palacio en el desierto, pero su residencia en Mos Eisley todavía estaba completamente vigilada. El cuatro ojos apretó el paso. El santuario estaba justo delante.

De repente, una voz mecánica ladró:

—¡Tú, talz, alto! —la voz pertenecía a un soldado imperial.

A toda prisa, Muftak obedeció, luego se volvió, lenta y pesadamente, para hacer frente al centinela. Mientras lo hacía, se cuidó de ocultar la pequeña forma de Kabe con su enorme cuerpo. Ambos conocían el plan, ella salió corriendo y se escondió detrás de un colector de humedad público. Señalándole por la espalda que se mantuviera fuera de la vista, Muftak se enfrentó al humano de armadura blanca.

Solo entonces fue consciente… la palabra que había utilizado el soldado. «Talz». ¿Qué era un talz? Poco a poco sintió la verdad penetrando, como la humedad en el desierto. ¡El soldado imperial debía haber reconocido su especie! La palabra «talz» reverberó en la mente de Muftak, y en su corazón. Talz… ¡sí! Era parte del vocabulario carente de sentido que su cerebro recordaba de antes de su «nacimiento». *Talz se refiere a mí. ¡Yo soy un talz!*

Muftak sacudió la cabeza, empujando la revelación al fondo de su mente. Había una disyuntiva más inmediata que encarar. El soldado de las arenas, con el bláster listo, lo miraba fijamente, esperando. Muftak dejó escapar lentamente el aire filtrado por su probóscide, zumbando un poco.

—Sí, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estamos buscando a dos droides, uno bípedo y otro con ruedas, que viajan sin compañía. ¿Los has visto?

No nos buscan a nosotros, no, por la Fuerza, no nos buscan a nosotros. Buscan a esos dos droides, como todos los demás…

—No, señor. No he visto ningún droide esta mañana. Pero si lo veo, señor, se lo haré saber.

—Confío en que así sea. Muy bien, talz, sigue tu camino —cuando el soldado comenzó a girarse, la curiosidad de Muftak se sobrepuso a la cautela—. Disculpe, señor —empezó, rascándose la cabeza con nerviosismo—. Me he dado cuenta de que usted parece reconocer…

Hubo un zumbido y un aerocoche apareció por la vuelta de la esquina. Mientras se aproximaba, Muftak vio a dos soldados imperiales, uno de ellos vestido con el uniforme azul y gorra de un oficial. El talz dio un paso cauteloso hacia atrás, pero resistió el impulso de correr.

El centinela se cuadró cuando el aerocoche se detuvo.

El oficial, un hombre bajo y pálido con un aire arrogante, inclinó la cabeza brevemente y demandó:

—Su informe, soldado Felth —su voz sonaba exánime, apenas diferente de la voz filtrada mecánicamente de Felth.

—Nada que informar, teniente Alima. Ha estado muy tranquilo, señor —Muftak se tensó. Reconocía ese nombre. Su amigo Momaw Nadon le había hablado de un capitán Alima, el carnicero que había diezmado el planeta natal del cabeza de martillo. ¿Podría ser este el mismo hombre? Su rango era diferente, pero…

—Interrogue a todo el mundo que vea, Felth. No le dé ninguna opción a esta escoria local… y mantenga su bláster preparado. Estos bastardos matan tan pronto como te ponen los ojos encima.

—Sí, teniente.

—¿Qué pasa con ese? —Alima sacó su pistola y apuntó a Muftak—. Un bicho repugnante… ¿ha visto él a los droides?

—No, señor.

Muftak se armó de valor. Las cosas se estaban poniendo *muy* interesantes. Valía la pena un pequeño riesgo.

—Señor, respetado representante de nuestro amado Imperio, estoy bien conectado a las más… digamos, oscuras… secciones de Mos Eisley. Sería un placer para mí descubrir esta información para ustedes, si puedo.

Los ojos del oficial se oscurecieron profundamente cuando miró fijamente al talz.

—Asegúrate de que así sea, cuatro ojos. Ahora sigue con tus asuntos. No te entretengas… ¡fuera de aquí!

Kabe solo estaba un poco más lejos, todavía escondiéndose detrás del colector de humedad, y Muftak caminó en esa dirección sin mirar atrás. Al pasar, la pequeña se unió a él, charlando alegremente.

—¡Te han dejado marchar! Ya pensé que nos tenían, ¿eh? ¿Qué ha pasado?

—No estaban buscándonos a nosotros, Kabe. Solo a dos droides desafortunados. Pero algo muy… importante ha pasado. Un encuentro fortuito. Ese soldado sabía quién… qué… soy. ¡Soy un talz! Kabe… esta puede ser la pista que he estado buscando.

La chadra-fan alzó la mirada hacia Muftak, entrecerrando sus pequeños ojos ante el sol de la mañana.

—Pero, pero… no te vas a marchar ahora, ¿verdad? No te puedes ir. Nos necesitamos el uno al otro. Somos socios, ¿no?

Muftak contempló a su amiga, sintiendo una extraña emoción, un tirón distante que nunca había sentido antes. Gigantescas flores púrpuras colgantes llenaron su ojo interno. Se rascó con una garra la frente abovedada.

—No te preocupes, pequeña. Yo nunca te dejaría sola. Ahora, vamos a dormir un poco. Luego tengo algunas preguntas que hacer… y antes de la noche, debo ir a casa de Momaw Nadon, averiguar si sabe algo acerca de la raza llamada los talz. Y quizá… darle un poco de información a cambio.

—Pero, ¿qué hay de la cantina? —se lamentó Kabe—. ¡Lo prometiste, Muftak!

El talz ignoró esa evidente mentira.

—Tendrás lo que deseas, pequeña. Iremos mañana.

La cantina de Chalmun estaba, como siempre, a rebosar de gente de dudosa reputación. Momaw Nadon ya estaba en su lugar habitual, y Muftak tomó asiento enfrente, contra la pared. El cabeza de martillo empujó una copa a través de la mesa.

—Bienvenido, amigo mío —por la posición de sus pedúnculos oculares y el tono de su grisácea piel, Muftak dedujo que el ithoriano se alegraba de verlo, pero también estaba inquieto… no era inesperado, en vista de su encuentro el día anterior.

El talz cogió su copa, una cerveza polaris apropiadamente tibia, y metió la probóscide en el líquido, introduciéndola profundamente.

—Las cosas van bien, Momaw. Anoche planté la semilla que deseabas. Alima cree ahora que tú conoces el paradero de los droides.

—Plantaste la semilla —Momaw Nadon parpadeó lentamente. Con los ojos medio cerrados, toda apariencia de un rostro desaparecía—. Una buena manera de expresarlo. Si todo va según lo previsto, la «semilla» brotará antes de que el día termine —un pedúnculo ocular se volvió—. ¿Alima pagó bien?

Muftak zumbó con diversión.

—Quinientos. El recibo imperial que me expidió resultó inútil, por supuesto.

—No es sorprendente —dijo Nadon.

Muftak se pasó una garra por el pelo, rascándose nerviosamente.

—Momaw… ¿qué será de ti? Alima es despiadado. Ahora te está buscando.

—Me encontrará —admitió Nadon, su voz dual era un susurro áspero—. No te preocupes, amigo mío. Todo se desenvuelve como debe.

El talz tomó otro sorbo de cerveza, reacio a proseguir con este tema deprimente.

—No importa lo que suceda hoy —continuó el cabeza de martillo—, las cosas aquí en Mos Eisley están cambiando. Ayer conociste el nombre de tu especie. Pronto descubrirás el nombre de tu mundo, y dónde se encuentra. Entonces… ¿qué? ¿Irás a casa?

Muftak dejó escapar un zumbido bajo, que aumentó de tono.

—Hogar. Es una palabra tan simple… En mi lengua materna, la palabra es «p'zil» —hizo una pausa, poco dispuesto a revelar detalles tan íntimos incluso a un amigo—. Si lo que he soñado es cierto, es un mundo frío y húmedo, con selvas anchas y ricas bajo un cielo añil profundo. Mis sueños están repletos de grandes flores en forma de campanas gigantes, de todos los colores, colgando altas en el exuberante follaje. Me subo a esas flores, sobre un fuerte pétalo estriado. En lo profundo de la oscuridad central se encuentra una rica reserva de néctar. Bebo, los sabores son maravillosos y ondulantes… —suspiró—. Esta cerveza es solo un pálido reflejo.

El ithoriano balanceó sus pedúnculos comprensivamente.

—Esos sueños son verdad, amigo mío. Recuerdos raciales, sin duda, para guiarte cuando emerges del capullo. Al igual que naciste con conocimientos de tu lengua materna. Nunca he oído hablar de un pueblo como el talz, pero es obviamente único y de gran valor. Debes regresar y unir tu esencia con la de tu pueblo. Es la Ley de la Vida.

—Me temo que no he pensado en eso —dijo Muftak—. No tengo los créditos para pagar un viaje así. Y… ¿qué pasa con Kabe? La galaxia está agitada. Incluso si pudiera obtener un salvoconducto para ambos, no puedo confiar en ella. Ella solo piensa en sí misma. ¿Cómo podría llevarla conmigo?

Momaw Nadon cerró los ojos durante un largo rato.

—Puede que no termine el día con vida, así que no puedo ayudarte. Pero ya se te ocurrirá algo. Bebamos…

De repente Kabe se elevó colocándose al lado de Muftak.

—¡No me va a volver a servir! —escupió con rabia ella—. Maldito Wuher. ¡Y maldito Chalmun! Voy a dar de comer al sarlacc con los dos. No me van a vender más zumo, Muftak. ¡Mis créditos son buenos, maldita sea! ¡Malditos sean todos! Tú sabes que yo…

Muftak la interrumpió con un fuerte zumbido.

—Cálmate, pequeña. ¿Qué ha dicho Wuher?

—Dijo que no quería ranats achispados robando a sus clientes. ¡Yo, una ranat! Muftak, ¿puedes ir a hablar con él? ¿Por favor?

Muftak acarició su probóscide lentamente, pensando.

—Su reacción no es de extrañar, teniendo en cuenta lo que pasó la última vez que estuvimos aquí, Kabe. Pero… hablaré con él —levantó su copa hacia Momaw Nadon—. Después de todo, esto es una celebración… por así decirlo.

Las orejas de Kabe temblaron con disgusto cuando el sexteto de Figrin D'an desafinó otra vez equivocándose en el tempo. El oído de la pequeña chadra-fan era tan sensible como el sentido del olfato de Muftak, y esa «música» era particularmente discordante. Pero la cantina de Chalmun era la fuente más barata de zumo juri de los alrededores, por lo que

tendría que soportarla. Bebió lo que quedaba en su vaso, sintiendo la agradable acometida del licor.

Lamiendo las últimas gotas de sus bigotes, ella levantó su vaso.

—Más, Wuher. ¡Más zumo juri! ¡Tengo sed! —el camarero miró a través de la sala a Muftak, murmuró algo entre dientes, y luego a regañadientes tomó el vaso y lo volvió a llenar con el brebaje rubí. Kabe lo agarró con avidez.

De repente, el camarero se enderezó, frunciendo el ceño con enojo. ¿Estaba preparándose para llamar al segurata? Kabe se preparó para correr hasta Muftak, pero todo lo que hizo Wuher fue ordenar a un chico granjero de humedad que sacara sus dos droides de la cantina.

Relajándose, Kabe estudió a los clientes más cercanos, explorando expertamente con ojos de carterista. Con un poco de zumo juri, era dos veces más rápida y dos veces más inteligente. Nadie estaba a salvo.

La identidad de los dos clientes a ambos lados de ella le hizo detenerse; el doctor Evazan y Ponda Baba no eran buenas perspectivas. Uno de los orgullos secretos de Kabe era que una vez se las arregló para vaciarles los bolsillos a ambos, dejando caer unas cuantas baratijas del buen doctor en el bolsillo de Baba al mismo tiempo. Entonces habían bebido mucho, pero en ese momento no. Bastante tal vez, pero no lo suficiente como para tentarla. El riesgo no valía la pena.

Las dos perspectivas más allá de Evazan eran definitivamente más prometedoras. El sucio chico granjero que había sido tan tonto como para llevar a los droides allí estaba de pie a su derecha inmediata. El hombre con el que había entrado era un viejo con una barba del color del pelaje de Muftak, vistiendo un grueso manto marrón con capucha… *sin duda hecho por un sastre jawa*, pensó Kabe, divertida. No reconocía a ninguno de los dos, lo que significaba que no eran de Mos Eisley. ¡Bien! Los sorprendidos habitantes del desierto por lo general representaban presas fáciles. Más allá de ellos estaba el contrabandista Chewbacca, pero lo rechazó sin pensarlo dos veces: no solo no poseía bolsillos que vaciar, sino que todo el mundo sabía que no era prudente soliviantar a un wookiee.

Muftak todavía estaba en profunda conversación con Momaw Nadon. *Maldito sea, también. Supongamos que encuentra su planeta de origen, ¿entonces qué? Probablemente querrá ir allí... y entonces, por la Fuerza, ¿cómo me dejará eso a mí?* Kabe tuvo una breve visión de sí misma, atrapada en Mos Eisley, sin nadie que hiciera que Wuher le sirviera su zumo juri… nadie para protegerla de las víctimas indignadas cuando sus dedos no eran lo suficientemente rápidos…

Estaría sola. Kabe tomó un largo trago de zumo, pensando en su pequeña provisión secreta; tan secreta que ni siquiera Muftak sabía de ella. No duraría mucho… diez días, tal vez. ¿Y entonces qué? Sin lugar a dudas, llegarían los problemas, a menos que encontrara una manera de distraer al talz.

Un alto y delgado humanoide al otro lado de la barra estaba fumando de un narguile. Expertamente, localizó su bolsita de créditos. Fácilmente accesible… pero algo, no estaba

segura de qué, la detuvo. Con las orejas temblando, se esforzó por captar sus vibraciones. Por alguna razón que no podía definir, parecía *equivocado*. Cuando su mirada se cruzó con la de él, el pelaje de su nuca se aplastó de repente, como si alguien hubiera envuelto sobre sus hombros algo blando y muerto.

Él no, pensó Kabe, estremeciéndose. *Definitivamente él no.*

El chico, decidió. Era evidente que estaba nervioso, pero no estaba realmente alerta. *Y luego el anciano.* Había algo en el anciano que presagiaba aptitudes ocultas, a pesar de sus ropas raídas. Tendría que ser especialmente cuidadosa con él.

De repente Kabe sintió el movimiento de Ponda Baba a su izquierda. Se alejó, justo a tiempo para evitar un feroz codazo cuando él deliberadamente empujó al chico.

—¡*Fuera de mi camino, excremento humano*! —gritó en aqualish. *Oh, no*, pensó, *allá vamos de nuevo*. Con los bigotes crispados, Kabe se escabulló detrás del viejo habitante del desierto, y luego se asomó cautelosamente, poniendo cuidadosamente su vaso medio vacío en la barra.

El chico, obviamente, no entendía el lenguaje del gran alienígena. Levantó la mirada, la mantuvo, y a continuación silenciosamente regresó a su bebida. Kabe se preparó para la acción; cuando la nueva víctima de Evazan y Ponda Baba yaciera carbonizada y humeando, tendría solo un momento para recoger su bolsa antes de que se lo llevaran de allí.

Tal vez, pensó, *este sea un buen momento para hacerlo a la antigua*. La atención del viejo estaba fija en Ponda Baba. Perfecto. Ahora, si pudiera localizar su bolsa…

—¡Yo estoy condenado a muerte en doce sistemas! —la ruidosa voz de Evazan hería sus oídos. *Hmm. Ese bultito es prometedor. Solo un poco más cerca…*

El anciano dio un paso adelante… y el bolsillo se escabulló de sus dedos. Con cautela, Kabe le siguió. Hubo un repentino éxodo alejándose de la barra, y Kabe percibió que la lucha estaba a punto de comenzar… pero estaba decidida a arrebatarle los créditos antes de retirarse también.

—Este jovencito no vale el esfuerzo —estaba diciendo el viejo humano, su voz suave y agradable llevaba una corriente subyacente de verdadera autoridad—. Ven, te buscaré algo mejor.

Ponda Baba rugió de rabia inarticulada, Evazan dejó escapar un bramido, y el joven humano voló más allá de ella, aterrizando ignominiosamente debajo de una mesa cercana.

—¡Blásters no! ¡Blásters no! —gritó Wuher.

Hubo un sonido como de seda rasgándose, y Kabe se encogió acercándose al viejo habitante del desierto, agazapándose hasta que estuvo casi cubierta por su manto. Ponda Baba chilló, Evazan aulló de dolor, y algo cayó al suelo con un ominoso ruido sordo.

Kabe se asomó, y vio que la cosa en el suelo era el brazo de Ponda Baba, con los dedos aún retorciéndose, mientras trataban sin éxito de disparar el bláster de nuevo. El anciano dio un paso atrás con gracia, y la abrasadora hoja de luz que era su arma, que Kabe nunca había visto antes, chasqueó desapareciendo. Abandonando toda idea de robo, se apartó con rapidez. Cuando el viejo ayudó al joven a levantarse, el chico se tambaleó,

mirando con incredulidad el brazo que aún tenía espasmos… y su talón aplastó los dedos de Kabe.

Chilló estridentemente por el dolor agudo. *¡Maldición! ¡Los humanos son pesados!* Gimiendo, cojeando, Kabe se retiró a los recovecos más oscuros de la sala, esperando a que limpiasen. Por suerte, no habían derramado su zumo juri…

—¿Quieres decir que me ayudarás? —Kabe levantó la mirada hacia su amigo, asombrada.

Muftak asintió.

—Nunca habrá un mejor momento para tomar la mansión. El hutt está lejos en su palacio y la ciudad es un caos.

La pequeña chadra-fan lo miró con los ojos como platos, las secuelas del zumo ralentizaban sus pensamientos. Repentinamente, dejó caer su fruta falotil medio comida al polvoriento suelo de la guarida, sacudiéndose extasiada.

—¡Sabía que tendrías el valor para hacerlo, Muftak!

Él asintió, deseando estar tan confiado. La venganza del hutt sería terrible si eran atrapados, pero la abundancia de tesoros en la mansión de Jabba, ostentada deliberadamente para tentar a los codiciosos, sería presa fácil si la entrada «secreta» de Kabe daba resultado. El talz había tomado la decisión de camino a casa desde la cantina, llevando a la inconsciente Kabe en el hueco de su brazo.

Muftak miró alrededor de la vivienda que habían compartido durante casi cinco años. El nidito de Kabe, su percha para dormir, un baúl donde conservaba sus escasas posesiones. Nada, en realidad. Y el futuro solo podía ser peor.

—Seremos capaces de salir de este vertedero —dijo Kabe, como si hubiera leído sus pensamientos—. Tal vez comprar nuestra propia cantina. Vivir con auténtico estilo —desdeñosamente, arañó una pared ruinosa, desprendiendo una pequeña avalancha de suciedad al suelo—. Los créditos valen el correr un poco de riesgo, ya lo verás.

El talz se rascó la cabeza, zumbando suavemente.

—No tiene sentido esperar. Esta noche.

Kabe asintió alegremente.

Noche. Muftak, sorprendentemente ágil para su tamaño, se elevó por encima del borde de la azotea, y se agazapó en la cúpula principal de la mansión de Jabba. Cauteloso como siempre, sacó su antiguo bláster, explorando la azotea en busca de signos de vida. La luna se estaba poniendo, perdiéndose su brillo entre las nubes distantes, dejándolos en casi total oscuridad.

Por delante de él, Kabe ya había subido la mitad de la cúpula, moviéndose rápidamente. Ella se detuvo de repente, y Muftak distinguió un orificio grande en forma de media luna justo debajo de la matriz del colector de condensación. Recolocando el arma en el cinturón que recorría su espalda, Muftak trepó, utilizando sus garras, por la superficie áspera y porosa de piedra.

—Mira, Muftak —susurró la chadra-fan, anudando la cuerda de escalada que había llevado a la base del colector de condensación—, es como dije. No ha cambiado desde que lo descubrí. Solo la red de seguridad estándar. ¿Escuchas eso? Las corrientes de aire silban por los bordes de la puerta metálica. Un buen empujón, y cederá.

Muftak se agachó junto al portal.

—Es increíble —dijo—. ¿Puedes oír a alguien dentro?

Kabe escuchó, sus oídos temblaron.

—Solo ronquidos en otro piso. Nadie se mueve.

—Entonces allá va —el talz se agarró firmemente en el alféizar y empujó. El portal de acceso cedió lentamente, inclinándose hacia el interior, a continuación, las bisagras se rompieron y el metal cayó. Un sonido metálico amortiguado se oyó por algún lugar desde abajo.

—Las vibraciones no han cambiado —se regocijó Kabe—. ¿Qué te dije, Muftak? ¡Esto va a ser un juego de niños!

Antes de que Muftak pudiera detenerla, Kabe se deslizó hacia abajo adentrándose en la oscuridad. El talz la oyó emitir chasquidos discretos mientras bajaba, y supo que estaba escuchando los ecos para ver en la oscuridad.

—Nada inusual hasta ahora —informó—. Estoy casi abaj… —al oír su interrupción, Muftak se agachó metiendo la cabeza por el agujero, forzando sus ojos nocturnos. Debajo de él, Kabe colgaba, girando lentamente, a la longitud de una pata del suelo.

—Kabe, ¿qué ocurre? ¿Por qué te has detenido? —exigió Muftak.

—Shhh —mientras observaba, Kabe cambió de posición, poniéndose boca abajo, luego bajó la cabeza hasta que su oído estuvo justo sobre la moqueta. Chasqueó de nuevo—. Oh, estiércol de bantha… —la oyó murmurar.

—¿Qué pasa?

—Un ruido, por debajo del suelo… hay algo ahí abajo. El aire fluye a su alrededor, y zumba… metálico, probablemente —de repente dejó escapar un pequeño grito aterrorizado—. ¡No bajes todavía! ¡Es algún tipo de trampa! Hay un accionamiento de resorte…

Muftak observó mientras ella chasqueaba, tratando de estimar las estructuras por debajo del suelo.

—Vigas estándar allí… —murmuró, unos segundos más tarde. Con un par de vigorosos contoneos, se balanceó hacia atrás y adelante, luego dejó caer su palanca para probarlo—. ¡Sin cambios! —gritó, entonces saltó ella misma—. Solo tienes que aterrizar aquí…

Cuando Muftak estuvo abajo, salieron de la sala de la cúpula, y se deslizaron escaleras abajo en la oscuridad. En la parte inferior, Kabe oyó el zumbido electrónico distintivo de una alarma.

Rápidamente, la pequeña chadra-fan la localizó y desactivó.

A su derecha, un portal conducía a una sala grande, un salón de algún tipo, equipado con lujosos muebles tapizados. Una de las paredes tenía una vitrina abierta llena de pequeñas estatuas doradas y antiguas armas enjoyadas. Muftak jadeó en voz baja… el botín de un centenar de mundos… ¡era suyo para tomarlo!

Con cautela, entraron. Trabajando con prisa febril, comenzaron a llenar de objetos valiosos los sacos que habían traído.

—Estaremos lejos de aquí antes de que te des cuenta —susurró Kabe, deslizando un soporte para pipas particularmente ornamentado en su saco—. ¿No lamentas ahora no haberlo hecho…?

Dos luces parpadearon brillando en la antesala del salón. Un droide, activándose. Kabe se congeló aterrorizada. Muftak sacó su bláster.

—Oh, disculpen la interrupción —dijo el droide con un tono melodioso—. He estado esperando para… por cierto —su tono cambió—, ¿qué hacen aquí a estas horas de la noche? Sé que los amigos del amo Jabba son un poco… inusuales, pero…

Muftak dio un paso hacia la máquina.

—Debemos estar aquí. Tu ilustre amo nos ha pedido que vengamos a buscar algunas de sus posesiones para transportarlas a su palacio.

El droide dio unos pasos remilgados entrando en la sala.

—Eso lo explica, entonces. ¿*Bzavazh-ne pentirs o ple-urith feez*?

Muftak se dio cuenta con retraso. Su lenguaje.

—¿Dónde has aprendido eso?

El droide inclinó la cabeza, y sus ojos iluminados parecieron llenarse de satisfacción.

—Oh, amigo talz, estoy versado en las lenguas y costumbres de su planeta, Alzoc Tres, y en las de otros cuatro mil novecientos ochenta y ocho mundos. Soy el droide de protocolo del amo Jabba, Ka-ocho Eleerre. El amo Jabba no podría pasar sin mí. Cierto es que nunca antes he tenido la oportunidad de utilizar mi módulo talz. Voy a comprobar con el amo Fortuna si ustedes están diciendo la verdad.

Kabe, ahora bajo control, estaba moviéndose lentamente hacia el droide, tratando de parecer amistosa. Desenrolló su cuerda de escalada.

—Estamos diciendo la verdad, droide. No necesitas comprobarlo.

—Oh, pero debo hacerlo, amiga chadra-fan, *k'sweksni-nyiptsik*. No tiene ni idea de en los problemas que me metería si no lo hago…

De repente Kabe saltó y envolvió la cuerda alrededor de sus extremidades.

—¡El perno de retención, Muftak!

—Amigos míos, por favor no… —gemía K-8LR como un mendigo callejero jawa—. ¡Oh! El amo Jabba les castigará… —comenzó a luchar, pero el talz se apresuró a alcanzarle, y con un movimiento agarró el perno fijado a su pecho. K-8LR estaba

revolviéndose, tratando de liberarse de las cuerdas alrededor de su cuerpo, pero Muftak estaba encima. Con un rápido tirón, le arrancó el perno.

Cuando el perno se desprendió, el droide dejó de luchar.

—Oh, gracias —dijo—. No tienen ni idea de lo bien que me siento. Nunca me ha gustado trabajar aquí. Nunca. Ese Jabba… ¡tan grosero! ¡Y los pícaros que trabajan para él! Las cosas que he visto le rizarían la probóscide, amigo talz. Ahora, si no les importa, creo que me iré. ¿Podrían desatarme?

—¡Cállate, droide! —Kabe aguzó sus oídos, escuchando atentamente. Cuando no detectó nada, comenzaron a reunir el botín de nuevo. K-8LR, todavía medio atado, los seguía, elogiando sus elecciones con un susurro metálico.

—Ka-ocho Eleerre —dijo Muftak, metiendo una pequeña estatuilla tallada en la bolsa que colgaba sobre su peludo abdomen—, si realmente estás agradecido, dinos dónde guarda el hutt sus tesoros más valiosos.

El droide hizo una pausa, pareciendo pensar.

—Hay artefactos corellianos en las paredes de su sala de audiencias que no tienen precio, si mis bancos de memoria no fallan. Y una manualidad de los primeros días de la civilización humana.

—¡Llévanos allí!

Mientras Muftak y el droide se dirigían a la puerta, hablando en voz baja sobre la ubicación de Alzoc III, Kabe arrancó apresuradamente una gran gema de fuego del ojo de una escultura. La metió en uno de la miríada de bolsillos de su ropa, uniendo la gema a los otros pequeños objetos de valor que había ocultado sobre su persona. *Nunca voy a tener que vaciar bolsillos de nuevo*, pensó.

Siguieron al droide de vuelta al pasillo y hacia la derecha. Mientras avanzaban silenciosamente, las orejas de Kabe temblaron ante un sonido tan suave que ningún otro podría haberlo escuchado. Respiración. Agonizante, áspera… y consciente. Se detuvo ante la tercera puerta.

—¿Quién hay en esta sala? —le preguntó a K-8LR—. Quienquiera que esté aquí está despierto.

K-8LR se detuvo.

—Es una de las víctimas de mi antiguo amo, me temo. Un mensajero humano. Lo han estado torturando durante días con un disruptor nervioso.

Muftak le indicó que siguieran, pero Kabe vaciló.

—¿Sabes cuánto pagaría Valarian por un disruptor nervioso? —le susurró al talz—. Droide, ¿puedes abrir?

—Ciertamente, señora —K-8LR se interconectó con la cerradura y la puerta se abrió.

Muftak se removió nervioso, rascándose la cabeza.

—Kabe, no nos involucremos en esto. Ahí dentro apesta.

La chadra-fan ignoró a su amigo, entrando en la habitación. De mala gana, Muftak la siguió.

Un hombre desnudo, frágil y pálido con un aire de tristeza infinita yacía atado a una cama, gimiendo. Cuando entraron, sus ojos se fijaron en ellos. El disruptor nervioso, una pequeña caja negra montada sobre un trípode alto, estaba junto a la cama. Kabe se acercó e ignorando resueltamente al humano, comenzó a desconectarlo.

—Agua —suplicó el hombre con los restos fantasmagóricos de una voz—. Agua… por favor.

—Cállate —espetó Kabe. Incluso mientras sus dedos se movían, desenroscando hábilmente pequeños componentes, se acordó de los días previos a que Muftak la encontrara, cuando ella había vagado por las calles de Mos Eisley, hambrienta… y casi enloquecida por la sed. Incapaz de contenerse, miró al humano. Sus ojos se encontraron.

—Agua —dijo el hombre con voz ronca—. Por favor…

Los dedos de Kabe se ralentizaron, entonces, maldiciendo en voz baja, sacó un pequeño frasco de su cinturón y se lo tendió.

—Aquí está el agua. Ahora déjame en paz —con sus brazos restringidos, el humano solo pudo contemplar el frasco con anhelo.

—Yo se la daré, señor —dijo K-8LR, adelantándose. Levantó la cabeza del humano, y mantuvo el agua en sus labios.

El disruptor nervioso finalmente fue desmontado. Kabe lo metió en su saco.

—¡Esto por sí solo nos proveerá zumo suficiente para toda la vida! —dijo triunfalmente.

El humano terminó el agua y se relamió los labios agrietados y ásperos. Los miró cuidadosamente.

—Vosotros dos… estáis interesados en los créditos. ¿Os gustaría ganar treinta mil, rápido, sin riesgo?

Muftak, intranquilo, estaba vigilando el pasillo. Kabe, que ya estaba girándose para irse, se detuvo. Ella evaluó al hombre con recelo.

—¿Qué quieres decir, humano?

—Mi nombre es Barid Mesoriaam. Recordad ese nombre, ya que será vuestra contraseña. Si entregáis un datapunto a cierto mon calamari que estará en Mos Eisley en los próximos días, los créditos son vuestros.

Kabe lo consideró.

—Un datapunto. ¿Treinta mil? ¿De dónde vas a sacarlos? ¿Cómo sabemos…?

—Tendréis que confiar en mí. En cuanto a la ubicación del datapunto… —Mesoriaam cerró la boca y meneó la lengua entre los dientes. Cuando la abrió, había un pequeño círculo negro visible en la punta de su lengua. Kabe recogió el datapunto.

Muftak, quien había regresado al lado de la cama a tiempo para oír la mayor parte de la conversación, miró sorprendido al hombre.

—¿Qué hay en ese datapunto que valga tanto? —preguntó.

Mesoriaam trató de incorporarse, pero estaba demasiado débil.

—Eso no os corresponde a vosotros saberlo. Decidle al mon calamari que es solo para los ojos del general Dodonna.

—Barid Mesoriaam es partícipe de la Rebelión contra el Imperio —dijo K-8LR con aire de suficiencia—. Desean restaurar el poder al Senado, según tengo entendido. Sin duda el datapunto está relacionado con los planes de los rebeldes.

El talz se acarició la probóscide, pensando.

—Toma, Muftak, pon esto en tu bolsa —ordenó Kabe, tendiéndole el datapunto.

Muftak obedeció.

—Rebeldes —repitió meditativo—. Ka-ocho, ¿es eso lo que Jabba está tratando de sonsacarle? ¿Hace esto siguiendo órdenes imperiales?

—Mi antiguo amo no favorece a nadie —replicó el droide—. Vende al mejor postor. Por desgracia para él, Mesoriaam ha resistido todas las torturas, no ha revelado nada.

—Hasta ahora. Vosotros sabéis quién soy y lo que contiene ese datapunto —dijo Mesoriaam—, no hay nada que os impida vender la información al prefecto. Sin embargo, si lo hacéis, recordad que no hay lugar para los no-humanos en el Imperio. En los orgullosos días de la República, todos los seres tenían el mismo estatus. Mirad a vuestro alrededor y decidme si eso todavía es así.

Kabe frunció el ceño con impaciencia.

—Si tus amigos nos dan treinta mil, no me importa lo que… —ella se dio la vuelta bruscamente—. ¿Qué ha sido eso?

Las luces se encendieron en el pasillo.

—Oh, no —dijo K-8LR—. Esto no parece ser un giro muy prometedor de los acontecimientos.

Muftak sacó su bláster.

—Larguémonos de aquí. Ahora.

El talz contuvo el aliento cuando llegó al pasillo, blandiendo su bláster, pero no había nadie a la vista. Kabe le siguió, tratando de encajar un nuevo tesoro en su saco ya a rebosar.

—La sala de audiencias de Jabba, Muftak. ¡Esa manualidad debe valer millones!

Muftak la miró boquiabierto, incrédulo.

—Kabe, ¿estás loca? Tenemos que…

De más allá del salón surgieron dos rudos gamorreanos blandiendo hachas, gruñían obscenamente. Muftak empujó a Kabe detrás de él, y ambos retrocedieron ante los recién llegados. El talz disparó su bláster… pero no ocurrió nada.

—¡Dispárales, Muftak! —chilló Kabe.

Muftak emitió un zumbido frustrado.

—¡Lo estoy intentando!

Estorbado por su saco, examinó el arma lo mejor que pudo, dando marcha atrás al mismo tiempo. Los gamorreanos se chillaban el uno al otro, evidentemente haciendo planes. Desesperadamente, Muftak empujó la fuente de alimentación para que hiciera mejor contacto, vio la bobina de ignición comenzar a resplandecer. Lo tenía. Apuntando, disparó al guardia más cercano. El arma escupió, y el dardo de energía rebotó en la hoja del hacha del guardia, que la utilizaba como escudo. Los gamorreanos se agacharon cubriéndose, justo cuando un pequeño jawa apareció por otra puerta, disparando con un bláster. Muftak logró efectuar unos pocos disparos más, enviando al jawa corriendo de vuelta a su escondite.

—¡Por aquí! —Kabe estaba pasando por delante de la entrada principal, una puerta blindada reforzada lo suficientemente grande como para admitir al enorme hutt. Una mirada le dijo a Muftak que estaba electrónicamente bloqueada.

La chadra-fan se apresuró en dirección a la sala de audiencias.

—Hay otra salida ahí dentro… ¡mantenlos a raya mientras la abro!

—¿Mantenerlos a raya? —gritó Muftak—. ¿Cómo? —siguió a Kabe, y se precipitaron dentro de la enorme sala de audiencias circular. Dominando el otro extremo de la sala estaba la tarima de madera ornamentada del hutt; sobre ella colgaba un tapiz gigantesco que representaba una grotesca escena de la vida familiar hutt.

Justo como Kabe había dicho, *había* otra puerta más pequeña… pero también tenía un perno electrónico.

—¿Y ahora qué? —jadeó Muftak—. ¡Estamos atrapados!

—Tal vez pueda abrirla… —dijo Kabe con incertidumbre—. Pero necesitaré tiempo… —sacando el disruptor nervioso, lo puso en el suelo, apuntando hacia la puerta, y luego lo encendió—. ¡Usaré esto para bloquear la entrada!

El tiempo estaba en su contra… apenas habían completado medio camino a través de la cámara cuando más gamorreanos cargaron por la puerta, aullando como incursores tusken. Uno estaba armado con un bláster. Disparos letales rebotaron tras ellos mientras Muftak agarraba a Kabe y se lanzaba a través de la cámara, poniéndose a cubierto detrás de la tarima de audiencias de Jabba.

Los disparos de bláster se detuvieron bruscamente, y los dos ladrones se asomaron para ver a los cuatro gamorreanos tambaleándose en la entrada, aullando de dolor y furia. Apuntando con cuidado, Muftak abatió a tres de ellos con tiros bien colocados. El cuarto escapó de vuelta al pasillo.

Kabe empezó a gatear hacia la puerta.

—La abriré…

Se desató el infierno. Diez guardias de varias especies aparecieron en la puerta, cada uno de ellos desatando una andanada de fuego de bláster. El disruptor de Kabe los retuvo por el momento, pero los dos amigos se cubrieron detrás de la tarima.

—No podremos aguantar mucho más así —gruñó Muftak, apuntando y disparando a la manada de guardias atascados en la entrada—. Tarde o temprano uno de sus disparos golpeará el disruptor… y entonces los tendremos aquí dentro.

La única respuesta de Kabe fue un chillido aterrorizado. Muftak miró por encima de la tarima, en busca de un buen objetivo, y vislumbró unos pálidos rasgos distintivos en la parte posterior de la multitud. Bib Fortuna… el mayordomo twi'lek de Jabba, quien sin duda estaba dirigiendo la batalla desde la seguridad del pasillo. Un gruñido silbante proveniente de arriba atrajo su atención, y levantó la mirada para ver una enorme red colgando del techo, lo suficientemente grande como para cubrir todo el centro de la sala de audiencias. Se decía que la red contenía silbadores kayven, unos carnívoros voladores con un apetito tan grande y agudo como sus dientes. Jabba utilizaba los kayven para «influir» a socios comerciales reacios en acuerdos favorables para el hutt.

Apuntando al fornido torso de un abyssino, Muftak disparó otro rayo, y fue recompensado con un grito cuando el ser cayó.

—Muftak, ¿*qué* vamos a hacer? —gimió Kabe. Él bajó la mirada hacia ella, la vio acurrucada y temblando a su lado.

—Si tan solo pudiéramos abrir esa puerta… —murmuró el Talz, casi para sí mismo. Pero estaba demasiado lejos…

Otro disparo de bláster crepitó por encima, tan cerca que Muftak se arrojó sobre Kabe, casi aplastándola contra el suelo. Un chisporroteo llenó el aire; el tapiz que estaba detrás de ellos ahora ardía en un lugar y humeaba en varios otros. *Eso es todo… nunca saldremos de aquí vivos*, pensó. *Nunca saldré de este infierno de arena, nunca veré Alzoc III… nunca saborearé el néctar de esas flores…*

—¡Quítate de encima! —chilló Kabe bajo él. Muftak se apartó, jadeando y tosiendo por el humo. Kabe se quedó mirando el fuego con los ojos desorbitados—. Muftak… —gimió.

El talz entrecerró los ojos ante los zarcillos de humo, tratando de apuntar. Disparó a un gamorreano, pero su visión borrosa le hizo fallar. El fuego de respuesta rebotó en el mobiliario. Un disparo de bláster golpeó el disruptor nervioso, rompiéndolo.

¡Ahora se nos echarán encima!, pensó Muftak, pero los guardias todavía se contenían. Evidentemente no se habían dado cuenta de que la entrada ahora estaba despejada… o eso, o el humo les disuadía. *Quizás Bib Fortuna les ha ordenado permanecer atrás, imaginando que el fuego nos alcanzará*, pensó. *De esa forma no se arriesga a perder más guardias.*

Sin previo aviso, la puerta de salida se abrió.

El aire fresco de la noche fluyó entrando, avivando las llamas, enviando los remolinos de humo en oleadas. Muftak agarró los dos sacos de botín, empujándolos a las manos de Kabe.

—¡Huye! —ordenó—. ¡Te cubriré!

La chadra-fan vaciló.

—Pero, ¿qué hay de ti?

—¡Iré justo detrás! —mintió. Alguien tan pequeño y rápido como Kabe podría ser capaz de salir por la puerta, bajo su fuego de cobertura, pero Muftak, con su pesada masa, no tenía ninguna oportunidad. Pero al menos Kabe viviría. Con la riqueza de esos sacos,

tendría la vida resuelta…—. ¡*Vete*! —gritó, literalmente echándola de detrás de la tarima. Disparó a los guardias, viendo por el rabillo del ojo como ella se escabullía a través del humo.

Una lluvia de fuego forzó a Muftak a agacharse de nuevo, pero no antes de ser recompensado con la visión de Kabe desapareciendo a través de la puerta. *Gracias a la Fuerza.* Se recostó, su bláster le abrasaba la pata mientras se preparaba para vender cara su vida…

Jadeando, asfixiada, Kabe se tambaleó por la salida y se adentró en la noche. Los pesados sacos de botín la lastraban, pero antes que perderlos se cortaría un brazo. Metiéndose a través de un portal a un jardín amurallado, se apoyó en una escultura de tamaño natural de Jabba, tragando aire. Detrás de ella pudo oír disparos de bláster silbando. ¿Dónde estaba Muftak?

Asomándose por el portal y mirando hacia la salida de la sala de audiencias, la chadra-fan observó mientras nubes de humo se elevaban. Con cada segundo que pasaba, el dolor se aliviaba en su corazón acelerado y en sus pulmones forzados. Muftak no aparecía. Kabe observó la calle, escuchando los sonidos distantes de los bomberos y los vendedores de agua convergiendo en la mansión del hutt desde todas direcciones.

¿Dónde en nombre de la Fuerza estaba Muftak?

Kabe se estremeció ante el sonido de más fuego de bláster en la sala de audiencias. El humo oscureció la noche, eclipsando las estrellas. Toda la sala debía estar ardiendo… *¡Muftak!*

Tristemente, la pequeña chadra-fan se dio cuenta de que su amigo nunca había tenido la intención de seguirla. Le había dado la oportunidad de escapar al precio de su propia vida. Lentamente, recogió los dos sacos cargados. Sería una locura sacrificar el último regalo del talz… Muftak *quería* que ella escapara… con el botín.

Kabe dio un paso hacia el portal del otro lado del jardín, que daba a un callejón. Imágenes pasaron con rapidez ante sus ojos, de sí misma, hambrienta, lloriqueando en los callejones, demasiado débil para correr, casi demasiado débil para caminar. Muftak la había recogido, cargándola en brazos, y la había llevado a casa, a su guarida… había comprado agua para ella, y comida…

Kabe dio otro paso…

Los sacos se deslizaron de entre los dedos de la chadra-fan, resonando en el arenoso suelo cerca de la cola de piedra de la escultura. Kabe los pateó brutalmente, sabiendo que no durarían ni dos segundos allí fuera, sin importar cuánto tratara de esconderlos.

—¡Maldito seas, Muftak! —chilló.

Y volviéndose, corrió de vuelta a la sala de audiencias.

Chasqueando ruidosamente, Kabe pudo captar la presencia de Muftak por sus vibraciones, incluso a través del envolvente humo. El talz todavía estaba donde lo había

dejado, pero la sala ya estaba llena de guardias avanzando. Muftak devolvía el fuego, pero el paquete de energía de su bláster estaba claramente agotándose… los haces vacilaban mientras ella se arrastraba por el suelo de la sala de audiencias.

Con los ojos llorosos, tosiendo mientras trataba de sentir las vibraciones, Kabe captó una forma delante de ella. Un rodiano. Saltó, cerrando sus afilados dientes en la pierna del guardia. Él gritó, dejó caer su bláster y se volvió, tratando de golpearla con el puño. La chadra-fan lo soltó, agarró el bláster y disparó al guardia a quemarropa.

—¡Muftak! —gritó—. ¡Vamos! ¡Yo te cubriré!

De alguna forma, a pesar de la confusión, él la oyó. Kabe chasqueó frenéticamente en medio del caos de humo, llamas y cuerpos derrumbados, y fue premiada con el sonido del talz saliendo de detrás de la tarima.

Agachándose, se hizo a sí misma un objetivo tan pequeño como le fue posible, al mismo tiempo disparaba salvajemente a cualquier cosa que se movía. Podía ver a Muftak; estaba avanzando hacia ella, apartando guardias como si fueran niños, utilizando su enorme masa para aplastar cualquier cosa en su camino.

—¡Por aquí! —llamó Kabe—. ¡La puerta!

Muftak se dirigió hacia ella… solo para ser confrontado por dos gamorreanos, gruñendo y gritando amenazas. Kabe apuntó con cuidado, y disparó a uno en la espalda. Su compañero se giró hacia ella, y Muftak le dio una patada.

De repente, una nueva voz gritó.

—¡Amigo talz! ¡Amigo talz… aléjese del centro de la habitación, por favor!

Kabe miró hacia arriba, a través del humo, para ver a K-8LR asomándose por una ventana a mitad camino de la cúpula. Muftak obedeció, cambiando la dirección de su avance justo a tiempo de evitar una enorme red que se desplomó desde el vértice de la cúpula, engullendo a la mayor parte de los guardias.

Los gritos y chillidos de los guardias se mezclaron con los salvajes ululatos de los silbadores kayven. La red se removía ferozmente.

Una larga zancada después, Muftak alcanzó a la chadra-fan, la levantó sin detenerse, y luego corrió hacia la puerta abierta.

—¡Déjame en el suelo! —chilló Kabe en el momento en que estuvieron fuera de la mansión. Rápidamente, ella se apresuró a la sombra de la estatua, pero, por supuesto, los sacos habían desaparecido.

Los hombros de la chadra-fan se hundieron.

—¡Estiércol de bantha!

—Kabe… regresaste…

Era Muftak, y la miraba con incredulidad, con los ojos todavía nublados por el humo.

—Pensaba que ya estarías a mitad de camino de casa.

Kabe pateó la deteriorada pared del jardín con disgusto.

—¡Muftak, eres tan malditamente *estúpido*! Por supuesto que no podía dejarte allí, eres demasiado tonto para salir de allí por ti mismo. ¡Habrías sido forraje de bantha seguro!

El talz la miró inquisitivamente, y luego, de repente, zumbó con ligera diversión.

—Kabe… me has salvado la vida. Tú y Ka-ocho. Has vuelto para rescatarme.

La chadra-fan puso ambas manos en sus caderas y lo miró.

—¡Bueno, por supuesto que sí, idiota! Somos *socios*, ¿no?

Muftak asintió.

—Sin duda, Kabe. Socios. Vamos, salgamos de aquí.

Ambos comenzaron a desplazarse furtivamente, moviéndose automáticamente por las sombras, evitando a los transeúntes. Detrás de ellos, el fuego se estaba propagando.

—Las paredes no arden —observó Muftak—, pero el interior quedará hecho cenizas, a ese ritmo.

—Jabba es tan rico que podrá arreglarlo, sin problemas —dijo Kabe sinceramente—. Muftak… una cosa que me desconcierta. ¿Quién abrió la puerta?

—Debió ser el droide —respondió el talz—. Solo espero que Bib Fortuna no lo viera ayudándonos a escapar. Si lo ha visto, no hay esperanza para Ka-ocho Eleerre.

—¿Dónde iremos ahora? —preguntó Kabe, siempre práctica.

—A la casa de Momaw Nadon. Él nos ocultará… si está vivo. Y no ha habido ninguna información sobre su muerte, por lo que debe habérselas arreglado para superar a Alima de alguna manera.

—Pero no podemos quedarnos aquí… —se lamentó Kabe—. ¡Nuestras vidas no valdrán ni el escupitajo de un sarlacc si Jabba se entera de quién ha destrozado su casa!

Muftak le dirigió una larga mirada.

—Tienes razón… no podemos quedarnos aquí. Saldremos de Mos Eisley y de Tatooine antes de que nadie pueda informar sobre nosotros.

—¿Cómo, Muftak? ¡Hemos perdido casi todo el botín! —lo cual no era del todo cierto… Kabe podía sentir las pequeñas protuberancias de media docena de piedras preciosas en su ropa.

—¿Has olvidado el datapunto? —con aire de suficiencia, el talz se palmeó el vientre peludo.

Kabe lo miró fijamente, con los ojos bien abiertos, y luego comenzó a parlotear alegremente para sí misma.

—¡Treinta mil! ¡Y serán todos nuestros! Y ni siquiera querías entrar en aquella sala… ¡prácticamente tuve que arrastrarte! Te dije que nunca te arrepentirías de esta noche, Muftak, ¿verdad? ¿Verdad?

En silencio, el gran talz asintió de acuerdo.

Dos noches después, en el escondite secreto del ithoriano debajo de las raíces del árbol carnívoro *vesuvague,* Muftak se plantó ante el mon calamari que Momaw Nadon había conducido allí para reunirse con él.

—Barid Mesoriaam dijo que esto era solo para los ojos del general Dodonna —dijo el talz.

—Entiendo —dijo el ser acuático, extendiendo una aleta—. El datapunto, por favor.

—En primer lugar, nuestro pago —alzó la voz Kabe—. ¿Crees que somos estúpidos?

En silencio, el mon calamari extrajo créditos de una bolsa haciendo que los ojos de la chadra-fan brillaran con avidez. Muftak los contó apresuradamente.

—Solo hay quince mil —se quejó—. Nos prometieron treinta.

—Tengo algo mejor que los créditos para el resto del pago —prometió el contacto rebelde, metiendo la mano en el bolsillo.

—¿Qué podría ser mejor que los créditos? —se burló Kabe, abiertamente despectiva.

—Esto… —dijo el espía, sujetando dos documentos sellados y precintados de aspecto oficial—. Dos cartas de tránsito, firmadas por el mismísimo Gran Moff Tarkin. ¡Con estas podréis ir a cualquier parte!

Muftak miró fijamente los documentos con sus cuatro enormes ojos. ¡Cartas de tránsito! Con ellas serían capaces de llegar a Alzoc III… y luego, tal vez, a Chadra, el mundo de origen de Kabe.

—Pero aun así obtener pasaje para salir de Mos Eisley no es tarea fácil… —dijo Muftak, tomando los preciados documentos y guardándolos cuidadosamente, junto con los créditos, en su bolsa. Con gravedad, entregó el datapunto.

—Lo del pasaje está solucionado, amigo mío —dijo Momaw Nadon, saliendo de las sombras—. Partiréis esta noche. Tal vez, ahora que tenéis eso… —el ithoriano ladeó un pedúnculo ocular en dirección a las cartas de tránsito—, algún día podréis ayudar a la Rebelión de nuevo.

—No cuentes con ello, Momaw —chilló Kabe—. Estamos en esto por nosotros, no por ninguna Rebelión, ¿verdad, Muftak?

El talz se rascó la cabeza, y no contestó.

Kabe estiró el cuello para ver a través del ventanal del pequeño carguero, observando el mundo dorado debajo de ellos, girando perezosamente a la luz de sus soles gemelos.

—Nunca pensé que vería Tatooine desde aquí —gorjeó, un poco inquieta—. Me vendría bien una copa, Muftak.

—No mientras estemos en el espacio, pequeña —dijo el talz—. No queremos que enfermes. Pero en Alzoc… ¡ah, podrás beber del mejor néctar!

—¿Y qué hay del zumo juri? —preguntó, desconcertada—. ¡No me digas que no tienen zumo juri, Muftak!

Muftak zumbó suavemente.

—No tengo ni idea, pequeña —dijo gentilmente. Cada vez que el talz se movía, podía sentir las cartas de tránsito ocultas en su lugar. *Primero Alzoc III*, pensó. *Luego, quizá, Chadra… ¿y desde ahí? ¿Quién sabe? La Rebelión ha sido mucho más benéfica para*

nosotros de lo que el Imperio lo ha sido o lo será nunca… tal vez, después de haber visto nuestros mundos de origen, será tiempo de pensar una vez más en la Rebelión.

Kabe seguía mirando por el ventanal, murmurando para sí misma con disgusto por la falta de zumo juri. Pero de repente, levantó la mirada hacia su gran amigo, con sus ojitos parpadeando.

—Se me ha ocurrido una razón más para alegrarme de dejar Mos Eisley, Muftak.

—¿Y cuál es, pequeña?

—¡Por lo menos nunca tendré que escuchar ese… ese *ruido* que hace Figrin D'an de nuevo! Especialmente su interpretación de «El Paso Secuencial de los Intervalos Cronológicos». Esa *realmente* daña mis oídos…

Muftak acarició su probóscide, zumbando suavemente con diversión.

El cuidador de la arena: El relato del Cabeza Martillo

por Dave Wolverton



La cantina estaba llena ahora que los soles de la tarde se ponían en Tatooine, sin embargo, incluso sentado con su amigo en la repleta cantina, Momaw Nadon se sentía de alguna manera solo. Tal vez fuera porque Nadon era el único ithoriano, o cabeza de martillo, del planeta. O tal vez fuera por las noticias que su viejo amigo Muftak portaba.

Muftak, el peludo cuatro ojos blanco, bebió de una taza de néctar fermentado, sorbiendo con su larga probóscide, y dijo con entusiasmo palpable:

—Talz es el nombre de mi especie… al menos así es como me llamó el soldado de asalto, y tan pronto como lo dijo, reconocí la palabra. ¿Has oído hablar de los talz?

Nadon tenía una memoria perfecta.

—Por desgracia, nunca he oído hablar de tu especie, amigo mío —respondió Nadon, las palabras de sus bocas gemelas cortaban a través de la sala en estéreo—. Pero tengo contactos en otros mundos. Ahora que conocemos tu especie, podremos ser capaces de saber dónde se encuentra tu casa.

Los ojos de Muftak adoptaron una mirada lejana mientras sorbía su bebida.

—Casa.

—Esos soldados de asalto imperiales que te preguntaron —cuestionó Nadon—, ¿dónde fueron después?

—He oído —dijo Muftak—, que están buscando a dos droides que evacuaron una nave rebelde y cayeron en el Mar de Dunas. Los imperiales están llevando a cabo una búsqueda puerta por puerta, incluso ahora.

—Hmmm… —Nadon lo consideró. No sabía detrás de qué estaban los imperiales realmente. A menudo visitaban planetas, y pretendían investigar una infracción menor como excusa para intimidar a los locales, a continuación, dejaban una guarnición de pistoleros para «garantizar la paz». Una pequeña fuerza de soldados de asalto había sido acuartelada en el planeta desde hacía algún tiempo. Ahora parecía que el Imperio estaba subiendo la apuesta en Tatooine. En ese mismo instante, en todo el planeta, residentes de los bajos fondos correteaban a ocultar cargamentos de drogas ilegales, falsificando documentos. Nadon vio caras preocupadas en el abarrotado bar. Era imposible saber cuánto tiempo podrían quedarse las nuevas fuerzas imperiales o qué dirección podrían tomar sus investigaciones.

Muftak puso una garra pesada en el brazo de Nadon en señal de advertencia.

—Hay algo más que debo decirte, mi viejo amigo. Los imperiales que me detuvieron estaban dirigidos por un comandante llamado teniente Alima, un viejo humano del planeta Coruscant.

Al oír el nombre de Alima, la sangre de Momaw Nadon se heló y los músculos de sus piernas se tensaron, preparándose para correr.

—Sería un gran favor —dijo Nadon—, si pudieras descubrir si este hombre dirigió el destructor estelar *Conquista* en su ataque contra una nave rebaño en Ithor.

—Ya he empezado a preguntar por ahí —respondió Muftak—. Me di cuenta de que los hombres a las órdenes de Alima no le respetaban, desviaban la mirada cuando les daba órdenes, e incluso sus subordinados mantenían una sana distancia con él.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nadon.

—Ese Alima es un paria entre sus propios hombres… probablemente recientemente degradado, descendiendo en la escala de mando. Es muy probable que él sea el que traicionó a tu pueblo. Si lo es, ¿qué vas a hacer?

Nadon detuvo sus procesos digestivos por un momento, enviando más sangre a su cerebro mientras lo consideraba. Alima era un hombre cruel. Ponerse en contacto con él sería peligroso, pero Nadon sabía que no podría resistirse a enfrentarse al hombre que fue responsable de su exilio.

—No sé lo que haré —dijo Nadon—. Si ese Alima es mi viejo enemigo, dile que sabes de un enemigo del Imperio que puede estar albergando a los droides. Véndele mi nombre… y asegúrate de que te paga bien —fue un momento irónico. Desde hacía años, Nadon había espiado para la Rebelión y había tratado de ocultar esta afiliación. Ahora le estaba pidiendo a un amigo que le delatara.

—Una cosa más —dijo Muftak con una nota de alarma—. Este Alima fue traído como interrogador por Lord Vader. En el desierto se dice que ya ha matado a cincuenta de nuestros ciudadanos.

—Sé con qué tipo de hombre estoy tratando —dijo Nadon pesadamente.

Esa noche, mientras los soles lavanda y rosáceo de Tatooine se sumergían en el horizonte, Nadon se sentía inquieto. Sus simpatías por la Rebelión eran ampliamente conocidas, y no dudaba de que los imperiales no tardarían en ir a interrogarle… probablemente incluso a torturarle.

Con los años, Nadon utilizó su parte de la fortuna familiar para invertir en proyectos de agricultura en un centenar de mundos. Sus inversiones habían dado frutos en considerables dividendos hasta que había amasado una fortuna, y por lo general a esas horas de la noche habría estado trabajando duro, gestionando su riqueza. Pero esa noche estaba inquieto.

Para calmarse, Nadon decidió tomar parte en una antigua Ceremonia de la Cosecha, por lo que tomó su aerodeslizador y se dirigió a un valle sin nombre en las montañas al norte de Mos Eisley. Allí, Nadon había plantado coriáceos árboles taladro cydorrianos. Con sus sistemas de raíces de largo alcance, los árboles taladro habían formado rápidamente una próspera arboleda.

Nadon fue hasta el espécimen más saludable y sacó una serie de finas agujas doradas de una bolsa en su cinturón, y luego insertó las sondas en la corteza del árbol para recoger muestras genéticas. Como parte de la Ceremonia de la Cosecha de genes, le habló en voz baja al árbol mientras trabajaba.

—Con tu regalo, amigo mío —le dijo al árbol—, injertaré el ADN para reproducir tu largo sistema de raíces en la calabaza hubba nativa de Tatooine. La calabaza hubba sirve como sostén de la vida silvestre de jawas y moradores de las arenas de Tatooine. Y así, con este pequeño dolor que te he causado, mucha gente se beneficiará. Por esta cosecha te doy las gracias. Y te doy las gracias por las mayores cosechas que vendrán.

Cuando hubo recogido sus muestras, Nadon se recostó en la arena caliente, observando las estrellas arder en el cielo nocturno, y recordó su casa. Nadon tenía una memoria impecable. Reproducía sus vivencias en la mente, y como recordaba las imágenes y los olores y las emociones, volvían a él como si fueran nuevas, tanto, que se perdía el presente. Revivió el momento en que él y su esposa Fandomar plantaron un pequeño árbol nudoso Indyup para conmemorar la concepción de su hijo. Por un momento en su memoria, Nadon se arrodilló junto a su esposa cavando bajo una cascada bañada por el sol en la húmeda selva ithoriana, luego ladeó la cabeza escuchando una serpiente arrak que rompió a cantar desde las alturas de un acantilado cercano.

Entonces recordó ser un niño, inhalando suavemente con ambas bocas el dulce aroma de una flor donar púrpura.

Después de la avalancha de recuerdos, Nadon se sentía frágil, perdido. Casa. Nadon no podía ir a casa. Una vez, fue reverenciado entre su pueblo como un gran Sumo Sacerdote, un ithoriano reconocido por su conocimiento de muchas ceremonias agrícolas. Pero entonces el capitán Alima llegó con su destructor estelar y obligó a Nadon a revelar los secretos de la tecnología ithoriana al Imperio.

El pueblo de Nadon lo había desterrado. Como castigo particular, Momaw Nadon había elegido vivir en ese lúgubre mundo, Tatooine… el equivalente a un infierno

ithoriano. Una vez había liderado a su pueblo en el cuidado de los vastos bosques de Ithor, ahora Nadon cuidaba las estériles arenas de Tatooine. Como penitencia por sus crímenes, se esforzaba en desarrollar plantas que pudieran prosperar en esos desiertos, con la esperanza de que algún día Tatooine se convirtiera en un mundo exuberante y acogedor.

Nadon reprodujo sus primeros recuerdos de Alima, capitán del destructor estelar imperial *Conquista*. Alima había sido un hombre joven con el pelo oscuro, un rostro curtido, y ojos feroces. Nadon había sido el Sumo Sacerdote de *Bahía Tafanda* nada más casarse.

En su Ithor natal, el pueblo de Nadon vivía en inmensas ciudades flotantes llamadas naves rebaño, que utilizaban motores repulsores para sobrevolar constantemente los bosques y llanuras, y *Bahía Tafanda* era la más grande y mejor de las naves rebaño planetarias de Ithor. Dentro de cada nave rebaño, cientos de biosferas eran minuciosamente reproducidas incluyendo flora y fauna microscópica de la capa vegetal. Los ithorianos cosechaban plantas de las biosferas de las naves, pero sobre todo de sus enormes naves terrestres, también cosechaban de los abundantes bosques de Ithor… tomando alimentos de las frutas y granos, creando medicamentos de las savias y pólenes, utilizando fibras vegetales para crear tejidos y porcelanas ultrafuertes, cosechando minerales y energía de los, por lo demás inservibles, tallos y raíces.

El estudio de las plantas y sus usos era el trabajo vital de la mayoría de los ithorianos, y los mejores estudiantes se convertían en sacerdotes que guiaban a otros, prohibiendo a la gente que cosecharan plantas que pudieran pensar o sentir. Solo las plantas que dormían, las que no eran conscientes de sí mismas, podían ser cosechadas, y solo bajo una estricta ley: por cada planta que era destruida en la cosecha, dos debían ser plantadas para reemplazarla. Esa era la Ley de la Vida ithoriana.

Como Sumo Sacerdote, Nadon se había pasado décadas al servicio de la vida, hasta que el capitán Alima llegó esgrimiendo excusas para abordar *Bahía Tafanda*, entonces exigió conocer los secretos de la tecnología ithoriana. Al principio Nadon se negó a revelar los secretos, hasta que el capitán Alima apuntó los láseres de su destructor estelar a los bosques sentientes de las Colinas Cathor. Miles de bafforr murieron, árboles que habían sido maestros y amigos de Nadon en su juventud. Ni los árboles ni los ithorianos tenían las armas para luchar contra el Imperio.

Cuando el bosque fue destruido, el capitán Alima giró sus armas hacia *Bahía Tafanda* y ordenó a Nadon rendirse. En un último esfuerzo para salvar a su propio pueblo, Nadon no tuvo más remedio que ceder los secretos de la tecnología ithoriana a Alima.

Como castigo por revelar las ceremonias agrícolas ithorianas, Nadon aún podía oír la sentencia de los ancianos zumbando en sus oídos:

—Te desterramos de Ithor y de nuestra madre selva. Ve y examina tus malas acciones en soledad.

Hogar. Nadon se encontró tanto envidiando a Muftak como sintiéndose congratulado de que la criatura peluda quizás encontrase la felicidad.

Las divagaciones de Nadon fueron interrumpidas por una llamada de comunicador en su canal personal.

—Nadon —sonó la voz de Muftak—, acabo de vender tu nombre a ese teniente Alima. Será mejor que vayas a casa para encontrarte con él. Ten cuidado, viejo amigo.

—Gracias —dijo Nadon.

Cuando Momaw Nadon llegó a Mos Eisley, su casa estaba en silencio. Con los soles escondidos, muchos de los habitantes de la ciudad estaban en las calles, disfrutando de la fría noche. Fuera en el Mar de Dunas, los vientos fluían sobre la arena, levantando nubes de polvo. Las descargas estáticas en las nubes de polvo hacían que la noche gruñera con el sonido distante de truenos secos.

Nadon abrió la puerta, comprobando el marco en busca de cualquier señal de que alguien pudiera haber forzado la entrada antes que él. El aire en su casa era rico en humedad, los peces dreeka gorjeaban entre los juncos del estanque de su sala de estar. Por todas partes en la cúpula, enredaderas trepaban por las paredes porosas hacia los tragaluces. Pequeños árboles se estremecían bajo el peso de la brisa producida por los ventiladores.

Nadon se abrió paso por un sendero pavimentado hacia una de sus muchas cúpulas laterales, a un pequeño bosque de árboles bafforr que relucían en azul pálido con la luz de las estrellas bajo sus hojas negras. Nadon se arrodilló ante ellos y envolvió con sus largos y curtidos dedos grises el tronco de un árbol. La corteza era más suave que el cristal.

—Amigos míos —susurró Nadon—. Nuestro enemigo el capitán Alima se acerca. No sé cómo confesar esto, pero me gustaría matarlo.

La corteza zumbaba bajo su tacto, y un sentimiento puro y sagrado lo exaltó, como si la luz penetrara por cada uno de sus poros. El calmante toque mental de los árboles sentientes casi lo abrumó con su belleza, pero los árboles estaban disgustados por su confesión. Por encima de él, las hojas negras temblaban, siseando las palabras:

—*Noooo. Prohibimos eso.*

—Él mató a los bafforr de las Colinas Cathor —dijo Nadon—. Es un asesino. Y mató a vuestros hermanos para poder obtener un mayor prestigio entre personas malvadas. Todo su propósito era impuro.

—*Eres un sacerdote de Ithor* —susurraron los árboles—. *Juraste honrar la Ley de la Vida. No puedes matarle.*

—Pero él mató a vuestra familia —razonó Nadon. No sabía si los bafforr le entendían. Cada árbol en sí mismo tenía una inteligencia limitada, pero a través de sus raíces entrelazadas estaban conectados y así formaban una inteligencia colectiva. Un gran bosque poseía más sabiduría que ningún otro ser, pero estos pocos árboles no eran un gran bosque. Sin embargo, Nadon no había acudido por su consejo, solo a por su permiso.

—*Nuestra familia habría muerto con el tiempo* —razonaron los bafforr—. *Alima solo apresuró su fin.*

—Y del mismo modo yo quiero apresurar el fin de Alima —dijo Nadon.

—*Tú no eres como Alima* —los árboles agudizaron el foco de su toque mental, y Nadon jadeó ante la belleza que sentía, como si ríos de luz cayeran en cascada a través de él. La profunda paz que se asentó en sus huesos era tanto una recompensa como una advertencia. Mientras se sumergía en la luz, temía el momento en que tendría que dejar la arboleda sagrada y regresar al mundo terrenal—. *Si rompes la Ley de la Vida* —dijeron los bafforr—, *ya no podremos ser capaces de tolerar tu contacto.*

—No lo mataría yo mismo —declaró Momaw Nadon—. Podría ordenar al árbol *vesuvague* que lo estrangulara, o podría pedirle al alleth que lo consumiera, o al arool que lo envenenara.

—*Todas esas especies son formas de vida inferiores* —dijo el bafforr—, *y responden a tus órdenes como si fueran armas comunes. Una vez más, te advertimos que no puedes quebrantar la Ley de la Vida.*

El toque mental de los bafforr se retiró bruscamente, y Nadon ahogó un sollozo cuando fue repentinamente excluido de la mente grupal. Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

—Qué casualidad encontrarte aquí —dijo una voz desconocida. Momaw Nadon se volvió.

Debajo de una resplandeciente esfera que brillaba como una luna había un viejo humano con uniforme imperial. Polillas de alas color esmeralda revoloteaban en la esfera, y por un momento el humano miró sus alas de color verde brillante.

El rostro de Alima era más rechoncho que la última vez que Nadon lo había visto, y su voz se había vuelto ronca con la edad. Sus mejillas se habían hundido y su pelo estaba encanecido, pero Nadon lo reconoció. Habría reconocido aquel rostro en cualquier lugar.

—Veo que todavía eres un sacerdote, lloriqueando con tus árboles sagrados —dijo Alima. Agitó un bláster hacia la arboleda.

—Y veo que tú sigues siendo un siervo del mal —dijo Nadon—, aunque con algo menos de rango.

Alima se rio entre dientes.

—Créeme, viejo amigo —le respondió—, mi caída en desgracia fue orquestada cuidadosamente. Solo un tonto querría ser capitán de la nave insignia de Lord Vader: la tasa de mortalidad es extraordinaria. Aun así, Vader encuentra usos para mí incluso como un humilde teniente… que es por lo que estoy aquí. Así que, dime, «enemigo del Imperio», dónde están los droides. Pagué un buen dinero por conocer el nombre de quien se dice que está albergándolos.

—Entonces has malgastado el dinero —replicó Nadon, con la esperanza de que Muftak le hubiera sacado un montón—. No conozco la ubicación de ningún droide.

—Pero eres un enemigo del Imperio, al servicio de la Rebelión —susurró Alima peligrosamente—. ¡Estoy seguro de ello!

—No sé nada de ningún droide —respondió Nadon suavemente. Comprobó la ubicación de Alima. El soldado estaba cerca de un cactus arool. Nadon podía ordenarle que atacara, pero para estar plenamente al alcance de sus espinas punzantes, Alima tendría que moverse un par de pasos más por el camino.

Nadon se levantó del suelo de la arboleda, se desplazó al camino, y se alejó de Alima, con la esperanza de atraerlo un metro.

Alima siguió la mirada de Nadon, y echó un vistazo al arool.

—¿De verdad crees que soy tan estúpido como para caer en tus trampas, sacerdote? —preguntó Alima.

Alima levantó el bláster y apuntó a Nadon, luego se giró bruscamente y disparó a la arboleda azul brillante de bafforr. Un árbol estalló en llamas, su tronco se quebró por el impacto. Las hojas negras susurraron y olas de dolor fluyeron desde los árboles, golpeando los sentidos de Nadon como si fueran puños poderosos.

—Vas a dedicar todos tus recursos a la búsqueda de esos droides —dijo Alima—. Busca entre tus amigos rebeldes. Si no tienes la localización de los droides para mañana por la tarde, te mantendré los ojos abiertos y te obligaré a ver cómo empuño una vibroespada y corto cada rama de tus preciados árboles bafforr, uno a uno. Luego dejaré caer un detonador termal en tu sala de estar y freiré al resto de tus malditos amigos vegetales. Créeme, si tu familia estuviera aquí o si pensara que hay algo que ames más en la vida, me encantaría destruirlo también.

—Te mataré —gritó Momaw Nadon, su voz estereofónica reverberó sorprendentemente fuerte a través del domo.

—¿Tú? —cuestionó Alima—. Si pensara que fueses capaz, me habría traído un escuadrón. No, cederás a mis exigencias, ¡como lo hiciste en el pasado!

Alima se volvió y se alejó despreocupadamente, y Nadon no pudo hacer más que observarlo con impotencia a pesar de la furia que ardía en su interior.

Cuando Alima se hubo ido, Nadon fue hacia la arboleda para ver si podía salvar al bafforr herido, pero el brillo azul pálido de su tronco vidrioso ya se estaba volviendo negro moribundo.

Se extendió a los árboles con su mente. Nadon cayó de rodillas en el césped musgoso bajo las hojas oscuras y declaró:

—¿Ahora? ¿Ahora puedo matarlo?

Las hojas de los árboles sentientes bafforr que le circundaban susurraron débilmente en respuesta.

—*¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Quién nos toca?*

Momaw Nadon escuchó la voz de los árboles. Su número se había reducido de siete árboles a seis… justo por debajo del número necesario para que la arboleda adquiriera verdadera capacidad de sentir. No podía decirles mucho que pudiesen comprender.

—Momaw Nadon, un amigo, os toca. Nuestro enemigo mató a un miembro de vuestra arboleda. Deseo castigarlo por su acto.

—*Lo entendemos. No puedes romper la Ley de la Vida* —susurraron los bafforr con carácter definitivo—. *Prohibimos eso.*

Nadon retrocedió sin cerrar los ojos en el signo tradicional de aceptación. Quizás los bafforr estaban dispuestos a morir por sus principios, pero Nadon no podía sentarse en silencio y dejarlo pasar.

Consideró sus opciones. *Podía* buscar a los droides, ceder a las demandas del capitán Alima.

La idea era tan repugnante que Nadon sintió dolor físico, sintió sus ojos irritados y con comezón. Nadon se frotó la frente entre los ojos con sus dedos largos y delgados, estimulando físicamente una glándula de placer a lo largo de la arruga de su frente para poder pensar con claridad de nuevo.

Si el Imperio quería a esos dos droides tan desesperadamente, entonces era imperativo que el Imperio *no* los consiguiera.

No, Nadon tenía que luchar. El teniente Alima era un hombre peligroso, tan cruel como el que más. Dejaría un rastro de víctimas carbonizadas y mutiladas en su búsqueda de los droides, y tarde o temprano, alguien podría decirle lo que quería saber.

Por mucho que Nadon detestara la violencia, sabía que Alima era un monstruo, alguien que debía ser destruido. Sería una pérdida pequeña para el Imperio, un golpe ineficaz, pero Alima representaba una constante e innegable amenaza para la Alianza Rebelde.

E igual de importante, dejando a Alima vivo, Nadon estaría permitiendo que el hombre matara más plantas, más gente. Nadon no podía permitir que Alima viviera.

En otra sala un sistema de aspersión se puso en marcha con un suave siseo, y Nadon se lo tomó como una señal para marcharse. Comprobó en su cinturón de utilidades que llevaba algunos chips de crédito, a continuación, salió por la puerta principal.

Calle abajo, vio a tres soldados de asalto de guardia hablando entre ellos. No ocultaban el hecho de que estaban vigilando su casa. Nadon tendría que pasar ante ellos. Las luces rojas intermitentes de sus rifles bláster testificaban que los rifles estaban listos para matar. Cuando Nadon pasó, uno de los soldados de asalto se despegó del grupo y lo siguió a una distancia discreta.

Las calles se estaban llenando de gente ahora que la noche se había asentado y la abrasadora temperatura había caído a un nivel cómodo. Nadon pasó a través de los mercados y no tuvo problemas para perder al soldado de asalto.

Nadon se dirigió a la Tienda de Armas de Kayson. El rudo humano dueño de la tienda, había estado en ese negocio siempre, pero Nadon nunca había puesto un pie en el local. Le llevó menos de cinco minutos comprar un bláster pesado y una funda que podía ocultar bajo la ropa, luego el ithoriano salió por la puerta.

Deambuló por las calles sin rumbo fijo durante casi una hora, sin ningún tipo de plan. Simplemente esperaba divisar al teniente Alima, sacar el bláster y disparar al humano. Nadon sabía que no se lograría mucho con tal acción. Mataría al humano, pero al final él perdería su propia vida. Los preciosos árboles bafforr de su casa serían arrancados por

quienquiera que tomara su casa, y de una manera u otra, nunca sería capaz de hablar con ellos de nuevo. Pero al menos no serían torturados por gente como Alima.

Ajustó el bláster para matar, luego buscó por las calles hasta que oyó el sonido de sirenas de incendio en su propio vecindario. Por un momento el horror le golpeó, temiendo que el teniente Alima ya hubiera quemado su casa, pero mientras corría por las calles, Nadon vio que era la casa de algún comerciante la que ardía ferozmente.

La luz del fuego reflejada por la columna de humo iluminaba las calles y callejones de un rojo apagado.

Desde todos los hogares, gente corría hacia la casa con botes de espuma. El agua era tan preciada en Tatooine que las autoridades probablemente dejarían que la casa ardiera antes que desperdiciar el agua utilizada en los extintores de espuma, pero si el desgraciado propietario de la casa se encontraba en las proximidades, podría adquirir suficientes botes, a precios inflados, como para rescatar sus objetos de valor.

Por el rabillo del ojo, en una calle lateral, Nadon vislumbró el uniforme oscuro de un oficial imperial con su gorra redonda. Se volvió justo a tiempo para reconocer al teniente Alima caminando firmemente colina arriba hacia el fuego.

Nadon se apremió por la calle paralela a la trayectoria de Alima, a continuación, giró en el siguiente callejón, corriendo hacia él. Rebuscando a tientas, sacó su bláster. El arma no estaba hecha para acomodarse a los extraordinariamente largos y delgados dedos de un ithoriano, y a Nadon le costaba poner su dedo sobre el gatillo. Percibió que sus corazones iban a mil, golpeando salvajemente en su pecho como un par de jawas peleándose.

Nadon se apretó contra una pared, y comprobó las calles laterales en tres direcciones. No podía ver a nadie. Bien. No habría testigos.

Alima apareció al descubierto a no más de un metro de distancia, y Nadon gritó su nombre, alzando el bláster al nivel del rostro de Alima.

Alima se volvió y miró al ithoriano con calma, observó el bláster.

—¡Ven aquí, al callejón! —ordenó Nadon. Su mente iba acelerada, y no podía pensar en qué hacer. Pensó en apretar el gatillo, pero quería hablar primero, para contarle a Alima por qué sentía que tenía que hacerlo. Tal vez, pensaba Nadon, él incluso se arrepentiría. Quizás se apartaría del Imperio. Las piernas de Nadon estaban acalambradas, doloridas por el deseo de correr, la respuesta preferida de su especie para hacer frente al peligro.

Alima se rio.

—No puedes matarme con un bláster ajustado en aturdir —dijo. Nadon sabía que había ajustado el bláster para matar, pero temía que quizá el ajuste hubiera sido rebajado por accidente. Nadon bajó la mirada con horror a las luces indicadoras del bláster, vio las intermitentes luces rojas de la configuración para matar. Justo cuando Nadon se daba cuenta de su error, Alima se apartó de la línea de fuego de Nadon y sacó su propio bláster.

Un rayo azul atravesó la oscuridad, golpeando a Nadon entre sus estómagos, derribando al gran ithoriano contra la pared de piedra a su espalda. Por un momento, pareció que un sol blanco brillaba ante sus ojos, y luego Nadon se encontró tendido en el suelo en un callejón oscuro, y alguien estaba pateando su pedúnculo ocular derecho. La sangre manaba de la herida. Nadon se cubrió con sus largos brazos, tratando de cubrir sus pedúnculos y gimió en voz alta.

Su atacante dejó de patear, aparentemente más por darse un respiro que por deseo de ofrecer misericordia.

—Tú especie pacifista es muy patética en combate —dijo Alima, en pie sobre Nadon, jadeando—. ¡Tienes suerte de que *mi* bláster *estuviera* ajustado en aturdir!

Nadon gimió, y Alima blandió dos blásters ante su rostro.

—¡Encuéntrame esos droides! ¡Tienes hasta el atardecer de mañana! —apuntó con su bláster entre los ojos de Nadon y apretó el gatillo de nuevo.

Nadon se despertó con un dolor punzante en sus pedúnculos. El amanecer casi había llegado una luz pálida recorría Mos Eisley, convirtiendo los edificios de roca porosa en cúpulas doradas. Nadon se limpió la sangre de la cara con su ropa, después se las arregló para ponerse de rodillas. Se sentía como si estuviera en medio de un remolino neblinoso que amenazara con llevárselo. Se ladeó sobre la pared del edificio para apoyarse.

Estúpido. He sido un estúpido, se dio cuenta. Por una fracción de segundo, Nadon tuvo la oportunidad de matar al teniente Alima, y fracasó. A pesar de que Nadon entendía intelectualmente que el Imperio solo podía ser derrocado mediante violencia, su naturaleza ithoriana no le había permitido matarle.

Nadon cerró los ojos, tratando de alejar el dolor. Miró hacia arriba. Un fino humo se cernía sobre la ciudad, y la gente ya empezaba a escabullirse para resguardarse del calor de la mañana.

Nadon se levantó y se dirigió a casa cansado, sus oídos todavía zumbaban. Sacudió la cabeza, tratando de aclararla. Entró en su casa, se sentó junto a un estanque y se lavó la sangre de su pedúnculo ocular. Durante el fresco de la noche, la humedad se había condensado en la parte superior de la cúpula, y ahora de vez en cuando caía como gotas de lluvia. Sobre su cabeza había un gran árbol gorsa, un robusto árbol en flor que usaba flores fosforescentes para atraer a los insectos nocturnos para la polinización. Ahora que la mañana había llegado, las fosforescentes flores de color naranja pálido se replegaban sobre sí mismas.

En Mos Eisley se rumoreaba que la casa de Momaw Nadon estaba llena de plantas carnívoras. Nadon alentaba el rumor con el fin de mantener alejados a los ladrones de agua. Por otra parte, los rumores eran ciertos, pero los que caminaban a través de las biosferas bajo la protección del Sumo Sacerdote no tenían nada que temer.

Nadon fue a un lado de la cúpula donde enredaderas colgaban de un gran árbol de corteza roja que estaba al lado de un estanque. Nadon le dijo:

—Aparta tus enredaderas, amigo.

Las ramas del árbol se estremecieron y las enredaderas se separaron, dejando al descubierto el tronco. En la tenue luz de la mañana, cuatro esqueletos humanos fueron revelados colgando de las ramas, cerca del tronco del árbol, todos con una gruesa enredadera envuelta alrededor de sus cuellos. Ladrones de agua desventurados.

Nadon rebuscó por debajo de un poco de hierba espesa cerca del tronco del árbol, tiró de una palanca hasta que una puerta oculta se abrió hacia arriba. Una luz se encendió por debajo, mostrando una escalera que bajaba.

Nadon había ocultado a muchos rebeldes en la habitación de abajo, y por un largo momento consideró bajar él mismo, ocultarse. Tal vez en esa cámara oculta sería capaz de desaparecer de la vista por un tiempo. Alima podría arrojar un detonador térmico en esa sala, pero había una posibilidad de que Nadon pudiera salir sano y salvo de la deflagración permaneciendo oculto.

Había suficiente comida almacenada allí para semanas. Y Nadon se vio profundamente tentado a bajar.

Pero no podía. No podía permitir que Alima matara sus plantas. *Una última oportunidad,* pensó Nadon. *Todavía puedo matar a Alima cuando venga esta noche.*

Nadon se levantó, paseó a través de la biosfera, tocando las ramas de los árboles, acariciando las hojas suaves de los helechos, saboreando el olor de la humedad y la maleza: toda la vida a su alrededor.

No hay otra manera, se dio cuenta Nadon.

Tendría que quedarse y luchar, aunque le costara todo. Por la noche, Alima llegaría. Nadon sabía que el teniente Alima sería fiel a su palabra. Mantendría los ojos de Nadon abiertos y le haría mirar mientras destruía los bafforr. Que se supiera cómo había torturado a un ithoriano satisfaría al pequeño corazón imperial de Alima, así que dejaría a Nadon con vida para dar testimonio de la crueldad del Imperio. Luego Alima incineraría la casa.

Momaw Nadon consideró lo que eso significaría. Todas sus plantas serían destruidas, todas sus notas. Años de trabajo serían malogrados. Nadon pensó en las plantas, decidió que sacaría fuera algunos contenedores, salvando los especímenes que mostraban mayores expectativas de mejorar la ecología de Tatooine.

Los bafforr morirían; no podían ser desarraigados, pero los bafforr habían aceptado su destino, y Nadon comprendió que ahora él debía aceptar el suyo.

Durante años Momaw Nadon se había escondido en esa roca, buscando purificación, tratando de superar la ira que insistía en que debía luchar contra el Imperio. Los ancianos de Ithor se habían resistido cuando sugirió que el Imperio era una mala hierba que debía ser arrancada. Los ancianos habrían dejado que los imperiales destruyeran los bosques de bafforr de las colinas Cathor, confiando en que una pizca de decencia en Alima le haría parar el genocidio contra toda una especie. Los ancianos habrían perdonado al Imperio.

Sin embargo, durante todos sus años en busca de purificación espiritual, Nadon nunca había estado convencido de que estuviera equivocado. Él creía que había tenido razón tratando de salvar lo que pudo.

Nadon no mataría a un insecto para salvar un árbol.

Por lo tanto, Nadon tendría que resistir al Imperio lo mejor que pudiera. Incluso si eso significaba ver a los bafforr destruidos. Incluso si eso significaba que él mismo fuera destruido. No podía dejar que el Imperio simplemente lo aplastara.

Nadon estaba agotado, pero no podía dormir. Decidió calmarse continuando su Ceremonia de la Cosecha. Se fue a su laboratorio en el ala este de la casa, abrió el fruto de una gran calabaza hubba de Tatooine y sacó algunas semillas traslúcidas. Usando pequeños manipuladores robóticos, abrió cuidadosamente cuatro semillas jóvenes y quitó los cigotos.

Usando sus muestras genéticas de los árboles taladro cydorrianos, puso el ADN en una injertadora de genes. Nueve genes controlaban el crecimiento de las raíces de los árboles taladro. Nadon tomó esos genes, injertándolos en los cigotos de la calabaza hubba, luego puso los cigotos de la calabaza en una mezcla nutritiva para que pudieran crecer.

El minucioso ritual calmó a Nadon inmensamente, a pesar de que sabía que pronto la mayor parte de su trabajo, probablemente, sería destruido. La tarea le llevó casi doce horas, y cuando Nadon levantó la vista de su trabajo, vio por las sombras en la pared que la noche se acercaba. Pronto, Alima vendría.

—Hora de decir adiós —susurró Nadon. A esa hora del día, su buen amigo Muftak estaría tratando de refrescarse en la cantina de Chalmun, una tarea difícil teniendo en cuenta el espesor del pelaje blanco del cuatro ojos.

Nadon fue a la cantina, pensando furiosamente, preguntándose cómo podría atraer mejor a Alima a la profundidad peligrosa de su propia biosfera personal.

La cantina estaba tan repleta como de costumbre… llena de alienígenas de dudosa reputación. Era un lugar difícil, frecuentado por seres crueles.

Efectivamente, Nadon encontró a Muftak sentado solo en una mesa, bebiendo cerveza polaris mientras su socia en el crimen, la pequeña ladrona Kabe, parloteaba y vagaba entre las sombras, rogando zumo juri a Wuher el camarero y observando los bolsillos de los habitantes de la cantina.

Nadon habló con Muftak de cosas intrascendentes… el precio que Muftak había ganado por vender el nombre de Nadon, los sueños de Muftak del hogar. En cada ocasión, Nadon trataba de acentuar lo positivo, para dejar a su amigo animado, pero los propios pensamientos de Nadon eran sombríos, y cuando brindaban, Nadon se encontraba ofreciendo un consuelo que él mismo no podía recibir.

De repente hubo un altercado en la cantina: un humano horriblemente marcado con cicatrices llamado Evazan y su compañero alienígena Ponda Baba estaban empezando una pelea con un sorprendido chico granjero local.

—¡Yo estoy condenado a muerte en doce sistemas! —advirtió el hombre con cicatrices. Nadon observó el pequeño grupo. El chico no le resultaba familiar, parecía un granjero del desierto, había entrado pocos minutos antes con el viejo místico Ben Kenobi. Nadon había visto a Ben solo una vez antes, cuando había ido a la ciudad a comprar. Nadon había detectado a ambos debido a que el camarero Wuher había gritado para que sacaran a sus droides al exterior. Evazan y Ponda Baba eran asiduos, habían estado rondando alrededor del espaciopuerto desde hacía semanas.

De repente, Evazan balanceó un brazo, golpeando al granjero de humedad en la cara, enviando al chico a estrellarse contra una mesa. Ponda Baba sacó entonces un bláster justo mientras Wuher gritaba desde detrás de la barra:

—¡Blásters no!

El viejo Ben Kenobi sacó un antiguo sable de luz. Zumbó encendiéndose, brillando azul mientras cortaba el brazo de Ponda Baba y cortaba el pecho de Evazan. Luego apagó el sable de luz y con cautela se alejó con el joven granjero de humedad a cuestas.

Nadon siguió a Ben Kenobi con los ojos mientras la música se quedaba en silencio. El derramamiento de sangre le provocaba náuseas a Nadon. El viejo Ben Kenobi llevó a su joven amigo a la parte de atrás de la cantina, y juntos charlaron con el contrabandista wookiee Chewbacca, luego se retiraron a un cubículo privado con el socio de Chewbacca, Han Solo.

—Creo que debería irme —le dijo Nadon a Muftak—. Las cosas se están poniendo feas aquí.

—Por favor —dijo Muftak pesadamente—. Una última copa por los viejos tiempos. Yo invito.

Se trataba de una oferta tan inusual que Nadon no se atrevió a rechazarla. Pidieron otra ronda, y Nadon se quedó hablando con Muftak unos minutos más, despidiéndose. Un momento después, Ben y el chico granjero se levantaron de su mesa en la parte posterior del bar, y una semilla de pensamiento brotó en la mente de Nadon. Se preguntó qué asuntos podría tener en la ciudad el viejo místico de los Eriales de Jundland con contrabandistas, sobre todo trayendo a cuestas a un granjero de humedad.

Entonces recordó los droides que Ben Kenobi traía con él y Momaw Nadon entrevió la verdad, Ben Kenobi intentaba sacar de contrabando a los droides fuera de Tatooine.

En ese segundo, los corazones de Momaw Nadon golpearon salvajemente y vio su salvación. Nadon sabía exactamente dónde buscar a los droides, y si se lo decía a Alima, entonces el teniente le perdonaría la vida.

Pero cuando el viejo Ben Kenobi pasó al lado de Nadon, el místico lo miró calmadamente a los ojos, y de alguna manera, Nadon sospechó que Kenobi sabía lo que estaba pensando. Ben y el chico granjero se alejaron, sin embargo, Ben no le dijo nada a Nadon.

—¿Has visto cómo te ha mirado? —preguntó Muftak—. Como un incursor tusken contemplando a un bantha de carga. ¿De qué crees que iba todo eso?

—No tengo ni idea —dijo Nadon. Sin embargo, bajó la mirada hacia la mesa, avergonzado siquiera por haber pensado en sacrificar a otra persona en un esfuerzo por escapar de su propio dolor.

Nadon se quedó en silencio por un momento, mirando a su alrededor. Ciertamente, si Nadon podía figurarse lo que estaba ocurriendo, otros también podrían. Sin embargo, Ben Kenobi no era un habitual en la ciudad, y pocos en la cantina le habrían reconocido. Nadie siguió al viejo místico fuera.

Muftak puso una pata peluda en el suave brazo gris-verdoso de Nadon.

—Tienes miedo, viejo amigo. Tus preocupaciones pesan sobre ti. ¿Hay algo que pueda hacer?

El sonido de fuego de bláster surgió de un cubículo en el fondo de la cantina, y Han Solo salió de él, enfundando su arma. Hinchó el pecho con falsa bravuconería, y lanzó un chip de crédito a Wuher mientras salía.

Muftak se puso una pata peluda en la cabeza y se rascó.

—Creo que será mejor que yo también me marche —dijo Momaw—. No quiero estar aquí si los imperiales vienen a investigar.

Momaw se apresuró a salir, levantó la vista hacia los soles que caían hacia el horizonte. La hora en que la tortura empezaría.

Sus ojos se llenaron de desesperación, deseando ser como Han Solo, deseando poder matar a alguien que merecía la muerte, luego alejarse tranquilamente. Pero no podía. Incluso con su ira más profunda, no podía dañar a otro. Y por tanto, no había nada que hacer, salvo salvar lo que pudiera.

Momaw Nadon respiró profundamente por un momento, luego se apresuró hacia casa y comenzó a recoger las más valiosas de sus muestras de plantas para colocarlas fuera por la puerta de atrás con la esperanza de que escaparan del fuego.

Las calles estaban casi desiertas, excepto por unos pocos soldados de asalto que vigilaban la casa.

Cuando esto acabe, se prometió Nadon a sí mismo mientras trabajaba, *volveré a mi hogar. Repudiaré a los ancianos y sus insensatas tradiciones. Llevaré las ramas de los árboles bafforr quemados en mis brazos, y mostraré a los ancianos mis ojos llenos de cicatrices, y entonces verán cuán monstruoso se ha vuelto el Imperio, y sabrán que debemos luchar.*

Nadon se rio para sus adentros. De alguna manera, sus ojos espirituales habían estado abiertos desde hacía tiempo. Había visto el mal, sabiendo que tenía que combatirlo. Pero cuando Alima llegara y perpetrara hechos físicos, entonces las cicatrices de Nadon serían el testimonio para su pueblo. Los ithorianos no eran una especie estúpida. No eran tan irremediablemente pacifistas como creían el teniente Alima y su Imperio. Aunque nunca pudieran ir a la guerra por sí mismos, sí podrían ayudar a financiar la Rebelión. Quizás este pequeño acto malvado podría volverse contra el teniente Alima a largo plazo. *El mal del Imperio se traicionará a sí mismo,* se dijo Nadon.

Mientras consideraba las posibilidades, Nadon sintió una extraña oleada de esperanza. Tal vez su sufrimiento sería digno de algo después de todo. Quizá podría poner fin a ese exilio, regresar junto a su esposa y su hijo, regresar a los vastos bosques de Ithor.

Y considerando las posibilidades, Nadon se dio cuenta de que su soledad y sufrimiento allí como proscrito en Tatooine no le dolían tanto. Su más profundo pesar, descubrió, no era el dolor que había sufrido, era que su trabajo allí, sus muestras de plantas, sería destruido. En Ithor, la gente tenía un dicho: «Una persona es su trabajo». Nunca había comprendido tan bien el dicho. Al destruir los resultados del trabajo de Nadon allí en Tatooine, Alima destruiría una parte de Nadon.

Nadon se quedó mirando abajo hacia sus pequeñas plantas colocadas a la luz del sol al otro lado de la puerta, decidió llevarlas al otro lado de la calle, darles una mejor oportunidad de supervivencia.

Estallidos apagados de fuego de bláster perforaron el aire y se hicieron eco entre los edificios. Nadon levantó la vista de su trabajo. Calle abajo, los soldados de asalto que habían estado de guardia en su casa comenzaron a correr hacia el espaciopuerto. Nadon levantó la vista a tiempo para ver la vieja chatarra de Han Solo, el *Halcón Milenario*, volando en el cielo.

Por tanto, se percató Nadon, los droides del viejo Ben Kenobi habían escapado de Tatooine. Observó la nave durante unos instantes para asegurarse de que la artillería planetaria no disparaba contra el *Halcón*. Cuando estuvo seguro de que la nave había escapado, se encontró corriendo tras los soldados de asalto hacia los muelles de atraque.

En el exterior de los muelles, un capitán imperial estaba ante docenas de soldados de asalto y autoridades portuarias, gritando con rabia frenética:

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo pudisteis dejar que los cuatro escaparan? ¡Alguien debe rendir cuentas, y no seré yo!

Allí, en la parte de atrás de la multitud, Nadon vio al teniente Alima de pie, nervioso, mirando hacia el suelo. Nadie daba un paso adelante para reclamar la responsabilidad por la fuga de Solo, y la mirada frenética en los ojos del capitán sugería que necesitaba un chivo expiatorio.

El mal del Imperio se volverá contra sí mismo. Una persona es su trabajo. No puedes romper la Ley de la Vida.

Nadon se dio cuenta de lo que debía hacer. Nunca podría matar a un hombre, pero podía detener a Alima. Podía sabotear la carrera del hombre, hacer que lo degradaran aún más.

Nadon llamó al capitán imperial:

—Señor, anoche informé al teniente Alima de que un carguero propiedad de Han Solo se marcharía de aquí con dos droides como carga primaria. Sospecho que la negligencia de su teniente en dejar que Solo haya escapado va más allá de la ineptitud, y debe ser considerada de naturaleza criminal.

Nadon miró a Alima, preguntándose si podía acusar de tales cargos. Nadon tenía una memoria perfecta. Él nunca se enredaría en una trampa de sus propias mentiras, siempre y cuando eligiera esas mentiras cuidadosamente.

—¡No! —gritó Alima, mirando a Nadon con súplica y delatando un profundo terror. El capitán imperial ya estaba fijando en Alima una mirada sombría. Los soldados de asalto se hicieron a un lado abriendo un camino entre los dos hombres.

El capitán miró de nuevo a Nadon.

—¿Prestaría declaración bajo juramento, ciudadano?

—Con mucho gusto —dijo Nadon, viendo distintos caminos que podría tomar para prestar su falso testimonio en un tribunal militar. Los dos se habían reunido a solas en la casa de Nadon. Seguramente Alima había anotado su reunión con Nadon en sus registros personales. Nadon sabía que los ithorianos, una raza de cobardes pacíficos, eran conocidos como blancos fáciles para la intimidación. Nadon podría afirmar que Alima le había torturado por la información. Ciertamente, con las contusiones y pedúnculos ensangrentados, podía demostrar que había sido torturado. Había una buena posibilidad de que Alima fuera degradado, quizás incluso encarcelado.

El capitán miró a Alima de nuevo y dijo:

—Sabes lo que Lord Vader haría si estuviera aquí —antes de que Nadon tuviera tiempo de parpadear, el capitán sacó su bláster y disparó al teniente Alima tres veces. Sangre y trocitos de carne quemada salpicaron el patio.

Nadon se quedó en estado de shock, dándose cuenta demasiado tarde de que el capitán no había querido convocar un tribunal. Simplemente necesitaba un chivo expiatorio.

—Su testimonio deberá ser registrado —dijo el capitán. Momaw Nadon parpadeó, incapaz de moverse, los soles parecían haberse vuelto fríos. Vaciló, sintiéndose desfallecer. Todos los soldados de asalto comenzaron a alejarse, al parecer dirigiéndose a un transporte para poder salir de Tatooine. La Ley de la Vida resonaba en la mente de Nadon como una letanía. *Por cada planta destruida en la cosecha, dos deben ser cultivadas para reemplazarla.*

Nadon sabía que su acto requeriría penitencia. La sangre de un hombre estaba en sus manos, y una mancha como esa no podía ser fácilmente borrada. Pero seguramente los bafforr lo entenderían. Seguramente le perdonarían.

Finalmente, antes de que los médicos imperiales llegaran, Nadon obligó a sus piernas a moverse. Aturdido, se dirigió hacia el cadáver caliente, se inclinó, y tomó dos agujas doradas de su cinturón. Insertó las agujas y recogió muestras genéticas. En Ithor había tanques de clonación que le permitirían crear duplicados de Alima. Como penitencia, Nadon tendría que nutrir a los hijos gemelos de Alima. Tal vez cuando llegara el día, ellos también crecerían sabios y amables, sirviendo como Sacerdotes en Ithor, promoviendo la Ley de la Vida.

Nadon guardó las agujas en su cinturón de herramientas, luego se dirigió hacia su biosfera. Había mucho que hacer antes de abandonar Tatooine, el testimonio para los

imperiales, plantas que arrancar y preparar para moverse, semillas de calabaza hubba que sembrar en los desiertos.

Un fuerte viento se levantó, y la picajosa arena voló desde el desierto. Nadon cerró los ojos contra el viento, y se permitió perderse por un momento en el recuerdo del último abrazo de su esposa cuando fue desterrado de Ithor, y en un recuerdo en el que disfrutaba del olor de su joven hijo.

—Te esperaré aquí si alguna vez vuelves —le había dicho ella. Y por primera vez en mucho tiempo Momaw Nadon caminó libre. Sentía sus pasos ligeros. Se dirigía a su hogar.

Tranquilo corazón: El relato del camarero

por David Bischoff

Wuher, un camarero que hacía el turno posterior al doble mediodía de la cantina del espaciopuerto de Mos Eisley, fue abordado. Para empeorar las cosas, el asaltante era uno de sus menos favoritos de entre todos los que se reunían en la mayor congregación de escoria intergaláctica.

Un extensor le golpeó desde la pálida sombra del callejón, enredando suavemente su tobillo, aunque con la suficiente fuerza para detenerle. Wuher reaccionó automáticamente cogiendo la porra de la parte posterior de su cinturón. Siempre era necesaria un arma de algún tipo para aquellos que caminaban por las calles del refugio de ladronzuelos y matones que era Mos Eisley. Aun así, la patética voz que vino de la confluencia de los muros y los contenedores de basura le detuvo.

—Por favor, señor. No quería hacerle daño. Le solicito asilo humildemente.

Wuher parpadeó. Se pasó la manga sucia por sus ojos hinchados. Había bebido demasiado anoche en su propio bar y se había quedado dormido. Tenía una ligera resaca fastidiándole. No estaba de humor para llegar a un acuerdo con gentuza que solicitaba refugio o limosna.

—Déjame en paz —gruñó—. ¿Quién demonios eres?

Wuher era un tipo hosco, que prefería guardarse sus pensamientos para sí mismo, aunque en ocasiones tenía una curiosidad algo agresiva. Este era un rasgo que su jefe, Chalmun el wookiee, encontraba como un recurso para los aspectos de experimentación química del trabajo de Wuher, aunque podría hacerle acabar mal.

—Soy Cedós-Errecuatro —chilló una voz acompañada de varios silbidos y ruidos—. Me he escapado de los jawas, que querían utilizarme para piezas de repuesto, a pesar de que soy de gran ayuda de una pieza, por no hablar del valor de mi conocimiento. Ha sido pura suerte, los jawas usaron un dispositivo de retención oxidado que se cayó, permitiéndome escapar.

Wuher se acercó más a las sombras y tuvo que ajustar su visión al angustioso brillo que era una de las preciosas características de Tatooine. Entre la pila de residuos, plásticos y contenedores de metal, Wuher apreció una de las cosas más raras que había visto. Y Wuher había visto demasiadas de estas malditas ratas tecnológicas para su gusto.

—Tú… ¡eres un maldito *droide*! —escupió.

La criatura metálica soltó la ligera presión que ejercía el extensor y se recogió con la misma vehemencia que las palabras de Wuher.

—¡Vaya! Sí señor, efectivamente lo soy. Pero le aseguro que no soy un droide común. Mi presencia en Tatooine es un error de proporciones cósmicas.

El cuerpo del droide era bajo y redondeado, similar al diseño de las unidades R2. Pero aquí terminaba esa similitud. A los lados del robot había apéndices bulbosos y cuadrados

colgando como balcones. En medio, una especie de serie de látigos metálicos y dos armazones con dedos. En el centro de su cara había una abertura con una parrilla que imitaba una serie de afilados dientes. Daba la sensación de estar todo ensamblado, parecía que el droide había comenzado su vida como una unidad R2, pero habría sido usado de otro modo por una loca mente mecánica con un dudoso talento electrónico y de soldadura.

—Espera un minuto. ¡Pareces una unidad R2 trucada, pero hablas como uno de esos amanerados de protocolo!

—Mis componentes incluyen aspectos de ambas unidades, así como de varias otras. Aunque mis especialidades incluyen, preparar comida, descomposición de enzimas, programar diagnósticos químicos y aceleración de composiciones bacterianas. También soy una excelente licuadora, horno de asar y tostador de ruidomaíz, también puedo preparar rápidamente una excelente comida a partir de la basura diaria.

Wuher miró el artilugio de plastiacero incrédulo.

—Pero eres un *droide*. Yo *odio* a los droides.

—¡Pero puedo tener un uso extraordinario!

Wuher se preguntó por qué estaba perdiendo el tiempo con el droide. Simple curiosidad, eso debía ser. Necesitaba un maldito lavado de cerebro, eso es lo que *él* necesitaba.

—Mira, mierda de máquina, desprecio tu amabilidad, como hace mi jefe por una buena razón. Incluso el más inferior de los jawas sabe a qué tribu pertenece. Aun cuando les esté apuñalando por la espalda. Los droides, ¿quién sabe qué sois o de dónde venís? Sois como bombas, y nueve de cada diez veces explotáis en la cara de vuestros dueños. —Wuher levantó un pie y le pisó la cabeza—. Ahora, ¡fuera de mi camino, tengo cosas que hacer! —le dio una patada. Rodó, emitiendo pitidos, hacia lo más hondo de su rincón mientras Wuher continuaba su camino.

—¡Señor! ¡Amable señor! ¡Reconsidérelo! Deberé estar aquí todo el día recargando mis baterías. No me atrevo a salir a la luz del día por si los jawas me encuentran. Concédame asilo y no se arrepentirá, ¡se lo juro!

—¡Bah! ¡La palabra de un droide es inútil! —gruñó el hombre con desprecio.

Con enorme disgusto, Wuher tuvo que apremiarse. Una prueba más de por qué no debía ser tan confiado paseando por los callejones para ahorrarse escasos segundos. Evitaba los más oscuros y fríos porque tendían a atraer a la multitud. En cambio, este parecía más claro y Wuher había pensado que sería un atajo seguro.

Los caminos habituales de Mos Eisley eran una nube de polvo a través de la cual los dobles soles golpeaban con una calurosa radiación sobre los feos edificios y hangares. En ocasiones el rugido de una bestia de alguna nave le enviaba a la claridad del cielo o se agachaba de forma inestable para esconderse. El lugar olía incluso peor que la habitual mezcla de nociva gasolina y las emanaciones de los acalorados cuerpos alienígenas, junto con el ocasional olorcillo de alguna especia exótica o el algo más mundano olor a

putrefacción u orina. Wuher percibió en el centro urbano una cantidad de deslizadores mayor a la habitual, así como un incómodo porcentaje de tropas de asalto.

Algo raro pasaba, eso era evidente.

Oh, bien. Eso significaba que tal vez tuviera más trabajo hoy en la cantina. Como elocuentemente decía Chalmun: otro jaleo, otro billete.

Mientras el camarero caminaba por las concurridas calles, con el sol golpeando y los ojos entrecerrados, todavía estaba molesto por el droide con el que se había topado. Wuher era muy consciente de que los droides eran esencialmente inofensivos. Odiarles era como odiar tu retrete o a tu horno o a un evaporador de humedad si de alguna manera habían sido revestidos con un conocimiento inocuo. Es cierto, los droides suelen ser en esencia fiables sin ninguna estructura ética ni racial. La verdad, y el camarero lo sabía, era que los droides eran un objetivo fácil.

Wuher había sido abandonado en Mos Eisley de pequeño, un humano entre gente a la que no le gustaban los humanos. Había sido golpeado y escupido durante toda su miserable y dura vida. Su jefe odiaba los droides, en esencia porque no bebían y por lo tanto ocupaban espacio en la cantina que podía ser ocupado por clientes que pagaban. Wuher odiaba a todo el mundo, pero los droides eran las únicas criaturas que podía patear sin importarle.

Wuher era un hombre corpulento de mediana edad, con una barba de cuatro días, oscuras ojeras y postura arisca desde lo alto de su grasiento pelo hasta lo más profundo de su grave y fría voz. Sus ojos eran duros y oscuros, y en ellos no se podía ver nada excepto la indiferencia amoral cotidiana. Sin embargo, un pequeño fuego brillaba en su corazón, un sueño que mantenía vivo con ganas tras años de duro trabajo. Por la noche, arrastrando sus pies hasta su sucia casucha, la mayoría de las veces algo borracho por sus propias bebidas, Wuher se quedaba mirando las estrellas en el bendito frío y veía posible llegar a ellas y tocarlas, posiblemente para vivir su fantasía.

Tal vez entonces, cuando hubiera conseguido ese sueño, no tendría que patear a suplicantes e indefensos droides para reforzar su patética autoestima. Tal vez entonces podría dar ofrecer a criaturas inferiores a él.

La cantina con forma de champiñón grumoso apareció frente a él. Wuher caminó hacia la entrada posterior. Tomó su tarjeta de identificación, desbloqueó la puerta y caminó cuidadosamente por los oscuros escalones. Encendió las luces. No hacía ni frío ni humedad abajo en la bodega. No había sótanos fríos y húmedos en Tatooine. Sin embargo, el seco olor a tierra era la base para el resto de olores que se apreciaban aquí, olores que salían de las filas del equipo de laboratorio, barriles, tanques y cubas que se elevaban en las mesas y el suelo como una cadena de metal, plástico y cristal.

Chalmun importaba una mínima cantidad de material para bebidas, el muy gorrón. El resto de lo que se servía en la cantina de Mos Eisley se hacía en la ciudad o aquí abajo.

Wuher tenía poco tiempo. Su turno en la parte superior empezaba enseguida. Sin embargo, un impulso urgente le llevó a una pequeña hornacina de la parte posterior, un hueco del sótano donde el resto de empleados rara vez se aventuraban. Encendió una

pequeña luz y apareció una máquina con alambiques, tubos, diales y vasos de precipitados. En el mayor de los vasos había acumulada una pequeña cantidad de un fluido verde oscuro. Wuher examinó el detalle de los diales que marcaban la gravedad y composición química. En el recinto emanaba un tipo de efluvio irritante, como el de unos calcetines usados. ¡Dulce música para la nariz de Wuher! Los diales y las lecturas digitales mostraban prácticamente la ratio de contenido que Wuher había calculado necesario. Un escalofrío de excitación le pasó por el cuerpo. Esto podía ser lo que buscaba. ¡Su elixir! Su licor perfecto, adaptado expresamente para gustos bioquímicos no inferiores a un personaje como Jabba el hutt, en todos los sentidos y efectos, señor del crimen y amo de esclavos de Tatooine.

Wuher contuvo sus temblores, inspiró profundamente y encontró un cuentagotas estéril. Quitó el tapón del vaso e introdujo el cuentagotas y aspiró una pequeña cantidad y retiró el tesoro verde jade.

¡Ah! Si esta destilación era la correcta, la bebida que Jabba el hutt consideraba el licor perfecto, ¿qué más podría hacer Jabba que nombrarle su camarero o destilador o cervecero o enólogo personal? De este modo, con posición elevada, el humilde Wuher podría ganar la reputación y el dinero que podría ayudar a llevarle de este asqueroso desierto de mierda a algún prometedor e inmaculado bar en un planeta paradisíaco.

Wuher se llevó el tubo a la boca. Una tira de fluido brilló como un diamante en la luz ámbar. Dejó que una pizca cayera en su boca. Un rayo y un chisporroteo. Salió una nube de humo. El dolor fue inmediato, pero lo aguantó. Dejó que los sabores se arrastrasen en su paladar como la muerte con sus botas de tacón. Hizo un gesto de dolor, se encogió y lo soportó. Rotwort. Skusk. Mummergy. Amargo y de duro aroma con un pequeño golpe de alcohol al final.

Maldita sea. No lo bastante bueno. Sus instintos bioquímicos, que habían estudiado con cuidado otras bebidas favoritas de Jabba, habían sintetizado una mezcla teóricamente perfecta, un licor que podía entusiasmar a cualquier gusano.

Esto no era suficiente. Le faltaba algún elemento.

Maldición.

El camarero fue a coger su delantal y subió torpemente por las escaleras donde le esperaba su humeante guarida de trabajo.

—¡Agua! —solicitó el alienígena verde en su molesto lenguaje—. ¡Agua destilada embotellada, camarero, no cometas un error! ¡Tengo créditos para pagarla, esta nariz puede descubrirlo! —El alienígena se tocó su absurda probóscide con uno de sus dedos verdes.

La nariz de Wuher se movió. Era él o el olor de este agujero era peor que otras veces.

—Sí, amigo. Es tu pedido, pero parece como si pudieses con algo más fuerte.

Los ojos como joyas del alienígena brillaron de furia y sus orejas parecían agitarse con indignación.

—Cómo te atreves a hablar con esa confianza, basura de humano. Créeme, soy un valiente bebedor de cualquier tipo de bebida fuerte. Pero tengo como regla aceptarlo solo de *verdaderos* camareros.

Una desfigurada cara se acercó al lúgubre bar y a la conversación.

—En realidad este tipo hace algunas de las mejores malditas bebidas para un asqueroso nativo comemierda. Hágame caso, soy el doctor Evazan. He tomado muchas bebidas en los doce sistemas donde he obtenido sentencias de muerte y estas bebidas superan las expectativas.

Wuher hizo un hosco gesto con la cabeza dando las gracias. Aun así, el alienígena no lo hubiera probado ninguna. El tipo era un rodiano, Wuher lo sabía, y un cazarrecompensas a juzgar por la fanfarrona afrenta que le había hecho. Una mezcla especialmente mala.

—Tonterías —dijo el rodiano. Los pequeños apéndices satélites sobre su cabeza se movían adelante y atrás como si buscara un canal de televisión. El desdén se desprendía de su tono—. Los humanos no tienen lo que hay que tener para ser un buen camarero. Ambos términos se excluyen mutuamente.

Esta era la cantinela que escuchaba Wuher a menudo. Desde el primer día que se graduó con su kit de química con un par de bebidas interesantes y se valió de esa habilidad para una aplicación de mayor éxito en una escuela de camareros por correspondencia, había sido despreciado por querer coger las tareas de servir a una serie de personas de diferentes planetas, biomas, ecologías y demás. Los camareros de este tipo de sitios, que son frecuentados por bioquímicas diferentes y únicas, eran más bioalquimistas que simples servidores de bebidas. Tenías que poner atención en lo que estabas haciendo. No serviría en ningún caso un buen vaso de alguna variación de ácido sulfúrico que le gustara a un devaroniano a, digamos, un gotal. Así mismo, una simple cerveza podía hacer que un jawa se arrugase como un gusano. Realmente no es que los humanos no pudieran hacerse cargo de ese desafío, sino más bien que no se querían preocupar de ello. Es más, había unos pocos en los días de la vieja y xenófoba República que usaban sus oportunidades para envenenar enemigos lentamente.

—Oye, verdosillo —gruñó Wuher defendiéndose—. Vete a la oficina de Chalmun. Mi certificación está justo en la pared.

—¡Lo haré! Y haré cualquier esfuerzo necesario para que seas despedido de tu puesto. Tu amabilidad no ha sido correcta. —El rodiano se inclinó sobre la barra con sus anchos y redondos ojos clavados directamente en los de Wuher: un modo de confrontación de su especie que expresaba gran desprecio. La nariz de Wuher se vio asaltada por un olor que había notado anteriormente. Wuher se encogió hacia atrás.

—¡Bah! ¡Cobarde! —espetó el rodiano—. Que sepas, «camarero», que yo soy Greedo, altamente valorado en mi trabajo por el mismo Jabba el hutt. También le haré saber mi queja después de que me ocupe del trabajo que me ha traído a esta piojosa

cantina. Ahora, mi botella de agua pura, por favor. Y rápido antes de que la tenga que coger yo mismo.

El olor era tan fuerte que Wuher se quedó momentáneamente aturdido. Incluso cuando se agachó y cogió la botella de agua y la destaponó, aún estaba confuso.

Ese olor… Algo sobre ese olor…

Feromonas, claro. Pero feromonas únicas, distintas a las que Wuher había olido nunca. El camarero tenía una gran nariz, con una capacidad olfativa altamente entrenada y sensible. Esta era una de las razones por las que era un buen bioalquimista. Pasaba algo con ese Greedo…

El rodiano le arrebató la botella, dejando con desprecio un puñado de créditos en el mostrador. Aunque había tenido ese tipo de trato antes, aquello todavía le molestaba a Wuher. Se sintió como un montón de mierda de rata womp, y el hecho de que no podía hacer nada para vengarse hizo que se sintiera peor. Esto mezclado con aquel olor. Podía captar ese olor en los callos de la planta de sus pies. Le llegaba hasta lo más hondo de su ser y no estaba completamente seguro de por qué.

En los momentos siguientes estuvo en una especie de sueño mientras seguía en su trabajo, sirviendo. Había hecho unas buenas bebidas para la banda, cuya música ayudaba a hacer el trabajo en aquel vertedero más llevadero.

Sirvió a un aqualish y a las hermanas Tonnika. Batió una delicia gaseosa para los bluseros devaronianos. Todo el tiempo en una especie de niebla de enfado y confusión.

Apenas había notado la llegada de nuevas personas hasta que su asistente le tiró de la túnica.

—Wuher, tenemos un positivo en el detector de droides.

La alarma barrió sus imágenes mentales mientras Wuher se volvía y miró hacia abajo a la pequeña criatura nartiana, dos de sus cuatro brazos estaban ocupados limpiando vasos.

—Gracias, Nackhar.

Wuher volvió su atención hacia la entrada, donde un anciano y un joven se estaban encaminando hacia la enlodada humeante oscuridad de la taberna, seguidos por un brillante y refinado droide de protocolo y un droide R2 rodante.

—¡Eh! —dijo Wuher con la mejor voz áspera—. Aquí no servimos a los de su clase.

Hubo algo de confusión.

Tuvo que aclarar su postura.

—Tus droides. No los queremos aquí.

Los droides se marcharon.

Tuvo una particular sensación al echar a los droides. Era uno de los ejercicios de poder que le hacía sentir cómodo a Wuher. Era un área limpia y libre en la que estaba seguro de no ofender a nadie más. Sin embargo, mientras miraba como se marchaban los droides, algo le molestó. La imagen de aquel droide solitario tirado en aquel callejón pidiendo ayuda. De alguna manera los remordimientos de aquel recuerdo se unieron con

el fuerte aroma de las feromonas de Greedo para crear un extraño malestar e incluso una rara excitación en el camarero.

Un joven con ropas del desierto le dio una sacudida y le pidió algo de agua. Necesitó un par de sacudidas para que Wuher le hiciera caso, pero finalmente le sirvió la bebida y Wuher continuó con su trabajo y sirvió a un chirriante ranat.

Estaba tan inmerso en su particular desánimo que tardó un rato en darse cuenta que estaba comenzando un altercado. Wuher echó un vistazo para comprobar que el Dr. Evazan parecía haber tenido una confrontación con el joven. El anciano se acercó y habló. Lo siguiente que supo Wuher es que hubo un destello cegador.

Alarmado, gritó.

—¡Blásters no! ¡Blásters no!

Una espada de luz sonó en el aire. Un corte, un fiasco. El brazo armado del compañero aqualish de Evazan se separó de su cuerpo. El anciano y el joven se apartaron y tras un momento de silencio, la banda comenzó de nuevo a tocar.

—Nackhar —dijo Wuher a su asistente—. Limpia eso por favor. Tengo trabajo que hacer.

Aunque el doctor le había defendido, Wuher no sintió nada. El hombre era una criatura horrible, enferma y demente. No había ninguna necesidad de manchar el suelo con sangre y aguantar los gruñidos del asociado del doctor por un tiempo excesivo.

El nartiano salió disparado.

Wuher volvió al trabajo.

Otro jaleo, otro billete.

Trabajo habitual en la cantina de Mos Eisley.

Una pena que Chalmun no estuviese cerca. Su imponente figura solía desalentar a este tipo de vándalos. El wookiee que había estado hablando con el anciano se parecía un poco a su jefe, un poco más alto y joven. Había estado merodeando antes por allí con el ladrón y contrabandista Han Solo. El piloto había comentado algo sobre que el wookiee era su primer oficial. Una profesión peligrosa. Tal vez había cosas peores en el universo que ser menospreciado por un rodiano en la cantina del espaciopuerto de Mos Eisley.

De todos modos, eso le irritaba, y Wuher podía sentir su enfado y su odio enrollándose como una serpiente de arena pisada.

Lo siguiente que supo es que una pareja de soldados de asalto había pasado por la puerta y entrado en el bar.

—Creemos que hay algún tipo de jaleo aquí —dijo uno con una voz electrónica y sorda que salía de su casco en forma de cráneo.

—Efectivamente —dijo Wuher. Miró alrededor, y vio la espalda de los autores en una mesa al final del establecimiento. Curiosamente sentados junto a nada menos que Han Solo y su primer compañero wookiee—. El viejo y el joven de allí.

Apuntó. Cuanto antes se fueran los soldados, mejor. Le ponían nervioso. El sitio ya tenía suficientes problemas tal como estaba. Por otro lado, los soldados de asalto dejaban *muy malas* propinas.

La mente de Wuher volvió a sus pensamientos como si estuviera en piloto automático, preparando encrespados de bario y sulfatos congelados e incluso sirviendo una inyección y algo de barril. Incluso se sirvió él mismo algo de cerveza de su propia cosecha, para poder calmar el suave dolor de cabeza que le acechaba en la parte posterior de su cráneo. No obstante, durante todo esto todavía le perseguían dos cosas: el olor que todavía se le clavaba en sus fosas nasales y el crujido de aquel droide. ¿Qué le pasaría al droide? ¿Por qué se debería preocupar? ¿Y cuál dijo que era su especialidad?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de golpe por un fuerte disparo.

Todas las cabezas miraron hacia el origen, la mesa donde estaba sentado Han Solo. El desenfadado contrabandista se estaba levantando hacia la barra, devolviendo su pistola a su funda.

Wuher no podía creer lo que estaba dejando detrás.

—Perdón por el paquete que le dejo —dijo Solo dejando una moneda de dos créditos delante de Wuher. Normalmente Wuher hubiera puesto una palma de la mano sobre la moneda para evitar su apropiación. No obstante, estaba demasiado aturdido por lo que había visto como para pensar en el dinero.

Ahí, tirado sobre la mesa, estaba Greedo el cazarrecompensas rodiano. Una pizca de humo se elevaba sobre el disparo del abdomen.

Greedo tan muerto como el remache de una nave.

Un escalofrío agradable recorrió a Wuher. Una mezcla entre realidad y sueño que no ocurre lo bastante a menudo. Cierto que las criaturas se mataban allí todo el tiempo, pero Wuher podría haber sentido más satisfacción si hubiera estado detrás del gatillo de aquel bláster y ver su disparo atravesar a ese detestable maloliente.

Algún tipo de hecho trascendental iluminó al camarero. Los procesos de pensamiento se enmarañaban atronadoramente en su cabeza, era como si el cielo se hubiera abierto y la luz de la Sabiduría Cósmica, estuviera cayendo sobre él.

Aquel droide… aquel raro y asustado droide.

Tenía que ponerle fuera de peligro. ¡*Tenía* que salvarle!

—Nackhar —dijo.

La pequeña criatura se levantó.

—¿Ha visto eso, señor? Creo que Chalmun debería guardar todas las armas en la puerta.

—¿Harás tú los registros, Nackhar?

El camarero ayudante se quedó sin palabras pensándolo.

—Sustitúyeme. Tengo una tarea importante que debo atender. Volveré pronto. Mientras tanto no permitas que muevan ni un centímetro el cuerpo del rodiano. No dejes que esos jawas se lo lleven de aquí. ¿Entiendes?

—Sí. Por supuesto, pero si la policía…

—Pueden examinarlo lo que quieran, y no hay problema en que lo hagan. No obstante, reclámalo en nombre de Chalmun. Es oficialmente nuestra propiedad.

—¿Pero por qué no puede…? ¿Dónde va?

—Voy a emprender una misión piadosa.

Diciendo esto, Wuher se marchó.

El droide no estaba entre los cubos de residuos.

Wuher se alarmó. La cosa había dicho que estaría allí hasta el anochecer. Su ausencia solo anunciaba una mala jugada.

Wuher se inclinó e inspeccionó el arenoso suelo. Huellas, con seguridad. Huellas frescas que bajaban por el callejón en la otra dirección. Sin ningún pensamiento más, ni por precaución o por propia protección, el camarero se lanzó tras ellas.

El droide debía ser rescatado.

Se lanzó a través de los retorcidos callejones, siguiendo las huellas. El suelo contaba la historia con bastante claridad. Huellas de droides. Un par de pequeñas huellas de zapatos. Un jawa había descubierto al ser metálico, como él temía. Mientras avanzaba, Wuher cogió el bastón de la parte posterior de su cinturón. En un momento, escuchó unos reveladores pitidos y voces: los sonidos del droide y su nuevo amo.

Wuher se pegó rápidamente contra la pared, mirando de reojo detrás de la esquina. Estaba seguro de que estaban ahí, andando como patos. El jawa había ajustado un dispositivo de retención en el droide de extraño aspecto. Estaban a unos pocos metros de la calle principal.

Se debía mover con rapidez.

Sin vacilar, Wuher el camarero saltó de su escondrijo, corrió tras el jawa y con fuerza y decisión pegó un golpe en la parte posterior de su capucha. *Zas*. El jawa cayó como un saco de raíces smunk. Rápidamente, el camarero llevó a la criatura encapuchada a la parte más oscura del callejón dejando un leve rastro de sangre.

Volvió donde el droide, examinó su cuerpo y encontró el dispositivo de retención. Se lo quitó y lo lanzó detrás del jawa inconsciente.

El droide había sobrevivido.

—¡Señor! Me ha salvado. ¡Me ha librado de mis enemigos!

—Correcto, Cedós-Errecuatro.

—Ha sufrido un cambio de sentimientos. Lo sabía, lo sabía, sabía que en el fondo le latía un corazón de oro. Por eso me arriesgué en aquel encuentro con usted. Esto es maravilloso. ¡Por eso escriben historias maravillosas sobre ustedes! Un alma dura, que cambia para mejor. Gracias, humano. ¡Oh, gracias!

—De nada, Cedós-Errecuatro. Sí, me di cuenta de que eras un droide injustamente tratado. Mi mísera y triste vida me hizo darme cuenta de que debía de hacer algo bueno y que valga la pena por una vez. —Wuher sonrió—. De todas formas, no debemos quedarnos aquí de cháchara. Sin duda habrá más jawas. Debemos llevarte a un lugar seguro.

—Oh, mis estrellas de la suerte brillan. Señor, ha revivido mi fe en la verdadera espiritualidad pura del alma de los humanos. Como ve, nosotros, los droides, metálicos, no poseemos conciencia ni espiritualidad.

—Oh, bueno. Estoy seguro de que tendremos mucha filosofía sobre la que discutir. No obstante, primero debemos apresurarnos —dijo Wuher ansioso—. ¿Hay algo que pueda hacer para facilitar tu camino?

—Ya lo ha hecho, amable señor. Aquí estaba pensando en lo peor, en los despojos de Mos Eisley. Hay verdadero espacio para crecer en la pureza del alma humana.

—Sí, he tenido un cambio radical en mi actitud hacia los droides —dijo Wuher—. Te llevaré de vuelta a la cantina. Te esconderé en el sótano, donde no hay detectores de droides.

—¡Oh, oh! —dijo el droide, embelesado por el radical cambio—. Por fin he experimentado las mieles de la caridad humana.

—Oh —soltó Wuher con una sonrisa irónica—. Hoy no creo estar particularmente interesado en la *miel*.

• • •

La gota pendía. Una joya de esperanza.

Cayó.

El habitual dolor, por supuesto. Muy malo, pero era el precio que pagabas por las incompatibilidades del organismo. Aun así, Wuher lo soportó estoicamente, incluso con gusto, esperando las noticias que el sabor le traería. Sus agitados orificios nasales se estaban comportando de una forma positiva mientras un familiar vapor subía hasta hacerle cosquillas.

Alrededor de Wuher, como si esperasen expectantes, estaban todos los trastos de su hornacina de experimentos, junto a sus dos nuevos aditivos.

Sí, sí, ¡esto era nuevo!

¡Notó un gusto a bergamota!

Aún mejor, algo más le golpeó con un tremendo poder, era como si alguien le hubiera pateado en la cabeza.

Dos malditos sabores extraños le subieron como una maraña de vainas explosivas de especias y puré cenagoso.

Cayó sobre su banco, bajo una tortura de espasmos.

—¡Amo! ¡Amo! —gritaba Cedós-Errecuatro—. ¿Está bien?

Wuher se estremeció.

Se sacudió.

Se levantó con una ridícula sonrisa en el rostro.

—¡Vaya!

Echó un vistazo a su alambique, al vaso de precipitados más grande, medio lleno de aquel mortal elixir y con más aun borboteando en las espirales y entrañas de su improvisado laboratorio.

—Es incluso mejor de lo que esperaba —dijo—. Es exactamente el licor que pide Jabba el hutt.

—¿Jabba el hutt, amo? —dijo el droide—. ¿No es el señor de las bandas criminales de este territorio?

—Tonterías —dijo Wuher—. Está erróneamente valorado por sus enemigos. No solo será *mi* benefactor, sino también el tuyo.

—¡Muchísimas gracias!

—Sí. Por supuesto. Iremos juntos al trabajo, Cedós-Errecuatro. Primero trabajaremos para Jabba el hutt. Después nos largaremos de este detestable planeta. Grandeza, Cedós. ¡Estamos destinados a la grandeza! —sonrió el duro camarero a su nuevo colaborador.

Cedós se mantuvo en el mismo centro de la hornacina. Debajo de un nuevo elemento que extrajo de una espita de su cuerpo, era una pequeña botella llena de un líquido gris esmeralda. Unas pocas gotas de aquello habían sido suficientes para darle al licor de Jabba su nuevo y maravilloso toque hacia el territorio de la grandeza. Wuher, extraordinario bioalquimista, iba a ser capaz de mantener feliz a Jabba por mucho tiempo.

De la rejilla facial del droide, extrajo un pie verde desnudo de alienígena. Había sido procesado para extraer hasta la última brizna del precioso jugo en los excelentes extractores químicos de Cedós-Errecuatro.

Colgado de un pincho junto al hirviente alambique estaba el nuevo ocupante de la hornacina bioalquimista de Wuher: la cabeza de Greedo el rodiano. Nackhar había tenido que luchar con fuerza con los jawas para salvar el cuerpo. Le costó varias rondas de bebida gratis, pero valió la pena.

—Aquí están tus feromonas, Greedo —dijo Wuher el camarero, brindando con su cuentagotas—. Han Solo le ha hecho un favor tanto a las mujeres rodianas como a un servidor. —La cabeza le devolvió la mirada inexpresivamente.

—Debo decir que la criatura era cartilaginosa y nudosa —dijo el droide—. Temo que mis trituradores necesitarán ser afilados después de este arduo trabajo.

Wuher sonrió burlón y le guiñó.

—Nada es suficientemente bueno para ti, Cedós. Créeme, este es el comienzo de una bonita amistad.

Desde entonces, Wuher el camarero tuvo una actitud completamente nueva hacia los droides.

Lirio Nocturno: El relato de los amantes

por Barbara Hambly



—Señora, lo lamento mucho —Feltipern Trevagg apagó la pantalla de la computadora sobre su escritorio con aire de no lamentarlo en absoluto—. Si no paga su impuesto de agua no hay nada que pueda hacer respecto al corte del suministro. Yo no hago los impuestos.

Sin embargo, daba la casualidad de que sí había hecho este, o al menos hizo la sugerencia al prefecto de la ciudad del puerto de Mos Eisley de que el impuesto de agua fuera incrementado en un veinticinco por ciento. No obstante, razonó Trevagg, frotándose los conos de la cabeza mientras escuchaba una vez más la súplica desesperada por una prórroga de la hembra modbrek, ella probablemente tampoco habría sido capaz de satisfacer el impuesto original, por lo que realmente no importaba. Lo que contaba ahora era que, a través de los intermediarios adecuados, por supuesto, le ofrecería unos pocos miles de créditos por su vivienda, que estaría encantada de aceptar, tras pasarse sin agua ni comida un par de días, y la alquilaría por habitaciones. Siempre y cuando, por supuesto, pudiera arreglarlo con sus intermediarios antes de que el prefecto se enterara y ofreciera más.

La angustia de la hembra modbrek lo irritaba. Si viniera de otro de su propia especie, otro gotal, podría haberle evocado compasión, pese a que Trevagg estaba menos inclinado a ceder ante emanaciones de miseria y miedo que muchos de sus compatriotas. Pero los modbreks eran, en opinión de Trevagg, solo semisentientes, seres insustanciales y efímeros, sin pelo como babosas salvo por las grotescas masas de crines azules que surgían desde sus cabezas sin desarrollar, con enormes ojos, y narices y bocas diminutas

en rostros pálidos y puntiagudos. Esa hembra y sus hijas, enviando olas de ansiedad, provocaban en él la misma reacción que una música chillona.

—Señora —dijo finalmente, suspirando—, yo no soy su padre. Y no soy un trabajador de la caridad. Y si sabía que no podría pagar sus impuestos de agua, lo que asumo que sabía, ya que se ha retrasado dos meses y ni usted ni sus hijas se han preocupado de encontrar un trabajo remunerado decentemente, debería haber acudido a su familia o a alguna organización de caridad antes de esto.

Pulsó un interruptor del tablero de control de su escritorio. Un adjunto humano con un uniforme arrugado entró y mostró la salida a las tres hembras. Trevagg pudo percibir la compasión del hombre por ellas, y también, para disgusto de Trevagg, el hecho de que el humano encontraba a las criaturas insustanciales físicamente atractivas, incluso sexualmente interesantes.

Claro está que Trevagg siempre había tenido dificultades para entender por qué los humanos se encontraban sexualmente interesantes *entre sí*. Pálidos, flojos, blandos, carecían tanto de la capacidad gotal para transmitir diversas ondas emocionales como del contraste entre fuerza y debilidad, tan necesario para el placer. ¿Cómo podrían…?

Se encogió de hombros y se volvió hacia su escritorio para aprovechar y hacer una llamada. Detrás de él, oyó unos pasos en el umbral, sintió el calor de un cuerpo, no más cerca que en el umbral, y de rango humano, y reconoció el aura electromagnética como la de Predne Balu, oficial de seguridad auxiliar de Mos Eisley. Percibió algo como una humeante oscuridad en el hastío del hombre, el amargo sabor de su disgusto.

—¿No podías darle un mes más? —la voz ronca de Balu sonaba cansada. El calor de los soles de Tatooine parecía haber quemado la ferocidad de Balu tiempo atrás, el entusiasmo tan necesario para un cazador. Trevagg lo despreciaba.

—Ha tenido dos. Es caro importar agua.

Un mensaje relució a través de la negra pantalla del receptor: Pylokam 1130. Trevagg movió un dedo y los píxeles se borraron como si nunca hubiesen existido. Se dio la vuelta en la silla, para hacer frente a Balu, un hombre pesado, con los hombros caídos y un arrugado uniforme azul oscuro, pelo negro y ojos oscuros, aunque el lamentable rastrojo de lo que los humanos llamaban barba estaba salpicado de gris. Tenía una cabeza como un melón. Trevagg nunca podía mirar a los humanos sin sentir desprecio y un poco de diversión. Sabía que tenían otros tipos de órganos sensoriales en lugar de conos en la cabeza, pero incluso tras muchos años viajando por el espacio como cazador de recompensas, guardaespaldas imperial, y oficial de seguridad naval, Trevagg nunca había cambiado de opinión respecto a cuán tontos y cuán ineficaces le parecían los seres que no tenían conos. En Antar Cuatro, aunque todo el mundo sabía en el fondo de su corazón que el tamaño de un cono no afectaba a su capacidad para percibir la vibración sensorial, los gotals cuyos conos estaban subdesarrollados recurrían con frecuencia a postizos.

Él simplemente, por instinto, no tenía respeto por los seres sin ellos.

—Estate preparado con tu adjunto para cortar las líneas de agua de su vivienda mañana.

La boca de Balu se tensó bajo sus gruesas mejillas, pero asintió.

—Voy a salir. Debería estar de vuelta en una hora.

Caminar a través del mercado de Mos Eisley siempre llenaba a Trevagg de una sensación cercana a la embriaguez. Un cazador tanto por educación como por sangre, había encontrado rápidamente su posición actual como funcionario de impuestos decepcionante. Lo que se había presentado ante él como una oportunidad de adquirir grandes cantidades de créditos había resultado ser poco más que un trabajo de oficinista.

Sin embargo, intuía, sabía, que había créditos que hacer allí.

En el mercado de Mos Eisley, el cazador que llevaba dentro se agitó de nuevo en su sangre.

Los toldos se agitaban por encima debido a la caliente brisa, los protectores solares arrojaban rectángulos negros de firme sombra, el algodón y trapo barato de los toldos teñía el rostro de aquellos bajo ellos con luz roja y azul. El estridente chisporroteo de hamburguesas de bantha y grasa para freír buñuelos demasiado utilizada surgía desde un centenar de pequeños puestos allí donde algunos jawas o whiphids emprendedores habían encontrado espacio para colocar una cocina solar. Razas de todos los rincones de la galaxia vagaban por la sombra artificial de este improvisado laberinto. En un lugar, un duro de rostro cadavérico sostenía cadenas de «perlas de arena» opalinas y vidrio azul manchado por el sol, ante un par de curiosos turistas humanos; en otro, una casi desnuda bailarina gamorreana estaba actuando sobre una manta de ribetes amarillos ante los silbidos apreciativos de un par de sullustanos, que estaban entre las muchas razas que encontraban a los gamorreanos atractivos.

Pero por encima de todo, había un aire de peligro que llenaba el lugar, de nerviosismo, de vigilancia, que calaba en los conos de Trevagg como vino drogado. Después de un paseo por el mercado siempre se alejaba preguntándose si no debería meterse en el servicio imperial y volver a la caza.

Pero como siempre, miraba a su alrededor una segunda vez y observaba cómo mucha de esa gente estaba vestida con deshechos o con equipos andrajosos para el desierto. Se acariciaba su nueva chaqueta de ante de yullra de un profundo verde, pantalón ceñido a medida para su forma y no otra, y pensaba de nuevo. Puede que no hubiera hecho fortuna en ese maldito pedazo de roca, pero al menos había conseguido un poco.

Y la oportunidad llegaría.

Había llegado.

Sus pulsaciones se aceleraron por las implicaciones de la vibración que sintió dos semanas atrás, caminando a través de ese mismo mercado. Lo único que tenía que hacer, se dijo, era ser un cazador, y esperar. La oportunidad de su vida llegó, y si esperaba, vendría de nuevo.

Si las cosas iban bien.

El intermediario de Jabba el hutt, un enorme sullustano obeso llamado Jub Vegnu, lo estaba esperando en el puesto Comida Sana de Pylokam. Pylokam, un viejo y frágil humano vestido con sucios harapos y un pañuelo de color naranja chillón, había estado vendiendo optimistamente zumos de frutas y húmedas bolas de vegetales desde hacía años, rodeado por todos lados por un banquete pringoso de costillas de dewback y buñuelos megadulces. Sin azúcares, sin sal, sin aditivos artificiales, y sin clientes. Incluso Jabba había renunciado a tratar de conseguir un porcentaje de su inexistente recaudación.

Vegnu estaba apoyado en el mostrador comiendo un pkneb caramelizado, algo que Pylokam nunca habría servido. Su jugo corría por lo que tenía como barbilla. Trevagg compró un buñuelo azucarado de un puesto cercano y se unió a él. En Comida Sana de Pylokam podían estar seguros de que no serían interrumpidos.

—Necesito a un intermediario y establecer un acuerdo de préstamo —dijo entre dientes Trevagg con su voz áspera y monótona—. Recepción inmediata en tres días, completo secreto para todo el mundo. El diez por ciento para Jabba de toda ganancia posterior.

Regatearon un poco sobre el porcentaje, y sobre para qué era el acuerdo. Trevagg sabía muy bien que, si se corría la voz hasta el prefecto o, de hecho, hasta otros miembros del servicio imperial de los que él conocía, muy probablemente sobreofertaría antes de que la modbrek viuda incluso decidiera que tenía que vender. Después de un rato Trevagg consiguió garantías de privacidad, por lo que valían, a costa de otros cuatro puntos porcentuales. A ese ritmo, pensó con amargura, le tomaría un año recuperar su inversión.

—¿Eso es todo, entonces? —preguntó el sullustano, lamiendo sus dedos regordetes de los últimos vestigios de caramelo y grasa.

Trevagg vaciló, y el intermediario con una sensibilidad casi gotal inclinó la cabeza, esperando lo siguiente. Parecía percibir, pensó Trevagg, cuán importante era el trato siguiente.

—No… exactamente.

No había ninguna necesidad de explorar el mercado visualmente. Trevagg conocía el indicio que había percibido. El estremecimiento que había sentido paseando dos semanas atrás no estaba en ningún lugar a su alrededor. Y no sabía cuándo la persona o la criatura que la había causado, pasaría por Mos Eisley de nuevo.

Pero sería mejor estar preparado.

—Necesitaré un intermediario para otro negocio —dijo lentamente.

—¿Para qué?

—No puedo decirlo —él levantó la mano contra la protesta impaciente de Vegnu—. Aún no. Pero necesito a alguien que actúe por mí en una situación en la que yo no puedo, ya que, como empleado del gobierno imperial, se esperaría que cumpliera con mi deber.

—Ah —Vegnu se apoyó contra el mostrador—. Pero un civil, realizando esa misma tarea, ¿sería recompensado?

—*Bien* recompensado —dijo Trevagg. Sus pulsaciones se agitaron nuevamente ante el pensamiento de cómo de bien recompensado—. Y es una tarea que se acopla a, digamos, tus capacidades.

—¿Cuánto?

—Veinte por ciento.

—Bah…

—Veinticinco —dijo Trevagg—. Y ese cinco es por la discreción, secreto absoluto, desde ya.

—¿Acerca de ti?

—Y acerca de… la naturaleza de la tarea.

La naturaleza de la tarea, pensó Trevagg, abriéndose paso rápidamente entre las ardientes zanjas de polvo y la sombra, en dirección a las oficinas del gobierno a pocos minutos. *Después de todo, eso es lo delicado de este asunto.* Una tarea sencilla, informar al moff imperial del sector acerca de alguien… alguien a quien habían estado buscando durante mucho tiempo.

La sensación que le había llegado allí en el mercado hacía dos semanas había sido como encontrar una joya entre la mugre; la vibración en sí como una aspiración de perfume, percibida solo una vez antes en otras circunstancias, pero nunca olvidada. El problema sería, por supuesto, hacer que su intermediario no tomara esa joya, esa pieza de información, ese nombre, y la hiciera suya.

Trevagg el gotal sabía que tendría que tener mucho cuidado con este, cuya recompensa podría conseguirle la base de una riqueza real.

Al pasar por el mercado dos semanas atrás, había percibido las vibraciones inconfundibles de un Maestro Jedi.

—Una señora quiere verte —informó el secretario de operaciones en el cubículo de al lado cuando Trevagg volvió a entrar en la oficina. Después del horno de la calle al mediodía la prefectura parecía sombría y fresca como una cueva… los deflectores solares del techo en realidad no empezaban a tener problemas hasta dos o tres horas después del mediodía. Sin tener en cuenta las estanterías repletas de cajas de discos de datos, las amarillentas copias impresas cayendo de cajas de almacenamiento apiladas junto a una pared, y la atmósfera casi palpable de derrota, de sucias esperanzas y de mezquinos rencores, las oficinas en sí mismas eran agradables después de un tiempo fuera.

No durante mucho más, pensó Trevagg, mientras caminaba hacia su oficina. *No durante mucho más tendré que tolerar este lugar*. No era lugar para un cazador, no era lugar para un verdadero gotal.

Solo hasta que pudiera completar su última cacería, atrapar a su última presa. Hasta que pudiera entregar al Imperio la información acerca de ese Jedi, quienquiera que fuese…

El Jedi no había estado de paso, por lo que Trevagg sabía. Después de perder la sensación de las vibraciones del Jedi en el mercado, ese fuerte y extraño zumbido en sus conos que le había sugerido una concentración de la desconocida Fuerza, la magia de los Jedi, fue inmediatamente a los muelles de atraque, y se cercioró de que ninguna nave despegó en esas horas. Como recaudador de impuestos tenía acceso a las listas de pasajeros, y se encargó de comprobar personalmente a cada viajero.

Y después de dos semanas recorriendo cada rincón de Mos Eisley, no había vuelto a sentir esa sensación particular.

Por lo tanto, ese alguien debía permanecer en el planeta, pero no en la ciudad. Podría haber venido a comerciar, por ejemplo.

Trevagg era un cazador. Esperaría.

Su mente estaba centrada en esto más que en quien quiera que fuese la tediosa hembra y lo que querría de él. Cuando cruzó la puerta de la oficina se enamoró.

La vibración de ella llenaba la sala, incluso antes de que siquiera se volviera para verle entrar. Era intoxicante, un compuesto embriagador de calidez lechosa que podía sentir casi a través de su piel, de temblorosa vulnerabilidad, un aura electroespectral como el florecimiento de una rosácea flor teela, y una sexualidad inocente e inconsciente que casi hizo levitar a Trevagg.

Ella se dio la vuelta, retirando la gasa blanca de su velo para revelar una belleza alienígena que detuvo su respiración.

Qué raza, de qué especie era, no lo sabía. No importaba. Su piel gris azulada como el crepúsculo del desierto estaba moldeada sobre unos sobresalientes y orgullosos pómulos por los que cualquier mujer de su planeta natal Antar mataría, las mejillas triples se fundían suavemente con las frágiles arrugas de la barbilla. Más arrugas llevaban desde los ojos a la graciosa curva de su probóscide, una característica que Trevagg siempre había considerado llamativa en las razas como los kubaz o los rodianos que la poseían. Ojos anchos, verdes como la hierba, protegidos por pestañas densas que asomaban tímidamente por debajo del profundo esplendor de sus arcos superciliares, como los ojos de un tabbit de las rocas demasiado asustado como para huir ante los pasos de un cazador.

Pero por encima de los arcos superciliares estaba lo que había atraído la atención de Trevagg. Medio oculto por la gasa del velo, el cráneo se elevaba con cuatro pequeños, exquisitos y perfectamente moldeados conos, su pequeñez y suavidad parecían invitar al toque de una mano masculina, al aliento de labios masculinos.

Estaba claro que no podían ser realmente conos, pensó Trevagg en el momento siguiente. Ella no era gotal, sino alguien de las atontadas e insensibles razas inferiores… Pero la imitación era perfecta, y era suficiente.

La deseaba.

La deseaba muchísimo.

—Señor… —su voz era vacilante, pero con una hermosa modulación, incluso afinada, como si una flauta profundamente entonada sonara a través de su probóscide.

Sus manos de tres dedos, talladas en su piel sobre puños como joyas, parecían aferrarse a los bordes del velo que acababa de apartar a un lado, como si se protegiera—. Señor, tiene que ayudarme. Dijeron que debía acudir a usted…

Trevagg se encontró diciendo:

—Cualquier cosa… —entonces, rápidamente corrigiéndose a sí mismo, porque era, después de todo, un oficial del Imperio, añadió—. Cualquier cosa que esté en mi poder para ayudarla, señorita. ¿Cuál es el problema?

—Me han desembarcado —angustia y miedo florecieron de ella en ondas temblorosas—. Dijeron que había algo mal con mis papeles; que había un impuesto de paso.

Trevagg lo sabía todo acerca del impuesto de paso. Fue otra cosa más que él ideó.

—Yo… tenía un presupuesto muy justo para visitar a mi hermana en Cona, mi… mi familia no es rica. Ahora he perdido mi asiento en el *Dama Tellivar*. Pero si pago el impuesto de paso no tendré suficiente como para volver con mi madre a H'nemthe —el nombre de su mundo natal salió como un delicado estornudo, increíblemente cautivador. La vibración de su tristeza era como el sabor de la sangre dulce.

—Mi querida… —dudó.

—M'iiyoom Onith —facilitó ella—. La m'iiyoom es la flor blanca que florece en la estación del trígono, la estación en la que las tres lunas proporcionan luz. El lirio nocturno.

—Y yo soy Feltipern Trevagg, oficial del Imperio. Mi querida Lirio Nocturno, voy a investigar este asunto de inmediato. Me entristece no poder ofrecerle mejores estancias en las que esperar, pero esta ciudad no es agradable. Volveré en unos instantes.

Balu estaba en la oficina exterior, con las botas sobre el escritorio, bebiéndose una gaseosa cuyo casco sudaba con el calor sofocante. Ladeó los ojos oscuros hacia el gotal cuando Trevagg cerró la puerta de su oficina.

—Devuélvele a la chica su asiento, Trevagg —gruñó—. No necesitas los setenta y cinco créditos. Si corres, puedes pillar la *Tellivar* antes de que despegue.

Trevagg se inclinó sobre el oficial y tocó una tecla en el tablero. La pantalla mostró el horario. A diferencia de muchos gotals, Trevagg había dominado las computadoras muy rápido, una vez que las de la prefectura habían sido protegidas adecuadamente. La *Dama Tellivar* despegaba a las 1400 y sabía que el capitán Fane era puntual.

Pero una hora no sería suficiente.

—Trevagg… —la voz del oficial lo detuvo al llegar a la puerta. Trevagg se volvió, principalmente por el deseo de perder tiempo legítimamente; tenía que moverse muy lentamente para realmente perderse el despegue de la *Dama Tellivar*—. Tú eres un cazador. ¿Has oído hablar alguna vez de la Fuerza?

Trevagg se mantuvo absolutamente frío en su interior. Solo dijo:

—No.

—Se supone que es una especie de campo de magia… —Balu meneó la cabeza—. Se supone que los viejos Jedi la tenían —levantó una mano para señalar un comunicado

imperial, clavado en el descolorido yeso de la pared por detrás de él, ofreciendo cincuenta mil créditos por «cualquier miembro de los así llamados Caballeros Jedi». Diez mil por información que condujera a su captura.

A menos, por supuesto, que el *trabajo* del captor o informante fuera capturar o informar. En ese caso ya tenían sus *salarios*. Y una buena carta de recomendación del moff local.

—He oído rumores de que un Jedi ha sido visto en Tatooine —dijo Balu—. He echado un vistazo al puesto de Pylokam… imaginando que sería el único lugar donde un Jedi podría aparecer. Alguien tiene que beber ese té de hierbas. Pero me preguntaba si tú te habrías tropezado con algo… extraño.

—Solo con lo que Pylokam sirve en ese puesto suyo —refunfuñó Trevagg, e hizo una salida mucho más precipitada de lo que había planeado.

Todavía tuvo que andar muy despacio de camino al muelle de atraque 9 para llegar demasiado tarde para detener el despegue del *Dama*.

Lirio Nocturno quedó deslumbrada al llevarla a almorzar a la Corte de la Fuente, lo más parecido a un restaurante de clase alta del que Mos Eisley podía presumir. Ocupaba uno de los extensos palacios de piedra y estuco que databan de los lejanos días de auge de Mos Eisley; pantallas solares reflectantes habían sido extendidas sobre los muchos patios donde las fuentes fluían y gorgoteaban entre plantas exóticas y azulejos con aspecto de gemas. Era pequeño, por supuesto, y atendía principalmente a la industria del turismo, pero Lirio Nocturno *era* una turista, y estaba encantada. Jabba el hutt, que por supuesto, era el dueño del lugar, se jactaba de que no había un apetito en la galaxia que no pudiera satisfacer su cocinero personal, Porcellus.

Porcellus, quien solo atendía en la Corte de la Fuente durante las pocas horas no dedicadas a preparar festines gigantescos al Gran Hinchado, sabía perfectamente bien que serviría como alimento para el rancor mascota de Jabba si el hutt se aburría alguna vez con sus menús, por lo que era, sin duda, un chef entusiasta. Y, en cierto modo, se sentía orgulloso de su trabajo. El filete de cachorro de dewback con salsa de alcaparra y paté de hígado de fleik era lo mejor que Trevagg había comido, y cuando Lirio Nocturno dijo, con los ojos modestamente bajos, que a las vírgenes de su pueblo solo les eran permitidas las frutas y las verduras, Porcellus se superó a sí mismo realizando cuatro platos de bayas lipana y miel, puptons de magicots secos y psibara, un felbar al horno con una sabrosa crema, y un asombrosamente buen pudín de pan para el postre.

Y una gran cantidad de vino, por supuesto.

—Nada es demasiado caro para ti, hermosa mía —respondió Trevagg, a su susurrada protesta sobre el gasto—. O demasiado bueno. Tómate otra copa, querida —definitivamente, pensó, tenía que tener un chef que pudiera cocinar el dewback así cuando le pagaran su recompensa—. ¿No entiendes que el destino nos ha unido, el

destino en la forma de una decisión estúpida por parte de un oficial corrupto? —él tomó su mano con la suya, amando la textura satinada, el suave erotismo en la forma en que sus nudillos se tensaban ante el toque—. ¿No entiendes lo que siento por ti? ¿Lo que sentí por ti en el momento en que entré en la oficina, en el momento en que oí tu voz?

¿En el momento en que supe que tú eras la presa definitiva, la más bella de las conquistas para ser derrotada?

Ella volvió la cara a un lado, confundida. La larga serpiente plateada que conformaba su afilada lengua surgió nerviosamente para recoger los restos del pudín de pan en un gesto que él encontró casi insoportablemente sexual. La lengua con la punta como un cuchillo se adentró entre las triples mejillas… ¡qué no podría persuadirla de hacer con esa lengua!

No estaba seguro exactamente de qué vibraciones internas debía transmitir para convencerla de su abrumador deseo por ella, porque obviamente no tenía la civilizada sensibilidad de un gotal. Tal vez no podía percibir nada en absoluto y estaba reaccionando en su totalidad al valor nominal de sus palabras. A juzgar por su conversación, ella era o apenas sensible o verdaderamente estúpida. En todo caso, Trevagg tenía muy poco interés en los pensamientos o deseos de las hembras.

Él acunó un lado de la cara de ella con la mano, disfrutando de la delicadeza de las mejillas bajo sus fuertes garras. Sintió su timidez, y con ella, un asombro naciente, una oleada de brillante entusiasmo en su corazón.

—¿No entiendes que te necesito?

—¿Estás proponiendo… matrimonio? —ella lo miró fijamente, asombrada, deslumbrada, a medio camino de rendirse.

Suavemente le acarició el costado de su cara. *Estúpida como un ladrillo*, pensó. Pero la tendría en su cama antes de que el día terminara.

—Trevagg, deja en paz a la chica —habló Balu en voz baja, para que Lirio Nocturno, en la oficina exterior, no lo oyera. El oficial de seguridad estaba repantingado en el umbral del cubículo de Trevagg mientras el gotal revisaba una transferencia de crédito e información de pasaje en el *Estrella-cisne*, que salía al día siguiente por la mañana. Lo menos que podía hacer, había reflexionado, era darle a la chica un pasaje en tercera clase, naturalmente, para donde diablos fuera. Además, una vez que la hubiera poseído no quería, con certeza, que ella revoloteara a su alrededor bajo la impresión de que en realidad iba a seguir adelante con eso de *casarse* con una alienígena cabezahueca semisentiente. Se maravillaba de que aun siendo así, ella pudiera estar entre sus sábanas.

—¿Dejarla en *paz*? —Trevagg se dio la vuelta con incredulidad, mirando al humano. Mantuvo la voz baja, para excluir aún a Lirio Nocturno, que era visible a través de la puerta por encima del hombro de Balu, sentada en un escritorio vacío con la cabeza

inclinada en un tímido éxtasis y su velo medio echado sobre su rostro—. Pudiendo disfrutar de ese… ese dulce bocado, ¿dices que la deje en paz?

Balu volvió la cabeza para examinarla. Trevagg podía decir por la temperatura del hombre y la vibración de sus pulsaciones, incluso a esa distancia, que la encontraba no más estimulante sexualmente de lo que habría encontrado a un jawa. El disgusto lo inundó ante la total y exasperante insensibilidad de los humanos.

—Trevagg —dijo el oficial—, la mayoría de las especies, la mayoría de las civilizaciones, condenan al ostracismo a quienes tienen hijos híbridos. Si tú la encuentras atractiva es probable que haya suficiente compatibilidad de enzimas para que *puedas* embarazarla. Podrías arruinarle la vida.

Trevagg emitió una fuerte carcajada similar a un ladrido.

—No puedo creerlo. ¿La tengo a mi *alcance*, y estás hablándome acerca de *compatibilidad de enzimas*? ¡Amigo, cómprate unas gónadas! Si ella estaba preocupada por eso, en primer lugar, no debería haber vagado penosamente alrededor de la galaxia con ese pequeño y endeble velo en la cabeza.

Balu puso su mano en el brazo de Trevagg como advertencia, y el gotal se detuvo sorprendido. Balu rara vez mostraba alguna disposición a preocuparse por nada, sin embargo, había una clara amenaza en sus ojos oscuros.

Pacientemente, Trevagg prometió:

—Está bien. Solo la llevaré a dar un paseo. Ella siempre puede decir que no.

Pero después de tres copas en la Cantina de Mos Eisley, reflexionó mientras entraba en la oficina exterior de nuevo y tomaba el brazo de Lirio Nocturno, no era en absoluto probable que dijera no. Sin mencionar la perspectiva de matrimonio que parecía empujar cada interruptor de su tablero.

—No puedo creer que… que realmente me ames lo suficiente como para casarte —canturreó la chica, mientras cruzaban la calle de color bronce bruñido por el polvo y la luz solar—. Los machos de mi especie… temen ese compromiso. Esa entrega de todo por amor.

—Los machos de tu especie son tontos —gruñó Trevagg, mirando profundamente dentro de sus ojos y embriagándose con el perfume apasionante de su sexualidad. En lo que a él atañía eso era aplicable también a las hembras, pero no lo dijo. Miró hacia atrás a las sombras de los edificios al otro lado, justo a tiempo para ver un destello de sucia ropa harapienta, el brillo de un pañuelo de color naranja.

Pylokam, el vendedor de comida sana. Cruzando la calle hacia las oficinas del gobierno.

La mente del gotal hizo *clic*, todas las cosas encajando en su lugar con el afilado instinto de un cazador. Balu. Pylokam había visto al Jedi.

Su primera reacción fue pura molestia. Ya le había dicho a Lirio Nocturno que había reservado pasaje para ella en el *Estrella-cisne*, y ella le había echado los brazos alrededor, preguntándole si había reservado su propio pasaje para ir a H’nemthe a casarse con ella con la debida ceremonia ante su madre y sus hermanas. Había salido al paso con la

promesa de embarcar en unos días. «Soy un oficial del Imperio, lo sabes. No puedo dejarlo absolutamente todo en un momento, sin embargo, créeme, estaré contando los días». Pero eso significaba que no había manera de posponerlo.

No había ninguna razón para que Pylokam fuera a las oficinas de impuestos excepto informar a Balu, y conocía a Balu, a pesar de su dejadez y hastío, no era alguien que perdiera el tiempo. Investigaría e informaría.

Y eso significaba que Trevagg tendría que encontrar a alguien para asesinar a Balu esa tarde.

Normalmente, por supuesto, se habría puesto en contacto con Jub Vegnu, acordado un encuentro, concertado una cita con Jabba el hutt, y dispuesto un pago…

Pero por supuesto sabía, y todo el mundo lo sabía, que había diez asesinos independientes por medio crédito en Mos Eisley y la mayoría de ellos se suponía que pasaban el rato en la Cantina de Mos Eisley. No podía ser *tan* difícil encontrarse con uno. El encuentro sería presumiblemente corto y dulce ya que para eso estaban los asesinos, para hacer la vida más fácil a los que tenían otras cosas que hacer, dejándole mucha tarde y toda la noche para culminar un encuentro de otra índole con Lirio Nocturno en el Motel Mos Eisley.

Si entrar en las oficinas gubernamentales de la calle al mediodía era como entrar, más o menos, a una cueva fresca, la transición entre el polvo y el resplandor de la tarde a la casi oscuridad de la cantina era comparable a ser tragado por un bantha con indigestión. Los ojos de cazador de Trevagg cambiaron casi instantáneamente de la visión diurna a la nocturna cuando una gran ola de vibraciones le golpeó: campos electroespectrales superpuestos, las auras magnéticas personales zumbando como un enjambre de abejas, halos de irritación y molestia inflamados por la proximidad de extraños y exacerbados por todo tipo de relajantes psicológicos y neuronales conocidos en la galaxia.

Era como el mercado, solo que más siniestro, sin el picante brillo de ganarse la vida. Los pensamientos y emociones se arremolinaban donde la penumbra era más oscura, más peligrosa, en contraposición al estridente remolino de la pequeña banda insectoide.

—¿Estás seguro de que es seguro? —zumbó Lirio Nocturno, aferrándose una vez más a su brazo, y Trevagg le palmeó la mano. El miedo de ella reaccionaba con su instinto de cazador mientras que su ansiedad y angustia emitían señales de pre-presa que él leía como una invitación a la conquista. Sintió un deseo casi abrumador de aplastarla entre sus brazos.

En su lugar, acunó la parte posterior de su exquisita cabeza con conos en una mano, diciendo:

—Conmigo, estás a salvo, mi flor. Conmigo siempre estarás a salvo.

Tomaron uno de los pequeños cubículos a la izquierda del vestíbulo elevado de entrada, Lirio Nocturno mirando a su alrededor, con temerosa maravilla. Además de ser virgen, como había confesado a Trevagg durante el almuerzo, nunca había estado lejos de su planeta natal antes, nunca había visto nada como aquello. Ni tampoco probado nada como aquello, pensaba el gotal, divertido por la forma en que ella se relajaba bajo la

influencia de las bebidas de Wuher el camarero. En otro cubículo, una partida de cartas completamente ilegal estaba en marcha entre un macabro givin, un gigante de un solo ojo abyssino, y una gran cosa blanca y esponjosa de una especie que Trevagg nunca había visto; en otro un hirsuto hombre lobo de aspecto feroz sorbía de su bebida solo. Lirio Nocturno suspiró, soltó una risilla nerviosa sobre su segunda copa, y le preguntó:

—¿Estás realmente seguro, querido? El apareamiento es una cosa tan solemne, una cosa tan impresionante…

Mientras ella decía esto, Trevagg buscaba entre la multitud con los ojos y, más importante aún, con los conos, en busca de vibraciones de peligro y sangre, las vibraciones de otro cazador, como lo había sido él.

—No es nada —dijo Trevagg—. Ningún sacrificio es demasiado grande para lo que siento por ti. —El hecho de que ella ni siquiera pudiera detectarlo mintiendo, que no tuviera tanta sensibilidad a las vibraciones de su mente, solo redobló su desprecio por ella. *Tan deseable, tan inocente, tan* estúpida. *No me extraña que no dejen que las vírgenes viajen fuera de su planeta.* Ella le había dicho eso, también. *Nunca volverían a casa.*

No como vírgenes, en cualquier caso.

Mientras tanto, sus sentidos de cazador recorrían las formas oscuras, buscando a otro cazador.

Las dos altas hembras humanas que bebían en la barra eran una posibilidad: relucían de peligro, un brillo como una llama que algunos asesinos tenían. Pero el color de sus auras no estaba del todo bien. El rodiano en otra mesa de cartas, con sus pequeñas antenas girando nerviosamente ante el ruido en la sala, sí, Definitivamente un asesino, aunque Trevagg no estaba seguro de que pudiera encargarse de Predne Balu. El hombre lobo, sí; parecía lo suficientemente grande, lo suficientemente duro, para enfrentarse al humano y ganar. El humano de pelo castaño hablando en voz baja con un enorme wookiee en otro cubículo, tal vez. El deje estaba ahí, pero no la oscuridad. El hombre delgado que fumaba de un narguile en la barra, absolutamente. Su aura era oscura, terrible, pero había una frialdad en él que hizo que Trevagg se preguntara si podía ser abordado siquiera. Ese era uno, pensó, que mataría por una gran suma, o por su propio placer. Nada intermedio.

El resto, eran locales: el vil doctor Evazan y su repugnante amigo aqualish eran bien conocidos para Trevagg, peligrosos, pero no para contratar. El astado devaroniano de aspecto siniestro balanceando sus dedos ensoñadoramente con la música de la banda era mucho menos peligroso de lo que parecía. Al viejo viajero espacial con mono de vuelo Trevagg lo reconoció como un contrabandista que trabajaba para el monasterio, probablemente involucrado en algo ilegal, como la mayoría de los hermanos religiosos de esa organización, pero se quedaría muy lejos del asesinato.

Y entonces lo sintió. La sensación abrumadora y enérgica en sus conos, el extraño zumbido perturbador, casi como la presencia de una máquina de alta tensión.

Y el Jedi entró en la cantina.

Era un anciano anodino, su barba era del blanco que adoptaba el cabello de los humanos con la edad, su túnica estaba andrajosa por el desgaste y el polvo del desierto. Le seguía un joven humano, un granjero de humedad del desierto por el aspecto de su ropa y la forma en que miraba a su alrededor, como Lirio Nocturno, impresionado por lo que él pensaba que era la gran ciudad, y un par de maltratados droides cuyas células de energía producían un hormigueo en los conos de Trevagg. Wuher el camarero se volvió inmediatamente.

—¡Eh, aquí no servimos a los de su clase!

—¿Qué? —dijo el chico, y el más alto de los droides, un abollado C-3PO, pareció tan desconcertado como era posible en un droide.

—Tus droides. Tendrán que esperar fuera. Aquí no los admitimos.

Trevagg, sentado a poca distancia, estuvo de acuerdo de todo corazón. Ya era bastante difícil pensar allí dentro para determinar lo que debía hacer, con Lirio Nocturno tan suave, vulnerable y risueña, por un lado, y las sombrías vibraciones de los asesinos por otro.

—Oye, ¿por qué no esperas fuera en el deslizador? —dijo el chico en voz baja con una cortesía innecesaria, en opinión de Trevagg. Un C-3PO solo *parece* humano, y un R2-D2 ni siquiera eso—. No queremos crear problemas.

El anciano, por su parte, se había ido a la barra, y estaba enfrascado en una conversación murmurada con el viajero espacial monástico del mono de vuelo; Trevagg estiró su sentido del oído para captar sus palabras, pero sobre la música de la banda no era fácil.

Incluso menos fácil era escuchar algo sobre la suave voz de Lirio Nocturno, ligeramente inflamada con sustancias a las que no estaba acostumbrada, cuestionando una vez más, con humildad, cómo podía realmente amarla tanto.

—Por supuesto que te amo, por supuesto —dijo Trevagg, observando al viejo Jedi iniciar una conversación con el imponente wookiee. Parecía seguro por el momento, y Trevagg se volvió hacia Lirio Nocturno, sujetando el suave marfil oscuro de sus manos—. Lirio Nocturno, tú significas… todo. Todo para mí.

—Oh… —dijo ella mientras lo miraba fijamente a los ojos—. Oh… oh, Trevagg. Que nos hayamos encontrado de esta manera… que hayas entrado en mi vida de esta manera…

Se preguntó si podría escabullirse por un momento y llamar a la policía de la ciudad. Pero necesitaba un intermediario si quería conseguir el dinero. Escabullirse y contactar con Jub Vegnu, pero primero hablar con uno de los asesinos, en caso de que Balu hubiera rastreado al anciano hasta allí.

Percibió un brote de emociones, rabia irracional y ebria agresión, antes de que los gritos comenzaran. Girándose en su silla, Trevagg vio, para su horror, que el siniestro doctor Evazan había decidido comenzar una pelea con el chico granjero, tirándolo contra una mesa mientras Wuher se agachaba bajo la barra gritando desesperadamente.

—¡Blásters no! ¡Blásters no! —y otra persona empuñaba un arma.

El rugido de la Fuerza en los conos de Trevagg alcanzó su máximo, era como el tamborileo de una tormenta de arena en el desierto profundo. El anciano, con lo que pareció solamente un gesto suave, de alguna forma tenía un brillante tallo de luz en la mano. Una cuchillada letal, una extremidad cercenada derramando sangre en el suelo, el grito aterrorizado de Lirio Nocturno, y silencio… un silencio menos sorprendido que prudente mientras todos reevaluaban la situación.

Luego, la banda comenzó de nuevo. Lo mismo hicieron las conversaciones. Se llevaron a los aspirantes a combatientes heridos. Así como el brazo, que recogió el pequeño ayudante de Wuher, Nackhar, conocido por llevar un puesto de comida rápida en el mercado. El viejo Jedi levantó a su joven compañero, y se alejaron con el wookiee al cubículo donde el contrabandista de pelo castaño con una cicatriz en la barbilla esperaba. Trevagg se dio cuenta de que Lirio Nocturno se aferraba a su brazo, y cada instinto le dijo que ahora era el momento de acercarse a ella.

Por desgracia, ahora también era el momento para escuchar, para estirar su sentido del oído, para afinar y agudizar su conciencia de cazador hacia cada palabra que dijeran. Trevagg se desenganchó el brazo de la temblorosa chica.

—Necesitas algo que te calme, mi flor —dijo y se alejó hacia la barra, escuchando sobre el revoltijo de música y el murmullo de la multitud. Permaneciendo en la barra, escuchó las palabras «al sistema Alderaan», y sintió el repentino ímpetu de la adrenalina del cazador en sus venas. Era, de hecho, ahora o nunca.

Entonces, un momento después, oyó al anciano decir:

—Dos mil ahora, más quince mil cuando lleguemos a Alderaan…

Trevagg suspiró de alivio. Eso significaba una demora, mientras reunían el efectivo. Probablemente venderían el deslizador que el chico había mencionado, o los droides, o los tres. Eso solo dejaba la cuestión de Balu.

El humano de pelo castaño y el wookiee obviamente no se alquilaban como asesinos. A juzgar por el pedazo de conversación que había podido escuchar, Trevagg conjeturaba que únicamente eran contrabandistas. El hombre lobo estaba metido en un fuerte altercado con una cosa parecida a una lamprea junto a él, cuyas vibraciones causaron que Trevagg retrocediera rápidamente, y, cerca, al fumador del narguile lo percibía demasiado inquietantemente peligroso, también mortal. Eso dejaba al rodiano…

—Muelle de atraque noventa y cuatro —escuchó decir al contrabandista, y el viejo lo repitió, «noventa y cuatro», mientras Trevagg regresaba a su cubículo con su propia bebida y la de Lirio Nocturno, el doble de fuerte y aderezada con una píldora Golpe de Amor que Trevagg había tenido la previsión de deslizarse en el bolsillo antes de dejar la oficina. Él sabía lo mucho que cobraba Wuher por ellas. Sabía que ahora tendría tiempo de sobra.

Riquezas, pensó, y la hermosa criatura agarrada a su brazo, canturreaba en voz baja: «¡Oh, mi amor, mi amor!». Tal vez incluso compraría un billete de primera clase para ella. Era, después de todo, lo menos que podía hacer.

No se sorprendió, ni se molestó particularmente, cuando los soldados de asalto se presentaron. Incluso sentía una especie de desprecio por ellos mientras miraban a su alrededor. Por supuesto el anciano y el chico habían desaparecido, así que, casualmente, observaron a otros clientes, incluyendo al fumador del narguile. Al rodiano no, observó Trevagg, y deslizó una mano desde la suave cintura de Lirio Nocturno hasta su propio cinturón para sentir la bolsa con el dinero que había traído. Cien créditos, que según le habían dicho, era la tarifa actual por la vida de un hombre.

Estaría satisfecho, pensó, de quitarse esa molestia de encima. Asegurándose de que Balu no le engañaría con la recompensa que era suya por derecho.

Por desgracia, justo cuando Trevagg se levantaba para ir a la mesa del rodiano, el propio rodiano se levantó, con un cambio en el aura que le dijo a Trevagg que, de hecho, era un cazador, acechando a su propia presa. Esa presa, vio después, era el contrabandista de pelo castaño, quien después de un prolongado altercado disparó al rodiano limpiamente con un bláster por debajo de la mesa.

Lirio Nocturno chilló de nuevo y se aferró al brazo de Trevagg; el ayudante de Wuher corrió a proteger los restos incluso mientras el contrabandista arrojaba al camarero un par de créditos y se despedía.

—Perdón por el paquete que le dejo. —Después de una pausa momentánea, la banda retomó su melodía sin perder tiempo.

Disgustado y molesto porque el hombre lobo también se había marchado para entonces, Trevagg envolvió a la aturdida y lánguida Lirio Nocturno con su abrazo. Todo eso, pensó, por tratar de evitar los intermediarios. Cuando contactó con Jub Vegnu para que brindara la información al prefecto de la ciudad para que interceptaran al anciano y al chico en la tienda Deslizadores Espaciopuerto, también mencionó la necesidad de deshacerse de Balu por un extra de cien créditos. Eso debería resolver el asunto de la competencia por la recompensa del anciano.

Y mientras tanto, pensó Trevagg, deslizando su brazo alrededor del tembloroso bulto de aromática sensualidad que el destino había dejado caer en su regazo, estaba el asunto de esa chica y conseguir una habitación en el Motel Mos Eisley para consumar lo que ella pensaba que sería el comienzo de un maravilloso matrimonio, *¡la muy tonta!*, y que, en realidad, no era más que la más deliciosa de las dos cazas con las que estaba lidiando ese día.

Realmente, pensó Trevagg, mientras guiaba los pasos achispados de Lirio Nocturno a lo largo del dorado y sombrío de la calle, podría haberse retirado del negocio, pero seguía siendo bastante pasable como cazador después de todo.

Con la conmoción de las tropas imperiales entrando en Mos Eisley en busca de un par de droides, los repentinos rumores de una masacre perpetrada por moradores de las arenas en una granja periférica, y el tiroteo en el muelle de atraque 94 terminando con el

despegue ilegal de una nave de contrabando, nadie encontró el cuerpo de Feltipern Trevagg hasta la tarde siguiente.

—¿Nadie se lo *dijo*? —exigió Wuher el camarero, llevado al Motel Mos Eisley por el adjunto de Balu para ver el cuerpo y darle al oficial de seguridad su testimonio.

—¿Decirle qué? —Balu levantó la vista de sus anotaciones en la tableta de datos. A él nunca le había gustado mucho el gotal, pero ese tipo de muerte, evisceración con lo que parecía haber sido un cuchillo largo y delgado, hábilmente manejado, era algo que no hubiera deseado para nadie.

—Sobre la h'nemthe —al ver que Balu seguía con la mirada vacía, el camarero añadió—. La chica con la que estaba. La hembra h'nemthe.

—¿Lirio Nocturno? —Balu se sobresaltó. La chica había parecido demasiado asustada por lo que la rodeaba y demasiado deslumbrada por los encantos de Trevagg como para haberle tocado un pelo al gotal.

—¿Ese era su nombre? —Wuher puso los ojos en blanco—. Ahí lo tienes.

Una pequeña multitud se había reunido. Por supuesto, no había ningún soldado de asalto imperial ni tampoco ningún miembro de la guardia del prefecto. Un asesinato tan ínfimo no merecía su tiempo. Balu no pudo evitar observar a Nackhar en la parte trasera deslizando unos créditos al forense. Decidió no preguntar para qué.

—El m'iiyoom, el lirio nocturno, es una flor carnívora que se alimenta de pequeños roedores e insectos que tratan de beber su néctar —dijo el camarero, con las manos en las caderas y mirando abajo hacia la sábana manchada de sangre oscura que el forense había colocado sobre lo que quedaba de Trevagg—. Después del apareamiento, las hembras h'nemthe destripan a los machos con esas lenguas suyas… son tan afiladas como la hoja de una espada, y mucho más fuertes de lo que parecen. Algún tipo de reacción biológica, ya que hay veinte machos h'nemthe por cada hembra. Los machos parecen pensar que vale la pena por llevar a cabo el acto sexual. Yo los vi juntos en la cantina, pero no pensé que Trevagg estuviera tan loco como para tratar de acostarse con la chica.

—Él siempre se jactaba de ser algo así como un gran cazador —dijo Balu asombrado, haciéndose a un lado para que los ayudantes del forense se llevaran el cuerpo fuera de la sucia habitación manchada de sangre—. Se podría pensar que debería haberlo visto venir.

—¿Cómo? —el camarero metió sus grandes manos en el cinturón, siguiendo al oficial de nuevo a la calle—. Para ella también era el acto sexual.

Se encogió de hombros, y citó un viejo proverbio ithoriano que circulaba en algunos tramos de las rutas espaciales:

—*N'ygyng mth'une vned «isobec» k'chuv «ysobek».*

Lo cual, traducido aproximadamente, significaba: «La palabra para "amor" en un idioma, es la palabra "cena" en otro».

El blues del Imperio:
El relato del devaroniano
por Daniel Keys Moran



Supongo que no nos llevó más de cinco minutos, esa tarde, ejecutar a los Rebeldes, de principio a fin.

La Rebelión en Devaron no tuvo ninguna oportunidad. Mi mundo natal está escasamente poblado, incluso por devaronianos, y es políticamente irrelevante, pero está cerca del Núcleo. Cerca del Emperador, así se congele.

Yo era Kardue'sai'Malloc, tercero de la línea Kardue en llevar ese nombre, un devaroniano y capitán del ejército.

Los Kardue habían servido en el ejército devaroniano durante dieciséis generaciones a través de las Guerras Clon, hasta los días en lo que nadie soñaba que la Antigua República caería alguna vez. El estilo de vida del ejército se ajustaba a mí, y yo al ejército; aparte del estrés de tratar con el Imperio, y la detestable necesidad de poner tropas devaronianas bajo el mando imperial durante la rebelión, era una vida tolerable.

Dieciséis generaciones de servicio militar finalizaron la tarde después de que invadiésemos las posiciones rebeldes en Montellian Serat. Me costó medio año colgar la armadura, pero ese fue el momento.

Montellian Serat es una vieja ciudad. Bueno, era, databa de los días de antes de que mi pueblo hiciese viajes estelares. Que los rebeldes escogiesen tomar posiciones allí era tácticamente estúpido, pero no sorprendente. Pasé la noche supervisando el bombardeo de los muros de la antigua ciudad, y con las primeras luces de la mañana detuve el bombardeo lo suficiente para ofrecer a los rebeldes la oportunidad de rendirse. Aceptaron

la oferta, rindiendo las armas por los destrozados muros del borde de la ciudad, y salieron en una única fila: eran setecientos hombres y mujeres firmes.

Los reuní dentro de un cercado de retención construido apresuradamente y les puse guardias. Estaba preocupado por algún intento de rescate; a medio día de marcha hacia el sur, otro grupo de rebeldes seguía luchando.

Después de que se rindieran, bombardeamos la ciudad hasta convertirla en escombros. El Imperio quería asegurarse de que nadie cometía el error de refugiar rebeldes de nuevo.

Nuestras órdenes llegaron justo después del mediodía. Se creía que los rebeldes iban a moverse hacia el norte; yo tenía que coger mis fuerzas e interceptarlos. No debía dejar a ninguna de mis fuerzas atrás como guardias de los rebeldes capturados.

Las órdenes no eran más específicas que eso… pero no había ninguna duda.

Los ejecuté a media tarde. Eché hacia atrás a los guardias colocándolos en semicírculo, y les ordené abrir fuego con los rebeldes dentro del cercado de retención. Pasaron casi cinco minutos antes de que el griterío se detuviera y pude estar seguro de que los setecientos estaban muertos.

No había tiempo para enterrarlos.

Marchamos hacia el sur a la próxima batalla.

Entre unas cosas y otras costó casi medio año aplacar la Rebelión en Devaron. Las rebeliones son asuntos interminables, incluso las fracasadas. Cuando esto terminó, presenté mi dimisión. Al principio mis superiores, todos humanos, no pudieron decidir si la aceptaban y dejaban que mis compañeros «nativos» me mataran al no tener ya la protección de la Armada Imperial, o rechazarla y ejecutarme por traición por haber hecho la petición en primer lugar.

Recuerdo que no me importó mucho.

Me dejaron ir.

Me desvanecí. Ni mis superiores imperiales, ni la familia o amigos dejados atrás, los cuales codiciaban mis cuernos, volvieron a verme de nuevo, ni a mi colección de música.

El tiempo pasó.

A medio camino cruzando la galaxia desde Devaron, en el pequeño planeta desierto de Tatooine, en la ciudad portuaria de Mos Eisley, en una cantina oculta cerca del centro de

la calurosa y polvorienta ciudad, alcé la mirada de mi bebida vacía y sonreí a mi viejo amigo Wuher.

Le mostré la sonrisa educada. Los devaronianos están más intensamente diferenciados por el sexo que la mayoría de las especies. Los machos tienen los dientes más afilados que las hembras, diseñados para cazar, los devaronianos evolucionaron de cazadores en jauría. Las hembras también tienen caninos, pero también tienen molares y pueden sobrevivir con comida que haría que los machos se muriesen de hambre. En raras ocasiones, sin embargo, en un nacimiento entre cincuenta, un devaroniano nace con ambas dentaduras. Yo soy uno de ellos. En los viejos tiempos era un atributo de supervivencia; los machos devaronianos con ambas dentaduras eran usados como exploradores solitarios por la jauría. Podían recorrer mayores distancias y sobrevivir en terrenos donde la mayoría de los machos se morirían de hambre. Puede ser cultural y puede ser genético, pero no hay duda de que los devaronianos con dientes dobles son menos criaturas de la jauría que la mayoría de los machos devaronianos.

Dudo que la mayoría de los devaronianos pudiera hacer lo que he hecho, a todo esto.

Mi fila exterior de dientes es femenina, plana y en absoluto amenazante. La fila interior, compuesta por dientes afilados como agujas, es para desgarrar carne. Cuando me siento amenazado o furioso, la fila exterior de dientes se retrae. En esas circunstancias es un reflejo, pero puedo hacerlo a propósito.

A veces lo hago a propósito. Esto sobresalta a los humanos… bueno, sobresalta a la mayoría de especies no carnívoras, pero los humanos son un caso especial, toda una especie de omnívoros. No hay muchas especies inteligentes de omnívoros ahí afuera. Tengo una teoría sobre ellos: son comida que decidió contraatacar. En el caso de los humanos, bollitos arbóreos. Nunca logran sobreponerse a su propia audacia, sospecho, por lo que son un grupo nervioso.

Una vez un humano intentó decirme que los *humanos* eran carnívoros. Yo no me reí de él, a pesar de sus molares y dos pares lamentables de desafilados incisivos, y un tracto digestivo tan largo que la carne que comen se descompone antes de llegar al otro extremo. Con un cuerpo diseñado de esa manera, *yo* habría asumido que comían hojas.

Wuher me dedicó su habitual ceño fruncido en respuesta a mi educada sonrisa de dientes planos.

—Déjame adivinar, Labria. El vaso está defectuoso.

Wuher es mi mejor amigo en Tatooine. Es un humano rechoncho y feo, con un mal carácter y ninguna de las virtudes humanas. Odia a los droides y no le importa mucho nada más. Me gusta mucho. Hay una pureza en su aborrecimiento por el universo que es realmente un avance espiritual. Si pudiera liberarle de su amor por el dinero, podría alcanzar perfectamente la Gracia.

—Sí, amigo mío. Ha dejado de funcionar. Si me lo arreglases…

—¿Con?

—Oh, el líquido ambarino, supongo.

—¿El Oro de Merenzane?

—La botella lleva esa etiqueta —admití.

—Un Oro de Merenzane, cero con cinco créditos.

Dejé caer una moneda de medio crédito sobre la barra, y esperé mientras rellenaba mi bebida. El Oro de Merenzane es un brebaje dulce y sutil, con muchos miles de años de tradición fermentadora tras él. Una única botella puede costar perfectamente más de cien créditos, dependiendo de la cosecha.

Tomé un sorbo de mi bebida y sonreí de nuevo. Adecuado. Podrías usarlo para limpiar los tubos de los propulsores, pero podría derretir el blindaje. Me dirigí hacia mi mesa favorita, tan lejos del lugar de la banda como pude, y me instalé con los oídos tapados para pasar el día.

Era el primer cliente en la puerta esa mañana. Apenas podía recordar un tiempo en el que no lo había sido.

Tatooine es un pequeño planeta, sucio e inservible. Las únicas cosas dignas de mención que tiene son Jabba, y los pilotos que produce año tras año. No tengo ni idea de por qué Jabba escogió Tatooine como base, tal vez porque está tan lejos del Núcleo que es menos probable que el Imperio le moleste aquí. En realidad, no importa.

En cuanto a los pilotos, bueno, Tatooine es un desierto, lleno de granjeros de humedad de norte a sur. Una sola granja ocupa tanto espacio que para visitarse unos a otros deben viajar largas distancias con rápidos deslizadores; sus hijos aprenden a pilotar a edades tempranas. En la mayoría de las granjas de Tatooine te llevaría un día ir de un extremo al otro a pie, y probablemente primero morirías de sed.

Odio Tatooine. Todavía no estoy seguro de por qué sigo aquí. Era algo temporal, recuerdo eso. Estaba siguiendo a Maxa Jandovar, la granvandfillista. Bueno, grande para ser humana. Seguí *perdiéndola*. Era una de la media docena de artistas supervivientes que *valía* la pena ver que no había visto en directo. Pasé media década siguiéndola a todas partes a través de áreas recónditas, llegando a un planeta tras otro, semanas, días, o en una ocasión, que me dio una gran oportunidad para demostrar la Gracia, un escaso medio día después de que ella se marchara. No dejó una agenda; no podía, de acuerdo. El Imperio no se tomaría la molestia de darle caza, pero si anunciase donde iba a ir la próxima vez, ciertamente se habría encontrado un escuadrón de soldados de asalto esperándola en el espaciopuerto cuando llegase.

El Imperio no confiaba en los artistas. Particularmente en los grandiosos. La política no les interesaba, e insistían en contar la verdad cuando no era conveniente. Arrestaron a Maxa Jandovar en Morvogodine. Murió en cautiverio. Yo estaba en Tatooine cuando me enteré, preparándome para dirigirme a Morvogodine.

De alguna manera, terminé quedándome.

Lirio Nocturno, la h'nemthe sentada en un extremo de la barra, parecía aburrida y excitada. Sentí lastima por *alguien.*

—¡Eh, Wuher!

Wuher me miró a lo largo de la barra.

—¿Sí?

—Verdad Universal Número Uno: nunca deberías decir «Bueno, ¿por qué no me arrancas la cabeza de un mordisco?» a una hembra h'nemthe que es más grande que tú.

No sonrió. Idiota.

En la mesa al lado de la mía, dos humanos estaban intentando convencer a un mercenario moorin para que les ayudara a robar un bar al otro lado de Mos Eisley. Hice una nota mental de llamar al dueño y venderle una advertencia sobre los hombres. No parecía que el moorin fuese a ayudarlos; solo uno de los humanos hablaba el idioma del mercenario, su acento era terrible, y su sintaxis era ocasionalmente histérica. Podía ver al mercenario esforzándose por tomarlos en serio. En cierto momento el mercenario, Obron Mettlo, les gruñó que él era un soldado, un luchador; mencionó alguna de las batallas en las que había luchado. Realmente yo había oído de la mayor parte de ellas: si no estaba mintiendo, era un serio profesional.

—¡Eh, Wuher!

Wuher me miró a lo largo de la barra.

—¿Sí?

—¿Cómo llamarías a alguien que habla tres idiomas?

—Trilingüe.

—¿A alguien que habla dos idiomas?

—Bilingüe.

—¿A alguien que habla un idioma?

Lo pensó un momento.

—¿Monolingüe?

—Humano.

Casi sonríe antes de darse cuenta.

El día pasó lentamente. Tendían a eso. Bebí lo suficiente para mantener el mundo levemente apartado de mi atención, y esperé a la puesta de soles. Me moví un poco alrededor, sentándome en la barra algunas veces, buscando conversación; incluso invité a dos bebidas a un soldado de asalto fuera de servicio, rebajándome. Un desperdicio; estaba más interesado en mujeres que en conversar, y yo dudaba que supiese algo de todas formas. Esa era la naturaleza de las inversiones, sin embargo; algún día podría saber algo, si tal cosa era posible en un soldado de asalto. Y entonces *podría* pensar en su viejo amigo y compañero de bebida, Labria.

Pasar información es una ocupación arriesgada, en el mejor de los casos.

No puedo decir que sea muy bueno en eso.

Narigudo apareció al atardecer. Había sido un buen día hasta entonces; Wuher no tenía músicos ese día y no me había puesto mis tapones para los oídos ni una sola vez.

Narigudo quería *venderme* información.

Le sonreí desde mi mesa del rincón, tan lejos del escenario como pude conseguir. La sonrisa afilada.

—Eso es nuevo. Pasa.

El «nombre» de Narigudo es Garindan. Una vez hice que un droide de protocolo realizase una búsqueda de la palabra. En cinco idiomas diferentes significaba «bendito», «madera quemada», «polvo de una tormenta de viento», «feo» y «tostada». Ninguno de los cinco idiomas lo hablaban especies que se pareciesen en algo a Narigudo.

Narigudo era el espía más exitoso de Mos Eisley. En una ciudad con tantos espías como los que esta ciudad tenía, eso decía algo. Pagaba adecuadamente por la información; a veces yo le daba información valiosa. A veces incluso lo hacía a propósito.

—Pero Labria —intentó persuadirme, bajando la voz—, este es un asunto de interés *particular* para ti.

—Dame una pista.

Sacudió la cabeza, ondeando la trompa delante de mi cara. Reprimí el deseo incivilizado de clavársela con un clavo afilado. A menudo tengo la oportunidad de exhibir Gracia al tratar con Narigudo.

—Cincuenta créditos, Labria. No te arrepentirás.

Lo pensé. Tomé un sorbo del oro ácido y lo meneé entre mis dientes traseros un poco. Podía sentir como ayudaba a mantener mis dientes afilados.

—Cincuenta créditos es mucho. ¿Revendible?

Se rascó bajo el hocico, pensando.

—No se me ocurre a quién.

Algo de interés para mí, pero no revendible…

Pude sentir cómo se enderezaban mis orejas.

—¿Quién es?

—Cinc…

—Pagaré. ¿Quién está en el planeta?

—Figri…

Me levanté del asiento.

—¿El Ardiente Figrin D’an está en *Tatooine*?

Hizo un ruido *ahogado*.

—La gente… está… *mirando*.

Miré a mi alrededor. Algunos lo hacían, de hecho. Era raro tener todos esos ojos en mí. Solté a Narigudo y volvieron a lo suyo.

—Lo siento. Estoy un poco excitable.

Se frotó el cuello.

—Tienes que cortarte las uñas.

—Espero hacerlo. —Se sentó de nuevo, pero yo estaba demasiado excitado—. ¿La banda está con él?

—Cincuenta créditos.

Un gruñido ascendió desde el fondo de mi garganta. Saqué un billete de cincuenta créditos y lo dejé caer en su mano extendida, y traté de mantener el gruñido alejado de mi voz cuando hablé.

—¿Quién?

—Están tocando para Jabba.

—¿Todos ellos?

—Los Nodos Modales.

—Esos son —dije, incapaz de mantener la excitación alejada de mi voz—. Doikk Na'ts al fizzz, Tedn Dahai e Ikabel G'ont al fanfar, Nalan Cheel al bandfill, Tech Mo'r al ommni…

—Sí, esos son los nombres.

Oh, vaya.

La banda más grande de jizz de la galaxia estaba en la ciudad.

Me marché antes de lo normal, tan pronto como oscureció en el exterior. Wuher cabeceó hacia mí cuando salía.

—Hasta mañana, Labria.

Asentí hacia él y salí a la ardiente noche.

«Labria» es una palabra extremadamente sucia en mi lengua natal. Se traduce, aproximadamente, como «comida fría», aunque la frase básica ha perdido el significado.

Por mis cuernos que no entiendo a los humanos. He vivido a su alrededor cerca de dos décadas. ¡Las cosas por las que maldicen! Sexo, excrementos y religión.

Nunca los entenderé.

Hay cuatrocientos billones de estrellas en la galaxia. La mayoría de ellas tienen planetas; alrededor de la mitad tienen planetas capaces de albergar vida. Alrededor de una décima

parte de esos mundos han desarrollado vida por sí mismos, y alrededor de uno entre mil de esos mundos ha desarrollado formas de vida *inteligente*.

Son cifras aproximadas. Hay perfectamente unos veinte millones de razas inteligentes en la galaxia, sin embargo. Nadie puede seguir la pista a todas ellas, ni siquiera el Imperio.

No tengo ni idea de cuántos cazarrecompensas hay en Mos Eisley. Cientos de profesionales, estoy seguro. Decenas de miles se volverían cazarrecompensas sin dudarlo un momento si la recompensa fuese lo suficientemente alta, y si nadie lo supiera.

El Carnicero de Montellian Serat tiene cinco millones de créditos sobre sus cuernos. Pero Devaron está al otro lado de la galaxia, y puede que solo haya una docena de seres en todo Tatooine que sepan con seguridad a qué especie pertenezco. Hay otros dos devaronianos en el planeta, Oxbel y Jubal. Me gusta más Oxbel. Una vez fingimos ser hermanos, durante una estafa más bien compleja que no resultó como habíamos esperado. No nos parecemos *en nada,* sus antepasados evolucionaron en el ecuador, los míos hacia el polo norte, pero los humanos a los que intentábamos engañar no habrían visto la diferencia. Me gusta más Oxbel, pero no he llegado a confiar en él. Ha estado fuera de Devaron incluso más de lo que he estado yo y es completamente posible que ni siquiera haya escuchado sobre el Carnicero de Montellian Serat, pero es mejor estar a salvo.

Hay aspectos negativos de estar a salvo, sin embargo. La hembra devaroniana más cercana está al otro lado del Núcleo. Solo pensarlo hace que me duelan los cuernos.

La mayoría de los cazarrecompensas son vagos. Si no lo fueran, tendrían otra ocupación.

Y la investigación no es su punto fuerte.

Cogí el camino corto a casa.

Una Razón para Vivir:

Tengo un pequeño apartamento subterráneo a doce minutos de caminata enérgica desde la cantina. Ha sido forzado dos veces desde que vivo allí. La primera vez regresé y me encontré la hazaña hecha; la segunda vez sorprendí al ladrón en plena acción. Un joven humano. Resulta que el sabor de los humanos no es muy bueno.

Las luces se encienden automáticamente mientras abro la cerradura y entro. La puerta da, bajando un tramo de escaleras, a un frío y sudoroso sótano que cuesta enfriar una cantidad indecente. Las bobinas de intercambio de calor se encienden automáticamente cuando entro; sé por experiencia que no seré capaz de dormir hasta que hayan estado encendidas durante un rato y no hará el frío adecuado hasta que esté dormido y sea momento de apagarlas.

Solo hay una cosa de valor en el apartamento. Ninguno de mis dos ladrones lo encontró, afortunadamente. Desde la habitación exterior entras en el cubículo dormitorio, y desde allí pasas al baño. Las instalaciones sanitarias están diseñadas para un humano,

pero se ajustan a mí lo suficientemente bien. En la ducha, empujas hacia atrás la pared alicatada, y se desliza lo suficiente para pasar de lado.

Paso y entro en una pequeña habitación de ocho lados. Los muros no son perfectos, tienden a reflejar las altas frecuencias y a absorber las bajas, así que virtualmente todo acaba sonando más alegre de lo que debería. Algunas de aquellas pueden ajustarse; con las otras simplemente tengo que convivir.

La pared de mi espalda se cierra con un suspiro. La habitación ya está fría; es lo primero del apartamento que se enfría.

A lo largo de las paredes están las piezas.

Algunas de ellas son únicas, estoy seguro. De valor incalculable. Copias de las grabaciones que no conserva nadie más en la galaxia. Algunas de ellas son meramente raras y muy caras.

Los tengo a todos. O, para ser preciso, tengo *algo* de todos. Tengo música que el Imperio prohibió hace una generación, de músicos ejecutados por cantar la letra equivocada, de la manera equivocada, a la persona equivocada, de músicos que simplemente se desvanecieron, de músicos que tuvieron la buena suerte de morir antes de que el Imperio alcanzase el poder.

Maxa Jandovar está aquí, y Orin Mersai, y Telindel y Saerlock, Lord Kavad y la Orquesta Skaalite, M’lar’Nkai’kambric, Janet Lalasha, y Milagro Meriki, que murió en cautividad imperial cuatro días después de que le viera tocar *Danza Estelar* por última vez. Los antiguos maestros, Kang y Lubrichs, Ovido Aishara, y el sorprendente Brullian Dyll.

Tengo dos grabaciones del Ardiente Figrin D’an y los Nodos Modales.

D’an puede ser el mayor klooista que la galaxia haya visto nunca. Y en cuanto a Doikk Na’ts, hay algo en su forma de tocar que siempre me lo imagino cauteloso, cuidadoso. Pero a veces el fuego llega y toca el fizzz tan bien como Janet Lalasha lo hizo nunca.

La mayoría de los músicos de la banda podrían ser los líderes de una banda menor.

Me siento en la silla, colocada justo en el centro de la habitación, donde el sonido llega a la vez más claramente, abro una botella de Dorian Quill de doce años, y espero a que empiece la música.

Mi gente cree que al matar algo, debes celebrarlo y amarlo mientras muere. No hay barrera entre tú y la cosa que estás matando, y que mueres mientras matas.

La música es la única cosa que conozco con lo que sientes lo mismo.

La música me rodea hasta que dejo de existir.

Muero mientras mato.

Es para lo que vivo.

Me alegro de que mis padres estén muertos.

Por la mañana fui a ver a Jabba.

Me hizo colocarme sobre la trampilla, y su cola se agitaba mientras hablábamos. Eso siempre me molestaba. Una parte de mí estaba asustada; incluso los carnívoros son comidos por carnívoros más grandes. Otra parte de mí quería saltar sobre ella.

Me miraba con esos horribles ojos agrietados, y se reía con una risa estruendosa y desagradable.

—¿Entonces… qué información tiene mi espía menos favorito para venderme?

Lo hice bien. Le hablé en huttés, lo que normalmente intento evitar; me daña la garganta, y tengo que usar ambos juegos de dientes para hacer algunos de los sonidos. Después de una larga conversación, la primera fila me duele de subirla y bajarla rápidamente.

—Hay un mercenario en la ciudad. —Me había enterado de lo que pude sobre él antes de venir. No había sido mucho, pero tenía prisa. Quería hacer esto rápidamente; si a Jabba no le gustaban D'an y los Nodos Modales, puede que *nunca* les viese tocar. Ni nadie más—. Obron Mettlo. Un auténtico profesional, ha luchado en decenas de batallas, a menudo en el bando ganador, está buscando empleo. Moorin, tiene actitud…

Hizo un sonido bajo quejumbroso que podía interpretarse como interés. Jabba tenía un montón de gorilas, pero no siempre de los inteligentes; y los moorin tendían a ser tan brillantes como crueles.

Seguí adelante.

—Si quiere, podría contactar con él. Traerlo para que le conozca… para cenar, tal vez. Posiblemente con algún entretenimiento, algo de música… la música es buena con los moorin. Les mantiene pacíficos.

Sus párpados descendieron levemente; o estaba aburrido o estaba pensando. Finalmente me dio una leve risa ahogada y dijo:

—Envíalo.

Me incliné y retrocedí tan rápido como la educación lo permitía, apartándome de la trampilla.

—Como desee mi señor. Vendremos… ¿con la primera oscuridad sería apropiado?

Me sonrió y eso hizo que la piel de mi espalda se erizara.

—*Envíalo* —aclaró—. Tú no estás invitado.

Me quedé congelado en el borde de la trampilla, con mi mente negándose a funcionar. Seguramente tenía que haber alguna manera de maniobrar.

Jabba hizo un sonido. Un sonido familiar. Había escuchado a devaronianos hacerlo también, solo que se necesitaba a una jauría de devaronianos. Eso enderezó mis orejas e hizo que mis dientes frontales se apartaran.

—Puedes marcharte ahora.

Me incliné y me marché.

Pasé la tarde en la cantina, bebiendo hasta el sopor.

Sabía que Jabba alimentaría al rancor con los Nodos Modales. *Nunca* había tenido una banda decente, nunca, ni una vez. Lo más cerca que había estado fue con el grupo de Max Rebo, que podía llevar una melodía si le dabas una cesta para guardarla.

Pero a la mañana siguiente, me enteré de que Rebo estaba fuera buscando trabajo.

Jabba tenía un nuevo favorito.

Estuve *así* de cerca de suicidarme.

Durante cuatro días no pude dormir pensando en ello. Ahí estaban, ni a medio camino de viaje en un deslizador rápido desde Mos Eisley. Tocando para *él*. Me reconcomía pensarlo. Perdí tanta Gracia en aquellos días que, si me hubiese quedado algo de vergüenza, tendría que haberla usado en ese periodo.

En algún momento del quinto día bebí demasiado. Me desperté yaciendo boca abajo en el callejón detrás de la cantina, en la oscuridad, con alguien golpeando mi hombro con la punta del pie. Decidí coger un trozo de su pantorrilla.

Wuher se arrodilló a mi lado.

—¿Puedes levantarte?

La fría grava presionaba contra mi mejilla. Tenía magulladuras, cortes. Los recuerdos volvieron lentamente. Alguien me había golpeado con palos de madera pesada o de metal, recordé vagamente. Solo un robo aleatorio. Mi brazo derecho no podía moverse en absoluto.

—No lo creo.

—Vamos. —Mi cuerpo es más denso que el de los humanos; se tambaleó ayudándome a ponerme en pie. La tensión envió una sacudida de sorprendente dolor a través de mi hombro—. ¿Dónde vives?

Me cargó a medias hasta mi apartamento, y se paró en la puerta mientras yo abría a tientas la cerradura interna.

—¿Necesitas asistencia médica?

No recuerdo si le respondí o no. Era una pregunta estúpida. Ningún médico en Tatooine sabía nada sobre fisiología devaroniana, y si lo sabían, yo no quería conocerles *a ellos*.

Llegué hasta la ducha antes de derrumbarme. Abrí el agua fría y me senté allí hasta la mañana, intentando decidir con cuánta fuerza quería vivir.

Por la mañana el apartamento me recordaba a medias a mi casa. Me quedé en él y no salí, manteniendo las bobinas de intercambio de calor funcionando todo el día. Alrededor de mediodía encontré la fuerza para sacar un pedazo de rata womp del tamaño de mi brazo del congelador, calentarlo a la temperatura de la sangre, y meterlo en la ducha conmigo. Me senté bajo el agua, desnudo, comiendo hasta que mi estómago se hinchó, y cuando no quedó nada más que huesos en el suelo de la ducha, cerré el agua y me tambaleé hasta mi cama.

Me llevó algún tiempo antes de que sintiese que era seguro mostrarme en público otra vez. Muchas veces alguien llegó a mi puerta; no la abrí. Alguna información viaja por Mos Eisley más rápido que la luz. Mos Eisley es como una criatura viviente. Devora a los enfermos y a los débiles. Había sobrevivido todos esos años sin tener que matar a más de unos pocos de mis compañeros residentes. Ya se habrían enterado de que me habían atacado… los humanos que me habían robado podrían haber presumido de ello, en cuyo caso los tendría en mi congelador, quien quiera que fueran, antes de que acabase el mes.

Pero en cualquier caso no me atreví a volver a la cantina hasta que mi fuerza hubo regresado.

Al brazo le costó recuperarse más tiempo; semanas después todavía estaba rígido y me dolía cuando lo movía equivocadamente. Pero estaba casi sin comida, así que no tenía otra opción. Una mañana, temprano, me vestí, coloqué las alarmas y me dirigí hacia la cantina.

Wuher alzó la vista y asintió cuando entré. El primero en llegar. Puso un vaso en el mostrador y sirvió un chupito de líquido dorado.

—Invita la casa. Bébetelo antes de que entre alguien.

Miré la bebida y después a Wuher, casi tan falto de palabras como cuando Jabba me dijo que le enviara al mercenario por sí mismo.

—Muchas gracias —dije al final. Asintió y alcé el vaso.

Y me detuve. Los depredadores tienen mejor olfato que los come hojas.

Había algo raro con el alcohol. Era…

Se sirvió un trago mientras yo estaba mirando mi vaso, lo alzó hacia mí y se lo bebió.

Oro de Merenzane. El *auténtico* género. Precioso, puro, y *auténtico* Oro de Merenzane.

Wuher tapó la botella sin etiqueta mientras yo seguía mirándole, la guardó bajo la barra, y se apartó de mí para terminar de abrir.

Llevé el vaso a mi mesa, me senté y lo bebí muy lentamente. No había sabido que había una botella de auténtico Oro en todo Tatooine. Casi había olvidado cómo sabía.

Me preguntaba cuántos años habría tenido esa botella ahí abajo sin decir nada.

Por el Frío, soy un pésimo espía.

Eso era algo de lo que estar orgulloso.

Pasé la mañana escuchando las conversaciones a lo largo de la barra. Había estado aislado… y habían ocurrido cosas interesantes mientras había estado escondiéndome del mundo. La última noche un crucero de batalla imperial había luchado en órbita con una nave espacial rebelde, y hoy los soldados de asalto estaban buscando por todo Tatooine a alguien, o a algo, que se les había escapado.

Y una pieza de noticias terriblemente *malas*: el maldito mercenario que le recomendé a Jabba se había enzarzado en una pelea con un par de los guardaespaldas de Jabba y les había disparado antes de convertirse en alimento para rancor. Había algún rumor de que quizá el mercenario había sido un asesino contratado por la Dama Valarian, cuyo objetivo real había sido el propio Jabba…

Tal vez Jabba había olvidado quién se lo había recomendado.

Y tal vez Narigudo me devolvería mis cincuenta créditos.

• • •

Vino a mí como una visión.

De acuerdo, no es cierto, pero se acerca. Narigudo se detuvo y mencionó algo interesante: la Dama Valarian iba a casarse. Max Rebo y su banda iban a tocar en la boda.

Apenas me enteré cuándo se marchó Narigudo. Miré fijamente al frente, a través del gentío del mediodía que venía para escapar del calor, sin verlos, sin ver la cantina. Simplemente pensando.

—Wuher.

Se giró desde una conversación con un par de hembras humanas que parecían clones; las hermanas Tonnika, así se presentaron. Se giró gruñendo; eran atractivas, para los estándares humanos.

—¿Sí?

—¿Cómo va el negocio?

Me miró sospechosamente.

—Apesta. Siempre apesta.

—¿Qué te parecería entretenimiento con músicos *de verdad*?

—¿Rebo? No puedo permitírmelo, y su grupo no vale lo que cuesta de todas maneras.

Le dediqué la sonrisa educada.

—Figrin D’an y los Nodos Modales. Son bith. Son buenos, Wuher. Quiero decir, muy, *muy* buenos.

—¿Cuánto me costarían?

—Quinientos una semana.

Me lanzó una mirada desconfiada. Si algo sonaba demasiado bien para ser verdad, alguien estaba siendo fastidiado.

—En serio. Una banda mejor que la de Rebo trabajará aquí por menos de lo que cuesta la suya.

—Creo que puedo arreglarlo.

—¿Cómo?

Se lo dije. Cuando lo hice él dijo con voz taciturna.

—Eres un cachorro malévolo, Lab.

—¿Es un trato?

Negó con la cabeza, diciendo.

—Es un trato —y se alejó, sacudiendo su cabeza y murmurando para sí mismo.

• • •

La Dama Valarian es la cosa más cercana a la competencia que Jabba el hutt tiene en Tatooine. Eso no es decir mucho; Jabba la tolera porque eso mantiene a todos los descontentos en un lugar. Ella es una whiphid, lo que significa que es estúpida, enorme, fea, tiene más músculos que yo y huele peor que Jabba. No me la comería ni después de una larga cacería.

Fui a verla a su hotel, el Déspota Afortunado. El Déspota Afortunado no parece un hotel, la verdad sea dicha. Es solo una nave espacial que nunca volverá a despegar.

—De acuerdo —dije—. Nodos Modales. El líder es Figrin D'an. Sé que quiere lo mejor para su boda, Dama Valarian. Este grupo hace una música tan gloriosa, que su boda será el tema de conversación en este rincón de la galaxia. Personas de decenas de años luz hablarán con envidia y deseo del entretenimiento proporcionado en la boda de la gran Dama Valarian y de su apuesto consorte, el audaz D'Wopp, de la romántica atmósfera creada por los mejores músicos que esta pobre galaxia haya visto alguna vez.

Me miró fijamente. Bueno, creo que me miró fijamente, con esos diminutos ojos enloquecidos que tienen los whiphids, es difícil de decir. Dijo con escepticismo:

—¿Mejores que Max Rebo? *Adoro* a Max Rebo.

Lo hacía. Por lo que a mí respecta, se merecía tener al pequeño hombrecillo desagradable tocando en su boda.

—Noble señora, vuestro gusto es como el de vuestra lengua, y nadie se atrevería a decir lo contrario —le dediqué la sonrisa educada—. Pero los Nodos Modales son actualmente el entretenimiento favorito de Jabba el hutt. ¿Permitiríais que se dijese que el entretenimiento de vuestra boda lo proporcionaron los músicos que Jabba consideraba demasiado pobres para tocar para él?

Le costó un poco entenderlo. Me había pasado un poco con mi sintaxis; los whiphids tienen un vocabulario operativo de solo ochocientas palabras.

—¡No! ¡No lo permitiré! ¡Quiero a los Notas Nodales! —Parecía un poco indecisa—. ¿Crees que vendrán?

—Serán caros, mi señora. Harán frente al disgusto de Jabba por tocar para vos. Podría costar… dos, o tres mil créditos, tal vez. Si pudiese disponer de un droide mensajero, estaría más que contento de empezar a hacer los preparativos…

La mañana de la boda llamé a Jabba.

Se rio, pienso, con auténtica diversión al verme.

—¡Mi espía menos favorito! —tronó—. Tal vez deberías venir a visitarme. Podemos cenar juntos, y hablar sobre el mercenario que me presentaste.

—Tengo información, Jabba.

—Hmmm.

—¿Sabes que tus músicos han desaparecido? ¿Figrin D'an y los Nodos Modales?

—*¡Hmmmph!* —hizo un ruido rugiente y salió del plano. Escuché chillidos, acero resonando, cosas rompiéndose… permanecí pacientemente frente al micrófono de mi comunicador y esperé a que volviera, si es que iba a volver. Después de un rato lo hizo—. Uh —murmuró, sacudiendo su cabeza—. ¿Dónde están, espía menos favorito?

—La Dama Valarian va a casarse hoy. Ella les ha contratado para que toquen en su boda, en el hotel Déspota Afortunado.

Sus ojos se estrecharon hasta formar dos rendijas.

—¿Y qué quiere mi espía menos favorito por esta información?

Extendí mis manos.

—Olvidemos cierta presentación desafortunada…

Me miró fijamente a través de sus rendijas durante un segundo, y entonces soltó la risa atronadora.

—Espía menos favorito, llámame de nuevo alguna vez.

Cortó la conexión.

Sudor frío goteaba a través de la piel de la parte baja de mi espalda.

Wuher se había vestido para la boda. Se había cambiado la camisa.

La cantina estaba oscura y silenciosa, nunca la había visto así antes, excepto en los primeros minutos de la mañana. Le di a Wuher mi invitación; la Dama Valarian me la había dado en agradecimiento por conseguir a los «Notas Nodales» para su boda, mientras daba a entender que, en el futuro, podría encontrar mejores negocios compartiendo información con ella en lugar que con Jabba.

Alguien mataría a Jabba algún día, pero no iba a ser Valarian.

—Estás seguro de que la boda va a ser interrumpida —repitió.

—Estoy seguro de que los Nodos Modales no van a querer volver con Jabba después de esto. Todo lo que tienes que hacer es ofrecerles un lugar donde resguardarse por un

tiempo, donde tocar algunas piezas, ganar algunos créditos. Van a estar destrozados; Valarian no va a pagarles después de que su boda sea desbaratada.

Sacudió su cabeza, remetiéndose la camisa de nuevo.

—¿Crees que se decidirán por eso?

—Creo que saltarán sobre eso.

Wuher se quedó allí, estudiándome en la oscuridad.

—Lab… si pusieras esta clase de esfuerzo en cualquier otra cosa, podrías ser un tipo adinerado.

Sacudí mi cabeza y dije amablemente.

—Amigo mío, esto es todo lo que quiero.

Es difícil manipular a Jabba. También peligroso.

Yo estaba sentado a la sombra de un edificio calle abajo del Déspota Afortunado, viendo llegar al gentío a la boda. Un lote de canallas, en todas partes. Reconocí a varios de los «invitados» como gente de Jabba. Esperaba que no hubiese ningún tiroteo. No había visto suficientes fuerzas de Jabba para hacer eso, si hubiese decidido exterminar a la Dama Valarian por el robo de sus músicos, habría enviado más soldados. Eso era una buena señal.

Podía escuchar, tan débilmente que mis orejas se crisparon, una canción que podría haber sido «Lágrimas de Aquanna». Fue seguida por lo que era, sin ninguna duda, «Caja de gusanos». Extrañas elecciones para una boda. Tal vez estaban tocando peticiones.

Y entonces las malas noticias llegaron.

Soldados de asalto.

Dos escuadrones. Se colocaron al caer la noche, tranquilamente y con las luces de operación apagadas, con armadura de combate completa. Un escuadrón cubrió la entrada del hotel, y el segundo escuadrón entró. Desde el momento en que se colocaron dudo que pasaran más de veinte segundos.

Oh, el ruido era *horrible*. Desde donde estaba sentado, podía oírlo. Gritos, descargas láser, chillidos, otra ronda de fuego láser… uno de los soldados de asalto cerca de la entrada cayó. Alcé mis macrobinoculares y observé el edificio con ellos. Las ventanas se abrían y la escoria de una docena de razas diferentes salía con dificultad por ellas. Alcé los macrobinoculares, escaneando la estructura de la nave medio enterrada… Hacia la cima de la nave, tres pisos sobre la sucia arena, una esclusa de emergencia se abrió resonando. La primera cabeza que apareció era un bith. No podía adivinar quién era, todos los bith parecen iguales, aunque no estés mirando por unos macrobinoculares. Más bith le siguieron, y después la inconfundible forma rechoncha de mi amigo Wuher. Salieron corriendo juntos a través de la arena, Wuher y los bith, y corrieron directamente hacia mí en la oscuridad sin detenerse.

Nunca pensé que Wuher pudiera moverse tan rápido… y un momento después vi por qué era capaz. Un par de soldados de asalto cargaban detrás de ellos, con las armas preparadas. Perdí un poco de Gracia haciendo tropezar al primero. El segundo soldado tropezó con él. Me incliné sobre ellos y cogí sus rifles. No había cogido un rifle de asalto en… bueno, en mucho tiempo, pero no habían cambiado. Quité las células de energía y se los devolví a los dos soldados cuando se pusieron en pie.

—Parece que se os han caído, amigos.

Uno de ellos saltó inmediatamente hacia atrás, apuntándome con el rifle, y gritando:

—¡No te muevas!

El otro me miró, después a su rifle, y después otra vez a mí.

—Vamos —dije amablemente—. Somos seres razonables. Tropezasteis y os ayudé a levantaros. No hace falta que nadie se enfade. Si os hicisteis daño con la caída, tal vez, estaría más que contento de compensaros por ello…

Dejé morir mi voz y los tres nos miramos unos a otros durante un latido.

El que me apuntaba con el rifle inservible dijo con voz tensa.

—¿Estás intentando sobornarnos?

Me alcé en toda mi estatura, les miré desde arriba, y les dediqué la sonrisa afilada.

—No —dije—, si vais a ofenderos por eso.

Por la mañana, cuando llegué a la cantina, encontré que los Nodos Modales ya estaban allí, colocándose.

Wuher me miró con el ceño fruncido.

—Me dispararon. Un apestoso droide.

—Lo siento —no parecía enfadado, sin embargo—. Les has oído tocar.

Asintió de mala gana.

—Sí. Son bastante buenos.

—Son los mejores —dije suavemente—. Y creo que lo sabes.

Él solo bufó.

—Sobre mi tarifa…

—¿Sí?

—Bebidas gratis durante un año.

Bufó otra vez.

—Ni de coña. No los tendremos un año, se largarán del planeta tan pronto como puedan encontrar a algún idiota que les sustituya.

Tenía razón. Aun así…

—Su estancia podría ser más larga que eso —señalé—. Jabba querrá evitar que abandonen el planeta. Aún podría querer recuperarlos algún día.

Realmente me sonrió; me gusta más cuando frunce el ceño.

—Siete bebidas gratis al día mientras sigan tocando. Tan pronto como se escabullan de aquí, pagarás de nuevo. Pagarás cada bebida después de la séptima, de todas formas.

Hice una mueca antes de darme cuenta, con la sonrisa afilada.

—Trato hecho. —Me levanté y fui hacia donde Figrin se estaba colocando con la banda y me presenté.

Lo prometo, los bith parecen despectivos incluso cuando no lo intentan. El tipo había oído obviamente sobre mi reputación: Labria el borracho. El medio brillante, medio astuto, medio sobrio. Apenas me miró.

—Oh, sí. El espía menos favorito de Jabba.

El tipo era un apostador famoso.

—¿Estás interesado en unas cuantas manos de sabacc? La muchedumbre no empezará a aparecer por aquí hasta bien entrada la tarde de todas formas.

—No creo.

—Apuesta mínima de veinte créditos.

Su cabeza giró como si perteneciese a un droide.

—¿Oh? ¿Puedes respaldarlo?

Le dediqué la sonrisa afilada, a propósito. Los bith *saben* que son comida.

—¿Estás intentando insultarme, Figrin D’an?

Pudo haber habido una baraja en alguna parte, en algún momento en la historia del tiempo, más frío que el que utilizamos, pero no apostaría por ello.

Los bith provienen de un mundo cálido y brillante. Los devaronianos, por cierto, ven más hacia el infrarrojo que nadie más. Es útil ser capaz de ver el calor cuando evolucionas en el frío.

Enterrados en el borde negro a lo largo del canto de las cartas había marcas sensibles a la luz infrarroja de bajo espectro. Supe todas las cartas que tenía, toda la mañana.

Ya estaban arruinados. Para cuando acabamos era el dueño de sus instrumentos, excepto del fizzz de Doikk Na’ts.

Y menudo *día* resultó ser.

A fe mía, parecía que el universo había conspirado para evitar que disfrutase de la música. Primero la banda se peleó entre sí y cuando finalmente comenzaron, con una bonita versión animada de «Loco por mí», algún viejo idiota cortó a otro idiota, nada más y nada menos que con un sable láser, y les interrumpió. Ese psicótico de Solo mostró su cara en la cantina justo después, y entonces por supuesto tuvo que matar a ese triste remedo de cazarrecompensas llamado Greedo. Si hubiese tenido un bláster podría haber

disparado a Solo por la espalda mientras se marchaba, pero bueno, las oportunidades se pierden sin darte cuenta.

Además, era mejor no llamar la atención.

• • •

La tarde se volvió anochecer, y consumí poco a poco mis bebidas y les vi tocar. Les llevó un rato compenetrarse; al principio Figrin no podía dejar de mirarme, y cada vez que me veía mirándoles eso le hacía perder la concentración. Pero es difícil estar enfadado con alguien que es un erudito en lo que haces y lo aprecia como yo les apreciaba. La música se fue haciendo más oscura y más íntima mientras el día avanzaba, y Figrin D'an tocó con los ojos cerrados, moviéndose a través de los números, con Doikk Na'ts a su lado; y tocaron unos con otros, construyendo los números, enfrentándose, retroalimentando improvisaciones sobre improvisaciones, tocando, por primera vez en quién sabía cuánto tiempo, para un público que podía, y lo hacía, apreciar lo que hacían. Un público de uno solo.

Cerraron con «Mundo solitario», una elección apropiada, supongo, con las largas secuencias entrelazadas de fizzz y kloo, terminando con uno de los más difíciles solos de kloo. Doikk terminó su pieza, inclinándose en reconocimiento de un genio y los bith permanecieron allí y tocaron, con el Ardiente Figrin D'an en medio de la música. Lo vi tocar con sentimiento, seguro, firme, rodeado por el sonido, en aquel lugar que yo nunca conocería.

Reunión de intercambio: El relato del jawa

por Kevin J. Anderson



El reptador de las arenas se afanaba por subir la larga cuesta de arena dorada, que ondeaba por el calor bajo los soles gemelos de Tatooine. El inmenso vehículo se movía hacia delante a una velocidad moderada pero inexorable. Las rechinantes bandas de rodadura del tractor dejaban surcos paralelos en la superficie virgen de la duna. En pocas horas, ráfagas de remolinos de arena borrarían las huellas y devolverían al Mar de Dunas a su estado prístino.

El desierto resistía todo cambio permanente. En lo profundo de las lóbregas entrañas del reptador de arena, en las desordenadas salas de máquinas donde los palpitantes reactores de energía latían y resonaban, Het Nkik trabajaba con los miembros de su clan jawa. Desde las profundidades de su capucha inspiró el aire, una verdadera salsa de olores mezclados. Los motores olían como si estuvieran volviéndose viejos, a lubricante en descomposición y engranajes de duracero desgastándose.

Los humanos y muchas otras criaturas sensibles odiaban la forma en la que olían los jawas, detectando solo un hedor que hacía que apartaran sus narices. Pero los jawas deducían una increíble cantidad de información a partir de tales olores, como la salud de sus compañeros, cuándo y qué habían comido por última vez, su identidad, madurez, nivel de activación, excitación o aburrimiento.

Het Nkik desechó su preocupación. En otro momento los jawas se habrían apresurado para evitar cualquier anomalía potencial, al menos hasta que hubiesen descargado sus mercancías para algún cliente desventurado. Pero hoy los jawas ponían en él poco cuidado, demasiado preocupados con la inminente reunión de intercambio, la reunión

anual de todos los clanes. Pusieron el motor a su máxima capacidad mientras el reptador avanzaba con dificultad a través del Mar de Dunas hasta el tradicional lugar de encuentro del pueblo jawa.

Het Nkik sacudió su cabeza, sus brillantes ojos amarillos brillaban en las oscuras sombras de su capucha. Los otros jawas sabrían que estaba molesto e impaciente por su fragancia.

Het Nkik tenía raras ideas para un jawa, y se las contaba a cualquiera que le escuchase. Disfrutaba observando a sus hermanos de clan correteando, confusos por los pensamientos que él metía en sus cabezas: pensamientos tales como que quizá los jawas podrían hacer algo más que correr y esconderse de la persecución de los moradores de las arenas, de los granjeros de humedad humanos, o peor aún, de las tropas de asalto imperiales que habían decidido que las fortalezas indefensas de los jawas eran buenos objetivos para prácticas de asaltos en el desierto. Se preguntaba si alguien más entre todos los jawas se había dado cuenta de que los jawas eran débiles solo porque ellos habían *elegido* serlo. Ninguno de los suyos quería escuchar.

Het Nkik se volvió hacia los motores, abriendo un panel de acceso y ajustando los delicados componentes electrónicos. Encontraba sorprendente que los jawas pudiesen usar toda su habilidad e imaginación en una desesperada lucha para mantener aquella antigua máquina en funcionamiento, y aun así no hacían nada para protegerse a sí mismos o a sus propiedades si algún adversario intentaba cogerlas.

Con el sonido de una molesta señal de alarma, los jawas de la sala de máquinas chillaron con deleite. Ciñéndose ajustadamente su acre túnica marrón, Het Nkik corrió apresuradamente detrás de los otros mientras se apresuraban a alcanzar las plataformas elevadoras hacia la cubierta de observación del puente. Los viejos elevadores gruñeron, sobrecargados con las farfullantes criaturas.

En la cúspide del gran reptador de las arenas trapezoidal, quince miembros de la tripulación jawa se apelotonaban alrededor de la alta y larga ventana de transpariacero, subidos encima de cajas de recambios invertidas para ver. Durante todo el largo doble día de Tatooine, los vigías jawa permanecían encima de taburetes improvisados, contemplando las ardientes arenas, buscando cualquier retazo de metal, signos de los moradores de las arenas, tropas de asalto imperiales o contrabandistas hostiles. Al vislumbrar cualquier amenaza potencial, el piloto se desviaría en una dirección diferente y aumentaría la velocidad, cerrando las puertas blindadas y temblando de miedo, esperando que el adversario no los persiguiera. Het Nkik nunca había oído que ni siquiera un dragón krayt golpeara algo tan grande como un reptador jawa, pero eso no hacía que los jawas dejasen de vivir aterrorizados.

Ahora las otras pequeñas formas encapuchadas miraban hacia abajo sobre el ancho valle con forma de cuenco entre las dunas. Het Nkik se abrió paso a codazos hasta una de las cajas de metal invertidas para poder subirse y observar el lugar del encuentro. Aunque esta era su tercera temporada como adulto en la cacería carroñera, Het Nkik seguía encontrando sobrecogedor el lugar de la reunión de intercambio.

Miró fijamente a través de las deslumbrantes arenas mientras los soles gemelos brillaban sobre un enjambre de reptadores de las arenas como si fuesen un rebaño de bestias metálicas reunidas en círculo. Los vehículos parecían iguales, aunque a lo largo de las décadas los mecánicos jawa habían añadido modificaciones, sutiles diferencias en el blindaje y parches.

Originalmente, los reptadores habían sido enormes transportes de mineral traídos a Tatooine por mineros humanos esperanzados que habían esperado hacer una fortuna explotando los ardientes eriales, pero el contenido mineral del desierto de Tatooine era tan desolador y desagradable como el propio paisaje. Los mineros habían abandonado sus transportes de mineral, y los carroñeros jawa se habían apoderado de ellos y los habían puesto en marcha, deambulando por el Mar de Dunas y los Eriales de Jundland en busca de chatarra recuperable. Después de más de un siglo, el casco de los reptadores se había oxidado adquiriendo un color marrón apagado y se habían llenado de marcas por los abrasivos vientos del desierto.

Su reptador de las arenas había llegado tarde, como Het Nkik había temido. Hacía dos días el piloto les había llevado a lo profundo de una rama sin salida del Cañón del Mendigo donde los detectores de metales habían encontrado un leve rastro de algo que podría haber sido el armazón del casco de un caza estrellado. Pero en su lugar solo habían encontrado unas pocas vigas oxidadas hasta convertirse en motas de polvo. Los escombros oxidados no tenían ningún valor, pero antes de que los jawas pudiesen dejar el estrecho cañón, un remolino de arena se había formado rápidamente, atrapándolos en un ciclón cegador de arena y viento. Amarrados a las paredes de sus habitaciones, los jawas habían esperado a que la tormenta se disipara, y entonces usaron los potentes motores para remover la arena acumulada.

Aunque habían llegado tarde a la reunión de intercambio, todavía parecía haber un comercio bullicioso. Mucho más abajo, otros jawas correteaban como insectos colocando el mercado. Het Nkik esperaba que aún pudiese encontrar algo de valor para comerciar.

Encima de sus taburetes metálicos, el piloto y el vigía principal se llamaban el uno al otro, discutiendo la cuenta final de reptadores de la arena. Het Nkik calculó rápidamente con sus penetrantes ojos amarillos y vio que no habían sido los últimos en llegar. Faltaba uno de los otros vehículos. Algunos de los jawas a su alrededor especulaban con qué desgracia podría haber alcanzado a sus hermanos, mientras otros se consolaban a sí mismos señalando que incluso si la mercancía ya había sido saqueada, tendrían un nuevo cargamento para inspeccionar cuando el último vehículo llegase.

Mientras el piloto guiaba el reptador de las arenas sobre el borde de las dunas con un trayecto irregular hacia el área llana de encuentro, los jawas corretearon hacia sus cuartos para preparar sus propias mercancías. El cuerpo de Het Nkik, delgado pero fuerte bajo las pesadas ropas, no tenía ninguna dificultad en descender quince cubiertas para alcanzar los cuartos malolientes.

Het Nkik dormía en una cápsula vacía de expedición, rectangular y llena de cicatrices por la corrosión, apenas lo suficientemente grande para caber en el interior y darse la

vuelta. Durante los ciclos de sueño se ataba a sí mismo a la pared y se relajaba contra las trabas del cinturón desde donde podía mirar sus preciadas posesiones guardadas en bolsillos, cajones magnéticos y tarros de campo. Ahora recogió los créditos acumulados y las notas de trueque que había ganado en su gran cacería carroñera y se lanzó hacia las puertas de salida principales.

Enfrentándose con la magnitud del gran mercado, los jawas trabajaban juntos como un equipo eficiente. Habían colocado sus mercancías docenas de veces durante su expedición de seis meses, parando en cada residencia de granjeros de humedad, en cada guarida de contrabandistas e incluso en el palacio de Jabba el hutt. A los jawas no les importaba a quiénes les vendían sus mercancías.

Abajo, en las entrañas del reptador, Het Nkik iba a toda prisa entre la mercancía, ajustando los droides apenas funcionales y los servoaparatos. Los jawas tenían un instinto para la maquinaria y la electrónica, sabiendo cómo hacer que una pieza de un equipo funcionase lo suficiente como para venderlo. Que se preocupen los compradores.

Los desiertos de Tatooine eran un auténtico cementerio de chatarra. El áspero planeta había sido el lugar de muchas batallas galácticas a lo largo de los siglos, y el clima seco preservaba todo tipo de escombros de naves estrelladas y expediciones perdidas.

Het Nkik amaba reparar y reacondicionar cosas rotas, activadas con su habilidad de devolver a la vida máquinas destrozadas. Recordaba cuando él y su compañero de clan y mejor amigo, Jek Nkik habían tropezado con un caza estrellado. El pequeño caza había explotado, dejando solo fragmentos; nada que incluso un jawa pudiese salvar. Pero cavando más hondo, encontraron los abrasados y enredados componentes de un droide: un droide asesino modelo E522 que había parecido estar irremediablemente dañado, pero él y Jek Nkik se prometieron arreglarlo, escamoteando en secreto piezas de recambio de la bodega dela fortaleza jawa.

El líder de su clan, Wimateeka había sospechado que los dos jóvenes muchachos estaban planeando algo y los vigiló estrechamente, pero eso solo les hizo empeñarse en triunfar. Het Nkik y su amigo habían pasado meses en un escondite secreto en lo profundo de los eriales, ensamblando pequeños componentes y servomotores, añadiendo nuevos grupos de instrucciones. Finalmente, el droide asesino acabó sin programación asesina, purgado de todas las armas de cazador-buscador y de toda la iniciativa de causar violencia. El E522 funcionaba perfectamente, pero como poco más que un droide mensajero extremadamente potente.

Het y Jek Nkik habían mostrado orgullosamente su triunfo a Wimateeka, que regañó a los muchachos por tal insensatez y les dijo que nadie querría comprar un droide asesino reprogramado. Pero Het Nkik podría decir, a tenor del no muy controlado aroma repentino, que Wimateeka también admiraba la impetuosidad de los jóvenes jawas. Het Nkik nunca había creído lo que la sabiduría popular decía sobre lo que los jawas podían hacer o no.

Él y Jek Nkik se habían sorprendido a sí mismos vendiendo el droide asesino reparado a la cara colmillo Dama Valarian, rival principal de Jabba el hutt en Tatooine:

un intercambio muy arriesgado que les proporcionó más riñas de Wimateeka. La Dama Valarian era una cliente difícil, y la única vez que se había sentido estafada, los únicos restos de los desventurados comerciantes jawas fueron unas andrajosas capas marrones encontradas en el Gran Pozo de Carkoon, donde el voraz sarlacc esperaba para devorar cualquier cosa que se pusiese a su alcance. Het Nkik no tenía ni idea de lo que le había ocurrido a su droide asesino reprogramado, pero ya que Dama Valarian no había ido detrás de ellos, suponía que la enorme reina contrabandista whiphid debía haber quedado satisfecha.

Hacía dos años, Het y Jek Nkik habían sido separados al alcanzar la edad adulta, enviándolos a realizar tareas de carroñero lejos dela fortaleza jawa. En pocos años, las tripulaciones de los reptadores de las arenas intercambiarían agrupaciones del clan y concertarían matrimonios; pero por ahora, Het Nkik veía a su amigo solo durante las reuniones de intercambio anuales.

Ahora tenía créditos en su bolsa de trueque, tenía mercancías para comerciar… y estaba deseando ver a Jek Nkik.

El reptador de las arenas se detuvo en el área demarcada colocada al lado de la subunidad de su clan. Cuando las puertas de carga se abrieron, equipos jawa corrieron a toda prisa para sacar los droides reparados, restos de pulidas planchas de metal de algún casco, aparatos, y armas primitivas que habían encontrado entre las arenas. El lema de los jawas no era buscar los usos de las piezas de basura rescatadas, sino más bien imaginar que alguien más podría encontrar un uso para eso.

Los jawas trajinaban colocando mesas, toldos, lectores de pantalla de crédito. Otros le daban el último pulido a los exoesqueletos de los rechinantes sirvientes mecánicos. Unos cuantos trataban de pasar desapercibidos, escondiendo kits de reparaciones de emergencia dentro de sus capas por si sus mercancías dejaban de funcionar inesperadamente antes de que una venta pudiese ser confirmada.

Los droides de energía bajaban pesadamente por la rampa, poco más que baterías con forma de caja caminando sobre dos piernas como un acordeón. Droides cosechadores y componentes de evaporador fueron colocados y mostrados; los vendedores jawa se colocaron en posición proclamando la calidad de sus mercancías. Unos pocos afortunados se apresuraron para ser los primeros en curiosear entre los objetos en venta o para comerciar con otros clanes.

Alrededor del perímetro del llano de encuentro, centinelas jawa permanecían de pie con aumentadores de imagen y macrobinoculares, buscando cualquier signo de amenaza inminente. Al menor signo sospechoso, los clanes jawa empaquetarían sus mercancías en un instante para desvanecerse en las interminables arenas salvajes.

Het Nkik miró a su alrededor, pero no pudo localizar el reptador de Jek.

Después de terminar los procesos de instalación, fue su turno de echar un vistazo a las mercancías de los otros. En el bullicioso alboroto, olió los aromas dulces y picantes de cientos de jawas rebullendo con excitación. Sintió el calor de los ardientes soles en su capa marrón, escuchó la cacofonía de estridentes voces, el rugido de los motores de los reptadores.

Motores eléctricos rugían y se ahogaban, perdiendo latidos hasta que los mecánicos jawa efectuaban rápidos arreglos esperando que ningún cliente potencial lo notara. Vagó entre las mesas de los vendedores, su excitación estaba agriada por el hecho de que el reptador de Jek no estaba allí.

Het Nkik vio al líder de su clan, el viejo Wimateeka, discutiendo algo en voz baja con el líder de un clan de una fortaleza jawa cercana al asentamiento humano de Bestine. Het Nkik podía oler la preocupación, el miedo, la indecisión. Wimateeka estaba tan alarmado que ni siquiera intentó enmascarar sus olores.

Het Nkik intuyó malas noticias. Wimateeka estaba susurrando, por miedo de enviar al resto de los jawas en una huida aterrorizada. Con un sentimiento de temor, Het Nkik dominó su impulso de volver corriendo a la seguridad del reptador de las arenas y avanzó para interrumpir a Wimateeka.

—¿Qué pasa, líder del clan? —preguntó—. ¿Tiene noticias del último reptador?

Wimateeka le miró sorprendido, y el otro líder gorjeó molesto. El protocolo normal entre los jawas establecía que los miembros más jóvenes no se aproximaban a los líderes de su clan directamente, sino que iban a través de un laberinto de conexiones familiares, pasando un mensaje a través de relaciones más y más altas hasta que finalmente alcanzaba su objetivo. Las respuestas bajaban a través de la misma ruta indirecta. Pero Het Nkik tenía la reputación de saltarse las normas.

—El líder del clan, Eet Ptaa, me estaba hablando de un ataque tusken a la fortaleza de su clan —dijo Wimateeka—. Los moradores de las arenas aparecieron y les atacaron antes de que los jawas pudiesen escapar. Nuestros hermanos nunca regresarán a su hogar ancestral. Perdieron todas sus posesiones excepto lo que pudieron meter en el reptador.

Het Nkik estaba consternado.

—Si los jawas estaban dentro de su fortaleza, ¿no lucharon? ¿Por qué solo escaparon?

—Los jawas no luchan —dijo Wimateeka—. Somos demasiado débiles.

—Porque no lo han intentado —dijo Het Nkik, sintiendo como se elevaba su temperamento. El olor de su cuerpo llevó su rabia hasta ambos líderes de clan.

—¡Habríamos sido masacrados! —insistió Eet Ptaa.

—Los jawas son demasiado pequeños —dijo Wimateeka—. Los moradores de las arenas son demasiado guerreros. —El viejo líder del clan se giró hacia el otro, despidiendo a Het Nkik—. Este joven tiene reputación por hablar sin pensar. Solo podemos esperar que su sabiduría crezca con su edad.

Het Nkik se tragó la ofensa e insistió en una respuesta a la pregunta que más le preocupaba.

—¿Qué hay de mi hermano de clan Jek Nkik? ¿Dónde está el último reptador?

Wimateeka sacudió su cabeza por lo que su capucha se sacudió de un lado a otro.

—Hemos perdido todo contacto con ellos. No enviaron ninguna explicación por su retraso. Estamos preocupados. Tal vez los moradores de las arenas también les atacaron.

Het Nkik frunció el ceño.

—No podemos simplemente correr y escondernos todo el tiempo, especialmente ahora que los imperiales se están volviendo más agresivos. Podríamos trabajar todos juntos. Muchos pequeños pueden hacer una gran fuerza. Ahora que los jawas se han reunido para la reunión de intercambio, líder del clan, ¿discutirá mis ideas con ellos?

Wimateeka y Eet Ptaa se rieron disimuladamente con una risa nerviosa. Wimateeka dijo:

—¡Ahora suenas como un particular granjero de humedad humano que conozco! Quiere que los jawas, los humanos y los moradores de las arenas trabajen juntos y dibujen mapas separando nuestros territorios.

—¿Es esa una mala idea? —preguntó Het Nkik.

Wimateeka se encogió de hombros.

—Esa no es la manera jawa.

Het Nkik se sintió como si estuviera hablándole a un droide sin su célula de energía. Nada cambiaría hasta que los jawas viesen que las cosas podían ser diferentes… hasta que alguien pusiera un ejemplo.

Caminó entre las mesas, levantando ocasionalmente columnas de polvo. Se le hacía la boca agua al oler la calabaza hubba asada. Alzando la vista, buscó por el borde de las dunas algún signo del reptador de Jek Nkik. Cuando pasó junto a una mesa del clan Kkak, escuchó un susurro conspirador, diferente a los reclamos de los otros comerciantes.

—¡Het Nkik! —dijo el miembro del clan Kkak, acentuando las consonantes fuertes y agudizando su nombre.

Se giró y vio al otro jawa sacando de debajo de su mesa un alijo privado de mercancías.

—¿Eres Het Nkik? —repitió—. ¿Del clan de Wimateeka, el que siempre está hablando sobre fortalecer a los jawas, sobre ponernos a luchar? Hrar Kkak te saluda y te ofrece un intercambio de mercancías.

Het Nkik sintió un lazo de frío en su interior como un largo trago de agua extraña.

—Soy Het Nkik —dijo, dejando que la sospecha se enroscara en su olor corporal. Era bueno dejar que un vendedor viese sano escepticismo—. La oportunidad de intercambio siempre es bienvenida, y el momento de la oportunidad siempre es ahora.

—Tengo algo para ti —dijo el vendedor—. Acércate.

Het Nkik dio un paso hacia la mesa, y ahora estaba ligado por el honor a escuchar el argumento de venta. El tipo del clan Kkak miró a su alrededor furtivamente y después sacó una pistola láser, arañado pero magnífico. Un modelo Blastech DL-44, más potencia de la que Het Nkik había tenido alguna vez en sus manos.

Dio un paso atrás alarmado y después uno hacia delante fascinado.

—Esas armas están prohibidas para los jawas —dijo.

—He oído rumores de ese decreto imperial desde Mos Eisley, pero no he recibido confirmación —dijo el vendedor—. Nosotros los del clan Kkak hemos estado deambulando por los lejanos bordes del Mar de Dunas, y a veces la comunicación de tales cosas lleva mucho tiempo.

Het Nkik asintió con admiración ante la fácil excusa.

—¿Funciona? ¿Dónde lo conseguiste?

—No importa dónde lo conseguí.

Het Nkik se sintió avergonzado por su violación del protocolo jawa.

—Si voy a comprar esto… —removió los créditos de su bolsa de trueque, sabiendo instintivamente que *tenía* que tener el arma. La quería sin importar las consecuencias… y el vendedor también lo sabía—… necesito saber si funciona.

—Por supuesto que funciona. —El vendedor quitó la célula de energía—. Verás que la carga está a tres cuartos.

Het Nkik vio que era una célula de energía estándar del tipo que podía usarse en muchas clases de equipos.

—Déjame ponerla en ese iluminador portátil —dijo—, solo para asegurarme.

Ambos sabían que Het Nkik no dispararía el bláster con todos los otros jawas presentes. El vendedor Kkak colocó la célula de energía en el iluminador portátil y lo encendió. Un brillante haz salió hacia el cielo, hacia los dos soles.

—¿Satisfecho?

Het Nkik asintió.

—Mis recursos son escasos, aunque mi admiración por tus mercancías es enorme.

Los dos regatearon sobre el precio durante una cantidad de tiempo aceptable, aunque el precio no cambió mucho. Het Nkik se fue corriendo con solo unos pocos créditos de trueque todavía a su nombre… pero siendo el orgulloso propietario de un bláster altamente ilegal escondido bajo sus ropas marrones. Por primera vez en su vida, se sintió alto. Muy alto.

Pasó el resto de la reunión de intercambio buscando a su camarada Jek Nkik, pero el último reptador nunca llegó.

Después de que la reunión de intercambio se disolviera, los reptadores de las arenas se afanaron a través del Mar de Dunas en direcciones diferentes, cargados con nuevos tesoros que cada clan había obtenido a través de duras negociaciones.

Después de una hora de incansable farfulla, Het Nkik convenció al piloto para desviarse por el camino que el vehículo de Jek Nkik podría haber tomado, para ver si podían descubrir lo que les había ocurrido a los jawas perdidos. Se dirigieron hacia las granjas de humedad entre las que su compañero de clan solía comerciar.

Het Nkik trabajaba en la sala de máquinas, persuadiendo a los titubeantes reactores para que funcionasen solo unos pocos meses más hasta la estación de las tormentas

cuando los reptadores serían aparcados al lado de las fortalezas jawa en los eriales. Los viejos mecánicos de Wimateeka tendrían que hacerles a las bombas de iones y a los reactores una revisión completa. Los compañeros de Het Nkik estaban mucho más centrados en sus tareas ahora que la reunión de intercambio había acabado.

Alrededor del mediodía, el vigía hizo sonar la alarma. Había visto humo. Normalmente la vista de restos ardiendo hacía que los jawas se quedasen estáticos ante la posibilidad de una reclamación de salvamento, pero Het Nkik sintió una profunda corazonada; ninguno de los otros sintió el cambio en su olor.

Dejó su puesto y cogió la plataforma elevadora hasta el puente. Frente al ancho ventanal, se subió en una caja invertida de equipo y observó. El humo se hacía grande. Su corazón se hundió en su interior como si hubiese perdido todas sus posesiones en un mal trueque.

Reconocía el oxidado metal marrón del casco de un viejo transporte, con forma trapezoidal. El reptador había sido asaltado, acribillado con armas pesadas de fuego, y destruido.

Het Nkik sabía que su amigo y hermano de clan estaba muerto.

El vigía gorjeó aterrorizado, expresando su miedo de que lo que fuera que hubiese golpeado al reptador podría seguir en los alrededores para atacarlos. Pero el piloto, viendo la enorme fortuna de bienes sin reclamar, venció su ansiedad. Usó la unidad de comunicación para transmitir un mensaje a la fortaleza de Wimateeka, estableciendo sus derechos de salvamento.

Grasientos jirones de humo ascendían en el aire mientras el reptador descendía hacia el vehículo destruido. Het Nkik sintió resurgir una burbuja de rabia en su interior. Recordó cómo las tropas habían asaltado las fortalezas jawas para practicar. Pensó en el asentamiento de Eet Ptaa invadido por los moradores de las arenas. Y de nuevo, algo más grande había atacado a los indefensos jawas, quizá por despecho, o por deporte, o sin razón alguna.

Lo único que hacían los jawas era asumir sus palizas, escapar y aceptar su indefensión. Nada cambiaría nunca hasta que alguien les enseñara otra manera.

Pensó en el bláster que había comprado en la reunión de intercambio.

El piloto detuvo el reptador mirando hacia la mejor ruta de escape por si los atacantes reaparecían. Las puertas del casco se abrieron, y los jawas salieron, agachándose para tener protección, pero ansiosos por lanzarse hacia el tesoro descubierto de chatarra. El piloto se adelantó para poner una baliza de reclamo en el reptador estropeado para advertir a otros carroñeros. Los jawas entraron a montones por las puertas medio abiertas del vehículo, apresurándose a ver qué tesoros habían quedado intactos.

Varios jawas chillaron cuando se dieron cuenta de que no estaban solos en el reptador dañado. Un viejo humano con barba vestido con ropas desgastadas pero fluidas estaba a la sombra al lado de dos droides que parecía haber reclamado para él. Había construido una pequeña pira crepitante. Het Nkik husmeó, oliendo carne quemada; el anciano ya había empezado el ritual de eliminación de los cuerpos jawa en las llamas purgadoras.

El humano alzó las manos en un gesto apaciguador. Algunos de los primos de Het Nkik especulaban que el viejo humano había matado a los otros jawas, pero Het Nkik vio que eso era obviamente absurdo.

Un droide de protocolo caminaba rígidamente al lado del anciano. Su revestimiento dorado estaba un poco arañado, y tenía una abolladura en lo alto de su cabeza, pero a pesar de todo el droide parecía funcionar en perfecto orden. El otro droide, un modelo con forma de barril, se quedó atrás y emitió un pitido agudo a modo de alarma al ver a los jawas. Het Nkik empezó a calcular automáticamente cuánto podría conseguir en un trueque por los androides.

El droide de protocolo dijo:

—Ofrezco mis servicios como intérprete, señor. Domino con fluidez más de seis millones de formas de comunicación.

El anciano miró serenamente al droide e hizo un gesto descartando su ofrecimiento.

—Tus servicios no serán necesarios. He vivido en estos desiertos demasiado tiempo como para no entender un poco el lenguaje de los jawas. ¡Saludos! —dijo el anciano con claras palabras jawa—. Que comercies bien, aunque siento pesar por vuestra tragedia de hoy aquí.

Tres jawas se inclinaron hacia el suelo lleno de rocas y detectaron huellas de bantha. Empezaron un gemido de pánico, repentinamente convencidos de que los moradores de las arenas habían declarado una guerra total.

Pero había algo que no encajaba para Het Nkik. Miró las huellas, y el rudo fuego de las armas que había golpeado los puntos más cruciales del enorme transporte de minerales. Husmeó el aire, clasificando capas de olores desde metal derretido y endurecido, pasando por el hedor ardiente de los cuerpos, hasta la arena caliente. Detectó un trasfondo de armadura de plastiacero, lubricantes frescos, un ataque mecanizado, pero no pudo encontrar ninguno de los mohosos olores de los incursores tusken o el polvoriento y picante olor de sus banthas.

Het Nkik señaló esto, y los otros jawas le gritaron, impacientes, como siempre, por sus visiones contradictorias. Pero el anciano habló en su defensa.

—Vuestro pequeño hermano está en lo cierto. Fue un ataque imperial, no un golpe de los moradores de las arenas. —Los otros gorjearon con incredulidad, pero el anciano continuó—. Nada les gustaría más a las fuerzas de ocupación imperiales que ver una guerra entre los moradores de las arenas, los jawas y los granjeros de humedad humanos. No debéis creer sus engaños.

—¿Quién eres tú? —preguntó Het Nkik—. ¿Cómo conoces nuestras costumbres funerarias, y por qué no has reclamado ningún bien para ti?

El anciano dijo:

—Conozco vuestras costumbres porque intento entender a las otras personas que comparten mi hogar en el desierto. Sé que los jawas creen que todas sus posesiones pertenecen al clan a su muerte, pero vuestros cuerpos fueron prestados por el vientre de

las arenas, y sus elementos deben regresar para pagar la deuda que debéis por vuestra vida temporal.

Algunos de los jawas se quedaron sin palabras por su elocuente recital de sus creencias intensamente privadas.

—Si nos entiendes tan bien —dijo Het Nkik impetuosamente—, entonces sabrás que ningún jawa jamás le devolverá el golpe a un incursor tusken, ni siquiera por un asalto tan evidente como este. Todos los jawas son unos cobardes. Nada les hará luchar.

El anciano sonrió indulgentemente, y sus ojos azul claro parecieron perforar a través de la túnica de Het Nkik, viendo profundamente en la sombra encapuchada de su cara.

—Tal vez un cobarde solo es un luchador al que aún no se le ha empujado lo suficiente… o al que no se le ha mostrado la manera.

—General Kenobi —le interrumpió el droide dorado—. El Amo Luke lleva ausente demasiado tiempo. Debería haber tenido abundante tiempo para llegar a su casa y volver a estas alturas.

El anciano se giró hacia los jawas.

—Vuestra reclamación de salvamento está segura aquí, pero debéis avisar a los otros de los trucos que los imperiales están utilizando. El destacamento en Mos Eisley acaba de ser reforzado con muchos más soldados de asalto. Están buscando… algo que no encontrarán.

Los dos droides permanecieron juntos.

—Pero el prefecto y el gobernador imperial seguirán fomentando la confusión entre los jawas y los incursores tusken. —Entonces el humano se giró y miró directamente a Het Nkik—. Los jawas no están indefensos… si no desean estarlo.

Het Nkik sintió una lanza de miedo y comprensión atravesándole. Un recuerdo regresó a él como un rayo aturdidor. Recordó con la vivacidad de una doble puesta de sol en el desierto una vez, menos de un año antes de su mayoría de edad, cuando había escaneado un deslizador estrellado T-16 en los recodos rocosos de un cañón sin nombre. Queriendo reclamar el salvamento para sí mismo, Het Nkik no pidió asistencia jawa, ni siquiera de Jek Nkik. Cuando encontró el vehículo destrozado, vio a un joven humano muerto en el suelo, lanzado allí por el choque. Aparentemente, los repulsores del T-16 habían sido incapaces de contrarrestar una elevación termal repentina; el deslizador había chocado y derrapado, dejando una lengua de humo en el aire vacío.

Het Nkik había manoseado los mutilados controles, ignorando el cuerpo destrozado que ya había empezado a atraer insectos buscadores de humedad de las grietas de las rocas. Alzó la vista repentinamente para descubrir seis jóvenes y crueles incursores tusken, con las caras envueltas con harapos, siseando a través de sus filtros de respiración. Estaban enfadados, listos para una heroica aventura que podrían contar alrededor de las hogueras durante toda su edad adulta. Los moradores de las arenas levantaron sus afiladas varas gaffi y articularon sus ululantes gritos.

Het Nkik sabía que estaba a punto de morir. Posiblemente no podía luchar ni siquiera contra uno de los moradores de las arenas. Estaba desarmado. Estaba solo. Era pequeño e estaba indefenso. Un cobarde y débil jawa.

Pero mientras los moradores de las arenas atacaban, Het Nkik había encontrado el todavía funcional sistema de seguridad del T-16 y lo activó. La alarma sónica envió un palpitante chillido lo suficientemente fuerte para coagular la sangre de un dewback. Asustados por el ruido, los incursores habían huido.

Het Nkik permaneció temblando en sus ropas marrones, paralizado por el miedo y aturdido. Le llevó varios segundos darse cuenta de que *él* solo había ahuyentado a los incursores tusken. ¡Un débil jawa había hecho retroceder un ataque de los moradores de las arenas sedientos de sangre!

Había sido una revelación alentadora para él: con el equipo y la actitud adecuada, los jawas podían ser diferentes. Y ahora tenía una pistola láser.

—Sé que no estamos indefensos —dijo Het Nkik al anciano que continuaba mirándole—, pero los miembros de mi clan no se dan cuenta.

—Tal vez lo hagan —dijo el anciano.

Mientras que los otros jawas entraban en el reptador destrozado, Het Nkik supo lo que tenía que hacer. Fue hacia el piloto y renunció a toda su parte del salvamento a cambio de un único vehículo operativo que le llevara a él solo a través del desierto hasta el espaciopuerto humano, donde los imperiales estaban acuartelados.

El vehículo de arena de Het Nkik se rompió dos veces en su viaje hacia la extensa y sórdida de Mos Eisley. Parado bajo el palpitante calor de los soles mientras el ardiente viento le lamía bajo la capucha, se las apañó para usar su habilidad y sus escasos recursos para hacer que el vehículo volviera a avanzar renqueante sobre el rocoso suelo.

Dentro de su capa el bláster DL-44 se sentía increíblemente pesado, frío y caliente por igual. El peso en el interior de su pecho parecía incluso más pesado, pero la rabia ardiente le impulsaba hacia delante.

En las calles batidas por el polvo de Mos Eisley, Het Nkik mantuvo el vehículo de arena en marcha hasta que vio a otro jawa, un miembro de un clan distante que había estado en la ciudad durante algún tiempo, y le ofreció en venta el vehículo usado. Hizo un mal negocio. Het Nkik no esperaba vivir lo suficiente para gastar los créditos, pero su naturaleza le prohibía regalar nada.

A pie, Het Nkik avanzó pesadamente a través del ondeante calor del mediodía, sujetando el bláster firmemente contra su pecho, mirando a las lánguidas criaturas dormitar en portales de adobe mientras esperaban que el día se enfriase. Las calles estaban casi desiertas. Caminó y caminó, sintiendo arder sus pies; el pálido polvo apelmazaba sus prendas.

Sabía lo que pretendía hacer, pero no sabía en absoluto cómo llevarlo a cabo. Tenía un bláster. Tenía una obsesión. Pero aún tenía que encontrar un objetivo. El objetivo adecuado.

Notó una incrementada presencia imperial en la ciudad, con guardias situados en las zonas de atraque y en el centro de aduanas, aunque no más de dos a la vez. Het Nkik sabía que la vida no valía nada en Mos Eisley, y matar un solo soldado imperial no causaría suficiente alboroto. Tenía que salir con tal resplandor de gloria y heroísmo que los jawas cantarían sobre él durante años y años.

En el centro de la ciudad encontró el naufragio de la nave espacial, *Reina Viuda.* Un lío de vigas enredadas, planchas del casco cayéndose a pedazos, con todo tipo de extrañas criaturas, vagabundos y carroñeros acechando en el interior del casco.

Para Het Nkik parecía el lugar perfecto para una emboscada.

Sus instintos le decían que se sintiese indefenso, pero aplastó esos sentimientos firmemente. Tenía la fuerza, ojalá pudiese encontrar la voluntad para hacer un ejemplo de sí mismo. Eso podía cambiar las vidas de los jawas para siempre… o simplemente podía morir imprudentemente.

El pánico fluyó en su interior mientras consideraba la locura de un insignificante jawa planeando algo tan absurdo. Quería esconderse en un callejón oscuro. Podía esperar a la oscuridad, escabullirse rápidamente de la ciudad y encontrar algún lugar donde pudiese estar *seguro* y ser un cobarde junto con los otros jawas, asustado de cualquier sonido amenazador. Asustado de luchar…

Dándose ánimos, Het Nkik se deslizó en el interior de la bulliciosa cantina a través de la sucia calle principal desde el naufragio de la *Reina Viuda*. Aromas conflictivos le abrumaron, extraños olores de mil especies diferentes, productos químicos que servían como estimulantes para un incalculable número de bioquímicas, el olor de intenciones amorosas, de violencia contenida, de rabia y risa, comida y sudor. Variedades de música iban a la deriva, una mezcla de ruidos encadenados a una melodía.

Él tenía créditos. Podía conseguir un estimulante, algo que le ayudase a centrar sus pensamientos, reforzar su coraje.

Het Nkik bajó las escaleras con pasos rápidos, abrazando las sombras, intentando pasar inadvertido. En lo profundo de los pliegues de sus ropas agarraba el preciado bláster. Colocó un pagaré en el contador de la barra, esforzándose por alcanzar la alta superficie. Tuvo que repetir su orden tres veces antes de que el cantinero humano atosigado entendiera lo que quería. Tomando poco a poco su bebida, Het Nkik se encorvó sobre la pequeña mesa privada, oliendo ricos reactivos volátiles flotando sobre la superficie del líquido. El olor era tan embriagador como la propia bebida.

Intentó planear, pero no le venía ningún pensamiento. ¿Debería recurrir a una acción espontánea, a un gesto de cólera, en lugar de a un plan metódicamente orquestado? Su plan no requería delicadeza, meramente un gran número de objetivos y el elemento sorpresa. Pensó en los cuerpos ardiendo de los jawas, en el reptador destrozado y en el anciano ermitaño que le había dado coraje.

Sintió un caluroso arrebato de sorpresa cuando el viejo ermitaño entró en la cantina con un joven granjero de humedad. El cantinero les hizo dejar sus droides fuera; en otro momento Het Nkik podría haber tramado un asalto para robar los dos droides no custodiados, pero no ahora. Tenía cosas más importantes en mente.

El viejo ermitaño no le había visto, pero Het Nkik tomó su aparición como un signo, un presentimiento de fuerza. Dio un trago a su bebida y se sentó observando al anciano hablar con un piloto en la barra y después con un wookiee, y cuando el chico granjero de humedad se metió en problemas con uno de los otros clientes, el anciano fue al rescate con el arma más espectacular que Het Nkik había visto nunca, una vara brillante de luz que cortó a través de la carne como si fuese humo.

Ver el sable láser le hizo dudar de repente de su simple bláster. Sacó el arma y la colocó en su regazo bajo la mesa, tocando las finas curvas metálicas, los botones mortales, la célula de energía introducida en un extremo. Se alarmó cuando otra criatura se le unió sentándose a su mesa, un peludo ranat de hocico largo que olía a polvo y a ansiedad por comerciar.

Los jawas y los ranats competían a menudo unos con otros en las calles de Mos Eisley. Los jawas tendían a vagar por las áreas vacías de arena, mientras que los ranats se quedaban dentro de las áreas pobladas. Comerciaban a veces, pero generalmente se miraban unos a otros con sospecha.

—Reegesk saluda a Het Nkik y ofrece un intercambio de historias o mercancías —dijo el ranat con el saludo formalizado.

Het Nkik no estaba de humor para hablar, pero dio la respuesta apropiada. Sorbiendo su bebida, escuchando al ranat charlar sobre sus mercancías, intentó encontrar una forma de reunir su propio coraje. Pero cuando el ranat le ofreció un talismán de batalla tusken, se irguió repentinamente y escuchó.

Los moradores de las arenas eran grandes guerreros; luchaban contra criaturas que eran varias veces su tamaño, masacraban asentamientos enteros, domesticaban banthas salvajes. Quizá un amuleto tusken podría darle la ventaja que necesitaba después de todo. ¿Y qué tenía que perder?

El ranat pareció darse cuenta de cuánto quería el talismán, así que Het Nkik le ofreció un alto precio, con la condición de que podría pagar unos pocos créditos ahora y el resto después, a sabiendas de que nunca estaría allí para el segundo plazo.

Contra su buen juicio, Het Nkik sacó furtivamente su bláster de debajo de la mesa para que el ranat pudiera verlo. Con el talismán en la mano y la pistola láser bajo las yemas de los dedos, enfrentándose la ardiente intensidad de los ojos del ranat, Het Nkik sintió regresar la inspiración y sintió la necesidad de vengarse. Pensó de nuevo en su hermano de clan Jek Nkik, en cómo los dos habían hecho casi lo imposible, reparando el droide asesino… y entonces recordó los restos humeantes del reptador de las arenas.

Los imperiales habían hecho eso. Los imperiales habían atacado otras fortalezas jawa. Los imperiales continuaban estrechando su control en Tatooine. Tal vez su gesto no solo

avivaría a los jawas, sino que provocaría una revolución general. Entonces el planeta podría ser libre de nuevo. Eso valdría cualquier sacrificio, ¿o no?

Una fuerte explosión y una repentina conmoción por toda la cantina le alarmó. Quería meterse debajo de la mesa, pero se giró para ver a un humano sentado en una cabina. El humo ascendía desde un agujero en la mesa frente a él y un fuerte olor salía del rodiano que yacía sobre la mesa. Het Nkik estuvo paralizado durante un momento por el terror, aunque el ranat parecía divertido por la muerte del rodiano. Het Nkik miró como el humano se levantaba lentamente, evitando al cazarrecompensas muerto y lanzando una moneda hacia la barra.

La vida era ciertamente barata en Mos Eisley, pero él quería vender la suya a un alto precio. Otros jawas en la cantina se apresuraron a reclamar el cuerpo; en otro momento él también podría haber luchado por su parte de los restos, pero dejó que sus hermanos cogiesen lo que necesitaban.

Bajó la mirada y vio al ranat acariciando su bláster DL-44, y Het Nkik lo apartó de un tirón. Sintió la determinación y el entusiasmo derramándose a través de sus músculos. La bebida intoxicante zumbó a través de su cerebro. El arma se sentía ligera y poderosa en sus manos.

Nunca estaría más preparado.

Sin despedirse del ranat, cogió el bláster, apretó el talismán de batalla tusken, y salió corriendo de la cantina, cruzando las brillantes calles hasta el naufragio de la *Reina Viuda*.

Tan pronto como estuvo allí, Het Nkik supo que había querido hacer esto. Apretando el bláster contra un costado, subió gateando por las planchas metálicas calientes del casco del naufragio, encontrando agarraderas para pies y manos para alzarse hasta una posición más elevada, un buen lugar desde el que disparar.

Su pulso martilleaba. Su cabeza zumbaba. Sabía que aquel era su momento. Toda su vida había estado enfocada hacia ese momento. Encontró un lugar oscuro. Un buen punto para su emboscada.

Una línea de tropas de asalto en patrulla giró la esquina, marchando hacia la cantina como si buscasen algo. Marchaban a pasos cortos, aplastando el polvo bajo sus blancos talones, absortos en su objetivo. La luz del sol relucía en sus pulidas armaduras. Sus armas cliqueaban y traqueteaban mientras caminaban, sus cascos miraban directamente al frente. Caminaban rápidamente, acercándose más y más. Contó ocho en una fila. Sí, ocho. Si él, un único débil jawa, podía acabar con ocho soldados imperiales, eso sería material de leyenda. Ningún jawa podría olvidar que su hermano, Het Nkik, había asestado tal golpe contra el Imperio. Si todos los jawas pudiesen hacer lo mismo, el Imperio se marcharía de Tatooine.

Agarró firmemente el bláster. Se agachó. Observó a los soldados aproximarse. Sus brillantes ojos amarillos se centraron en ellos, e intentó determinar el mejor plan de ataque. Golpearía al líder en primer lugar, después a los del medio, luego a los de atrás y después otra vez al frente en un barrido. Habría una ducha de rayos láser. Les llevaría un

momento descubrir su posición. Para algunos de ellos sería un momento demasiado largo.

Incluso existía la ridículamente pequeña posibilidad de que pudiera matarlos a *todos* antes de que pudieran disparar en su dirección. En la ruinosa nave tenía un poco de cobertura. Tal vez sobreviviese a esto. Podía vivir para golpear una y otra vez. Tal vez podría convertirse incluso en un líder jawa, un señor de la guerra. Het Nkik, ¡el gran general!

Las tropas de asalto se pararon en frente de la nave, mirando hacia la cantina, sin verle siquiera. Arrogantes y confiados, ignoraron la *Reina Viuda*.

Het Nkik agarró el bláster. Sus rodillas estaban preparadas para explotar, como un resorte, esperando, *esperando* hasta que no pudo aguantar un momento, un instante más; y articuló una gorjeante ululación de rabia y venganza en una consciente imitación de un grito tusken. En el único momento de gloria de su vida, tan cerca del final, Het Nkik saltó y apuntó la pistola láser hacia sus objetivos.

Antes de que pudieran girarse ni siquiera en su dirección, apretó el gatillo una vez, y otra, y otra.

Ganancias de comercio: El relato del ranat

por Rebecca Moesta



Esquivando un par de soldados de asalto potencialmente entrometidos, Reegesk agarró firmemente sus tesoros y entró a toda prisa con la eficiencia de un roedor en el estrecho callejón al lado de su establecimiento favorito de bebidas en Mos Eisley. Ah, sí, su favorito. No porque sus bebidas o artistas fueran de calidad superior, sino porque siempre podía encontrar allí a alguien que quisiera, o necesitase, hacer negocio. Y en la pequeña tribu ranat que rascaba un lugar más grande para sí misma cada día en este mundo árido de avanzada, ese era, después de todo, su trabajo: Reegesk el Comerciante, Reegesk el Cambista, Reegesk el Especialista Adquiridor Por Excelencia.

Moviendo los bigotes nerviosamente con satisfacción, se sentó contra una pared bañada por el sol, enroscó su dura cola de látigo holgadamente a su alrededor y abrió su fardo para examinar los premios del día. Una brisa ardiente llevó los olores nada desagradables de basura podrida y de excrementos de animales hasta Reegesk desde lo más alejado del callejón. Había empezado la mañana con poco más que un puñado de rocas pulidas y unas cuantas golosinas de información y había hecho una serie de negocios exitosos para reunir los objetos mucho más valiosos que ahora esparcía por el polvo delante de él. Una pequeña antena, alguna tela buena con muy pocos agujeros en ella, un manojo de cables para el pequeño vaporizador que su tribu estaba construyendo en secreto. Esos se los guardaría.

Pero todavía tenía que hacer más negociaciones. Aún necesitaba muchas cosas: una fuente de energía para completar la unidad vaporizadora de contrabando que podía hacer a su tribu menos dependiente de los granjeros locales de humedad, un trozo o dos de cuerda, restos de metal para hacer herramientas o armas.

Desde su punto de vista, siempre se las arreglaba para comerciar con ventaja. Afortunadamente, todavía le quedaban algunos objetos para comerciar de su negocio más reciente: un casco agrietado de soldado de asalto, un paquete de raciones de campo, y un talismán de batalla tusken tallado en cuerno de bantha. Todo esto por solo alguna vieja información y un tornillo de contención. Supuso que el calor y el polvo podían embotarle el juicio a cualquiera. Tal vez el oficial imperial, un tal teniente Alima, que definitivamente no era del lugar, debería haber puesto más atención al trato. Bien, el oficial tenía lo que quería. Reegesk se encogió de hombros.

Por supuesto, la vieja advertencia de los compradores era válida: pon siempre mucha atención durante el comercio. Los comerciantes menos escrupulosos engañaban a los clientes o intentaban convencerlos de realizar compras inútiles, pero no Reegesk. Esto, a pesar del estatus de seres «semisentientes» que el Imperio le había conferido a la raza ranat, le había dado una reputación en las calles de Mos Eisley de ser astuto pero honrado. De hecho, aparte de los molestos soldados de asalto locales, había pocos clientes potenciales en el puerto que rechazasen un negocio con Reegesk si él tenía lo que ellos «necesitaban».

El peludo hocico de Reegesk se arqueó en una sonrisa seca que mostraba sus incisivos. Bueno, sabía lo que necesitaba *él*, y sabía dónde llevar a cabo su siguiente comercio.

• • •

El interior de la cantina estaba relativamente frío y la oscuridad era un alivio para el intenso robo de humedad de los soles gemelos de Tatooine. El aire olía a almizcle de pelaje mojado y a escamas cocidas, a humo de nic-o-tin, a trajes espaciales que no habían sido descontaminados en meses, a bebidas embriagadoras de docenas de mundos diferentes.

Reegesk entró en el bar, pidió un vaso de brebaje Rydan a Wuher el cantinero, y escudriñó la sala buscando posibles clientes. ¿Un devaroniano? No, Reegesk no tenía nada que le interesara. ¿Uno de los músicos bith que acababa de tomarse un descanso? Tal vez. Ah. La mirada de Reegesk se posó en la figura familiar de un jawa.

Perfecto.

Reegesk se puso la capucha de su túnica holgadamente sobre la cabeza mientras avanzaba hacia la pequeña mesa del jawa. Los jawas eran tipos reservados que creían en estar totalmente cubiertos, incluso en el interior, y por la experiencia de Reegesk, encontrar un territorio común con el cliente siempre ayudaba al comercio. Se quedó aliviado al comprobar por el olor mientras se aproximaba a la mesa que conocía al jawa, Het Nkik, y que había comerciado antes con él.

Cuando Reegesk vio al líder de la banda, Figrin D’an, señalar el final del descanso de los músicos, se apresuró a atraer la atención de Het Nkik antes de que pudiese empezar la siguiente canción.

—Reegesk saluda a Het Nkik y ofrece un intercambio de historias o mercancías —dijo, dando su saludo comercial más formal al jawa, que parecía preocupado y todavía no había reparado en la presencia de Reegesk.

Het Nkik no reaccionó inmediatamente, pero cuando alzó la mirada, Reegesk creyó ver una mirada de alivio, como si el jawa estuviese contento al ser distraído de sus pensamientos.

—La oportunidad de un intercambio es siempre bienvenida, el momento de la oportunidad es siempre ahora —replicó Het Nkik con la misma formalidad, pero el tono de su voz era más alto de lo normal y sus ojos escudriñaron furtivamente la sala.

—Que ambos comerciantes reciban el mejor trato —Reegesk finalizó el saludo ritual con ironía, sabiendo perfectamente bien que los jawas raramente se preocupaban de si sus clientes estaban satisfechos. Bueno, esos no eran sus formas. Astuto como era, Reegesk comerciaba solo con clientes que necesitaban, o creían necesitar, lo que él tenía, y hacía trueques solo con objetos que la tribu no necesitaba.

La nariz de Reegesk se arrugó brevemente mientras intentaba identificar los olores que rodeaban a Het Nkik. Sintiendo lo que solo podía interpretar como impaciencia o anticipación, Reegesk decidió no retrasarlo más y se sumergió directamente en el proceso del comercio. Empezó con encendidas descripciones de los tratos que había realizado esa mañana. Extrañamente, Het Nkik no estuvo muy entusiasta mientras hablaba de sus propios negocios y le mostraba a Reegesk un bláster Blastech DL-44 cargado, en excelentes condiciones. Reegesk no necesitó fingir admiración o celos por el negocio, ya que todavía era ilegal armar a un ranat en los Territorios del Borde Exterior, era difícil para Reegesk negociar por nada que pudiera ser usado como un arma. Y el DL-44 era un arma particularmente buena.

Pareciendo tomar nota de la aprobación de Reegesk por su negocio, Het Nkik permitió que el negocio pasase a un intercambio alternante de información cada vez más valiosa. Los dos comerciantes estaban tan absortos en su intercambio que Reegesk no advirtió al cazarrecompensas rodiano hasta que este chocó contra su mesa. Un odioso recién llegado llamado Greedo. Reegesk alcanzó su bebida y la cogió mientras se balanceaba precariamente en el borde de la mesa. Sintió sus fosas nasales contraerse con disgusto, cuando captaron su desagradable olor.

Greedo se giró, aparentemente preparado para disculparse por su tropiezo, pero se detuvo cuando advirtió quienes eran los ocupantes de la mesa. El tinte verdoso de su piel se hizo más oscuro y los labios de su hocico formaron una sonrisa de desprecio mientras miraba a Reegesk.

—¡Womp! —espetó, dándole a la mesa otro brusco empujón mientras pronunciaba el epíteto, y después se marchó en la dirección general hacia la barra.

Reegesk se encrespó, lanzando venenosos pensamientos detrás del cazarrecompensas de piel verde y amargo olor. ¡Qué ultraje! El insulto. Después de todo, ¡los ranat no estaban relacionados de ninguna manera con las no sensitivas ratas womp de Tatooine! Greedo era una persona a la que no le importaría ver timada en un negocio.

Cuando se calmó de nuevo, el comercio pasó a la siguiente fase y Reegesk empezó discretamente a mostrar los objetos que estaba deseando negociar. Het Nkik mostró un humilde interés por el casco de soldado de asalto, pero cuando Reegesk sacó el cuerno de bantha tallado con la forma de un amuleto tusken de batalla, la excitación de Het Nkik fue inconfundible. Reegesk, buscando rápidamente en su memoria algo que supiese sobre tales objetos, se las arregló para recordar algo de interés. Los moradores de las arenas, explicó, creían que un talismán de batalla les daría la fuerza física de un bantha en el combate y el coraje para afrontar la muerte, si lo necesitaban. Het Nkik le pidió sostener el talismán, girándolo una y otra vez en sus manos, articulando exclamaciones en un dialecto que Reegesk no reconoció.

Reegesk ocultó una sonrisa de triunfo. Aquello casi había sido demasiado fácil.

Era inusual en un jawa mostrar tanto entusiasmo por un objeto que estaba siendo negociado, ya que podía sesgar el comercio al indicar que el objeto tenía valor para él. Reegesk se acercó para empezar la negociación.

—El talismán es de hecho de gran valor. El intercambio debería estar a la altura de su valía.

La expresión reverente de Het Nkik cambió a una de desazón.

—Hoy llevo poco conmigo que sea adecuado para este intercambio.

El corazón de Reegesk empezó a latir rápidamente mientras olía cómo sus opciones aumentaban. El jawa definitivamente quería hacer un negocio. Reegesk bajó sus ojos furtivamente para indicar el bláster que Het Nkik mantenía en su regazo, oculto por la mesa.

—El momento de la oportunidad es siempre ahora.

Las manos del jawa se cerraron compulsivamente sobre el arma, y por un momento pareció confundido.

—No puedo pagar un precio tan alto hoy —respondió cuidadosamente. Sus ojos no se encontraron con los de Reegesk. Negoció durante un poco más antes de llegar finalmente a un acuerdo en una cantidad mucho más alta de lo que Reegesk había esperado conseguir.

—Sabes que soy un comerciante experimentado —dijo Het Nkik—. Aquí tengo unos cuantos créditos para mostrar mi buena fe. Si me das hasta mañana, pagaré tu precio.

¡Éxito! ¿Pero podía confiar en el jawa? Reegesk se ordenó a sí mismo usar la cautela.

—Entonces te entregaré el talismán mañana por la mañana —dijo con voz calmada. No quería mostrar su propia impaciencia, y esperaba que el jawa no pudiese olerla.

Pero el jawa se mantuvo firme.

—No. Debo tener hoy el talismán de batalla —la voz de Het Nkik se alteró mientras hablaba—. Pagaré el resto por la mañana, pero no puedo esperar hasta mañana. —Se detuvo, como si buscase una manera de convencer a Reegesk de sus serias intenciones. Al final dijo—: Si esperas hasta mañana, te dejaré usar este bláster.

Reegesk pudo sentir cómo sus ojos se iluminaban con intensidad con el solo pensamiento de tener un arma tan buena.

Los ojos de Het Nkik se grabaron en los de Reegesk mientras asentía hacia el arma que sostenía bajo la mesa.

—Sí, te dejaré sujetarlo y usarlo. No tengo miedo de armar a un ranat. Deja que me vaya con el talismán hoy, y tendrás lo que necesitas por la mañana.

Incapaz de apartarse del fervor de la brillante mirada del jawa, Reegesk alzó una zarpa para tocar el arma. ¿Se atrevería a arriesgarse por el honor de aquel jawa? *Pon siempre mucha atención durante un comercio*, se recordó a sí mismo. Finalmente, tomó una decisión.

En ese momento, una conmoción estalló al otro lado de la cantina. Luz y chispas llenaron el aire, así como el acre olor de la carne chamuscada. Cuando el aire se aclaró finalmente, Reegesk pudo distinguir la forma de Greedo el cazarrecompensas tendido sobre una mesa anteriormente desierta.

¿Muerto? Sí, definitivamente muerto. Ese era, de hecho, un día de suerte para Reegesk. Sintió una oleada de excitación y sus bigotes se estremecieron con júbilo.

—Sí, acepto el comercio —le dijo al jawa, que todavía estaba mirando la escena al otro lado de la sala—. Guarda el talismán por ahora. Entrégame el precio que hemos acordado por la mañana.

Het Nkik puso repentinamente de nuevo su atención en Reegesk. Sin una palabra, apartó el bláster de la zarpa de Reegesk y se marchó.

—Ambos comerciantes recibieron el mejor trato este día —llamó Reegesk tras Het Nkik, pero el jawa no pareció escucharle.

Reegesk sonrió mientras observaba caminar a Het Nkik con esa confianza hacia la entrada de la cantina. Estaba contento de haber conseguido tan buen acuerdo. El jawa lanzó miradas desafiantes por la sala mientras salía con el DL-44 oculto bajo su túnica, con una mano toqueteando el precioso talismán de batalla.

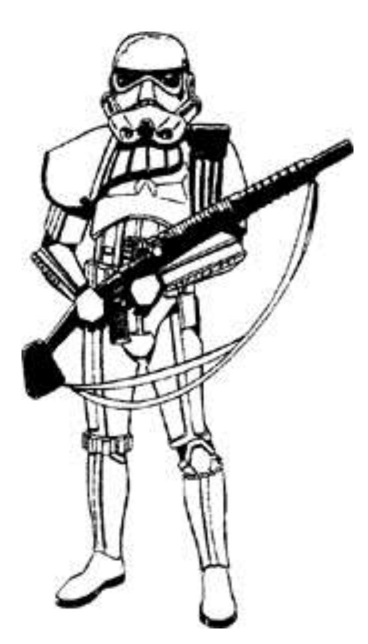
Reegesk vació el brebaje restante de su vaso y se levantó para marcharse, inhalando profundamente. El olor del cazarrecompensas rodiano chamuscado todavía pendía en el aire. *Muy satisfactorio*, pensó conteniendo un suspiro.

Momentos después, salía de la cantina a las áridas calles de Mos Eisley. Reegesk palmeó el bolsillo dentro de su túnica que guardaba la célula de energía que había cogido del bláster de Het Nkik. Ambos habían tenido el comercio que querían hoy. Él había puesto mucha atención.

Y ahora Reegesk tenía la fuente de energía perfecta para el nuevo vaporizador de la tribu ranat.

Cuando el viento del desierto cambia: El relato del soldado de asalto

por Doug Beason



A Davin Felth le llevó 30 segundos completos en el planeta de entrenamiento militar de Carida para decidir que servir en las fuerzas armadas del Emperador no era tan romántico como creía.

Davin se echó a la espalda su bolsa de viaje de color azul oscuro, que contenía todas sus posesiones y se unió al resto de los ciento veinte reclutas. Llenaban el angosto corredor de acero de la lanzadera de clase Gamma. Davin estaba casi agobiado por la diversidad de ropajes, colores y olores inusuales que emanaban de los jóvenes. El parloteo nervioso iba de un lado a otro por la línea de muchachos de dieciocho años; la mayoría de ellos estaba lejos de casa por primera vez. Un repentino ruido reverberó a través de la lanzadera y la puerta del exterior se abrió con un suspiro.

El aire fresco sin procesar por los recicladores atmosféricos entró en la nave. La luz sin filtrar salpicó la brillante cubierta reflejando en el corredor y durante unos gloriosos treinta segundos, pareció que la fama y los rumores de Carida, el planeta usado por la guardia personal del Emperador como base de entrenamiento para su ejército, de pronto se magnificaron. Aquel debería ser el lugar más emocionante para una nave de chicos de dieciocho años entusiasmados por comenzar sus nuevas vidas.

Y el griterío empezó.

Fue como si una bomba hubiera explotado entre el nervioso grupo de reclutas. Caos, gritos, confusión, y cien mil órdenes fueron repentinamente lanzadas sobre Davin desde todas direcciones. Los oficiales en uniforme gris oliva o los soldados de asalto con armaduras blancas se abalanzaron sobre ellos; los reclutas permanecieron firmes tratando

de parecer estatuas rígidas mientras los oficiales se colocaban a milímetros de sus rostros, gritándoles órdenes.

El único pensamiento de Davin era tratar de sobrevivir, para salir de aquel lío con vida. No podía pensar, y cada vez que trataba de responder a una pregunta que se le gritaba, alguien más ponía su cara frente a la suya y le exigía algo más.

Davin empezó a gritar, sin importarle lo que decía, o a quién se lo decía, tan solo reaccionando, tratando de parecer que estaba ocupado respondiendo la pregunta de algún otro. Alzó la voz y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y la estratagema pareció funcionar. Con toda la confusión que lo rodeaba, con un comandante de los soldados de asalto gritándole en la cara para tratar de desorientarlo, tuvo éxito en desviar la atención de sí mismo. Pero esto solo era el comienzo de seis meses de entrenamiento infernal para moldear a Davin como miembro de las tropas de élite del Emperador.

Después de lo que parecieron horas, Davin y el resto de los reclutas fueron conducidos en dirección a los barracones. Un hombre de aspecto tosco prehistórico les hizo señas para situarse a un lado de la vía de paso. Los reclutas corretearon con miedo. Se alinearon contra la pared y se cuadraron. El hombre corpulento les arrojó sus pertrechos: uniformes genéricos oscuros, cascos, calcetines, ropa interior, pañuelos, equipos de emergencia, botiquines, equipo de supervivencia, y el equipo de limpieza personal.

Davin aceptó la equipación, pero estaba demasiado asustado para preguntar qué debía hacer con ella. Una suave voz, proveniente de un hombre que se alzaba sobre el resto de los reclutas como una flor solar crecida en la rica tierra gamorreana, dijo humildemente:

—No… ¡no puedo soportarlo más!

Al instante, varios cuerpos imperiales uniformados se abalanzaron sobre el hombre. Una voz gritó:

—¡Vosotros, moveos! ¡Rápido!

Inclinándose hacia atrás bajo el peso de los pertrechos, Davin se tambaleó al unirse a la línea de reclutas, que parecían pilas de reptantes almacenes militares. El grupo fue apartado, y les llevaron a sus literas. Davin depositó su bolsa de lona azul y la carga de material en un catre. Otros dos reclutas compartían la habitación con él. Davin sonrió con cansancio y se presentó.

—Hola, soy Davin Felth.

El primer hombre estrechó firmemente su mano.

—Geoff f'Tuhns. —Dio un rápido vistazo a su alrededor y le ofreció una bolsa de comida con aspecto grasiento—. ¿Quieres un poco?

Davin miró en la bolsa y sintió que su estómago se removía.

—No, gracias.

Alto, de huesos grandes, y luciendo una cabeza de pelo rojo llameante, Geoff no parecía que pudiera caber dentro de una armadura de soldado de asalto. Miró una vez más a su alrededor, suspiró y se metió un puñado de comida en la boca.

—Si traes cualquier alimento, es mejor comerlo ahora. Me las arreglé para ocultar esto de ellos —dijo—, pero me amenazaron con castigarme si me pillaban con más comida.

—Mychael Ologat, —dijo el segundo hombre—. ¿Qué piensas de todo esto? —Mucho más pequeño que Geoff, Mychael parecía que podría caber en la bolsa de lona de Davin; pero sus músculos se marcaban bajo su tensa piel.

Davin estaba todavía en estado de shock desde el momento en que bajó de la lanzadera de clase Gamma. No llevaban en el planeta de entrenamiento militar más de una hora, pero con todas las provisiones que le habían dado y la cantidad de terreno que habían cubierto, a Davin a paso normal le habría costado una semana conseguir hacer lo mismo. Negó con la cabeza.

—Me dijeron que el ejército cambiaría mi vida, pero esto es de locos. Esperaba tener un poco de tiempo para acostumbrarme.

—No cuentes con ello —dijo Geoff con la boca llena de comida—. Llegamos ayer, y por lo que he oído este es el único comité de bienvenida. Lo realmente difícil vendrá más tarde.

Los ojos de Mychael se abrieron como platos. Se puso de pie frente a la puerta, y se las arregló para susurrar:

—Uh-oh, tenemos problemas.

Geoff dejó caer la bolsa de bocadillos y trató de meterla debajo de su cama con el pie, pero se resbaló y la bolsa se deslizó hasta el centro de la habitación.

Davin se volvió para ver a uno de los hombres más grandes que jamás había visto en su vida de pie junto a la puerta. Vestido con zapatos antigravedad, pantalón negro, una camisa de piel blanca, llevaba el ominoso casco blanco de un soldado de asalto imperial. El hombre parecía un pilar macizo. Reparó en la bolsa de comida. Su voz tenía un timbre metálico, como si surgiese de los altavoces implantados en los lados del casco de batalla.

—Su ingesta calórica está estrictamente regulada. ¿De quién es esa comida de contrabando?

Davin oyó a Geoff tragar. Por lo que había dicho, él no podía permitirse el lujo de ser atrapado. ¡Pero a *él* nadie le había dicho que era de contrabando! Tomó la palabra.

—Es mía.

El soldado de asalto se volvió hacia Davin.

—Eres nuevo aquí.

—Correcto.

—La respuesta correcta es «sí, señor». Lo aprenderás, o si no lo lamentarás. Considéralo como una única advertencia. —Rompió la bolsa de una patada, luego se volvió hacia los otros dos—. Vosotros, gusanos de arena, tenéis dos minutos para vestiros con vuestra ropa de entrenamiento físico y salir de aquí con el resto de vuestro escuadrón, o vuestro trasero será mío. ¡Ahora moveos!

Los tres reclutas imperiales se revolvieron los unos sobre los otros mientras la ropa volaba por la habitación.

—Gracias, Davin —jadeó Geoff mientras luchaba para meterse en un mono.

Davin solo pudo gruñir mientras saltaba sobre un pie, tratando de ponerse las botas de marcha hasta el muslo. A pesar del ritmo frenético, los dos siguientes minutos fueron la última oportunidad de Davin para relajarse durante los seis meses de entrenamiento.

Era siete kilos más ligero, pero inmensamente más fuerte. Davin ya se había acostumbrado a la vertiginosa rutina de entrenamiento. Los reclutas pasaban menos de cinco horas por noche en su habitación, cayendo exhaustos de sueño tras cada día de entrenamiento implacable: carreras de aptitud física, expediciones diarias en transporte suborbital a los campos de hielo del sur para el entrenamiento de invierno, una expedición de una semana al estéril desierto Forgofshar para el entrenamiento de supervivencia, una batalla de tres días contra la naturaleza en la selva ecuatorial. Davin pronto perdió la cuenta de los días.

Él y sus compañeros pronto aprendieron a levantarse antes de su «llamada a despertar» que se producía por la mañana, cuando su sargento de las tropas de asalto imperial abría su puerta de una patada y hacía estallar su silbato sónico. Davin se despertaba una media hora antes del toque de diana. Él y los demás solían apresurarse por la pequeña habitación de la residencia, limpiando y vistiéndose, solo para volver bajo sus sábanas para la llamada matutina ritual, pues habían visto lo que pasaba con otros reclutas cuando eran capturados fuera de sus literas antes del toque de diana.

Corriendo por el pasillo, Davin prestaba atención, esperando escuchar la expedición del día. Nunca sabía dónde podría ser enviado.

Fue la mañana que Davin estaba en su lugar en el pasillo cerca de treinta segundos antes que los otros la que cambió su vida. No comenzó con una fanfarria, simplemente con un:

—Davin, mueve tu trasero hacia el destacamento de AT-AT en el extremo del vestíbulo. ¡El resto de vosotros, gusanos de arena, formad para inspección!

Mientras el resto de su equipo se ponía en posición de firmes, Geoff le dio un puñetazo en su costado y le susurró:

—Buena suerte, listillo. ¡Te vamos a extrañar!

Davin no tuvo tiempo de contestar, puesto que el soldado imperial a cargo del destacamento de AT-AT ya estaba gritando a Davin para que se diera prisa.

—¡Veinte segundos más y te dejaré en un núcleo del reactor!

Davin se unió al grupo de reclutas en el extremo de la sala. Reconoció a varios de sus compañeros de aula con los que había terminado siempre entre los primeros de la clase. Se miraron entre sí, pero eran demasiado astutos para arriesgarse a hablar y hacer estallar la ira de su instructor.

Alineados, los condujeron fuera de la zona residencial de estudiantes hacia el campo del desfile. Edificios de cristal y sintogranito se alzaban por encima de sus cabezas. El

campo de desfile estaba rodeado de edificios ultramodernos. Decenas de ojos robots observadores sobrevolaban la zona, vigilando la base militar. Situada en el centro del círculo de edificios de aulas, una elegante nave de transporte ejecutivo se posó sobre el césped, con la puerta abierta para el embarque. Los reclutas se apresuraron a subir hasta que la señal de todo despejado alertó al piloto para el despegue.

Cuando Davin se acomodó en su asiento, un holograma apareció en el centro del pasillo. Alto y enjuto, y con los ojos hundidos, la imagen holográfica del hombre llevaba el ajustado uniforme negro de un comandante de tierra. La imagen habló con contundencia.

—Soy el coronel Veers, comandante de las fuerzas AT-AT del Emperador. Vosotros, candidatos, habéis sido seleccionados por vuestra capacidad de aprender rápidamente y por anteponer los requisitos de la misión sobre vuestras necesidades personales. No importa lo buenas que sean nuestras fuerzas espaciales, es la brillantez de las tropas de tierra, descubriendo al enemigo en sus guaridas, lo que nos va a hacer ganar este conflicto. Las fuerzas de tierra son la verdadera columna vertebral necesaria para una victoria total y vosotros habéis sido seleccionados para abanderar el buque insignia de las tropas de tierra: ¡el Transporte Armado Todo Terreno, el AT-AT!

La imagen del coronel Veers fue reemplazada por un gigante de metal de cuatro patas, avanzando a través de terreno accidentado. Recorrió en escasos segundos distancias que un hombre a pie habría tardado una hora en recorrer. Cañones bláster gemelos dispararon rayos láser desde la cabeza metálica del vehículo; dos tripulantes uniformados se podían ver en el módulo de mando de la cabeza del AT-AT. Los reclutas en el transporte ejecutivo lanzaron un suspiro colectivo al verlo.

La voz del coronel Veers continuó:

—Vais a ser sometidos a seis semanas de entrenamiento intensivo en los simuladores de realidad virtual antes de ser autorizados para el AT-AT, incluso en calidad de observador. Si pasáis la fase de clasificación de la prueba, se os permitirá acompañar a los AT-AT en uno de mis batallones de combate. Buena suerte a todos, pero mirad bien a vuestro alrededor; menos de uno de cada diez completará con éxito este arduo entrenamiento. —Recorrió la habitación como si pudiera mirar a la cara de cada recluta. Davin se sentó rígido en su asiento y trató de hacer frente al ojo del holograma, pero la imagen se disolvió.

Un murmullo recorrió la nave. Los reclutas se inclinaron sobre sus asientos y susurraron con entusiasmo entre sí. El hombre junto a Davin se volvió, con el rostro enrojecido.

—¡Un AT-AT! ¿Puedes creer que hayamos sido escogidos para tener oportunidad de comandar uno?

La imagen del vehículo monstruoso avanzando a través del terreno rocoso aún ardía en la mente de Davin. A través de todas sus experiencias de entrenamiento, nada había provocado ese fuego en él como la visión del AT-AT. Era casi como si su destino hubiera sido desplegado justo dentro del elegante transporte ejecutivo.

—Sí —susurró Davin— y voy a asegurarme de que no soy uno de esos nueve reclutas que fracasarán.

La sala de control del AT-AT parecía grande para Davin Felth. Controles multicolores sensibles al tacto cubrían las paredes y el techo. La ventana rectangular de observación en la parte delantera de la sala de control era tan alta como Davin. Dos sillas giratorias se emplazaban en la parte delantera de la ventana, permitiendo que el piloto y el copiloto tuvieran acceso a todos los controles, además de proporcionar una vista espectacular bajo ellos. Estaban unos cinco metros por encima del suelo, en el control de la «cabeza» del AT-AT, atracado en la base de entrenamiento.

Davin sintió que le faltaba el aliento, como si hubiera entrado en un lugar sagrado, pero era más que eso. Poco a poco, dio un paso adelante y pasó una mano sobre el asiento de la derecha. Sentía el rico cuero de dewback, ¡solo lo mejor para los reclutas del coronel Veers!

—¿Te gusta?

La voz sobresaltó a Davin, y el paso de los meses de entrenamiento le hizo encogerse a la explosión que sabía que estaba por venir.

—Sí, señor.

El instructor se unió a Davin y habló en voz baja, como si no quisiera perturbar el temor de Davin.

—Creo que nunca me acostumbraré a la sensación que tengo cuando me subo a bordo. —Miró a Davin—. Y esa es una de las cualidades que buscamos en nuestros reclutas, Davin Felth. Si no se respeta el AT-AT, entonces se toma la misión solo como otra tarea más. También podrían quedarse en la cabina de realidad virtual, jugando como niños. Nosotros solo queremos a los mejores para pilotar el AT-AT, porque cuando algo va mal y no se puede arreglar en RV, entonces es el mejor quien sobrevive.

Extendió la mano y pasó los dedos por una serie de luces. Un sonido bajo vibró a través del suelo mientras los instrumentos se encendían. El instructor hizo girar la silla y encendió las luces frente a él.

—¿Quieres sacarla fuera?

—¡Sí, *señor*! —dijo Davin. Se subió al asiento del copiloto con entusiasmo y esperó instrucciones. Al no recibir ninguna, recordó las lecciones que le habían enseñado en el simulador de RV, y rápidamente ayudó al instructor con las verificaciones. En cuestión de minutos ya estaban listos para soltar el AT-AT de la bahía de acoplamiento.

Davin miraba las pantallas incrustadas por encima de la ventana. Vio imágenes de la zona de atraque de los AT-AT desde diferentes ángulos. En el asiento junto a Davin, el instructor introdujo sin esforzarse la secuencia de arranque del AT-AT para abandonar su puesto de atraque. Aunque el AT-AT estaba completamente controlado por inteligencia artificial, Davin apreció por primera vez la enormidad de la tarea de dirigir una máquina

que mantenía casi tantas partes móviles como el cuerpo humano. La presencia humana a bordo servía como apoyo infalible.

—Llevémosla a las colinas —dijo el instructor—. Quiero realizar algunas prácticas de tiro. Daré a conocer a la base que nuestra señal de llamada es Landkiller Uno.

La vista exterior de la ventana gráfica se movió a través de la ventana de espesor molecular mientras el AT-AT se alejaba de la base. Rápidamente dejaron atrás los edificios de granito y carreteras y recorrieron la ladera escarpada.

El viaje fue tranquilo. El AT-AT pasó a través de abismos tan profundos que Davin no podía ver el fondo. Subieron la cresta y bajaron hacia el valle en el otro lado donde las rocas cubrían la ladera. Estaban en medio de una tierra estéril. Una pared escarpada se levantó a su lado, y en la distancia, Davin vio formaciones rocosas de color rojo y plata que sobresalían en el aire con el aspecto de un bosque de agujas multicolores. Davin miró el reloj, solo hacía diez minutos que habían abandonado la base, pero ya estaban fuera en el desierto.

Poco a poco, el instructor permitió a Davin hacerse cargo de los controles del AT-AT. Pilotaba el AT-AT como hacía en el simulador de realidad virtual, pero Davin sabía que cualquier error de juicio sería desastroso. Davin dedicó toda su atención al seguimiento de los innumerables instrumentos.

—Eres muy bueno en esto —dijo el instructor después de un tiempo—. No muchos reclutas están tan cómodos como tú.

—Gracias —dijo Davin, sin romper su concentración.

—Mantén este rumbo —dijo el instructor, levantándose de su asiento—. Quiero comprobar los depósitos de armas. Estamos llegando a la zona de destino y a partir de aquí el terreno no cambiará.

—Sí, señor.

—Solo llama si algo sale mal. Volveré enseguida. Pero no dejes los controles, pase lo que pase.

—Sí, señor. —Davin trató de mantener la emoción bajo control. El AT-AT casi funcionaba por su cuenta, pero aun así Davin sentía una sensación embriagadora estando al cargo, él solo en el centro de mando. A pasos monstruosos, el AT-AT atravesó pesadamente el terreno estéril. Observando el terreno accidentado, Davin podía imaginarse a sí mismo al mando de una flota de AT-AT, reunida contra los rebeldes.

Davin vio algo por el rabillo del ojo. Una mancha oscura, y de repente tres más, abalanzándose desde el cielo. Se dirigieron directamente hacia el AT-AT.

Davin miró su pantalla de radar, pero no apareció nada. Presionó sus instrumentos de exploración y obtuvo la misma respuesta: nada en absoluto en los espectros EM, gravitacionales, o de neutrinos.

Davin frunció el ceño y llamó a su instructor:

—Tengo visual de algunos cazas viniendo hacia aquí, pero no aparecen en los escáneres. Se acercan rápidamente.

Davin no obtuvo respuesta de su instructor, el cual seguía en el depósito de armas. El único sonido que Davin oyó fue el estruendo sordo del sistema de alimentación del AT-AT, y la leve sacudida, electrónicamente amortiguada, de cada paso.

Davin se volvió en su asiento.

—¿Señor? ¿Está ahí? —La puerta del depósito de armas estaba sellada. Davin se volvió hacia el frente. Las cuatro naves de combate se acercaban. Activó el intercomunicador y transmitió por todo el AT-AT—. ¡Sargento! —Todavía no había respuesta.

Los cuatro cazas se separaron en dos pares, cada uno girando de lado y viniendo directamente hacia la cámara de control del AT-AT. Estallidos brillantes de cañón bláster surgieron de los combatientes mientras disparaban al AT-AT de Davin.

—¡Eh! —Davin sintió la ira y el miedo en aumento a través de él—. ¡Sargento, estamos siendo atacados! —Las naves tronaron alrededor del AT-AT, haciendo que la gigantesca máquina de guerra se balanceara ligeramente con las turbulencias de los cazas— ¿Qué está pasando? ¿Estamos en zona de maniobras o algo así?

Aún sin obtener una respuesta, Davin casi se desabrochó para ir a buscar a su instructor de AT-AT. ¿Y si le había pasado algo a ese hombre? El instructor sabría qué hacer. ¡Aquello era una locura!

Pero cuando Davin vio al caza arremetiendo de nuevo frente a él, se quedó congelado en su asiento. Los cuatro atacantes llegaban para otra pasada. Davin se obligó a tomar el comunicador. Movió a la frecuencia de la base de los AT-AT.

—¡Socorro, socorro, aquí el Landkiller Uno! Atención, base, estamos siendo atacados. Debe de haber algún tipo de error. ¡Repito, socorro!

Solo oyó el ruido de la estática por el altavoz; incluso el holograma de emergencia no funcionaba.

Puntitos brillantes de luz surgieron una vez más desde las naves de combate que atacaban. Davin se tensó cuando el AT-AT fue sacudido por el impacto de un cañón bláster. Una alarma estridente emergió por encima de su cabeza mientras el olor acre del humo aceitoso se propagaba a lo largo de la sala de control.

—¡Sargento, ayúdeme! —El sonido gorjeante de otra alarma atravesó el aire, voces sintéticas que anunciaban procedimientos de control de daños surgieron de la parte trasera de la sala de control. Veinte cosas parecían suceder a la vez.

Entre la confusión, Davin divisó los cuatro cazas aparecer por encima y zambullirse para hacer otra, y quizás la última pasada.

Davin se enojó repentinamente con todo lo que había salido mal. A lo largo de su corta carrera como militar imperial había sido instruido con que la única manera de sobrevivir era seguir los procedimientos. ¡Pero esta era una situación que no había sido cubierta en ningún libro de texto o secuencia de pruebas! Estaba solo, y aunque parecía una locura, los rebeldes de alguna manera debían haber encontrado el camino hacia el planeta de entrenamiento militar imperial. ¿Cómo si no podría explicar las naves de combate que no aparecían en el radar?

Davin dejó a un lado su preocupación y armó los controles de fuego del AT-AT. Si iba a ser atacado, no iba a rendirse sin luchar. El sistema de control de fuego automático no era de ninguna utilidad ya que la nave enemiga no aparecía en ninguno de sus instrumentos de exploración.

Dirigiendo los controles de los cañones bláster siguiendo su línea de visión, desató una salva de disparos bláster de alta energía. Los haces de energía fueron más allá de las naves atacantes. Aunque sus disparos erraron, los cazas se separaron. *¿No esperaban que respondiera el ataque?*

Los cazas de combate volaron muy cerca de él una vez más, tan cerca que el AT-AT se estremeció a causa de la onda de choque de las naves que pasaban. Davin golpeó la baliza de emergencia, enviando un graznido continuado en las ondas radiales. Al mismo tiempo, detuvo el movimiento hacia adelante del AT-AT, dirigiendo los recursos informáticos completos del AT-AT para combatir a los atacantes.

Davin tuvo que confiar en su vista y no en los instrumentos durante la batalla, por lo que decidió ponerse con la mayor ventaja. Ordenó el AT-AT arrodillarse, cayendo tan bajo a tierra como fuese posible. Lentamente, con movimientos espasmódicos, el enorme gigante se tambaleó hacia el suelo.

Davin bajó plana la cabeza de la máquina de guerra hacia el cuerpo hasta que no quedó ninguna parte del AT-AT por la que los combatientes pudieran volar por debajo. Por el momento las cuatro naves se reagruparon para otro ataque, mientras el AT-AT de Davin yacía agachado en el suelo.

Los cazas se agruparon para iniciar un bombardeo en un ángulo alto. Cuando se acercaron, Davin sabía que no podrían volar bajo el AT-AT.

Davin les obligó a hacer un intento suicida sobre la cámara de control.

Davin pulsó con el dedo en el control de disparo. El AT-AT se sacudió con el retroceso de los cañones bláster. Una explosión irrumpió por la pantalla al tiempo que tocaba dos de los cazas. Un tercero trató de alejarse de los escombros que volaban, pero su ala golpeó el suelo y cayó en un acantilado rocoso.

El caza restante se abalanzó sobre él. Voló bajo, tambaleándose en la capa caliente del aire turbulento del desierto. Davin esperó hasta que la nave estuviera casi sobre él antes de disparar. La nave se mantuvo cerca de tierra, como si esperase que el AT-AT de Davin se elevara y empezará a disparar.

Segundos después, el último combatiente se estrelló contra una formación rocosa, estallando con una violenta explosión. Llamas rojizas anaranjadas salieron disparadas y luego rápidamente desaparecieron de la vista.

Davin se sentó en el repentino silencio. Unos instantes antes la sala de control se había llenado de una cacofonía de alarmas y la visión de las cuatro naves de combate atacando el AT-AT. Pero ahora, solo se oía el latido distante de la planta de energía de abordo.

Davin se sentía agotado, demasiado cansado incluso para llamar a la base y reportar lo que había sucedido. Pero sabía que era su deber, pues si estas cuatro naves rebeldes

habían conseguido evadir las defensas imperiales, a saber cuántos cruceros peligrosos podrían estar al acecho en órbita.

Cogió el comunicador cuando oyó un ruido detrás de él. Davin preguntó:

—¿Sargento? —En el fragor de la batalla, se había olvidado por completo de su instructor que se había perdido en el depósito de armas sellado.

Su instructor se puso de pie con las manos en las caderas, con una sonrisa lobuna.

—Buen trabajo, recluta Felth. Tienes un grupo de mando aterrizando en el módulo de comando del AT-AT. Abre la escotilla superior.

—Sí, señor. —Confuso y aturdido, Davin hizo lo indicado. Una vez fuera, buscó los restos de los combatientes que deberían haber cubierto el paisaje, pero se sorprendió al no ver nada.

—Eres el primer recluta que derriba los cuatro cazas, Davin Felth. Este AT-AT fue especialmente diseñado para simular esta batalla. Todo se proyecta vía realidad virtual en la cabeza de control. —Era casi demasiado para que Davin lo comprendiera.

Reponiéndose al hecho de que no había estado en una batalla real, Davin se quedó con su instructor en la parte superior de la extendida cabeza metálica del AT-AT. Davin entrecerró los ojos a la luz del sol. El aire seco del desierto olía cautivadoramente para él después de la mala ventilación de la sala de control dañada.

Un punto apareció por encima de ellos, aumentando de tamaño hasta que Davin pudo distinguir la parte inferior de una nave de mando exploradora imperial. Davin y su instructor dieron un paso atrás. Después de que la exploradora aterrizó, la puerta se abrió con un siseo y una rampa se extendió hacia la superficie.

Dos soldados de asalto imperiales blindados de blanco salieron y se pusieron en posición de firmes a cada lado de la abertura. Davin se quedó sin aliento al reconocer al hombre que emergía de la nave.

—¡Coronel Veers! —Davin se cuadró y saludó.

Veers se acercó y le devolvió el saludo. Miró a Davin de arriba a abajo.

—Recluta Felth, ¿verdad?

—Sí, señor —balbuceó Davin.

—Esta maniobra de rodillas con el AT-AT, ¿cómo se te ocurrió esa idea, recluta?

Davin abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

—Bueno —gruñó Veers—. ¡Suéltalo, recluta!

—No… no lo sé, señor. Me parecía lo más lógico. Era la única manera de evitar que los cazas acabaran con nosotros, al no permitirles pasar debajo del AT-AT.

Veers sonó extrañamente frío.

—¿Y qué se lograría con eso, recluta?

Davin se encogió de hombros, confundido por la línea de preguntas de Veers. *¿Por qué?, él había luchado contra los cazas, ¿no? ¡Y ganó!*

—Pues…

—¡Te dirigirás al coronel como señor! —le corrigió su instructor, avergonzado de cómo estaba hablando frente a Veers.

—Gracias, sargento —dijo Veers. El coronel se acercó a Davin y lo alejó de los demás. Cuando estaban a cierta distancia de los soldados de asalto imperiales y del instructor, el coronel habló en voz baja—. Ahora continua, recluta. ¿Qué hay de especial en no permitir que los cazas tengan acceso al vientre del AT-AT?

Davin se puso rígido.

—Perdí el rastro de ellos cuando volaron por debajo. Una vez que los cazas estaban bajo el AT-AT, podrían haber hecho cualquier cosa que quisieran.

Veers parecía a punto de perder la paciencia.

—¿Cómo…?

Davin sintió que su rostro enrojecía mientras se ponía a pensar en algo, cualquier cosa para apaciguar al coronel.

—Pues como… atar las patas del AT-AT, señor —espetó Davin—. Todo lo que necesitaban era un poco de cable y fácilmente podrían haber hecho tropezar al AT-AT.

Una mirada extraña se apoderó del coronel Veers. El delgado hombre sonrió con fuerza y miró por encima de Davin.

—Muy bien. Gracias, recluta. Es muy esclarecedor. —Se llevó un dedo a los labios—. Mantén esta información clasificada hasta que mi personal de batalla pueda analizar las consecuencias, ¿entendido?

—¡Sí, señor!

Veers se volvió para irse. Alzando la voz, asintió con la cabeza al instructor de Davin mientras hablaba.

—Que el recluta Felth se reporte en asignaciones cuando regrese. Un hombre de su calibre merece un reconocimiento inmediato. Mi personal tendrá una asignación digna de su talento lista en cuanto regrese.

—Sí, señor —dijo el instructor.

En el último momento, Veers levantó un dedo.

—E incaute todos los cubos de datos de esta simulación. Los enviará a mi cuartel general. ¿Entendido?

—Sí, coronel.

—Y rápido. He sido enviado para servir temporalmente como asesor en la nueva Estrella de la Muerte del Emperador. Quiero que esté resuelto antes de irme.

Cuando la nave exploradora desapareció de la vista, el instructor de Davin le dio una palmada en el hombro.

—¡No sé cómo lo hiciste, recluta, pero tengo la sensación de que estás marcado por una carrera de uno entre un millón!

El zumbido familiar de la nave no era consuelo para Davin Felth. El fuerte olor de aceite metalizado, la dura iluminación, y las cubiertas pulidas del enorme transporte de tropas deberían haber hecho sentir a Davin como en casa, pero desde que recibió las órdenes

encubiertas de la sección de comando del coronel Veers, había estado totalmente confundido.

Nadie puso en duda las órdenes selladas cuando se presentó en el transporte de las tropas imperiales, y nadie le explicó exactamente lo que tenía que hacer. Todo lo que sabía era que ahora, a doscientos años luz de Carida, había sido asignado a un destacamento de soldados de asalto, para partir hacia algún planeta abandonado.

¡Soldados de asalto!

Tomó aliento y trató de explicar por tercera vez al hombre que miraba los papeles sobre el escritorio, sin hacerle caso.

—Capitán Terrik, simplemente no lo entiende. He pasado los últimos días tratando de averiguar lo que está pasando, pero nadie tiene la autoridad para ayudarme. El coronel Veers me dijo personalmente que iba a recibir una misión digna de mi talento. Soy un operador de AT-AT, no un… ¡un soldado de a pie!

La cabeza suavemente afeitada del oficial se movió para que Davin pudiera verle los ojos. Profunda, penetrante, y absolutamente sin temor, el capitán Terrik posó su mirada aburrida en Davin como un sable de luz.

—¡Los soldados de asalto no son soldados *de a pie*! —Apoyó las manos sobre la mesa y se puso de pie, apenas conteniendo su temblor—. Si fuera por mí, baba de jawa, te habría lanzado al espacio apenas llegamos al vacío. ¡Soy muy consciente de las órdenes del coronel Veers, y vamos a seguir sus instrucciones al milímetro!

—Muy bien —dijo Davin, un tanto aliviado. Se enderezó y miró inteligentemente en torno a la cabina. El camarote del capitán Terrik, que era el cuartel general del pequeño destacamento de veinte soldados de asalto a bordo de la nave, estaba decorado con gallardetes, placas, pinturas de batallas contra los rebeldes y un holograma de Lord Vader—. Me enseñará mi asignación correcta, entonces. —Sonrió al capitán. Terrik tembló más visiblemente y se volvió más rojo a cada segundo.

—¡Ponte en posición de firmes! —gruñó el capitán Terrik—. ¡Escucha, cebo de mynock! Me tomó todo el día confirmar las órdenes, y solo el Emperador sabe por qué el coronel Veers quiere esto. ¡Pero ahora me perteneces, Felth! Tenemos otro mes de maniobras antes de llegar a Tatooine, y tengo la intención de utilizar ese tiempo para ponerte en forma.

—¿Tatooine? —dijo Davin, su rostro cada vez más blanco—. ¿Qué es eso? Debe de haber algún tipo de error.

—Oh, no. —El capitán Terrik sonrió como un lobo. Cogió las órdenes de Davin de encima de su escritorio y las agitó bajo su nariz—. Mi destacamento de soldados de asalto ha de relevar al Trigésimo Séptimo Destacamento estacionado en Mos Eisley en Tatooine. Vamos a estar asignados al gobernador, pero no estaremos en su cadena de mando. Mi superior se encuentra en el siguiente sector, a medio año luz de distancia. En caso de que no lo hayas notado, no vamos directamente a Tatooine, así que voy a tener un mes para romperte, moco de jawa, y convertirte en un soldado de asalto real. Aprenderás

bastante rápido lo que se siente al ser un *soldado de a pie*. —El capitán Terrik escupió las palabras de su boca y sonrió a Davin—. ¿Alguna pregunta más, niño mimado?

Davin sintió que las esperanzas que le quedaban se le escapaban. De pie en posición de firmes, a milímetros de la cara del capitán Terrik, Davin sabía que aquello sería como saltar de una nave que se estrella y caer en un pozo de combustible ardiendo.

Davin Felth estaba en la mejor forma de su vida cuando se preparó para aterrizar en Tatooine, pero el mes que había transcurrido a bordo del transporte de tropas había sido un verdadero infierno.

Los veinte soldados de asalto en el destacamento se habían puesto manos a la obra de una u otra forma, y «ayudaron» a Davin a ponerse al día en el riguroso entrenamiento. Su período normal de tres meses de disciplina, educación, y condición física se comprimió en una pesadilla interminable para Davin. Los soldados de asalto no estaban dispuestos a permitir que un mero operador de AT-AT, aunque graduado en el Centro de Entrenamiento Básico de Carida, estuviera entre sus filas sin pasar por un ritual mínimo.

Davin no tenía tiempo para sentir nostalgia o sentirse solo, aunque a veces sus pensamientos se desviaban de vuelta hacia sus dos compañeros de cuarto en Carida. Se preguntó dónde habrían sido asignados.

Diez horas antes de tocar tierra, Davin marchó hacia intendencia y recogió su equipo de desierto: armadura, comunicador, máscara de filtros, rifle bláster, pistola bláster, guantes corporales con control de temperatura corporal, cinturón de herramientas, fuente de energía y un lanzagranadas. Se tambaleó hacia su camarote bajo la carga del equipamiento.

Davin se puso su casco con lentes polarizadas automáticas. Totalmente equipado con las unidades del terreno desértico, se movió ruidosamente hacia el espejo de su pequeño camarote y se miró a sí mismo. Le gustara o no, finalmente era un soldado de asalto.

Utilizó su barbilla para hacer clic en su dispositivo, activando el comunicador. Se conectó al tráfico de radio de las tropas de los soldados de asalto:

—Acceso a la bahía AT-AT abierta.

—Destacamentos de asalto frío y acuático informan que todavía están en espera.

—Aterrizaje en Tatooine a la espera cuando esté listo.

Una serie de voces informaron. Davin creyó reconocer algunas de las voces de los soldados de asalto.

Hubo una larga pausa de silencio. Sonando irritada, la voz del capitán Terrik se oyó por el comunicador.

—¿Diez-veintitrés? ¿Estás preparado y listo?

Le tomó a Davin dos latidos de su corazón darse cuenta de que el capitán Terrik le estaba hablando a *él*.

—Diez-veintitrés listo, señor.

—Preséntese en las lanchas de desembarco, diez-veintitrés. Prepárese para desembarcar. ¡Rápido!

—Sí, señor. —Su nombre le había sido despojado, y le habían asignado a Davin el emocionante número diez-veintitrés como parte de su adoctrinamiento de soldado de asalto. Su ferviente devoción al deber exigía la negación del individuo, prometiendo su lealtad solo al Emperador. No dispuesto a asumir ese compromiso, Davin volvió sus pensamientos a su familia, sus amigos, aunque la formación intentaba apartarlo de sus recuerdos. Sus compañeros soldados de asalto se deleitaban con el misterio que rodeaba su existencia, su falta de identidad. Sin nadie a quien recurrir o confiar, Davin se sentía triste.

Solo le tomó un momento recoger sus escasas pertenencias. La ropa que había traído con él desde su casa parecía inútil, pero la mantuvo como un recordatorio de la vida que solía tener. Se la metió en una bolsa de lona de color arena y lo llevó con sus armas a las lanchas de desembarco. Se mantuvo al lado del pasillo mientras caminaba, tratando de mantenerse fuera del camino de los demás. Un grupo de soldados de marina marchando rápido doblaron la esquina.

El pasillo se extendía hasta la inmensa bahía de aterrizaje. Al entrar se sentía como si estuviera al aire libre. Droides trabajadores corrieron a lo largo de un andamio que era más alto que un AT-AT. La bahía era tan amplia que tenía problemas para ver el lado opuesto. Se dirigió a la nave de aterrizaje, a medio camino de la inmensa bahía, para unirse al contingente de soldados de asalto.

—¿Diez-veintitrés?

Davin bajó sus pertrechos y se enfrentó al capitán Terrik.

—Presente, señor.

—Estará asignado a la escuadra exploradora Zeta. Algo ha ocurrido. Nos estamos retrasando en presentarnos en la guarnición, por lo que amontone su equipo en el compartimiento de almacenamiento con el del resto del destacamento.

—Sí, señor.

Davin se alineó y esperó a que el capitán Terrik terminara su papeleo. Aceptando el saludo del oficial en cubierta, el capitán Terrik se encaró a los soldados de asalto en espera. Un sonido gorjeante surgió del comunicador de Davin, que le informaba de que el capitán Terrik iba a un modo de comunicación segura, utilizando técnicas de cambio de frecuencia que solo los sensores de los soldados de asalto conocían.

—Rápido; tenemos un cambio de órdenes. Vamos a desplegarnos en la superficie, evitando Mos Eisley, para participar en una misión de búsqueda y destrucción.

—¿Qué estamos buscando, señor? —preguntó alguien.

—Una cápsula de escape. Eyectó de una corbeta corelliana que intentaba evadir el destructor estelar de Lord Vader y aterrizó en algún lugar de Tatooine.

Rompiendo el silencio militar, un jadeo estalló en el enlace de seguridad.

—¿Lord Vader está aquí?

—Así es —dijo el capitán Terrik sombríamente—. ¡Ahora subid a bordo de la nave de aterrizaje!

Aunque Davin fue el último en subir a la nave, ocupó su puesto antes que todos los demás soldados de asalto de su destacamento. ¡Lord Vader! La sola idea de que el Señor Oscuro estuviera tan cerca del atrasado planeta provocó un escalofrío que recorrió a Davin. No se había sentido tan extraño desde que había descubierto a través de varios rumores que el coronel Veers nunca había mencionado la defensa «de rodillas» para el AT-AT de Davin a sus superiores. Era casi como si el coronel Veers no quisiera que nadie se enterara del fallo fatal en el diseño del caminante gigante.

Los soldados de asalto estaban sentados en silencio mientras salían del transporte de tropas, su hogar durante el último mes. Las imágenes visuales de Tatooine brillaron dentro de sus cascos, transmitidas a través de la red de inteligencia en órbita sobre Tatooine. Gráficos generados por ordenador identificaron el lugar de destino más probable de la pequeña cápsula de escape.

Como parte de la unidad exploradora Zeta, Davin fue el encargado de reconocer las tierras altas rocosas. Agarró su rifle bláster y echó un vistazo al resto de los soldados de asalto que esperaban pacientemente en dos filas junto a él. Todo el mundo estudió los datos almacenados de la nave nodriza. Se preguntó cómo los demás podrían permanecer tan tranquilos cuando estaban a punto de embarcarse en una misión. ¡Y para Lord Vader! Simplemente se preguntó por qué la cápsula era tan importante.

La nave de exploración aterrizó con un golpe. Un lado se abrió, derramando dentro aire caliente y el sol brillante. Davin salió fuera y se unió a los otros soldados de asalto, que rápidamente se alinearon delante del capitán Terrik. Nadie habló por el comunicador hasta que Davin oyó la voz del capitán Terrik.

—El destructor estelar de Lord Vader está cartografiando el planeta con un sensor de escaneo tratando de localizar la cápsula de escape. Debe de haber sido enterrada al aterrizar o ha sido ocultada por algunos simpatizantes de los rebeldes. Tenemos una posición preliminar de la cápsula justo antes del impacto, por lo que vamos a diseminarnos, y filtraremos toda la arena de este planeta si es necesario para encontrarla.

—¿Por qué es la cápsula tan importante, señor? —Davin se sorprendió a sí mismo por haber preguntado impulsivamente, solo esperaba que el capitán Terrik estuviese tan ocupado como para no gritarle.

—Contiene material clasificado, y eso es todo lo que necesita saber. La cuestión es que tenemos que encontrarla… o vamos a tener que explicar a Lord Vader por qué un destacamento del propio Emperador falló en su deber. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

—Entonces escuchad. Las escuadras Alvien y Drax, cubran el siguiente cuadrante. Escuadra Zeta, conmigo. En el cuartel general en Mos Eisley tienen confiscados tres dewbacks para ayudarnos en la búsqueda, pueden cubrir más territorio del que podemos y van a llevarnos a la cápsula si consiguen un rastro. Iniciad un patrón de búsqueda circular, moveos.

El terreno desértico era monótono y siempre distinto. Davin hacía crujir la arena a su paso sin estar seguro de lo que estaba buscando, pero sabiendo que alguna prueba del aterrizaje de la cápsula de escape tenía que estar presente. Subió a una pequeña colina. El desierto se extendía en todas direcciones. Podrían haber sido los únicos en el planeta.

Viendo una elevación en la arena bajo él, se deslizó por la cresta y hurgó con el bláster en el suelo. ¡Dio con algo duro! Hizo clic en el comunicador.

—Capitán Terrik, diez-veintitrés informando. Creo que he encontrado la cápsula.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. —Davin excavó con entusiasmo en el suelo con la culata de su bláster, solo para descubrir una gran roca.

El capitán Terrik apareció sobre la cresta al mismo tiempo que Davin hacía su descubrimiento.

—Diez-veintitrés, ¿qué estás haciendo?

—Lo siento, señor. —Desalentado, caminó de regreso a la pequeña colina y se unió al resto de su equipo para continuar la búsqueda.

Tras llegar a Mos Eisley, un lagarto gigante dewback fue asignado a cada escuadra. A Davin no se le dio la oportunidad de montar la monstruosa bestia reptil, pero le vino muy bien. Cada paso que el animal escamoso daba hacía reverberar la arena.

La búsqueda pareció durar una eternidad. Davin perdió la cuenta de los descansos que tomó, y por órdenes imperiales, se vieron obligados a permanecer en sus trajes y beber el agua destilada traída desde Mos Eisley con el dewback.

Volviendo de cubrir otra parte del cuadrante, Davin vio un destello por el rabillo del ojo. Allí, fuese donde fuese, había capturado la luz del segundo sol de Tatooine.

Casi gritó, pero cerró la boca. Agarrando su bláster, corrió brincando hacia el destello de luz. Poco a poco, el objeto tomó forma. Medio enterrado en la arena, el objeto parecía chamuscado. Cuando se acercó, distinguió las vagas marcas rojas y azules de una cápsula de escape.

No había ninguna duda en su mente.

—Capitán Terrik, diez-veintitrés informando. ¡He encontrado la cápsula de escape!

—¡Si este es otro de tus sueños, diez-veintitrés…!

—Estoy seguro, señor. Puede que no sea lo que estamos buscando, pero tiene marcas imperiales.

Minutos más tarde el capitán Terrik se reunió con Davin junto al objeto. Un soldado de asalto montado en un dewback apareció sobre la cresta de una duna, esperando una señal de que era la cápsula correcta.

El capitán Terrik inspeccionó el sitio.

—Alguien estaba en la cápsula. Las huellas van en esa dirección.

Davin pescó un mecanismo desde dentro de la cápsula de escape. Solo había una cosa que utilizara ese dispositivo: una unidad R2. Lo sostuvo para que todos pudieran verlo.

—Mire, señor, ¡droides!

—Muy bien. Formad. Informaré a Lord Vader que la cápsula no fue destruida. Ahora sí que tenemos que movernos.

• • •

—Diez-veintitrés informando. No están en la bahía de reparaciones, señor —dijo Davin Felth. Se puso de pie en medio de una bahía llena de droides en las entrañas de un reptador de las arenas jawa. Los cables caían del techo; mesas con equipos desmontados estaban repartidas por el suelo.

—¿Habéis registrado todo el reptador de las arenas?

—Afirmativo —contestó cada soldado de asalto, siendo llamados por su número de soldado uno a uno.

—Formad fuera.

Davin pisó un droide trabajador Roche J9 tirado en el suelo de metal. Dos jawas estaban fuera de la bahía de reparaciones y murmuraron entre sí, obviamente disgustados porque los soldados de asalto estaban buscando en su nave. Davin escaneó la sala una última vez antes de irse y contó un droide Arakyd BT-16 de perímetro, un droide de demolición, un droide agromecánico R4, un droide de mantenimiento WED15 y un droide de energía EG-6, pero no había ninguna unidad R2, ni siquiera una unidad de protocolo que a menudo se combinaba con un droide R2.

Una manada de jawas lo siguió fuera del crucero. Todo lo que Davin podía ver de los pequeños alienígenas eran sus ojos brillantes, mirando desde sus túnicas encapuchadas marrones. El resto de la escuadra Zeta se quedó esperándolo, sus rifles bláster aferrados ligeramente a su lado. Los soldados de asalto se mantenían espalda contra espalda, mirando hacia todos los lados en previsión de cualquier posible ataque.

Cuando se unió a la escuadra, Davin escuchó al capitán Terrik conversando con el jefe jawa por el altavoz de su traje de oficial.

—¿Estás seguro de que los droides fueron vendidos a un granjero de humedad en tu última parada? —Después de una serie de silbidos agudos provenientes del jawa, el capitán Terrik se volvió y agitó su brazo hacia atrás dirigiéndose a la escuadra Zeta; cambió a la frecuencia segura de las tropas de asalto—. Formad con el resto del destacamento.

La Escuadra Zeta marchó por la arena alejándose del reptador de las arenas jawa para unirse al resto de las tropas de asalto. Montaron guardia sobre el reptador de las arenas en una cuesta justo al sur. Tres enormes banthas peludos aerotransportados de algún lugar, dos lanchas de carga convertidas GoCorp Arunskin 32, y una fortaleza flotante Ubrikkian HAVr A9 con dos cañones bláster pesados esperaban al otro lado de la subida.

Los jawas gritaron y sacudieron sus puños a los soldados de asalto mientras se iban. Los pequeños alienígenas vestidos de marrón entonces corrieron alrededor del reptador de las arenas, preparándose para continuar su viaje.

La voz del capitán Terrik sonó por el casco de Davin.

—Fortaleza flotante, haga fuego cuando esté lista sobre el reptador de las arenas jawa. Cuando sea destruida, lleven esos banthas hasta los restos y dejen ese material confiscado a los moradores de las arenas. Quiero que la gente piense que los moradores de las arenas atacaron el reptador de las arenas. El resto, llenad los esquifes de carga, encontraremos esos droides en la granja de humedad.

La fortaleza flotante puso inmediatamente las ruedas fuera de tierra, por encima de la cresta, en un giro lateral. Subido a bordo del voluminoso esquife de carga, Davin vio dos rayos de energía bláster brotando de la fortaleza flotante.

Por encima de los gritos de alegría de los otros soldados de asalto, Davin se mantuvo silencioso. Sus pensamientos fueron para los pequeños jawas y cómo habían dejado de existir.

Davin se quedó detrás del resto, permaneciendo lo suficientemente lejos de los otros soldados de asalto, para no llamar la atención sobre sí mismo. La escuadra Zeta corrió a través de los niveles más bajos de la casa del granjero de humedad, volcando mesas, arrancando puertas de los armarios, golpeando armarios metálicos con sus rifles bláster hasta que los contenedores se abrían de golpe. Uno a uno, los soldados de asalto informaron al capitán Terrik:

—No hay rastro de los droides, señor.

Davin observó cómo el soldado de asalto frente a él daba una patada a una cuba de aceite antes de dirigirse a la planta superior. La casa del granjero de humedad era un caos.

—Escuadra Zeta presentaos y formad —dijo el capitán Terrik, con palabras cortantes y precisas por el casco de Davin.

—Diez-veintitrés —dijo Davin. Trató de controlar su respiración, pero la idea de lo que iba a ocurrir a continuación casi abrumó sus sentidos. Trotó hacia el brillante doble sol de Tatooine y se cuadró con el resto de su escuadra. El capitán Terrik se paró frente al granjero de humedad y su esposa en el exterior de la casa. El rostro del granjero de humedad era de color rojo brillante por la ira, la mujer lloraba cabizbaja. Davin activó su sensor externo de audio con la barbilla y escuchó el intercambio.

—¡… no sois más que criminales! Le he dicho que no he visto esos androides desde anoche. ¡Y mire lo que le ha hecho a mi casa! El gobernador va a pagar por esto.

—Ese sobrino suyo —dijo el capitán Terrik, su voz modulada por el micrófono de la armadura de batalla—, una vez más: ¿a dónde llevó la unidad R2?

—¿No me ha escuchado? —el granjero de humedad sacudió un puño al aire—. No lo sé, ¡y no se lo diría, aunque lo *supiera*! Vosotros, matones imperiales, sois peor de lo que imaginaba. —Se acercó a la visera del casco del capitán Terrik y le escupió; la saliva corrió por el casco del oficial.

El capitán Terrik no hizo ningún intento de eliminar la saliva.

—¿Dónde está el chico?

—Nunca me interesó mucho el movimiento rebelde, pero ahora espero que os encuentren a cada uno de vosotros, excrementos de bantha, ¡y asen vuestros cuerpos!

El granjero de humedad se volvió y puso un brazo alrededor de su esposa, atrayéndola a su lado. Los dos se alejaron, de regreso a su casa.

Sin emoción, el capitán Terrik asintió hacia los soldados de asalto. Su voz llegó a través del enlace seguro.

—Solo hay un lugar al que el chico podría haber llevado a los androides, a Mos Eisley, para poder escapar del planeta. Escuadra Zeta, cargad. Fortaleza flotante, esta casa tiene que quedar como un recordatorio de lo que sucede cuando se da alojamiento a los rebeldes. Disparen cuando estén listos.

Volviendo rápidamente al bote de carga, Davin Felth subió a bordo y mantuvo los ojos apartados de la explosión en la casa. Un sabor agrio arañó su garganta. Primero ejecutaron a los jawas y ahora a estos seres humanos. ¿Y por qué? ¿Por un par de droides piojosos? ¿Qué podía ser tan importante que mereciera la ejecución de aquellas personas?

En su planeta natal, alistarse en el ejército había parecido todo diversión y juegos. Había subido a la nave de transporte con el pecho henchido de orgullo, para ser llevado a Carida. Pero ahora, esta era la realidad. La gente estaba muriendo, estaba siendo asesinada indiscriminadamente.

El esquife de carga se levantó del suelo, dando a Davin una vista de la carnicería de abajo. El humo se elevaba desde la casa. Pudo ver los restos carbonizados de dos cuerpos tendidos en la arena quemada. A medida que el bote rodaba hacia la desértica ciudad de Mos Eisley, Davin no sabía qué iba a hacer si se le ordenaba matar.

Al aterrizar en las afueras de Mos Eisley, los soldados de asalto abandonaron el esquife de carga. Pasaron horas inspeccionando las bases de datos de la autoridad portuaria, interrogando a los propietarios de naves de alquiler y buscando talleres de reparación antes de que el capitán Terrik renunciara disgustado y ordenara una búsqueda metódica por las calles.

Los olores de la rica comida, de cuerpos sucios e incluso de combustible impregnaban sus trajes de batalla cuando se reunieron alrededor del capitán Terrik.

—Muy bien, escuchad —dijo—. Escuadra Alvien, estableced puestos de control en cada camino que entra en la ciudad. Complementad el destacamento de allí. Escuadras Drax y Zeta, patrullad por la ciudad, comprobando puerta por puerta para dar con los androides. Solo hay una manera de que los droides y ese chico consigan salir fuera del planeta y tiene que ser a través de este infierno de ciudad. Moveos.

Davin se unió al resto de la escuadra, mientras marchaban alejándose del destacamento. Mos Eisley se desplegó ante ellos, una colección de polvorientos edificios marrones de baja altura que parecía como si hubieran sido distribuidos por un adicto al zumo juri. Criaturas envueltas en largas túnicas se movían tranquilamente por las calles

de tierra. Davin no había visto esa cantidad de alienígenas en un mismo lugar desde los Juegos Olímpicos Galácticos en el holovideo.

Cada puerta estaba sellada, supuestamente contra la arena, pero Davin sospechaba que era para asegurar la privacidad de los personajes desagradables que vio dando un paso atrás en las sombras.

Marcharon hacia el corazón de la ciudad, pasando el almacén de Lup, el mercado, el asador de Gap, y el puerto espacial. Un popurrí de sonidos farfullantes y olores fuertes invadió los sentidos de Davin, mezclados con la omnipresente arena. Después de su exposición inicial en Tatooine al ser arrojado en medio del desierto con su destacamento, Davin se dio cuenta de que en realidad no había tenido la oportunidad de sentarse y disfrutar de ese extraño nuevo mundo al que le habían asignado. Pero, de nuevo, se dio cuenta amargamente de que podría pasar mucho tiempo antes de que pudiera irse del planeta.

Sus pensamientos se hicieron añicos a causa de un grito, luego varios gritos más surgieron de un viejo fortín. Davin recordó las reuniones informativas en la nave de desembarco. Varios edificios habían sido diseñados originalmente como refugios contra los incursores tusken. Este se veía claramente como uno de ellos.

Nadie más en la escuadra Zeta pareció oír la conmoción.

Buscando una oportunidad para escapar un instante de la locura, Davin encendió su comunicador.

—Diez-veintitrés, vamos a verificar un disturbio en un fortín.

—Permiso concedido —dijo el capitán Terrik—. Diez- cuarenta y siete, apóyale.

Davin agarró su fusil y se apartó de la escuadra. Criaturas vestidas de todas las formas posibles se apartaron de Davin y su respaldo. Un rótulo indeterminado con letras borrosas decía: Cantina de Mos Eisley.

Un insectoide verde de 2,8 metros de altura se arrastró desde la cantina cuando llegaron. Lucía sus ojos saltones por encima de un tallo delgado, con cuatro patas soportando un tórax delgado y el abdomen. Se dirigió a Davin.

—¡Me voy a llevar mi comercio de especias a otro lugar si no puedo asegurarme de mi propia seguridad!

Davin se volvió hacia su compañero, diez-cuarenta y siete.

—Suena a problemas.

—Estos sitios no sirven a droides —dijo diez-cuarenta y siete—. Nos necesitan en otro lugar.

Queriendo alejarse de la caza de los droides, Davin hizo caso omiso y siguió adelante adentrándose en la oscura cantina. El visor de estado sólido de Davin inmediatamente compensó el bajo nivel de luz. Se situó en un vestíbulo elevado, junto a la puerta. Parecía un lugar donde los contrabandistas, cazadores de recompensas, y otros tipos de clase baja solían pasar el rato.

Davin vio a dos personas en la parte posterior, un chico y un anciano, levantarse de un reservado y caminar rápidamente hacia un pasillo trasero. Los ignoró y se acercó al camarero.

Davin activó su altavoz exterior.

—Tengo entendido que ha habido algunos problemas aquí.

—Nada fuera de lo común —dijo el camarero, asintiendo con la cabeza hacia la parte trasera de su establecimiento—. Solo teníamos un poco de diversión. Puede echar un vistazo si lo desea.

—Muy bien, lo comprobaremos.

Davin mantuvo aferrado su fusil y caminó lentamente a través de la cantina. Pasó por delante de dos mujeres humanas delgadas y un maloliente rodiano apoyado en la barra, un cornudo devaroniano asintió bruscamente y dio un paso atrás, apartándose de su camino. Al llegar al reservado del fondo donde Davin había visto al chico y al hombre viejo, se encontró con un hombre de aspecto atlético que miraba sombríamente a la mesa, sin hacerle caso.

Davin se volvió hacia su compañero, 1047.

—Tienes razón, aquí no hay nada.

—Volvamos con los demás.

Davin se limitó a gruñir. No tenía ninguna prisa por presenciar otro asesinato sin sentido. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Salieron a la brillante luz del sol de Tatooine, dejando la oscura cantina atrás. Davin estaba sugiriendo continuar la búsqueda de los droides desaparecidos por su cuenta en lugar de unirse al destacamento, cuando el resto de la escuadra Zeta apareció doblando la esquina al mismo paso, completando su circuito del perímetro.

Antes de que Davin pudiera decir algo por el micrófono del casco, oyó un grito estridente. ¡Sonaba como un jawa indignado! ¿Cómo podría olvidar el parloteo estridente de las pequeñas criaturas que habían ejecutado brutalmente?

Al instante Davin se agachó en una posición de combate, levantando su rifle. Un jawa de larga túnica saltó desde un escondite en medio de algunos restos espaciales estrellados en el centro de la plaza. El jawa forcejeó con una pistola de gran tamaño, el arma empequeñecía el ridículo aspecto de la criatura.

Finalmente apuntó el rifle bláster hacia la escuadra Zeta, y con un último grito estridente el jawa apretó el botón de disparo.

No ocurrió nada. El jawa aulló de rabia y sorpresa. Siguió presionando el botón. Todo sucedió tan rápido que Davin no reaccionó.

O tal vez su instinto le impidió reaccionar, con todos los asesinatos sin sentido que había presenciado.

—Estúpido jawa —murmuró 1047. El soldado de asalto sacó su arma y efectuó un tiro hacia el jawa, que todavía seguía luchando con el arma. El impulso del disparo envió al jawa volando atrás contra los restos de la nave. Se deslizó hasta el suelo—. Un moco de jawa menos para molestarnos —dijo 1047 cuando enfundó su bláster.

Davin dio un paso atrás en estado de shock. *¿En qué nos hemos convertido?* Casi había excusado a los soldados de asalto imperiales por la forma en que mataron indiscriminadamente a los jawas en su reptador de las arenas debido a que eran una supuesta amenaza para el Emperador. Pero el granjero de humedad, y ahora este último acto de violencia… Davin no podía asimilarlo. La única respuesta a estas acciones seguía siendo la misma, una y otra vez: el Imperio era básicamente malvado. Y él no encajaba allí.

Pero no puedo renunciar, pensó. *Entonces, ¿qué puedo hacer?*

Pareció caminar aturdido por una eternidad con la escuadra Zeta, hasta que oyó una voz por el altavoz de su casco.

—Problemas en la bahía de embarque noventa y cuatro. ¡Hemos localizado los androides! ¡A todo el personal, agrúpense y apoyen!

—¡Vamos, diez-veintitrés! —dijo 1047—. ¡Sígueme!

Davin agarró su rifle bláster y trotó detrás del hombre blindado de blanco. Su tiempo en Tatooine había parecido un sueño, pues no sabía cuánto llevaba en el planeta, pero había sobrevivido con las raciones y suplementos de su traje durante más tiempo de lo que imaginaba que sería posible.

La voz del capitán Terrik surgió desde dentro de su casco.

—¡Capturad los androides! Los rebeldes los tienen, ¡no dejéis que se escapen!

Sonidos de disparos láser rebotaban por las calles estrechas. Una multitud se había reunido frente a la bahía de embarque, varios miraron por encima de la muchedumbre y trataron de obtener una visión de lo que estaba pasando.

1047 cambió a su altavoz exterior:

—¡Háganse a un lado, ahora!

Davin siguió ciegamente a su compañero, más confundido que nunca. ¿Rebeldes? ¿Por qué las fuerzas rebeldes eran tan descaradas y trataban de escapar ahora?

Corrieron por el callejón, doblaron una esquina y se encontraron con el tiroteo. Un carguero ligero modificado descansaba en medio de la bahía de atraque, con su escotilla trasera abierta. Davin alcanzó a ver a un chico corriendo por la rampa de la nave. Una andanada de disparos láser salpicaba la zona.

Una veintena de soldados de asalto se desplegaron a su alrededor, disparando contra el carguero ligero. El aire se llenó con los sonidos ardientes de los disparos láser.

Davin se sorprendió al ver que un hombre de aspecto atlético mantenía a los soldados de asalto a raya, ¡combatiendo en una proporción de veinte a uno! ¿Ese hombre era uno de los misteriosos rebeldes que se atrevían a sublevarse contra el Emperador? *¡Era el mismo hombre que Davin había visto en la cantina!* ¡Así que ese era el que había mantenido dos destacamentos de soldados de asalto tras él!

Hipnotizado por la sola idea de que unos pocos podían lograr mucho, Davin sintió una oleada de solidaridad; percibió una empatía con los rebeldes, luchando contra probabilidades tan abrumadoras y sobreviviendo. No había sentido tanta emoción desde el día que marchó hacia Carida.

El ruido y la confusión eran abrumadores. El humo brotaba de los disparos láser perdidos que habían incendiado los materiales de construcción. Los soldados de asalto gritaron órdenes contradictorias.

Justo enfrente de Davin, el capitán Terrik se apoyó sobre una rodilla y apuntó cuidadosamente al hombre de aspecto atlético que seguía manteniendo a raya lo mejor del Emperador. El capitán Terrik esperó el momento preciso antes de apretar lentamente su rifle bláster para acabar con el rebelde.

Davin dirigió una rápida mirada alrededor. No había nadie detrás de él y lo más importante, nadie lo estaba observando.

Sin dudarlo, Davin levantó su bláster y disparó al capitán Terrik por la espalda.

El oficial cayó al suelo, siendo inadvertido por los demás.

El rebelde de aspecto atlético trepó con seguridad hasta la rampa de acceso para cerrarla, sellando la nave. Un grito ensordecedor surgió dentro de su casco por la frecuencia de los soldados de asalto:

—¡Despejad el área, los rebeldes despegan! ¡Despejad el área!

Derrotados, los soldados de asalto se retiraron. Cualquiera que quedase en la bahía de embarque sería irradiado por los escapes de la nave. La voz de alguien llegó por la frecuencia segura:

—¿Dónde está el capitán Terrik?

—Déjelo —surgió otra voz—. Está muerto. Murió en el tiroteo.

Los soldados de asalto llenaron el aire de maldiciones. Varios lanzaron sus blásters contra la pared con disgusto.

Pero cuando Davin se retiró con los demás, un nuevo sentimiento de propósito se apoderó de él como un fresco viento que cortaba a través del calor interminable. Sentía una afinidad con los rebeldes y casi quería unirse a su causa.

Pero, ¿cómo?

Tal vez podría advertirles de la vulnerabilidad del AT-AT. O tal vez podría funcionar como una «planta profunda», pasando información vital.

¿Un espía? Tal vez *lo* haría. Tendría algo por lo que vivir, algo en lo que creer. Se sintió embriagado, cuando de repente las cosas encajaron en su lugar.

Mientras los soldados de asalto formaban, Davin sabía que podía ayudar mejor a los rebeldes permaneciendo en el vientre de la bestia.

La sopa está lista: El relato del fumador de pipa

por Jennifer Roberson

Dolor-placer…, placer-dolor. Inseparables. Indescriptibles. Ineludibles.

... más cerca, un poco más cerca…

Tatooine. Mos Eisley. Una cloaca de planeta, una cloaca de espaciopuerto, que ofrecen poco para el no iniciado, salvo quizá la pérdida de dinero, de extremidades, de la vida, pero más abundantes que otros lugares en riesgo, en Oportunidades, en Suerte, en el infinito milagro de la esperanza… ilícita, ilegal, completamente embriagadora.

... más cerca, si no te importa…

Para mí, al igual que para mis compañeros de camada, hermanos de sangre, Tatooine y Mos Eisley son aún más abundantes en potencial: de carne, de sangre, de vísceras, de la abrumadora promesa de riesgos ya asumidos y riesgos *a ser* asumidos; en lo inefable indefinible que los de mi raza llamamos sopa.

Placer-dolor… dolor-placer. En lo profundo de los bolsillos de carne junto a mis fosas nasales, ocultas por sutiles solapas entre los rasgos por lo demás humanoides, las probóscides se estremecen.

... aún más cerca… aún más…

Eso es por lo que vivo, por lo que pesco, lo que cazo. El aroma de la sopa, y luego la sopa misma, corriendo cálida, y rápida, y dulce en los rincones de las venas, las arterias, el cerebro. En los rincones de la carne.

Eso nos presta a la leyenda. Nos convierte en un mito. Nos hace parecer demonios de sueños: no te portes mal o un anzat te atrapará y te sorberá toda la sangre.

Pero no es sangre en absoluto.

... casi al alcance…

En el brillo orgulloso del implacable mediodía de Tatooine no existen las sombras. Solo la osadía del día, la magnificada munificencia de los soles gemelos, y el resplandor aún más brillante de la gloria de mi necesidad.

... ha pasado mucho tiempo, demasiado…

Mos Eisley nunca deja de estar abarrotado, pero aquellos que comprenden el carácter temerario de Tatooine comprenden también su malignidad, su malvado propósito: asar, cocer, freír. Y por eso huyen, aquellos que lo saben, hacia el huraño cobijo de los refugios barridos por la arena y desollados por el sol.

¿Para qué necesito sombras cuando la propia luz del día, y la temeridad, harán que los hombres se precipiten de cabeza huyendo de ella?

... tres pasos más…

Humanoide. Puedo olerle… *saborearle*, ahí, justo *ahí*; medido en todas las medidas posibles: un matiz, un tono, un suspiro, un beso… un *soupçon*[1], si se me permite la expresión, de una pequeña excrecencia, el vapor de la sopa hervida dentro del cuerpo, indetectable para todas las razas humanoides salvo la mía.

… dos más…

No es un loco, no por completo; los locos mueren mucho antes de encontrarse con gente como yo, lo que nos evita algunos pequeños problemas. Es mucho mejor dejar que la vida se encargue de hacer la selección. Para cuando la gente llega a Tatooine, los locos de verdad ya están muertos. Aquellos que han sobrevivido a la llegada tienen alguna pequeña medida de inteligencia, talento, habilidad, de significativa destreza física… y una gran dosis de Suerte.

Un intangible, es la Suerte; un atributo que uno no puede comprar, ni robar, ni fabricar. Pero es finita, y completamente inconstante. Solo que vosotros nunca lo sabéis.

Solo yo lo sé. Yo soy Dannik Jerriko, y soy el Devorador de Suerte.

… un paso más…

… SÍ…

Él es bueno. Es rápido. Pero yo soy mejor, y más veloz.

Solo una imagen; estoy demasiado perdido, demasiado hambriento: el velo negro cegador de la sorpresa en sus ojos, desnudos y obscenos para aquellos que entienden; pero él no entiende, no comprende nada. No sabe ni quién ni qué soy, solo que *soy*… y soy alguien que ha colocado las manos sobre sus orejas y ha agarrado su cráneo para mantenerlo cara a cara en un ávido abrazo.

… cálida, dulce sopa…

Él podría luchar, permiso concedido, invitación extendida. Y le doy permiso, extiendo la invitación, el completo terror cuaja la sopa, brevemente, oh, muy brevemente, para hacerle pensar que es mejor que yo; que la Oportunidad es su confidente y que la Suerte sigue siendo su amante. Pero no es miedo lo que deseo, ni cobardía, ni valor. El descarado deseo de caminar en el filo poniendo en riesgo una vida, *vuestra* vida, confiando en que la habilidad y la Oportunidad y la Suerte extiendan la red de seguridad.

Él es bueno, es rápido, desea caminar en el filo; y de hecho lo hace: saltando, inclinándose, tambaleándose… pero nadie es mejor o más rápido que yo, y he retirado la red. La Oportunidad y la Suerte, antes convocadas, se han retirado ante mi presencia: soy anzati después de todo.

Se hizo simple y rápidamente con la manifiesta eficiencia de mi especie: probóscides prensiles se desenrollan desde las bolsas de la mejilla, primero se insertan y luego se abren camino por las fosas nasales hasta el cerebro. Paraliza instantáneamente.

Devoré su Suerte. Bebí su sopa. Dejé caer su cuerpo.

No sabrán dónde encontrarle; nunca lo hacen al principio. Eso llega más tarde, después, y solo si alguien se preocupa lo suficiente como para hacer un escaneo en su

---

[1] Sospecha. En francés en el original. Probablemente, el autor realiza un juego de palabras entre esta palabra y la inglesa *soup*, sopa, que aparece constantemente en el texto *(N. del T.)*

busca. Yo tejo mi propia pesadilla, creo mi propia mitología. Una muerte rápida, limpia; sin alboroto, sin desorden.

Pero los asesinos a sueldo no tienen amigos, ni nadie que se preocupe lo suficiente por ellos. Por eso mato a los asesinos.

Exterminador. Aniquilador. Asesino de asesinos.

La sopa siempre es sopa, pero la más dulce es la del envase más alejado en el estante.

… oh… es dulce…

Pero la dulzura, como la Suerte, como la Oportunidad, es finita. Siempre. Y así el ciclo comienza, termina, comienza de nuevo, y termina; pero siempre hay otro comienzo.

Soy un anzat, de los anzati. Ahora me conocéis como Dannik Jerriko, pero tengo muchos nombres.

Los conocisteis todos de niños, los olvidasteis de adultos. La leyenda es ficción, el mito irreal; es más fácil dejar a un lado las cosas infantiles en la falsa iluminación de la madurez, porque los miedos de la niñez siempre se componen de verdades. Algunas verdades son más duras que otras. Algunos cuentos populares mucho más aterradores.

No dejéis que haya miedo. Miedo no es lo que ansío, ni lo que deseo. Es corrosivo al paladar, como vinagre en lugar de vino.

Dejad que haya valor, no cobardía; dejad que abunde la arrogancia. Confianza, no duda en uno mismo; seguridad en las capacidades de uno. Y la voluntad, la inquietud, la expresión ilimitada de la *única* constante: la prueba de las propias limitaciones. Asunción de riesgos, no reticencia. El desafío a la Oportunidad.

No me hagáis predicciones. No me escribáis profecías. Permitidme tomar lo mejor de vosotros, lo mejor *en* vosotros.

Dejadme liberarlo. En mí viviréis para siempre.

No es que yo quiera matar seres.

Sí, lo sé… habéis escuchado las historias. Pero esto es una verdad del corazón, si podéis creer que tenga alguna: los seres embellecen.

No estoy demente; no merodeo; no bebo sangre. Me enorgullezco de las apariencias, de mi herencia, de mi trabajo. Me lo tomo en serio, ese trabajo; no hay en absoluto margen de error, no hay latitud para una mala actitud.

Si me dieran un medio legítimo y efectivo para salir, dejaría de matar, pero he probado drogas estimulantes, y no son efectivas; el subidón es temporal y contraproducente. Los derivados sintéticos e imitaciones también son inútiles; de hecho, esas mediocridades me hacen enfermar. Lo que me deja una única solución, la solución para todos los anzati: la sopa en su estado más puro, exudado por la carne y extraído de la carne. Se pudre fuera del cuerpo.

Lo que significa que debe *ser* un cuerpo.

Es una veta madre, Mos Eisley, una poderosa concentración de entidades de todo género, reuniéndose en negocios privados que ahora también son míos. Entre trabajos, hay asueto, vacaciones, mi oportunidad de cazar. De buscar y encontrar la vena más capaz de satisfacer mi paladar. Llamadme gourmet, si queréis; no veo razón para no satisfacerme entre dos misiones que, con su finalización, con el método para su finalización, sirven para satisfacer a mis empleadores.

Tengo tiempo. Tengo salud. Soy de hecho bastante rico, aunque no diga nada sobre ello; los créditos son un tema completamente vulgar. Si no puedes permitirte contratarme, ni siquiera sabes que existo.

Solo un empleador, el primero que tuve, se quejó de mis precios. Era un hombre vacío con poca imaginación… Me bebí su sopa por ello, pero me dejó insatisfecho; las personas que me contratan son generalmente cobardes, incapaces de nada más allá del deseo de poder y recompensa financiera, y su sopa está diluida. Pero sirvió esa muerte; nadie volvió a quejarse nunca.

La lealtad, como la Suerte, no puede ser adquirida, solo *prestada* durante un predefinido espacio de tiempo en el cual me sirvo a mí mismo incluso mientras sirvo a otros favoreciendo las ambiciones, o apaciguando las insignificantes disputas, de miríadas de seres. En general es un arreglo totalmente satisfactorio: mis empleadores tienen el placer de saber que cierta «molestia» ya no molestará más. Yo bebo la sopa del adversario caído, y mis empleadores me pagan por ello.

Pero de lo que la gente no se da cuenta es de lo efímero que es mi vínculo: solo es la sopa a lo que soy leal, y a los propósitos de la extracción.

Otros anzati se amarran a vidas pequeñas, vidas completamente enfocadas en la caza. Pero hay más, mucho más; una necesidad solo tiene la imaginación de ver qué yace ahí fuera, y de encontrar la forma de tomarlo.

Dejadles que se amarren. Dejadles que vivan sus pequeñas vidas, bebiendo de venas que no merecen la pena. Dejad que yo tome las mejores en su lugar. Un trago que se sube a la cabeza, esa sopa, mucho más embriagadora, y por tanto más duradera, que las medidas temporales en las que se apoyan otros anzati.

Y mientras tanto me *pagan* por hacer lo que debo hacer.

Sí. Oh, sí. El mejor de todos los mundos.

Siempre son los espaciopuertos, siempre los bares. Supongo que uno podría igualmente sugerir que los burdeles sirven también para el mismo propósito, pero en esos lugares se realiza un tipo enteramente distinto de negocios, transitorio en su naturaleza y sin tomar muchos riesgos, salvo en la elección de pareja o, quizá, de la técnica. En los bares se bebe, se juega, se apuesta. Vienen aquí primero cuando terminan un negocio, buscando tanto vicio, especias y entretenimiento como pueda ser adquirido en la cantina; y vienen aquí buscando trabajo. Piratas espaciales, burladores de bloqueos, asesinos a sueldo,

cazarrecompensas, incluso un puñado de esos involucrados en la Alianza Rebelde. El Imperio ha expulsado a estos últimos de los lugares que ellos preferirían, transformando a personas anteriormente inocentes y de buen corazón en almas tan desesperadas como otras, pero con una visión pura y plateada como los soles gemelos de Tatooine, completamente inalterados por la dura realidad de los tiempos.

Cuando uno cree con suficiente firmeza, cuando la convicción es absoluta, uno no se acobarda ante las adversidades. Su sopa es muy dulce.

La arena asfixia. Es un ser en sí misma, a un tiempo tímida y dominante. Desluce las botas, ensucia los tejidos, se incrusta en las arrugas de la piel. Hace que hasta los anzati busquen alivio, y por tanto busco un interior, lejos del calor de los soles gemelos; y me detengo allí, recordando un día hace muchos años, y a un corpulento e inmisericorde hutt, con los ojos cerrados para ajustarlos más rápidamente a la pálida y escasa luz, espesa y rancia como mantequilla de bantha.

Sería demasiado esperar que el propietario de la cantina instalase más luces, o mejorase su etapa de potencia Queblux, identificable por su lamentable falta de eficiencia y un grave, casi inaudible, gemido. Semejantes reparaciones chocarían con la naturaleza de Chalmun, que se basa en la desconfianza; los tratos se hacen al anochecer, no bajo el fijo e implacable resplandor de Tatoo I y Tatoo II, grandes incendios como ojos en el semblante de una galaxia que, como el rostro del Emperador, se envuelve con una holgada capucha.

Ah, pero hay más aquí dentro que alivio para la arena, para el calor. Hay el aroma, la promesa de saciedad.

... sopa…

Es densa, tan densa. Al principio estoy desbordado; es mejor que lo que recordaba: tantos niveles y sabores, los matices, los tonos, los suspiros. Aquí podría beber durante días sin fin, repleto con satisfacción.

Ahh.

Tantas personas, tantos sabores, tanta Suerte para comer. La Oportunidad es aquí corpórea, la variedad infinita. Es una sinfonía de sopa corriendo cálida, rápida, húmeda, como sangre casi hirviendo bajo el frágil tejido de la carne.

No soy un droide, dice el detector; soy bienvenido en la cantina de Chalmun. Y me río en la privacidad de mi mente, porque Chalmun, cegado por su parcialidad, no sabe que hay cosas en el mundo más detestables que los androides, que son generalmente inofensivos, sencillos e incluso bastante convenientes. Pero dejadle al hombre con su intolerancia; si todos fuesen como la Alianza Rebelde, tan intransigentes en el honor, la sopa sería tan floja como unas gachas.

... sopa…

En los bolsillos de las mejillas, las probóscides se estremecen. Por un instante, solo un instante, se asoman un milímetro, abrumadas por el embriagador aroma detectable solo por los anzati; los demás, no importa raza ni género, son completamente

inconscientes de ello. Pero nada se gana sin espera; es un estímulo completamente vigorizador, y hace que la negación de uno mismo merezca la pena.

Las probóscides se retiran adecuadamente, aunque reticentes, enrollándose de nuevo en los bolsillos junto a mis fosas nasales. Cepillo una fina capa de arena de mis mangas, me coloco bien la chaqueta, y bajo los cuatro escalones que conducen a la tripa del bar.

Aquí la sopa es abundante.

La paciencia será recompensada.

Al principio es incrédulo. Un hombre de carácter huraño, avinagrado y de rostro acartonado y completamente pálido a pesar de los soles gemelos, algo bulboso y deforme como si estuviera sin terminar, o quizá deshecho más tarde en las pequeñas hostilidades de su vida. De su hinchada nariz caía una larga gota, curvándose sobre su boca de flácidos labios. Sus vestimentas están ajadas, su cabello descuidado y grasiento. No me recuerda.

La cortesía no existe; en Mos Eisley, del camarero de Chalmun en la cantina de Chalmun, no puede esperarse ninguna.

—¿Que quiere *qué*?

—Agua —repito.

Los ojos oscuros se estrechan un instante.

—¿Sabe dónde está?

—Oh —dijo, sonriendo—, por supuesto.

Señala con un pulgar aplastado sobre su hombro.

—Ahí atrás tengo un ordenador que mezcla mil seiscientas variedades de licor.

—Oh, por supuesto, ya me lo imagino. Pero quiero lo que no se puede mezclar.

Frunció el ceño.

—No es barato, ¿sabe? Esto es *Tatooine*. ¿Tiene los créditos para eso?

Su sopa es lenta, e insípida, su aroma difícilmente discernible. Es sirviente, no el servido, no alguien que reconoce bordes o asume riesgos más allá de colocar un vaso ante un cliente; ofrecería poco placer, y menos satisfacción.

Pero están aquellos que lo harían. Y todos ellos están aquí.

Extraigo de un bolsillo una única moneda lisa. Brilla bajo la pálida luz: simple y puro oro. No es precisamente un chip de crédito, pero igualmente comprará mi agua. En Tatooine, lo saben. En Mos Eisley saben temerlo.

El camarero humedece sus labios. Los ojos se deslizan hacia los lados, ocupándose de echar un vistazo a un pequeño chadra-fan que se acerca a la barra en busca de libación.

—El marcador de Jabba no sirve de nada aquí —murmura, y busca bajo la barra en su reserva oculta para extraer un frasco de cristal escarchado de costosa agua helada.

Dejo la moneda sobre la barra. Le dice muchas cosas, y se las dirá a otros también; Jabba paga bien, y aquellos que trabajan para él, o que trabajan para otros que trabajan para él, reconocen la evidencia tangible del favor del hutt.

Ha pasado mucho tiempo. Ha habido otros incontables empleadores en todos los sectores de la galaxia, pero Jabba es memorable. Quizá sea el momento de que busque una segunda asignación; siempre hay asesinos fracasados que el hutt quiere muertos. No soporta la incompetencia.

Considero por un momento cómo sería beber su sopa, pero Jabba está bien guardado, e incluso un anzat podría tener difícil encontrar en la carnosa corpulencia los orificios apropiados en los que insertar las probóscides.

Cierro mi mano sobre la copa y siento el mordisco del hielo. En Tatooine, eso es un lujo. No es sopa, de ninguna manera, pero merece la pena la espera. Incluso cuando el camarero se gira para increpar rudamente a dos humanos acompañados por droides detenidos por el detector, sorbo lentamente, saboreando el agua.

Los licores enturbian la mente, ralentizan el cuerpo, no alimentan nada salvo la debilidad. Los anzati evitamos esas cosas, al igual que evitamos las drogas estimulantes o los sintéticos. Lo que es natural es mejor, igual que en la sopa. Hay fuerza en lo que es puro.

Hay debilidad en el vicio, y yo, después de todo, debería saberlo. En la libertad de mi estilo de vida hay también cautividad. No hay barrotes, ni rejas, ni campos de energía, ni capsulas de contención. Hay en su lugar un aprisionamiento más insidioso que esas cosas, y tan desagradable para un anzat como beber la sopa de un cobarde.

Bebí sopa contaminada de un hombre contaminado, y asimilé su vicio: la necesidad diaria de una sustancia proscrita pero contrabandeada frecuentemente entre mundos conocida como nic-o-tin, también llamada t'bac.

Soy Dannik Jerriko. Anzat, de los anzati, y Devorador de Suerte.

Pero nunca dije que fuera perfecto.

Estalla bastante rápido, una tormenta de arena en el corazón del Mar de Dunas, como suelen hacerlo las confrontaciones de taberna. No presto atención más allá del olfateo del aire en busca de la promesa; está ahí, pero atenuado. Me tomo mi tiempo preparando la pipa, hay consuelo en el ritual, satisfacción en los preliminares, coloco la boquilla entre mis dientes, luego aspiro el humo del t'bac profundamente. Es un hábito despreciable, pero es uno que ni siquiera yo soy capaz de abandonar.

Detrás de mí, gime la música. Chalmun ha contratado una banda desde mi última visita. Es música apropiada para una cantina oscura como el atardecer del desierto. A través del maloliente aire viciado por el humo y el sudor, la melancólica melodía crece y mengua, insidiosa como el polvo de las dunas.

... sopa...

Me giro, exhalando suavemente; en los bolsillos de las mejillas, las probóscides tiemblan.

... sopa…

Un destello, abrupto y descubierto, completamente crudo y sin refinar. No me cuesta más que un instante localizarlo, localizar la entidad: humano, y joven. Temor, desafío, aprensión; un rastro de quebradizo coraje… ah, pero es demasiado joven, demasiado inexperto. A pesar del obstinado gesto de sus mandíbulas, del brillo de desafío en sus ojos azules, no ha vivido lo suficiente para saber lo que arriesgaba. Aún no está maduro.

Los jóvenes no saben nada de la vida, nada de sus peligros, sus pequeñas y grandes hostilidades. Solo conocen el momento, ciegos a las posibilidades; no hay coraje en los jóvenes, solo la locura de la juventud. En los machos es peor: una intransigencia cabezota como un bantha, mezclada con desequilibrio hormonal. Su sopa es inmadura y completamente insatisfactoria. Es mejor dejar que maduren.

Aspiro humo, lo mantengo, lo exhalo. En el preciso instante en que hago eso la confrontación empeora. Dos seres se enfrentan ahora al chico: humano y aqualish. Es beligerancia de taberna, nacida de la bebida y la inseguridad; un estúpido alocado por establecer su dominio sobre un muchacho novato cuya inexperiencia promete entretenimiento superficial para aquellos que se divierten con tales cosas. Le sigue una refriega, como siempre; el chico es empujado y choca contra una mesa.

Tras ello la música se detiene, cortada a mitad de un gemido. Me dice mucho acerca de los miembros de la banda: claramente no están acostumbrados a lugares como la cantina de Chalmun, o sabrían que nunca deben parar. Los músicos experimentados tocarían un contrapunto a los gritos, los alaridos, los berridos, usando la cacofonía, sin importar lo atonal que fuese, para construir una nueva melodía.

Entonces nació un sonido completamente inesperado, un sonido como no había escuchado en cien años: el grave y vibrante zumbido de un sable de luz al desenfundarse y encenderse.

... sopa…

Me giro instantáneamente, buscando. Las probóscides tiemblan, se estremecen, se retiran reluctantes ante mi insistencia. Pero lo saben tan bien como yo lo sé: en algún lugar de la cantina de Chalmun está el recipiente que necesito.

Es una lucha rápida y decisiva, una escaramuza que termina pronto. Con solo un único golpe de sable de luz, el aqualish queda, bueno, desarmado. *Desbrazado*[2], si se me permite la expresión.

El chico se quedó atrás. Sentí su aroma de nuevo, salvaje y descontrolado. Pero ahora había algo más, mucho más de lo que esperaba, planeando en los bordes, estimulándome con su presencia, con la represión de su poder, y entonces veo al anciano que silenciosamente retira su sable de luz, y me doy cuenta de lo que es.

---

[2] En el original, *one-armed* (con un solo brazo). El autor hace un juego de palabras con el doble significado arma-brazo de la palabra *arm*, usándola en *unarmed* (desarmado) y *one-armed* (N. del T.)

Un Maestro a pesar de su reticencia, que no busca guerras de palabra ni de obra; Maestro de lo que, en estos tiempos, se mantiene innombrable, no sea que el Emperador sospeche. Pero sé lo que es: Jedi. No podría *no* saberlo. Es demasiado disciplinado, demasiado bien blindado contra las intrusiones como el sondeo anzati, y es ese mismo blindaje lo que hace que la verdad, para mí, sea obvia.

Lo dejo como debe estar: innombrable. No veo necesidad de decirlo. Le dejo ser lo que es; nadie más sospechará. Está a salvo un rato más.

El chico se ha ganado mi atención. Si tienen verdaderos negocios juntos es información que merece la pena saber. Si el anciano ha tomado un discípulo hay de hecho razones para temer: *si* eres parte del Imperio, y recuerdas las viejas formas.

Si no lo eres, como yo, a no ser que recuerdes los viejos días, los días incluso más antiguos, no importa en absoluto. A menos que te preocupes en contar las monedas que Jabba podría pagar, u otros, incluyendo Darth Vader.

Incluyendo el Emperador.

Fanfarronería. Es el producto principal de estos lugares, el alarde ritual de un ser ante otro para mantener una reputación, o para crear una reputación; para solicitar un lugar en el mundo, o para crear un lugar; un intento de hacer de uno mismo algo *más* de lo que se es.

Existen aquellos que realmente son más, como anzat yo soy mucho más de lo que cualquiera podría sospechar, o imaginar cómodamente, pero ellos raramente recurren a la fanfarronería, porque todos los demás saben quiénes son y qué han hecho. Decir cualquier cosa más es redundante, lo que diluye los hechos.

Pero incluso aquellos más hábiles, incluso aquellos más notorios pueden verse presionados a recurrir a fanfarronear ante el implacable rostro de un Maestro Jedi que dude de esos hechos. Seres como el anciano pueden reducir al más fuerte a la indefensión de un párvulo, y sin decir ni hacer gran cosa.

La banda se ha recuperado, o están bajo pena de ver reducida su paga si los músicos no continúan tocando inmediatamente. La música, menos estridente ahora, atenúa todas las conversaciones salvo las más cercanas a mí, pero yo no necesito depender de las palabras o el tono para obtener información. En el fanfarronear se sustenta a menudo la esencia de la sopa.

Exhalo, siento estremecerse las probóscides, me giro lentamente para tomar mis medidas de la cantina. Obtengo la dirección fácilmente, y cuando fijo mi objetivo no puedo evitar sonreír; el anciano y su pupilo han ido a uno de los cubículos. No es su aroma el que siento ahora, sino aquellos con los que hablan: un gigantesco wookiee y un macho humanoide.

... sopa...

Hierve rápidamente, poderosamente; tan rápidamente y poderosamente que no puedo evitar fijarme en ello. Me deja sin aliento.

No el anciano Jedi, que es disciplinado, y blindado. No el muchacho, que es joven e inmaduro. No el wookiee, que es pasivo en todo menos en lealtad. El humanoide. El corelliano.

Los anzati viven mucho tiempo. La memoria permanece.

Un rizo de humo flota por el aire desde mi pipa. A través de su espiral, sonrío. Le buscan, y al wookiee, pero a todos los seres de la cantina de Chalmun les buscan en algún sitio. Incluso a *mí* me buscan, o debería estarlo; nadie sabe quién o qué soy, ni por qué me buscan, y en eso hay continuidad.

Soy cuidadoso en la caza, siempre meticuloso en aquellos detalles que otros ignoran, y demasiado a menudo mueren por ello. Requiero confirmación. No emprendo nada hasta que estoy seguro.

En este caso la confirmación y la certeza requieren poco tiempo y menos paciencia. El Jedi y su pupilo se marchan, pero son inmediatamente reemplazados por un rodiano. Está nervioso. Su sopa es tan insustancial que casi es como si no existiera; es sirviente, no servido.

Es cobarde. Es estúpido. Es incompetente. Es lento para comprometerse. Y por eso está muerto por el estallido de un bláster de contrabando en la mano de un completamente comprometido y consumado pirata.

... sopa...

Me emociono al mismo tiempo que las probóscides tiemblan, expectantes. Es aquí, *aquí* y ahora, justo ahora, *este momento,* el matiz, el tono, el suspiro, el grito, la evanescencia de la sopa personificada, encarnada y descubierta, y rica. Tan *rica.*

Solo necesito ir y tomarla, beberla, abrazarle como abrazan los anzati, danzar la danza con el corelliano cuya sopa es espesa, y caliente, y dulce, mucho más dulce que cualquiera que haya probado desde hace demasiado tiempo.

Ahora.

Ahora.

Pero las prisas diluyen la realización. Démosle tiempo, y paciencia.

... esa sopa...

La banda sigue tocando. El áspero aroma del humo; el fuerte y acre sabor del sudor; la mugrosa y polvorienta fetidez de la arena de las dunas; la flagrante muerte por bláster recién encontrada, impregnada dela cobardía y la estupidez del rodiano. Fue una mala muerte que no merecía comentarios; no sería lamentado ni siquiera por la persona que le había contratado.

Es, *era,* el hutt, por supuesto. ¿Hace falta preguntarlo? No hay ningún otro que se atreviese a contratar asesinos en Tatooine, en Mos Eisley.

Ninguno salvo Lord Vader, y el Emperador.

Pero ellos no están aquí. Solo Jabba.

El hutt está en todo; y todo es suyo, y en todas partes: en Tatooine, en Mos Eisley, en la cantina de Chalmun.

... esa sopa...

Una última inhalación de t'bac, aspirada profundamente y saboreada, como también el momento, el conocimiento y la propia necesidad se saborean. Una breve visión de la deslumbrante luz del sol ilumina el interior cuando el corelliano y su compañero wookiee parten con las apresuradas premisas de Chalmun, temeroso de las repercusiones imperiales. Es el espaciopuerto de Jabba en todo salvo en el nombre, y ese nombre es del Emperador, quien no necesita conocer de los asuntos del hutt; o que los conoce, pero no le importan.

Dentro es penumbra de nuevo. Apartarán el cuerpo y alguien informará a Jabba de que su mercenario está muerto.

Ha informado; ya lo sabe, y a manos de quién ha sido.

... esa sopa...

¿Pero qué sentido tiene que pague por ello de mi propio bolsillo? El de Jabba es más profundo.

Desde luego, el hutt pagará bien. Pero seré *yo* quien se beba la sopa.

... esa sopa...

Las probóscides se estremecen mientras exhalo continua y lentamente dos chorros gemelos de humo, con la callada satisfacción y el estremecimiento de mi propia sopa cuando salta por las expectativas.

... la sopa de Han Solo...

Ah, pero será una caza por la que merecerá la pena cazar. Una sopa que yo, Dannik Jerriko, anzat de los anzati, Devorador de Suerte, de Oportunidad, ni siquiera he conocido nunca jamás.

En la encrucijada: El relato del viajero espacial
por Jerry Oltion

El *Infinito* estaba caliente en más de un sentido. BoShek sonrió dispuesto a abandonar el hiperespacio sobre Tatooine. Acababa de batir el tiempo de Solo en la carrera Kessel.

Por supuesto que volaba sin carga y con los códigos del transpondedor de su nave alterados, pero aun así sería divertido decirle al fanfarrón corelliano y a su peludo amigo que había roto su récord.

La cabina se ajustaba como un guante a su alrededor. Podía llegar a todos sus controles desde su silla única de piloto y todo lo que llegaba a sus sentidos era correcto.

Las ventanas le envolvían para darle un círculo casi completo de vistas y un proyector holográfico llenaba el hueco de la parte trasera. En sus tres años como piloto de naves contrabandistas para operaciones de falsificación del monasterio, BoShek nunca había volado en una nave tan bien diseñada.

El navegador inició la cuenta atrás y luego cambió automáticamente a los motores sublumínicos. Alargadas líneas de estrellas se convirtieron en puntos de luz y arriba a su izquierda apareció el brillante disco blanco amarillento de Tatooine. ¡Por el Sagrado aliento de bantha, estuvo cerca! Un segundo más de hipervelocidad y habría aparecido dentro del planeta.

Dio una vuelta para que el navegador pudiera localizar la situación de las balizas en órbita, pero estaba dispuesto a apostar que ya sabía dónde se encontraban. Efectivamente, en cuestión de segundos una imagen se dibujó en la pantalla de navegación, llena de líneas de latitud y longitud que a continuación crearon una imagen del terreno salpicado de oasis y asentamientos en el desierto planeta.

Mos Eisley estaba en torno a un tercio de órbita de distancia. BoShek estaba a punto de acelerar hacia ella cuando en el navegador zumbó una señal de alarma y dos cuñas de color blanco brillante aparecieron a la vista cerca de la curvatura del planeta. ¡Destructores imperiales! BoShek miró por las ventanas y se estremeció. Eran tan grandes que se podían ver a simple vista. ¿De dónde habían salido? Tatooine estaba tan lejos de las rutas habituales que el Imperio no había enviado siquiera un recaudador de impuestos, mucho menos un par de naves de guerra. Alguien debía haber causado algún problema importante mientras estaba fuera.

Y ahora también era su problema, porque el *Infinito* aún tenía los códigos del transpondedor calientes. Si los imperiales se tomaban la molestia de escanear la firma de emisiones única de sus motores, y sin duda lo harían, sabrían que era una nave contrabandista buscada en toda la galaxia por violación arancelaria, evasión de impuestos, tráfico de armas y docenas de otros delitos. El hecho de que BoShek solo pilotara la nave a Tatooine para otra persona no lo salvaría en un juicio. Si alguna vez *tenía* un juicio.

Por lo demás, ni el Monasterio, ni el propietario del *Infinito* estarían contentos con él si dejaba que el Imperio confiscara su nave. Su trabajo era traerla sin ser detectado para que los técnicos del Monasterio pudieran alterar los códigos y darle un historial limpio, no perderla ante la primera patrulla que se encontrara.

Sin dudarlo, inclinó la nave y aceleró a fondo. En el espacio no tendría ninguna oportunidad contra los cazas TIE de corto alcance, pero en la atmósfera, con el planeta ayudándole a confundir sus sensores, podría perderlos.

Tatooine creció de una esfera sin fin, a un muro multicolor. El *Infinito* comenzó a mecerse suavemente al llegar al límite de la atmósfera, a continuación, un destello brillante vino por el lado de estribor, escorando la nave a babor. Los destructores habían abierto fuego.

BoShek mantuvo firme la nave hacia abajo, zambulléndose profundamente antes de estabilizarse, sabiendo que cuanto más aire pusiera entre él y los destructores, más podría protegerse de sus turboláser. Su paso dejó una estela ionizada brillante detrás de él, que desapareció cuando redujo la velocidad a unas pocas veces la del sonido.

Sin embargo, todavía no estaba libre. Cuatro cazas TIE procedentes de los buques de guerra surcaron la atmósfera tras él en una formación cerrada para una máxima absorción de energía del aire. El *Infinito* una vez más se estremeció bajo el fuego imperial.

Afortunadamente no trataban de destruirle todavía. Confiados en que no podría escapar, estaban intentando incapacitar la nave y forzarla a descender. Probablemente estaban intentando contactar con él por radio, pero BoShek tenía el receptor apagado, cualquier transmisión que él pudiera hacer solo les daría su huella de voz, así pues, si pudiera perderlos podría permanecer en el anonimato.

Apretó los aceleradores de nuevo, al mismo tiempo que realizaba un tirabuzón por debajo de los cazas rozando la arena. Estaban sobre el enorme Mar de Dunas, lejos al oeste de la civilización. El ondulado campo de dunas estallaba en nubes de turbulentas arenas cuando sus ondas de choque pasaban por encima.

Directamente tras él, colocándose para volver a disparar, los cazas de alas planas cargaron directos a través de la nube. Las partículas suspendidas en el aire confundían sus instrumentos y controles de superficie y dañaban sus ventanas. Inmediatamente se elevaron sobre la ondulante arena, pero BoShek eligió aquel momento para dar marcha atrás a sus obturadores y dejar que le rebasaran. Se escoró a la izquierda y esperó a que ellos comenzaran a girar al mismo lado para dirigir su nave hacia la derecha, acelerando de nuevo a fondo hacia el este, sobrevolando los Eriales de Jundland.

Los cazas TIE estaban dándole alcance de nuevo al tiempo que la irregular tierra de cañones se deslizaba hacia él en el horizonte. BoShek esquivó algunos de los rayos de energía y se sumergió en el primer cañón que encontró abriéndose camino a toda velocidad.

El *Infinito* se manejaba como en un sueño, rozando el suelo como si fuera por raíles, pero los cazas TIE no eran tan maniobrables. Solo los daños que habían sufrido en la nube de arena les impedían capturarlo.

Entonces uno de ellos cometió un error. Cerrándose para efectuar un disparo, cruzó por la estela del *Infinito*, y la turbulencia contra sus alas lo lanzó como una hoja contra un lado del cañón. La explosión envió otro de los cazas contra el suelo, dejando solo dos persiguiéndole.

Sin embargo, habiendo perdido la mitad de su número, cambiaron de planes. Ya no estaban disparando para inutilizar la nave, ahora buscaban sangre. BoShek frunció el ceño mientras pensaba un plan para acabar con ellos, pero el *Infinito* estaba diseñado para la velocidad, no para la lucha.

Fugazmente, pensó en una llamada a la Fuerza, o intentar usar ese antiguo poder místico para derribar a sus perseguidores, pero sabía que sería inútil. Él había estado meditando y concentrándose en la Fuerza siempre desde que había oído hablar de ella a uno de los pocos verdaderos monjes del monasterio de Mos Eisley, pero nunca había encontrado ninguna indicación de que existía, aparte de una toma de conciencia débil de la presencia de otras personas de vez en cuando. Un Jedi experto hubiera podido encontrar la forma para dominar a sus enemigos hace mucho tiempo, pero la Fuerza no les protegía del avance del Imperio. No, él necesitaba algo más concreto, algo material para poder escapar.

Entonces recordó una historia que Solo había contado una vez sobre cómo había engañado a un cazarrecompensas en un cinturón de asteroides. Sí, lo mismo podría funcionar aquí.

Condujo a los cazas cada vez más y más profundo en el cañón, mientras sus altos muros los encajonaban por ambos lados. El *Infinito* se estremecía cada vez bajo más impactos, y una luz parpadeante en el panel de instrumentos advirtió de un escudo que estaba a punto de fallar, pero, en vez de aumentar la velocidad, BoShek, intencionadamente ralentizó la nave. Apoyó sus dedos en el botón de lanzamiento de la cápsula de escape y, justo mientras tomaban una curva muy cerrada, lo pulsó. La cápsula de escape salió disparada y chocó contra la pared del cañón, donde su combustible explotó en una espectacular bola de fuego. BoShek mantuvo su vista en el retrovisor, pero ninguno de los cazas TIE emergió de entre las llamas. O bien habían sido alcanzados por la explosión, o habían salido del cañón y estaban dando vueltas examinando lo que sin duda para ellos era la total destrucción del *Infinito*. Sonriendo, BoShek salió del cañón, dirigiéndose directamente al este. Entonces apagó sus motores por completo. Tenía suficiente velocidad para volar como una bala todo el camino hasta Mos Eisley si lo necesitaba, y con los motores apagados, los cazas TIE nunca podrían rastrearle.

—Solo —dijo en voz alta en la cabina de control—. Te debo un trago.

BoShek sabía bien dónde encontrarle. Siempre que el *Halcón Milenario* estaba en el planeta, tanto Solo como Chewbacca y a veces ambos, acudían a la Cantina de Mos Eisley, tratando de conseguir algún negocio. Después de haber camuflado el *Infinito* en el

Monasterio, dejando instrucciones a los mecánicos para modificar los códigos del transpondedor de los motores inmediatamente, BoShek se dirigió allí directamente, no sin antes tomarse su tiempo para cambiarse el traje de piloto. El Monasterio estaba al sur del centro de la ciudad. Se detuvo un momento en los restos de la antigua y primera nave colonial, la *Reina Viuda*, y pasó una carta sellada por el Abad a uno de los predicadores de la calle, entonces se apresuró.

Las calles estaban infectadas de soldados de asalto imperiales, pero ninguno parecía estar buscando a BoShek. Vio a cuatro de ellos poniendo pegas a un ermitaño con un chico y dos droides en un ruidoso y viejo deslizador, pero evidentemente no estaban muy interesados en ninguno de ellos, porque les dejaron ir tras unas preguntas. BoShek se metió en la cantina antes de que los soldados se interesaran por él.

Sus ojos tardaron un minuto en acostumbrarse a la oscuridad interior, pero Chewbacca era fácil de encontrar, alzándose sobre los otros seres que había en la barra. Se acercó a través de la multitud y se apoyó en la barra a su lado.

—He batido vuestro récord —dijo sin preámbulos.

Chewbacca iba a gruñir el equivalente wookiee a *piérdete*, pero entonces reconoció la voz de BoShek y volvió su cabeza para preguntarle de qué récord hablaba.

—La carrera Kessel —dijo BoShek sonriendo—. He batido vuestro tiempo en una décima, y he tenido que sacar a puntapiés a cuatro cazas TIE cuando venía hacia aquí.

Chewbacca gruñó con aprecio y aulló una larga y ululante frase que BoShek tradujo como:

—Es mejor que no dejes que los clientes te cojan extralimitando sus naves, o comenzarán a hacer sus negocios en otro sitio.

—Eh, somos los mejores en esto, y tú lo sabes —le dijo BoShek. Saludó al barman, que le devolvió una mirada hosca y se dio la vuelta—. ¿Qué tal aguanta el *Halcón*? ¿Necesitáis otro código de trabajo todavía?

El wookiee sacudió su peluda cabeza y soltó una sonora carcajada. Aulló otra frase que BoShek tradujo provisionalmente como:

—Después de lo que nos cobraste la última vez, hemos estado manteniendo nuestras narices limpias, es más barato.

—Pensad en ello como un seguro de vida —dijo BoShek haciéndose eco del campo favorito de ventas del Abad.

Estaba a punto de gritar al camarero cuando sintió una inequívoca sensación de alguien detrás de él. Era la más fuerte presencia que nunca había sentido. Se volvió con tanta naturalidad como pudo y vio un ermitaño y un chico en la entrada. Los ojos del ermitaño se encontraron con los suyos, y entonces un indicio de sonrisa asomó en su cara gris. Dejando al chico con los droides, se acercó directamente hacia BoShek y dijo en una voz sorprendentemente potente.

—¡Que la Fuerza te acompañe, amigo mío!

¿La *Fuerza*? ¿Era eso lo que realmente sentía ahora?

—Eh, gracias —tartamudeó— ¿Cómo sabes…?

—Tu conflicto es tan claro como las palabras para alguien que está entrenado para verlo. Podría enseñarte mucho, pero me temo que me queda poco tiempo. Necesito pasaje para salir del planeta. Sin embargo, ya que creo que tienes una nave, quizás podríamos llevar a cabo nuestras misiones a la vez.

BoShek no podía lo que estaba oyendo. Este anciano prácticamente estaba leyendo su mente. Nunca había hablado con nadie sobre su fascinación con la Fuerza, pero aquí estaba este completo desconocido que le había elegido a él de inmediato. Pero una parte de la historia estaba equivocada.

—Ojalá *tuviera* una nave —dijo—. Pero solo soy un piloto.

—Ah, es una lástima —dijo el ermitaño—. Quizás cuando vuelva podamos discutir sobre la Fuerza de todos modos.

—Sí, quizás podamos.

Chewbacca gruñó suavemente, y BoShek captó la insinuación.

—Conozco a alguien, con una nave propia, que quizás estaría dispuesto a llevar pasajeros —dijo asintiendo hacia el wookiee.

—Ya veo, gracias. —El ermitaño miró hacia Chewbacca, pero se volvió hacia BoShek y dijo.

—Te daré un pequeño consejo. Cuidado con el lado oscuro. Tu papel aquí, al margen de la sociedad te ha puesto en una posición ambigua. Algo que debes resolver antes de continuar tu camino. Solo el puro de corazón tiene alguna esperanza para ejercer el poder de la Fuerza con algún éxito.

—Gracias, lo consideraré —dijo BoShek.

—De nada.

Era sin duda una despedida, por lo que BoShek se fue cabizbajo inclinando la cabeza en un saludo a Chewbacca, dejándolos discutiendo sobre el negocio mientras daba la vuelta al otro lado del bar para atraer la atención del camarero.

Al final consiguió una copa y, estaba a punto de ver si podía encontrar a Solo, cuando el anciano activó un sable laser contra un aqualish con cara de morsa y un humano incluso con peor aspecto. BoShek fue derribado en el revuelo por hacerles sitio. El aqualish perdió un brazo en la pelea, y el anciano ganó una amplia zona de seguridad, pero a BoShek no le importó ninguno de ellos en aquel momento, estaba ocupado en limpiar una pinta de cerveza de su traje de vuelo.

Las peleas sangrientas no eran nada nuevo en la cantina, y, aparte del sable láser del anciano, ésta no tenía nada de especial, pero bastantes clientes habían derramado sus bebidas, por lo que tuvo que esperar otros diez minutos a que le sirvieran de nuevo.

Para entonces había localizado a Solo, pero el corelliano ya estaba enfrascado en una conversación con el viejo y el chico, por lo que volvió a sentarse en la barra y esperó su

turno. Quizás pudiera aprender de Solo algo más sobre el viejo después de que hubieran terminado.

Mientras esperaba, intentó preguntar por ahí para saber qué estaban haciendo los soldados de asalto en la ciudad, pero nadie podía admitir que lo sabía. Las tropas imperiales se habían limitado a desembarcar de sus destructores estelares un par de días atrás y establecer retenes por toda la ciudad, igual que en muchos de los otros pueblos que rodeaban los Eriales de Jundland. Estaban buscando algo, pero nadie sabía qué.

Un par de ellos entraron en la cantina destacando visiblemente con sus blancas armaduras.

BoShek buscó con la mirada para ver cómo reaccionaban el ermitaño y el chico, pero ya se habían marchado. Se levantó para coger su turno en la mesa de Solo, pero primero los soldados de asalto y después un rodiano verde y pelado, con un largo hocico, se le adelantaron. Solo era hoy un personaje importante.

El rodiano mantuvo un bláster apuntando directamente al pecho de Solo. BoShek deslizó su bláster fuera de la funda, preparado para ayudar por si Solo lo necesitaba, pero entonces vio algo que le hizo enfundar el arma y observar con regocijo. Muy despacio, casi imperceptiblemente, Solo estaba extrayendo su propio bláster bajo la mesa. Efectivamente, cuando lo sintió fuera de su funda, se encogió de hombros al tiempo que decía:

—Hasta la vista, mamón —y disparó a través de la mesa al rodiano, el cual se desplomó hacia delante sobre los humeantes restos de la misma.

Solo se puso en pie, pasó un par de créditos al camarero y se marchó antes de que BoShek pudiera atraer su atención. Apuró su bebida y le siguió fuera, pero, apenas había salido por la puerta sintió que alguien le cogió del brazo y con voz autoritaria le dijo:

—Alto ahí, hombre del espacio.

Se volvió despacio para ver a un policía local apuntándole con su bláster.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, intentando que su voz sonara lo menos enfrentada posible. El policía frunció el ceño.

—El problema es que se busca un carguero que rompió un bloqueo imperial, derribando cuatro interceptores por el camino, y aterrizó aquí en la ciudad justo hace un rato. Darth Vader se encuentra en uno de los destructores y quiere la cabeza de alguien, y por tu forma de vestir das la talla. Todavía llevas el traje puesto. ¿Qué te parece si tú y yo tenemos una pequeña charla en la comisaría?

Solo los años de práctica tratando con las aduanas permitieron a BoShek mantener una expresión neutral. Por dentro era presa del pánico. Si le sometían a una sonda mental, descubrirían con seguridad lo que había hecho, y había una gran posibilidad de que descubrieran la tapadera del Monasterio también.

De cualquier forma, estaba muerto.

Esforzándose por mantener la calma, se encogió de hombros y dijo:

—Has encontrado al piloto equivocado, me temo, y aquí hay un bar entero lleno de gente que puede probarlo. He estado aquí toda la tarde. —El policía vaciló, mirando

hacia el interior desde la oscura puerta de entrada y, cuando echó un vistazo dentro, BoShek arremetió con una patada, quitándole el bláster de las manos. A continuación, propinó un puñetazo en su cara poniendo en ello todas sus fuerzas y el policía se derrumbó como un droide cortocircuitado.

El arma cayó al suelo a unos metros de distancia. BoShek se abalanzó sobre ella, pero perdió la carrera con un par de jawas, que se escurrieron con su presa y desaparecieron rápidamente en la calle entre la muchedumbre. A BoShek no le preocupaba en particular, ya que al tener su propio bláster y el policía *no*, era feliz. Se volvió y caminó tranquilamente, pero con prisa, fuera de la cantina hacia la plaza central de la ciudad, donde se encontraba una multitud de seres.

Había conseguido cruzar la calle y la mitad de un bloque hasta donde estaba el naufragio de la *Reina Viuda* cuando oyó un grito detrás de él. Pocos de los que estaban en la calle se volvieron a mirar ya que los gritos en la cantina eran algo habitual, pero BoShek aceleró el paso hacia el casco oxidado del viejo buque colonial.

Pudo ver vigas dobles arqueadas a lo largo de la apisonada tierra con toldos cosidos entre ellos para proporcionar sombra a la multitud que se reunía para escuchar a los predicadores de la calle sermonear desde los niveles superiores. Por los quebrados ojos de buey del casco pudo tener una oscura visión del interior de la nave, la luz roja de los ojos de algunos jawas le miraban desde dentro.

BoShek hizo ceder la cerradura de la bodega de carga. El lugar apestaba a jawa, pero no le importaba. De hecho, cuanto más, mejor. Pasó por encima de los vagabundos y de los predicadores que descansaban en la sombra avanzando por delante de ellos hasta que quedó oculto de la calle. En la tenue luz que se filtraba por los agujeros del casco de la nave, se quitó su traje de vuelo y lo arrojó a lo lejos en la oscuridad, quedándose solo con su cinturón de mantenimiento con todas sus pertenencias personales. Un coro de gruñidos y un agudo parloteo estalló cuando los habitantes de los restos del naufragio se pelearon por su nuevo premio.

Su camisa gris, menos llamativa para la policía, no era todavía un buen camuflaje. BoShek se arrodilló al lado de uno de los vagabundos y le dijo:

—Diez créditos por tu capa. —Era mucho más de lo que realmente valía y ambos lo sabían. Sin mediar palabra, el vagabundo tiró de su tosca túnica marrón y se la entregó.

BoShek le pagó, se envolvió en la prenda apestosa y luego salió por la compuerta.

Había subestimado la tenacidad del policía. Era evidente que le habían visto deslizarse entre los restos y ahora estaba de pie al borde de la multitud con un pequeño bláster de mano. La multitud había decrecido considerablemente bajo la presencia del agente. BoShek se dio cuenta de que no podría pasar desapercibido entre las pocas personas que quedaban.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la nave. Tenía que haber otra forma de salir de allí. Tropezó con varios organismos, circunvaló la bodega de carga, pero lo único que encontró fue la rampa que conducía al siguiente nivel. Pensando que tal vez hubiera una escalera que le condujera hacia abajo por fuera del casco, subió por la rampa, pero solo le

llevó hasta la plataforma de observación en la que media docena de predicadores hablaban a la multitud de abajo.

Desde su nueva atalaya BoShek vio venir refuerzos en auxilio del policía. Estaba atrapado. Obviamente no se iba a dejar coger, no con el Imperio pisándole los talones. Ellos necesitaban un sospechoso a sacrificar para entregar a las tropas de asalto, y no estaban dispuestos a dejarle escapar.

Esto significaba que inspeccionarían todo el casco hasta dar con él. Miró a su alrededor desesperadamente pero no había lugar donde esconderse. La plataforma de observación estaba aún más a la vista que la bodega de carga. Se había despojado a la bodega de todo lo merecedor de ser arrancado, dejando solo un piso vacío con ventanas uniformes a lo largo de él. Todos los marcos de las ventanas menos uno, estaban ocupados por predicadores de pie ante ellos, mirando hacia fuera a la gente abajo en la calle. Ninguno de los predicadores era del monasterio. BoShek se preguntó por qué hasta que recordó la nota que le dieron en su camino hacia la cantina. El Abad debía haberles congregado a algún tipo de conferencia.

Sin lugar donde esconderse y sin amigos que le pudieran ayudar solo quedaba una posibilidad. Se agachó y, manchando sus manos a lo largo del suelo cerca de la pared, se embadurnó las mejillas y la frente, oscureciendo su rostro y haciéndolo encajar con su nueva ropa. Luego se acercó a la ventana y dijo con voz temblorosa que esperó sonara vieja y arrugada.

—¡Hermanos, hermanas, amigos, extranjeros, cuidado con el lado oscuro de la Fuerza!

Algunas de las personas bajo él miraron hacia arriba deslumbrándose y BoShek se dio cuenta por qué no había nadie en esa ventana en particular. Los soles gemelos de Tatooine estaban justo detrás de él desde la perspectiva de las personas que estaban abajo y no era una buena ubicación para un predicador interesado en llamar la atención de sus feligreses. Sin embargo, era perfecta para BoShek. Se puso la capucha en la cabeza para que nadie pudiera tener una visión clara de su rostro desde los lados, se aclaró la garganta y comenzó su sermón.

A pesar de vivir en un monasterio no sabía casi nada acerca de la religión que predicaban. Pasaba el tiempo en una nave subterránea abstraído en sus cosas, no en la catedral que los monjes habían creado como cobertura. Sabía que su doctrina se basaba en alguna divinidad de los banthas y algún ídolo del desierto, que había sido prestado por un grupo de verdaderos creyentes que vivían en el interior, pero no tenía ni idea de cómo unirlos. Mucho mejor, pensó, predicar algo de lo que al menos sabía un poco, aunque realmente su planteamiento no importaba mucho. ¿Quién escuchaba a los predicadores de la calle, de todos modos?

Recordando lo que el viejo de la cantina le había dicho a él, dijo:

—Solo los puros de corazón tendrán la esperanza de lograr un cierto dominio de la Fuerza. —Unas cuantas caras más miraron hacia arriba. Tras un instante BoShek extendió los brazos—. Vosotros debéis abriros a la salvación. Vosotros debéis limpiaros a vosotros mismos, hacer la paz con vuestro interior y aceptar la Fuerza como vuestro principio rector.

El predicador de su derecha había dejado su propio sermón para escuchar. BoShek le sonrió nerviosamente y luego continuó.

—Cuando uno se rinde a la Fuerza entrega su vida al mayor poder en el universo. Con ella se pueden mover montañas, ver el futuro y encontrar la vida eterna. —Ja, pensó, predicar estas cosas no era tan difícil, solo tenía que encadenar todas las palabras de moda juntas, y ya lo tenía.

Otro de los predicadores se quedó en silencio. BoShek no estaba seguro de gustarle su atención, pero la policía se había movido para rodear la nave y podía oír la conmoción en la bodega de carga, donde le estaban buscando. Y ahora, atrayendo a la escena problemas como insectos a la luz, una patrulla de tropas de asalto se dirigía hacia la nave.

BoShek se envolvió aún más en su túnica y se inclinó más hacia afuera de la ventana diciendo:

—¡Arrepentíos! ¡Cavad hondo en vuestro corazón y la verdad os hará libres!

—Silencio —dijo el sacerdote de su derecha, entre dientes. BoShek observó que tenía la túnica considerablemente más limpia que la suya y los dedos y muñecas plagados de anillos y pulseras de oro. Predicar evidentemente era un buen negocio.

—Cállate tú —le dijo BoShek. Podía oír a la policía ascendiendo por la rampa—. Pensándolo bien, vamos a seguir predicando o ambos tendremos que decir nuestras oraciones en la cárcel.

Se volvió a la ventana y dijo a la multitud:

—Hay infieles entre nosotros, personas que niegan el poder de la Fuerza, que dicen que este poder se debilita con el paso del tiempo y que ya no es útil en estos tiempos modernos, pero yo digo que todo ser viviente que nace está sujeto al poder de la Fuerza.

El predicador que le había mandado callar bajó la vista hacia la rampa con recelo, se volvió hacia la ventana y recogió lo que había dejado, diciendo en voz lo suficientemente alta como para ahogar la de BoShek:

—Considerad los banthas de los campos de dunas. Ni se amedrentan, ni golpean. Son los más sagrados de los animales…

Oh, chico, este tipo era el perfecto rival. BoShek se alegró de no haber tratado la falsa religión del monasterio, ya que el predicador no parecía muy contento de estar escuchando una doctrina de la competencia. Bueno, no podía hacer nada, ahora estaba comprometido. El otro predicador reanudó su arenga, ofreciendo sanar a cualquier persona que le arrojara dinero.

BoShek se asomó afuera todavía más, parloteando sobre la Fuerza simplemente para mantener su tapadera. Podía sentir a la policía detrás de él, tres de ellos con fusiles

bláster, rastreando la cubierta. Cerró los ojos y rezó para que se obrara un milagro. Deseó que acabaran, dieran la vuelta y bajaran de nuevo por la rampa para irse.

El chillido rabioso que lanzó un jawa abajo en la calle y el chasquido inconfundible de un disparo de bláster hizo que BoShek casi saltara por la ventana, pero se dio cuenta a tiempo de que el tiroteo había llegado desde el exterior. Se inclinó y miró alrededor de la curvatura del casco. Pudo ver un jawa en el suelo con una nube de humo. El equipo de patrulla de soldados de asalto con sus armaduras blindadas blancas estaba en el centro de la plaza, agitando sus fusiles bláster en torno a una posible amenaza, pero nadie disparó.

La policía detrás de BoShek se apresuró a regresar a la calle por la rampa para investigar. BoShek se apoyó en el marco de la ventana, con las piernas temblándole.

Fuera lo que fuera que hubiese hecho el jawa, su ruidosa muerte había distraído el tiempo suficiente a la policía para permitirle escapar. Se volvió para marcharse, pero solo encontró un puño con anillos de oro en su cara. Se tambaleó y cayó hacia atrás con fuerza al suelo.

—Se burla, ¿verdad? —le espetó el predicador, propinándole una patada en las costillas que BoShek no pudo esquivar. Los otros predicadores se unieron al primero rápidamente en patear y golpearle.

—¡Esto es por intentar que la gente se ría de nosotros! —dijo uno de ellos que casi estuvo a punto de arrancarle un brazo.

—¡Y esto por atraer a la milicia hasta aquí! —dijo otro. BoShek se puso en pie tratando de explicar…

—No, esperen, es un error… —Pero ellos no escuchaban sus excusas. Bajo continuos golpes se cubrió la cabeza y bajó por la rampa comenzando a correr. Pensó que los predicadores no le seguirían, pero dos de ellos le persiguieron por el lado derecho del casco y hacia la plaza, donde los policías, reunidos en torno al cadáver del jawa, se volvieron a mirar la causa de este nuevo alboroto.

—¡Es él! —gritó el policía al que había derribado y le disparó casi acertándole en la cabeza, volando por los aires unas piezas oxidadas de chatarra. BoShek saltó por entre los restos precipitándose alrededor del casco y, cuando entre él y sus perseguidores hubo un buen trecho, corrió calle abajo hacia donde veía más gente: los compradores y vendedores en frente del centro comercial de los jawas.

Algunos predicadores todavía le seguían, lo que evitó que le dispararan los policías por la espalda. Los policías no estaban dispuestos a matar un líder de fe religiosa ni siquiera por accidente, probablemente por temor a los problemas que causarían sus seguidores.

Tomando ventaja de su vacilación, BoShek corrió más allá de los comerciantes hacia la calle donde circulaban varios deslizadores, pensando en pasar a través de ellos, esquivándolos y tratando de perder a sus perseguidores, pero a medida que se acercaba vio la triangular cabeza de un arcona, deleitándose con un acuerdo que acababa de cerrar, y se dio cuenta de que su salvación estaba cerca.

Corrió hacia el deslizador que el arcona había comprado, un XP 38A bastante maltratado con dos motores en los lados y un tercero en la aleta de atrás, arrojó un puñado de créditos al sorprendido alienígena, saltó al asiento del conductor y le gritó por encima del hombro:

—¡Voy a hacer una prueba de conducción!

—¡No, espera! Qué crees que estás… —gimió el arcona, pero BoShek no se quedó allí para discutir. Como los motores estaban todavía encendidos, hundió a fondo el acelerador y salió a todo gas pasando muy cerca de un robot cilíndrico antes de desviar el deslizador hacia otra calle.

La policía disparó desde lo lejos pero solo consiguió que la gente de la calle se agachara cubriéndose del disparo. BoShek avanzó por la amplia avenida, giró en la esquina al final del bloque y siguió adelante a toda velocidad.

Dos bloques más allá, bajó la velocidad al girar otra esquina y en la siguiente, moderó su velocidad, tratando de mezclarse entre el poco tráfico de vehículos que había. Su curso en zigzag le llevaba en un lazo alrededor del muelle de carga 94. Bueno, el desorden en las calles y los disturbios mantendría a la policía ocupada durante mucho tiempo, ni siquiera se molestó en buscar más el muelle. Estaba pensando en terminar el asunto y poner rumbo de nuevo al monasterio cuando al volver otra esquina se encontró acercándose a otra patrulla de cuatro soldados de asalto que estaban bloqueando la calle. Uno de los soldados levantó una mano con la palma hacia afuera, indicando a BoShek que debía detenerse. No habían cargado sus rifles, pensó, por lo que interpretó que solo estaban parando a todos para interrogarlos. Aun así, BoShek no podía pasar el control y huir sin que los soldados pudieran usar sus blásters y derribarle. Se obligó a desacelerar y parar un poco antes de donde se encontraban los soldados, pensando frenéticamente cómo salir de esta nueva situación.

—¿Qué le trae por aquí? —le preguntó el jefe de patrulla. Su voz fue distorsionada por el casco de la armadura de combate que usaba, y en las lentes en burbuja de la visera pudo ver el futuro que le esperaba.

—Estoy… eh… solo me dirijo a la cantina —le dijo BoShek.

—Ya veo, ¿es suyo este deslizador?

—Solo lo estoy probando —contestó BoShek.

—Una historia probable. Vamos a ver su… —Las palabras del soldado de asalto quedaron ahogadas por el rugido de una nave que despegaba a toda velocidad. BoShek se estremeció ante la gran turbulencia con la que la nave había limpiado los tejados, entonces dio un respingo cuando la reconoció. Era el *Halcón Milenario*.

Parece que el viejo lo ha conseguido, pensó. Muy mal, en cierto modo, ya que podría haber usado un poco de su suerte en estos momentos.

Pero no fue la suerte, ¿verdad? El tipo sabía usar la Fuerza, y por la forma de hablar y el manejo que hacía de la espada láser, era un maestro. Probablemente había usado su poder para abrirse paso a través de cualquier obstáculo. Un puesto de control como este ni siquiera le habría hecho sudar.

Bueno, BoShek sudaba abundantemente. Las tropas de asalto se habían vuelto para observar el despegue del carguero, pero pronto le prestarían a él toda su atención.

Echad un vistazo a la bahía de embarque, BoShek pensó hacia ellos. *Id a molestar a otro, a quien sea, solo dejad que me vaya.*

¿Qué dijo el viejo cuando habló de la Fuerza? «Cuidado con el lado oscuro, solo el puro de corazón tiene alguna esperanza para ejercer el poder de la Fuerza con algún éxito». Y también le dijo que debía resolver su papel aquí en la sociedad antes de continuar su viaje.

Genial. El robo del deslizador probablemente había vetado cualquier oportunidad que hubiera tenido de poder usar la Fuerza.

Pero, ahora que lo pensaba, en realidad no lo había robado. Había arrojado al arcona que lo había comprado, al menos cincuenta créditos, aunque era cierto que fue solo para que el comerciante permaneciera unos instantes dudando si dar o no la alarma. Todavía *podía* llevárselo de vuelta.

Muy bien, pensó dirigiendo sus pensamientos hacia la inmensidad del espacio donde imaginó que la Fuerza se acumulaba. *Voy a devolver el deslizador tan pronto como sea posible, voy a dejar de fumar, dejaré el contrabando y voy a limpiar el resto de mis actos, lo que sea para salir de este lío.*

No esperaba que funcionase. La Fuerza no era un dios juez que decidiese el destino de una persona. Como había dicho el anciano, la Fuerza solo *era*. No importaba lo que prometiera BoShek.

El poder de manipular venía de dentro y BoShek no era tan tonto como para pensar que había llegado a la armonía interior en solo unos segundos. Pero tal vez, y solo tal vez, había cambiado lo suficiente como para marcar una diferencia.

Concentró todo su esfuerzo en los soldados de asalto para que lo dejasen ir, y estuvo casi seguro de que sintió algo, una punzada de sensibilización dirigida hacia ellos. Una sensación le volvió en respuesta, como si ellos también poseyeran algunos rudimentos de la Fuerza, o hubieran sido expuestos a ella. Parecieron sentir su toque porque los cuatro soldados se volvieron al unísono hacia el deslizador otra vez.

BoShek casi no podía respirar. *Nublad vuestros cerebros,* pensó hacia ellos, *olvidad que estoy aquí…*

—¿Cuánto tiempo lleva con esos androides? —preguntó el soldado de asalto capitán.

—¿Eh? —BoShek volvió la cabeza hacia el asiento del pasajero preguntándose a qué droide se refería, pero estaba vacío—. Yo… —dijo, pero el soldado le cortó.

—Déjeme ver su identificación.

Ahí vamos, pensó BoShek. Metió la mano lentamente por su cintura calibrando si podía coger su arma y derribar a los cuatro soldados, pero las siguientes palabras del capitán lo pararon en seco.

—No necesitamos ver su identificación —dijo a los otros—. Estos no son los androides que estamos buscando.

Desconcertado, BoShek solo pudo decir:

—Está… eh, está bien

—Puede continuar su camino —dijo el soldado agitando sus brazos despidiéndolo—. Muévanse.

El campo de visión de BoShek se nubló por momentos con la repentina oleada de alivio. Tuvo que respirar profundamente para evitar desmayarse, pero se las arregló para acelerar el deslizador hacia adelante y girar en la esquina antes de parar y desplomarse en el asiento.

No tenía ni idea de lo que acababa de suceder, salvo por una cosa. La Fuerza era real y había manipulado en algún sentido a los soldados de asalto.

Pero todo tiene su precio. Se imaginó al anciano, probablemente a mitad de un año luz de distancia ahora, sin dejar de vigilarle de algún modo, a la espera de ver si iba a seguir adelante con su promesa.

¿Lo haría? No era una pregunta. BoShek había intuido algo profundo, maravilloso pero aterrador a la vez. Cuidado con el lado oscuro, le había dicho el anciano, y BoShek sabía que la advertencia era sincera. Podría utilizar este recién descubierto poder para el bien o para el mal, pero una vez que tomara una decisión, no habría vuelta atrás.

Estaba en una encrucijada y cualquier decisión que tomara le afectaría para el resto de su vida.

Sonriendo por primera vez en lo que parecieron horas, arrancó el deslizador y comenzó a conducir de nuevo en busca de su legítimo propietario.

Doctor Muerte:
El relato del Dr. Evazan y Ponda Baba
por Kenneth C. Flint



El extraño sonido de raspado podía escucharse incluso por encima del distante bramido del trueno.

Una de las dos figuras sentadas en la mesa del comedor se giró, ladeando su cabeza para escuchar.

—¿Qué es eso? —preguntó una voz áspera— ¡Rover, ve a mirar!

Algo se movió en una esquina entre las sombras. Una masa se deslizó hacia delante con un húmedo sonido de succión, saliendo a la luz. Era una forma gelatinosa, una masa mucosa de un color verde como la bilis, que brillaba con aspecto grasiento, y que reptaba y se deslizaba por el suelo mediante un anillo de delgados tentáculos con punta bulbosa que ondeaban sobre la masa redondeada. Fluyó cruzando el largo comedor hacia una de las aperturas arqueadas de las ventanas del muro lejano.

—Jamás hubiera creído que se pudiese llegar a amaestrar a un meduza —señaló, con cierta sorpresa, la segunda figura de la mesa.

El primer hombre se giró hacia el invitado que se sentaba frente a él en la mesa del comedor.

—Al contrario, senador. Es bastante sencillo amaestrarlos. De hecho, es una de las especies más maleables que he encontrado. Me gustaría que hubiera más especies así.

El rostro del hombre estaba oscurecido por una gran cicatriz que le desfiguraba el lado derecho, dejando el ojo derecho en una rendija de carne caída y aplanando la nariz, lo que le proporcionaba un aspecto porcino.

—Desgraciadamente, puedo imaginarme el tipo de cosas que le gustarían, Dr. Evazan —contestó el senador aqualish con un escalofrío de repulsa. De aspecto humanoide en general, tenía algunas características de morsa, con grandes y líquidos ojos negros, gruesos colmillos curvos y bigotes cortos y gruesos que se alineaban en el hocico alargado, dividido en dos por una boca ancha y fina.

El senador alzó su mano para alcanzar la copa frente a él. La mano tenía forma de aleta, sin dedos, pero con un pulgar oponible. Eso lo señalaba como miembro de la más preeminente de las dos razas aqualish, y por tanto perteneciente a sus clases gobernantes. Tomó un largo sorbo de la cerveza andoana de la copa y miró a Rover con nerviosismo.

La criatura gelatinosa ya había alcanzado uno de los dos ventanales. Esforzándose por lograr una postura más elevada, se detuvo un momento, con sus bulbosos tentáculos oscilando de un lado al otro como si estuviera olisqueando el aire.

Al otro lado de la apertura, el vasto océano del planeta acuático Ando se extendía hasta un horizonte grisáceo, casi negro. En las hirvientes nubes tormentosas que allí había, espectaculares relámpagos zigzagueaban e iluminaban las altísimas nubes.

El profundo bramido del trueno cruzaba sobre las olas agitadas por el vendaval para rebotar contra los escarpados muros de piedra de las torres del castillo construido sobre el acantilado. Cientos de metros por debajo de la ventana del castillo, inmensas olas golpeaban como puños contra la base de la isla rocosa, abriéndose en dedos blancos que trataban inútilmente de agarrarse y ascender.

La total magnificencia de la salvaje escena estaba de algún modo deslucida por un tembloroso destello de luz creado por el campo de energía que formaba una pantalla en cada apertura.

La gelatinosa criatura descendió de nuevo. Sus tentáculos bulbosos se giraron hacia Evazan de inmediato y se inclinaron hacia él, como si le hiciera una señal urgente.

El Dr. Evazan arqueó la ceja que le quedaba sobre su ojo izquierdo. Su cara medio deformada no mostró ningún otro signo de emoción.

—Ahora, si es tan amable de tirarse bajo la mesa —dijo a su huésped como si estuviese remarcando un hecho.

El senador aqualish observó con asombro cómo una de las manos de Evazan surgió de debajo de la mesa empuñando una pistola bláster. La otra mano se alzó para golpear un botón en una pequeña consola de sobremesa, y tras un segundo, todas las luces se apagaron.

Simultáneamente, un sonido chisporroteante vino del otro lado de las ventanas, y las pantallas de energía de las tres aberturas se colapsaron hacia el interior cuando tres formas las atravesaron desde el exterior.

El senador lanzó un agudo graznido de terror y se lanzó bajo la gruesa mesa.

Las tres formas golpearon el suelo, dieron una voltereta y se pusieron en pie instantáneamente. Un destello de un relámpago lejano iluminó tres siluetas humanoides mientras alzaban rifles bláster y comenzaban a disparar.

Evazan ya estaba rodando desde su silla hacia el refugio de un pequeño salón. Disparó mientras lo hacía, y su descarga golpeó de lleno a una de las tres formas.

El atacante soltó un gruñido de dolor mientras se tambaleaba y caía. Los otros dos se agacharon buscando protección. Disparos de las armas de ambos lados cruzaron la habitación, chocando contra muros de piedra y atravesando muebles.

Uno de los atacantes estaba tan pendiente de acertar a Evazan que no se percató de que algo se acercaba sigilosamente. No, hasta que un sonido líquido le hizo girarse justo cuando Rover embistió.

El intruso no tuvo ninguna oportunidad de defenderse cuando todos los tentáculos del meduza se dispararon hacia delante, tocando con sus extremos bulbosos el pecho y la cara del otro. Cada bulbo brilló con fuerza, la silueta de la víctima se puso rígida, estremeciéndose como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica, y luego cayó.

La retorcida boca de Evazan se alzó en una grotesca sonrisa.

—Buen chico, Rover —murmuró. Pero la sonrisa se desvaneció cuando miró hacia la puerta de la sala—. ¿Pero dónde demonios estás, Ponda? —añadió con tono irritado.

Salió de su cobertura, gateando por la sala oscura, buscando un buen ángulo para disparar al último enemigo. Cuando Evazan se alzaba para apuntar hacia el último sitio donde había visto al otro, una gota de sudor de ese último invasor cayó sobre la silueta oscura del doctor.

La puerta de la habitación estalló hacia el interior y una nueva figura la cruzó. Un rápido disparo bláster y con buena puntería ensartó al atacante de Evazan, salvando por los pelos al doctor de un disparo letal.

El último cuerpo dio un golpe seco al caer al suelo. Evazan se puso en pie, sacudiéndose el polvo de encima.

—Ya era hora, Ponda —dijo al recién llegado, caminando hacia la mesa para volver a encender las luces.

Al volver la iluminación se reveló otro macho aqualish empuñando un bláster recién disparado. Pero la mano izquierda de Ponda Baba era la mano peluda y con dedos como garras de alguien perteneciente a la raza aqualish inferior. La mano derecha y el antebrazo al que estaba unida eran artificiales, y de una clase mecánica bastante burda, con su estructura esquelética mecánica no cubierta por biocarne.

—Tienes suerte —replicó Ponda con un gruñido, devolviendo su bláster de nuevo a su funda—. Casi dejo que te encargues de ellos tú solo.

Y con eso se giró y abandonó la sala.

El senador andoano estaba saliendo de debajo de la mesa del comedor en ese momento. Evazan enfundó su propia arma y miró a su huésped pidiendo perdón.

—Lo siento. En los viejos tiempos, Ponda Baba habría estado aquí como un rayo. Un verdadero equipo éramos entonces.

—¿Él… ah… trabaja para usted? —dijo el senador, aún recuperándose del shock.

—Éramos socios —explicó lacónicamente el doctor.

El senador parecía consternado por eso.

—Ya sabe, es de la casta más baja, aquí en Ando. Su gente tiene una dudosa moral y los hábitos más violentos. Se les trata con tanto desdén que pocos de ellos permanecen en nuestro planeta. Emigran y a menudo se convierten en criminales galácticos.

—Bueno, Ponda no podría haber sido un mejor compañero para mí —dijo Evazan, sirviéndoles a ambos fuertes bebidas—. Es decir, hasta un día en Tatooine. Tuvo una trifulca allí, en la cantina de Mos Eisley. Un anciano con un sable de luz Jedi rebanó el brazo derecho de Ponda por ayudarme. Tras eso tuvimos una especie de discusión.

—Está aquí ahora —señaló el senador—. Y parece que acaba de salvarle la vida.

—Bueno, aún le debo un brazo —explicó el doctor—. Ha tenido problemas para ahorrar dinero suficiente para un buen reemplazo biónico. Así que hemos establecido una débil alianza hasta que pueda ayudarle. Yo le proporciono un brazo, él trabaja para mí como guardaespaldas… en teoría.

Tomó un largo trago de su cerveza.

—¿Qué hay de ellos? —preguntó el senador, mirando hacia los atacantes abatidos.

—¿Ellos? —dijo Evazan, encogiéndose de hombros despreocupadamente—. Tan solo más cazarrecompensas. Deben haber escalado hasta aquí arriba.

Dejó su copa y caminó hacia uno de los cuerpos. Estaba vestido con un traje de salto gris y casco, como los otros dos, con un cinturón de equipamiento alrededor de la cintura. Le dio la vuelta con el pie, revelando un humano con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída, de tez morena y rasgos delgados y angulosos.

Evazan vio un pequeño dispositivo sujeto a la cintura del hombre.

—Usaron disruptores de campo individuales para cruzar las pantallas —dijo pensativo—. Parece una clase nueva. Tendré que aumentar la potencia del campo. —Se giró para mirar al aqualish—. Senador —añadió impertinentemente—, no debería preocuparme de este tipo de cosas en absoluto. Se supone que usted debería protegerme, asegurándose de que nadie pudiera estar siquiera cerca de aquí con equipamiento como ese.

—No podemos investigar los antecedentes y rastrear a todo el mundo que llega al planeta —dijo a la defensiva el senador—. La seguridad que le estamos ofreciendo es ya muy grande e increíblemente cara.

Evazan agitó la cabeza.

—Sigue sin ser suficiente. Este es el tercer intento desde que vivo aquí. Cada vez son mejores.

—Habíamos asumido en cierto modo que ocultarle en una fortaleza como esta isla aislada sería suficiente protección —replicó el senador con tono indignado—. Por supuesto, entonces, no sabíamos que media galaxia trataba de darle caza.

Evazan dio un paso hacia él.

—¿Está diciendo que no lo valgo? —preguntó.

—Esa es precisamente la cuestión por la que estoy aquí —fue la severa respuesta.

—De acuerdo —asintió el doctor—. Hablaremos de ello. —Señaló la mesa de comedor—. ¿Quiere que terminemos la comida antes?

El senador miró a sus platos aún llenos de comida.

—¿Comer? —dijo, y miró los cuerpos—. ¿Qué pasa con ellos?

—Oh, Rover se ocupará de ello —dijo Evazan.

La gelatina ya había reptado sobre uno de los muertos, expandiendo su masa viscosa sobre la silueta, engulléndola y ocultándola. La criatura comenzó a temblar de emoción y emitió un sonido como de sorbidos.

—Limpia todas las sobras —dijo Evazan—. Es parte de la razón por la que he sido capaz de entrenarle con semejante facilidad. Aquí está muy bien alimentado.

—Realmente ya no tengo mucha hambre —dijo el aqualish. Se sentó y tomó un trago muy largo de cerveza—. Vayamos ya al asunto de mi visita, ¿de acuerdo? No quiero… Es decir, no puedo estar mucho tiempo aquí.

—Bien —dijo el doctor, sentándose igualmente—. ¿Cuál es su problema?

—Créditos —respondió sin rodeos el senador—. Todo este proyecto se nos ha ido de las manos. Proporcionar este lugar y las instalaciones de su laboratorio fue suficientemente costoso. Y ahora está la seguridad. Este incidente solo subraya el problema. ¡Está costando una fortuna a nuestro gobierno!

—Y bien merecida —respondió Evazan, inclinándose sobre la mesa para hablar con intensidad—. Llevan décadas sin ser otra cosa que esclavos del Imperio, viviendo a sus órdenes. Han perdido su orgullo y su identidad para sobrevivir. ¿Cuánto están dispuestos a pagar para librarse de sus cadenas?

Rover terminó de digerir el primer cuerpo. Dejando en el suelo solo una mancha húmeda con forma humana. Reptó a la segunda figura.

—Ninguna cantidad sería demasiado grande para librarnos del Imperio —admitió el senador, tratando de no mirar el truculento trabajo de la criatura—. Pese a todo, mi subcomité de asignaciones necesita algo que lo tranquilice para continuar su financiación. Nuestro actual recorte presupuestario…

—¡Que se vaya al cuerno su presupuesto! —gritó Evazan—. Cuando termine mi investigación, tendrán un secreto tan valioso para el Imperio, que ellos les darán su libertad y cualquier otra cosa que quieran.

—Sí, sí, eso nos asegura usted —replicó el senador—. Pero últimamente hemos tenido pocas pruebas que apoyen su reivindicación de una gran revolución médica. Quizá si me ofrece alguna prueba de su progreso, algo sólido que pueda llevarme, entonces pueda convencerles para que continúen.

—Me parece justo —concedió el doctor—. Le mostraré lo cerca que estoy del triunfo total. Ya ha sido probado de varias formas diferentes. De hecho, solo necesito una última cosa para demostrar mi revolucionario trabajo. Tengo que encontrar un espécimen de macho humano… uno joven, fuerte, saludable y perfectamente formado.

Los ojos del senador se estrecharon por la curiosidad.

—¿Por qué?

—Lo verá usted mismo. —Evazan se puso en pie—. Le llevaré abajo, al laboratorio, ahora.

El senador le miró.

—¿A su… laboratorio? —dijo con claros recelos—. ¿Es realmente necesario, doctor? Seguro que cualquier otra evidencia bastará. Datos de investigación, quizá, o…

—Insisto —dijo Evazan—. ¡Tiene que ver usted mismo lo que he hecho aquí!

El aqualish suspiró y, con gran renuencia, se puso en pie.

—Por aquí, senador —dijo el doctor, conduciéndole hacia la puerta.

Tras ellos, el meduza terminaba ruidosamente su segundo plato y se dirigía hacia el postre final. El tercer hombre muerto yacía curvado de medio lado. Podía verse parcialmente una pequeña unidad de enlace de comunicaciones sujeta en su cinturón. La pequeña luz verde del indicador de funcionamiento estaba encendida.

Fuera del castillo, no muy lejos por encima de las ventanas, una figura solitaria se aferraba al escarpado muro de piedra, un hombre de constitución delgada y tez oscura, con rasgos duros, profundos ojos marrones y bigote negro. Vestía del mismo modo que los tres hombres muertos.

Tanto sus pies como una mano estaban encajados en estrechas grietas para mantenerlo en ese precario lugar, con su cuerpo apretado fuertemente contra el muro para protegerse del intenso viento. Su mano libre sostenía su propio comunicador cerca de su oído.

Había podido escuchar la conversación entre el Dr. Evazan y el senador. Había escuchado a los dos marcharse. Ahora escuchaba el grotesco sonido de la criatura envolviendo y exprimiendo a su último camarada.

Con un chasquido de energía cortándose, el canal de comunicaciones murió, y el rostro del hombre se tensó en una expresión sombría.

Volviendo a dejar su comunicador en su cinturón, trepó por el muro del castillo con gran destreza, hasta una sección inclinada del tejado. Sujetó a las lisas tejas de pizarra una unidad de comunicaciones de largo alcance en forma de mochila mediante una cinta de succión y soporte. Encajando su cuerpo en una esquina entre el tejado y una torre para protegerse del viento, extrajo los auriculares del equipo y habló con urgencia al micrófono.

—¿Hola? ¿Madre? Aquí Gurion. ¿Me recibís? —Miró al cielo nublado con cierta preocupación—. ¿Aún estáis ahí arriba?

—Todavía en órbita, Gur —se oyó como respuesta—. ¿Cuál es tu informe?

—Todos muertos —respondió Gurion sin rodeos—. Todos menos yo. Evazan debe tener una fuerte protección ahí dentro. Eran los mejores.

Tras un pesado silencio, la voz volvió a hablar, sin poder enmascarar por completo un tono de lamento en su voz.

—Se acabó, entonces. Sal de ahí, Gur. Ahora. Te recogeremos.

—No. A mí no —dijo firmemente—. Voy a entrar, a acercarme a él. Es la única forma de estar seguro de atraparle.

—¿Tú solo? —dijo con sorpresa la voz—. ¡Eso es un suicidio!

—Pues que lo sea. No me importa —dijo ferozmente Gurion—. Tengo que atraparle, ¡y creo que sé cómo!

En el interior del castillo, Evazan y su invitado descendieron una larga escalera de caracol. Cuanto más descendían a los santuarios más profundos de la guarida del doctor, más se deshacía en disculpas el senador andoano.

—Por mi parte, nunca ha habido dudas acerca de su integridad —explicó el alienígena con una voz cada vez más aguda por su creciente preocupación—. Son mis colegas del senado los que han hecho caso de los rumores. Algunos dicen que está condenado a muerte en diez sistemas.

—Doce, de hecho —dijo despreocupadamente Evazan—. Puede que ahora sean más. No lo he comprobado.

—¿En serio? —dijo el senador, elevando la frecuencia de su voz un poco más—. Y además hay ciertas historias acerca de algunas de sus… eh… prácticas médicas.

—Tampoco negaré que hay algo de cierto en ellas —admitió el doctor—. No me arrepiento de lo que he hecho. Todo era por una buena causa.

Llegaron al final de la escalera. Evazan quitó el cerrojo de una gran puerta de metal y la abrió. La puerta chirrió en sus goznes, y ambos la cruzaron.

Al otro lado, un único espacio ocupaba los inmensos cimientos del castillo. Pilares cortos y rechonchos, y pesados arcos de piedra sostenían el elevado techo. Se extendían hacia las sombras lejanas, un estante tras otro de grandes cilindros de cristal que brillaban débilmente, llenos de un líquido dorado y de algo más.

El senador avanzó unos pasos observando conmocionado. Cada cilindro parecía contener algún tipo de ser.

Avanzó más examinando una hilera de criaturas flotando en fluido ámbar. Eran gigantescos wookiees y diminutos jawas, givins esqueléticos y abyssinos de un solo ojo. Había humanoides cornudos de Devaron y criaturas con aspecto de insecto de la raza kibnon, junto con otras incontables especies de planetas de toda la galaxia.

—¿Están… muertos? —inquirió nerviosamente el senador, mirando al cilindro de un arcona reptiliano que le devolvía la mirada con ojos en blanco, como joyas.

—Desgraciadamente —dijo Evazan—. Conservados en mi fluido de embalsamamiento especial. Son algunos de mis pacientes que no sobrevivieron a mis intentos quirúrgicos por ayudarles. Pero el trabajo médico que hice en ellos fue, de todas formas, de gran valor para mí.

El senador volvió a mirar a los cadáveres más detenidamente. Todos habían sido manipulados de una manera que podría denominarse «cirugía», aunque la palabra «carnicería» podría haberse aplicado con más rigor. La mayoría estaban mutilados, con sus cuerpos abiertos en canal, y les faltaban varias extremidades u órganos. En algunos

casos, los propios elementos del ser habían sido reemplazados por cosas que, con bastante claridad, les eran ajenas.

—Digo que me ayudaron —continuó Evazan, recorriendo una hilera de sus «pacientes»—. Sobre todo, indicándome cuándo mi investigación había llegado a un punto muerto —dedicó al senador una horrenda sonrisa—, si me perdona la expresión.

—¿Experimentó con ellos? —dijo horrorizado el senador.

Evazan alejó la idea con un gesto de la mano.

—Por supuesto que no. Pretendía ayudarles con mis técnicas creativas. Intentaba darles más salud y una vida más larga. En teoría, al menos.

Tocó el cilindro que contenía la figura destripada de un ranat con aspecto de roedor.

—He dedicado toda mi vida a ayudar a los demás. Me llamaron loco, criminal, a mi pesar. Pero nadie lo ha comprendido. Solo usaba mis habilidades para reformar la vida de distintas formas, tratando de crear algo mejor. —Suspiró y volvió la mirada al aqualish—. Pero no fue suficiente.

El senador recorrió una y otra vez las largas filas de las víctimas del doctor.

—¿No fue suficiente?

—La alteración física no fue suficiente.

El doctor se dirigió al siguiente cilindro. Dentro había un espécimen particularmente horrendo. Era una criatura que había sido construida con partes recuperadas de docenas de seres diferentes, cosidas y grapadas entre sí para formar un collage monstruoso.

—Como ve, incluso cortando y uniendo las mejores partes de cuerpos de la galaxia, no podía lograr el efecto que quería. —Alzó una mano para tocar el desfigurado lado derecho de su cara—. No, la clave era la *mente*. Es por eso que mi investigación tomó una nueva dirección. Venga por aquí.

Abrió paso a través de las hileras de cilindros hasta una gran área en el centro de la sala. Allí, un complejo conjunto de equipamiento electrónico se alzaba hasta el techo de un modo bastante precario. Los diversos sistemas, conectados entre sí con enredadas guirnaldas de cables, chasqueaban y siseaban incómodamente incluso con la mínima potencia de entrada que ahora corría por ellos.

El elemento clave de ese montón desordenado de alta tecnología eran dos plataformas preparadas con mesas de operación. Correas, claramente dedicadas a sujetar a los pacientes, se añadían a su aspecto siniestro. Sobre cada una, un extraño dispositivo con aspecto de colador colgaba mediante una docena de cables de un brazo pivotante. Más cables conectaban estos a la máquina central.

—Este es mi instrumento de transferencia —dijo orgullosamente Evazan—. Los componentes principales fueron modificados a partir de unidades imperiales avanzadas de transmogrificación, originalmente diseñadas para alterar la programación de los droides. Ponda y yo conseguimos «liberar» este equipo de una instalación de investigación imperial. Pero lo he adaptado para usarlo en seres vivos.

El senador había estado mirando con una mezcla de intimidación y escepticismo a la masa de dudoso aspecto. Ahora miraba a Evazan con incredulidad.

—¿Seres vivos?

—Los cerebros vivos también almacenan electrónicamente sus conocimientos adquiridos de forma muy parecida a una grabación. Esa grabación puede ser alterada, borrada… o trasladada. Los medios para lograrlo se hallan ahora ante usted.

—¿Para qué fin?

—Para tener algo que nadie ha llegado a tener nunca antes —dijo el doctor con grandilocuencia—. ¡Finalmente estoy a un paso de crear una forma viable de inmortalidad!

La incredulidad del senador se mostró más pronunciadamente en su rostro.

—Debe estar bromeando doctor.

—No bromeo en absoluto —dijo el otro. Se acercó, hablando con grave intensidad—. ¡Solo piense en ello! Ni siquiera el más poderoso de los Maestros Jedi con todos sus poderes sobre los elementos ha conseguido una inmortalidad real. Pueden ser capaces de prolongar la vida hasta cierto límite, pero siguen decayendo y mueren al final. Mi método transferirá los niveles más altos de la inteligencia de un ser a un nuevo cuerpo, fresco, en cualquier momento que lo necesite, con solo pulsar un interruptor. Piense en lo valioso que *eso* sería para el Imperio. Sus gobernantes más importantes, sus mejores mentes militares, podrían vivir para siempre, obteniendo aún más conocimientos con cada nueva vida.

—Supongo que *es* algo por lo que el Imperio pagaría cualquier cosa —dijo el aqualish, pero con serios recelos en su voz—. *Si* esa cosa funciona.

—Funcionará —dijo confiado Evazan—, y pronto seré capaz de probarlo. —Sonrió con sardónico deleite—. Irónico, ¿verdad? Evazan, aquel al que una vez llamaron Dr. Muerte, ¡será quien cree semejante vida eterna!

Una consola de intercomunicación cercana emitió un pitido indicando una transmisión entrante. Evazan se giró para ver el rostro de Ponda Baba aparecer en su pequeño monitor mientras una voz surgía con cierta urgencia del altavoz.

—¡Evazan, hay alguien en nuestra puerta!

—¿Nuestra puerta? —repitió el doctor.

—En la compuerta acuática bajo el castillo. Dice que su deslizador acuático acaba de averiarse. Quiere llamar a un remolcador desde aquí.

—Eso dice, ¿eh? —replicó Evazan—. Veámosle.

Ponda tecleó en su propia consola y la imagen de la pantalla pasó a mostrar una vista de la zona de la compuerta acuática. Una pequeña embarcación repulso-elevadora marítima ocupaba el único muelle del castillo. Junto a la inmensa compuerta se encontraba de pie un macho humano de aspecto muy impresionante.

Era bastante alto, de complexión robusta, como dejaba en evidencia el traje ceñido que llevaba. Sus rasgos cincelados eran atractivos, y una mata de pelo rubio ondeaba sobre su bien formada cabeza.

Evazan observó al hombre con gran interés, y luego apretó botones de la consola, volviendo de nuevo a la imagen de Ponda.

—Déjale pasar —ordenó—. Pero solo al vestíbulo. Mantenlo vigilado.

—¿Estás seguro de que eso es inteligente, Doc? —preguntó Ponda.

—¡Solo hazlo! —Evazan apagó el intercomunicador y se giró hacia el senador—. Puede que vea más de lo que esperaba —dijo con excitación—. ¡Hoy podría ser el clímax de mi investigación!

Salió corriendo del laboratorio, con el desconcertado senador siguiéndole. Entraron al inmenso vestíbulo del castillo. En el muro junto a la puerta principal había un panel de control con una pantalla de vigilancia. Ponda Baba ya estaba allí, mirando una imagen de la habitación del otro lado de la puerta.

En una pequeña y desnuda antecámara previa al vestíbulo, su rubio visitante permanecía esperando pacientemente.

Evazan miró al hombre por encima del hombro de Ponda. Sus ojos se iluminaron con un brillo ansioso.

—¡Este será perfecto! —dijo—. ¡Qué suerte más increíble!

Rebasó a Ponda para accionar un interruptor en el panel. De la lámpara del techo de la antecámara se disparó un rayo carmesí, golpeando la cabeza del hombre rubio. Se desmayó al instante, derrumbándose en el suelo.

—¿Lo ha matado? —dijo el senador andoano aterrado.

—Solo lo he aturdido —respondió el doctor. Miró a Ponda—. Ayúdame a llevarlo abajo.

Agarró la manilla de la puerta, pero una pata peluda cayó sobre su mano para detenerle.

—Espera, Doc —dijo la áspera voz de Ponda—. No irás a transferirte a él, ¿verdad?

—Tiene mejor aspecto que ninguno que haya visto antes —admitió Evazan—. ¿Por qué no?

—No, Doc —le espetó Ponda—. ¡Yo primero!

Evazan observó a su antiguo socio.

—¿Qué quieres decir?

—Prometiste que yo iría primero. Prometiste que tendría un cuerpo con un buen brazo. Te traje a mi planeta, te ayudé a preparar esto, te mantuve con vida por esa única razón. Me costaste un brazo en Tatooine. Me lo debes. Es hora de que me lo pagues.

—¿Cómo puedo hacer eso, Ponda? —razonó—. Mi sujeto perfecto acaba de aparecer ante mi puerta. ¡Está aquí justo ahora!

—Entonces ambos estamos de suerte, Doc —respondió Ponda—. Tú tienes el tuyo. Yo tengo el mío.

La cara del doctor se iluminó al comprender. Como una sola persona, ambos se giraron hacia el senador aqualish.

El senador había escuchado su diálogo con creciente alarma. Mientras le miraban, su expresión se tensaba más y más por el horror.

—No es joven —comentó Evazan, con aire crítico.

—Pero es de la clase gobernante —respondió Ponda—. Obtengo un brazo, y también obtengo poder.

—Ustedes… ustedes no pueden estar pensando lo que creo —jadeó el senador.

—Lo estamos —dijo el doctor sacando su bláster—. Felicidades. Va a ayudar a dar un gran paso para la ciencia. —Señaló con el arma—. Avance, por favor.

—¡No pueden hacer esto! —gritaba el senador mientras le conducían hacia el laboratorio—. ¿Qué pasa con su financiación? ¿Con su protección?

—Ya no necesitaré ni una cosa ni otra —replicó el doctor—. Finalmente seré capaz de adquirir una identidad totalmente nueva. Librarme de esta cara marcada. Puedo salir de aquí a salvo de los cazarrecompensas, y con un secreto que puede cambiar la galaxia.

—Eso es lo que pretendía desde el principio, ¿verdad? —adivinó el senador—. ¡Tan solo ayudarse a sí mismo!

—¿Qué si no? —dijo Evazan, riendo cruelmente. De un empujón hizo que el senador cruzara la puerta del laboratorio—. Ahora, colóquese en esa mesa de la izquierda. Rápido.

Él y Ponda llevaron a la fuerza al desventurado senador hacia la mesa y lo amarraron sobre ella. Evazan hizo descender el brazo pivotante de la izquierda, y aseguró el colgante casco metálico sobre la parte superior de la cabeza del cautivo.

Ponda ocupó rápidamente su lugar sobre la otra mesa. Evazan repitió el proceso de abrochar las correas y encajar al otro aqualish el segundo casco extraño. Luego se alejó unos pasos hasta un banco de controles.

Empujó palancas, giró diales, y observó pantallas de lecturas que indicaban el flujo de potencia. La máquina zumbaba ahora con más fuerza, cobrando vida con enorme energía. La gran pila de componentes tembló visiblemente, amenazando con desmoronarse.

Cuando los indicadores mostraron que había llegado a la máxima potencia, tiró con ambas manos de un doble interruptor rojo. Chispas blanquiazules como pequeños relámpagos descendieron crepitando por los cables, hasta los cascos metálicos sobre las dos cabezas. Los maniatados cuerpos tendidos se sacudieron espasmódicamente.

Evazan miró un par de diales justo bajo el interruptor rojo. Mientras el indicador de la izquierda se movía en un sentido, su contrapartida a la derecha se movía en el otro. En solo unos segundos, las dos agujas se habían detenido en lados opuestos de sus diales.

Con una risotada de regocijo el doctor devolvió las palancas de potencia a la posición de apagado. Las crepitantes luces se desvanecieron rápidamente, y el chasquido de energía se extinguió.

—¡Ya está! ¡Ha funcionado! —dijo Evazan riendo con satisfacción, corriendo a la mesa sobre la que estaba el cuerpo del andoano de más edad—. ¡Ponda! ¡Lo hice! —dijo desatando las correas—. ¿Cómo te sientes?

Pero el aqualish que una vez había sido el senador estaba bastante quieto, aparentemente inconsciente.

—Está bien —aseguró Evazan, dando una palmadita al ser—. Pronto estarás bien. Simplemente descansa aquí. ¡Tengo que ver mi propio nuevo cuerpo!

Abandonó el laboratorio, prácticamente corriendo de vuelta al vestíbulo principal. Sus ojos relucían con una mirada salvaje de casi irrefrenable expectación. Abrió de un tirón la puerta de la antesala e irrumpió en ella. Su espléndido espécimen seguía yaciendo inmóvil.

Se arrodilló junto al hombre, regodeándose con su cuerpo perfecto.

—Todo lo que estaba esperando —dijo—. Juventud, fuerza… ¡y una cara sin marcas! Espero que no esté herido.

Movió su mano para posarla sobre el corazón del hombre.

¡La mano desapareció atravesando el ancho pecho como si la carne se abriera para tragársela!

Retiró su mano, mirando con asombro.

—¡Un disfraz holográfico! —exclamó.

Su mano voló para agarrar la empuñadura de su bláster. Pero el otro hombre se incorporó de repente, golpeando rápidamente. Un puño se lanzó hacia el rostro de Evazan. El golpe le derribó hacia atrás, cayendo cuan largo era, aturdido.

Antes de que el doctor pudiera recuperarse, el hombre rubio ya estaba en pie. La imagen de su larga silueta vaciló, se fue desvaneciendo y desapareció completamente, revelando la figura de un hombre delgado con rasgos agresivos y tez oscura con un bigote negro. Una mano descansaba en el control del disfraz holográfico del cinturón, la otra mano sostenía un detonador termal. El seguro ya estaba retirado, y el pulgar del hombre descansaba en el botón del detonador.

—Aparta el arma Evazan —dijo el hombre con voz cascada—, o ambos saldremos volando.

Evazan extrajo su bláster con cautela y lo arrojó lejos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Mi nombre es Gurion. He estado intentando atraparte durante mucho, mucho tiempo. Ponte de pie.

—Muy inteligente por tu parte usar ese disfraz —le dijo Evazan incorporándose—. De otro modo, nunca habrías entrado aquí.

—Es precisamente lo que me figuraba. Ahora, muévete, monstruo carnicero. Llévame al tejado. Unos amigos van a recogernos allí arriba. —Gurion hizo un significativo gesto con la bomba—. ¡He dicho que te muevas!

Evazan accedió rápidamente. Entraron al vestíbulo principal y subieron una ancha escalera.

Cuando doblaron la esquina del primer descansillo para empezar un segundo tramo de escalones, Evazan bajó la mirada para ver una pequeña y brillante mancha del líquido que rezumaba Rover en una puerta del vestíbulo de abajo.

—Mírame —le dijo a su captor, intentando mantener la atención del hombre sobre él—, esto es una locura. No sé qué recompensa esperas recibir, pero puedo pagarte mucho más.

—No espero ninguna recompensa —replicó Gurion bruscamente—. Mi apellido es Silizzar. ¿Te suena familiar?

Evazan palideció ante ese nombre.

—Puedo… haber tenido uno o dos pacientes… —tartamudeó.

Gurion le cortó.

—Trataste a toda mi familia. ¡Por un desorden gástrico causado por un veneno que tú mismo les diste como medicina! Los destripaste uno a uno como si fueran peces. ¡Siete personas! Ninguna de ellas sobrevivió. No, no quiero tu dinero. ¡Esto es exclusivamente por venganza!

Varios tramos más arriba, alcanzaron una pequeña puerta que se abría a una zona plana del tejado. Un fresco viento del mar tiró bruscamente de sus ropas cuando salieron. Los truenos distantes centelleaban de modo inquietante en la escena, y el profundo bramido del trueno lejano proporcionaba un constante y ominoso sonido de fondo.

Gurion dirigió a Evazan rodeando el borde del tejado, cerca del punto donde su mochila de comunicaciones estaba anclada.

—Quédate aquí como una roca —advirtió Gurion. Alzó la bomba—. Recuerda, si aprieto este botón, ambos tendremos solo unos segundos de vida. Preferiría llevarte para que seas juzgado por todos los demás seres que has asesinado, ¡pero no dudaré en acabar con esto justo aquí!

—Soy una estatua —accedió de buen grado Evazan.

Gurion se acercó a su mochila y se agachó junto a ella para tomar el auricular del comunicador. Mantuvo un ojo en el doctor mientras hablaba al micrófono.

—Madre, aquí Gurion. ¿Aún me recibís?

—Seguimos aquí, amigo mío. ¿Qué ha pasado?

—Tengo aquí a nuestro bebé, vivo. Estoy arriba, en el tejado. ¿Podéis venir a recogernos?

—¡Vamos hacia allá! —dijo la voz, con júbilo—. Madre fuera.

Por el rabillo del ojo, Evazan vio cómo la puerta de acceso al tejado se abría. Un tentáculo con un bulbo en la punta se asomó con cautela desde un borde, sintiendo el aire a su alrededor.

—Dentro de pocos minutos una lanzadera llegará aquí para recogernos —dijo Gurion mientras se quitaba los auriculares del comunicador.

El doctor dio un par de pasos indiferentes rodeándole para que Gurion quedase de espaldas a la puerta.

—De verdad que tienes que escucharme —dijo Evazan de modo suplicante—. Tengo un secreto. Justo aquí. Un invento. Algo muy grande. Demasiado valioso como para rechazarlo.

—No para mí —dijo rotundamente el otro, con su dura mirada fijada firmemente en su adversario.

La brillante masa de Rover se deslizó por la puerta. La criatura comenzó a avanzar reptando lentamente, sin hacer ruido. Centelleantes relámpagos chispeaban en su forma gelatinosa.

—Pero con esto puedo hacer que vivas para siempre —expuso el doctor—. Auténtica inmortalidad. Todo el mundo quiere eso.

—¿Realmente piensas que darme más vidas puede compensar todas las vidas que robaste? —dijo Gurion con incredulidad—. Estás aún más demente de lo que pensaba.

Rover ahora estaba solo unos metros por detrás del hombre agachado. La criatura comenzó a hincharse ganando altura, moviendo sus tentáculos hacia delante preparados para atacar.

En los pequeños espejos de los ojos de Evazan, Gurion vio los reflejos gemelos del meduza como un brillante destello relampagueante que relucía en su superficie. Se puso en pie como un resorte, girándose para ver la cosa que estaba casi sobre él.

Rover atacó justo cuando él se alejó retrocediendo de un salto. Solo una única punta bulbosa consiguió rozar la rodilla de Gurion con un afilado chasquido de energía.

Gritó por el penetrante dolor y se tambaleó. Bajó el brazo que sostenía la bomba.

Evazan saltó instantáneamente para agarrar el brazo. Sus dos manos se agarraron fuertemente a la muñeca de Gurion y este la sacudió con fuerza. El detonador sin activar se soltó y cayó rebotando, cruzando el tejado plano, deteniéndose antes de llegar a la puerta.

Con su captor desarmado, Evazan trató de escapar y dejar que Rover terminase el asunto. Pero Gurion lo aferró con firmeza y sus manos se dirigieron a la garganta del doctor.

—¡Te mataré con mis propias manos! —gruñó.

Evazan retrocedió tambaleándose mientras luchaba salvajemente por liberarse. Gurion lo agarraba con una fuerza nacida de su rabia.

El talón de la bota del doctor tocó el borde del tejado. Desesperadamente se giró, haciendo que Gurion perdiera el equilibrio, conduciéndole al vacío. Cayó.

El propio peso de Gurion liberó sus manos de la garganta del doctor. Pero el último impulso hacia abajo también hizo que el doctor perdiera el equilibrio.

Por un instante, el doctor se tambaleó en el borde, agitando sus brazos en busca de equilibrio. Cuando eso falló, giró violentamente su cuerpo, intentando agarrar el borde del tejado mientras caía.

Su agilidad le salvó. Se agarró ferozmente, pegando sus brazos cuan largos eran contra la superficie de la escarpada piedra. Bajo él, la silueta de Gurion seguía cayendo, golpeando los acantilados dentados en varios puntos.

Evazan miró hacia abajo para ver el choque final del cuerpo contra una ola emergente. Luego volvió su atención a asegurar su propia salvación, pero rápidamente se dio cuenta de que no iba a ser una tarea tan fácil. Sus brazos no eran suficientemente fuertes para alzarle. Sus pies, agitándose, no podían encontrar apoyos en la piedra lisa.

Un ruido vino de encima de él. Miró hacia arriba cuando las punteras de unas botas aparecieron sobre el borde a escasos centímetros de su cara. Su mirada siguió ascendiendo hacia el cuerpo para ver que era Ponda Baba quien estaba allí de pie, mirándole.

—¡P-Ponda! —jadeó, al principio con gran alivio. Pero una nueva comprensión rápidamente cambió el alivio en sorpresa—. Pero… ¡cómo! ¿Tú aquí? ¿La… la transferencia… no funcionó?

—Oh, funcionó, Doctor —dijo una voz que ya no era como la de su antiguo amigo—. Pero funcionó al revés.

—¿Al revés? —repitió.

—Eso es. Y así me has condenado a la repugnante forma de una de las razas de escoria más bajas de mi pueblo. —El aqualish alzó el brazo peludo que le señalaba como un paria social en su propio planeta—. Ha destruido mi vida como senador, doctor. ¡Por eso ahora voy a destruir la suya!

El brazo mecánico se alzó. En sus dedos articulados sostenía el detonador termal. El pulgar metálico descansaba sobre el botón de activación.

—¡No! —gritó Evazan—. ¡No, no, espere! ¡No puede!

—¡Adiós, Doc! —dijo tan solo el nuevo Ponda Baba.

Pulsó el botón, dejó caer la bomba, se giró y se alejó corriendo.

—¡No, no! —gritó Evazan mientras el temporizador de la bomba comenzaba a contar.

Con la fuerza de la desesperación consiguió elevarse. Sus ojos miraron por encima del borde. Vislumbró la bomba de tiempo, y justo tras ella la forma del meduza.

—¡Rover! —le gritó—. ¡Ayúuuudameeee!

Mucho más arriba, una pequeña lanzadera se abría camino a través de la atmósfera, avanzando rápidamente muy por encima de las olas. La isla rocosa con el gigantesco castillo aparecía justo frente a ellos. Dos hombres con la misma complexión esbelta y la tez morena de Gurion estaban sentados a los controles.

—Ahí está —dijo uno. Miró a su compañero—. Preparado para planear sobre el tejado, mientras preparo la escalerilla de embar…

Un gran destello de luz frente a ellos les interrumpió. Una explosión envolvió toda la parte superior del castillo.

Ambos hombres observaron con asombro cómo la mitad superior de la estructura se desintegraba con la detonación inicial. Una nube de finos escombros se expandió mientras trozos más grandes se desprendían y caían. Luego, la parte inferior del convulso castillo se colapsó hacia dentro, convirtiéndose en segundos en un vasto montón de ruinas.

—Pobre Gurion —dijo el primer hombre, mirando hacia los escombros, mientras planeaban sobre ellos.

—Esa explosión seguramente atraerá a la seguridad andoana —dijo el otro—. Será mejor que salgamos de aquí.

Giró la nave, elevándola de nuevo.

—Al menos Gurion consiguió su venganza sobre ese lunático de Evazan —dijo el primer hombre mientras dejaban atrás las ruinas…

Muy por debajo, a la mitad de una de las rugosas paredes de los altos acantilados del castillo, un gran montón de moco verde como la bilis yacía inmóvil en una cornisa. De sus extremos aplastados manaba un espeso aceite amarillo, y gordos glóbulos grasientos caían por el borde de la cornisa.

Entonces la masa gelatinosa se movió y se agitó, alzándose. Del gran bulto de su centro, súbitamente salió disparado un brazo, seguido del otro, y a continuación la cabeza del Dr. Evazan. Estremeciéndose, mientras rompía la superficie, tomó una profunda bocanada de aire, como un nadador que hubiera estado mucho tiempo bajo el agua.

Con cierta dificultad consiguió salir de la gelatina que una vez había sido su mascota. Aunque la leal criatura le había salvado amortiguando su caída, el fuerte impacto de ambos había aplastado la vida del meduza.

—Gracias, Rover —dijo, sacudiéndose un último filamento de mucosidad que colgaba de su camisa. Se agachó y dio unas palmaditas a la masa deshecha—. Lo siento, chico.

Miró hacia arriba, al castillo destruido.

—Retrasado —se lamentó—. ¡Maldición! —Luego se encogió de hombros—. Oh, bueno. Quizá lo consiga la próxima vez.

Y tras eso comenzó a descender el acantilado hacia el mar.

Dibujando los mapas de la paz: El relato del granjero de humedad

por M. Shayne Bell

Día 1: Un nuevo calendario

Pensé: se acabó. No saldré de esta. Ascendí una duna con mi deslizador de superficie, yendo rápido, siempre rápido, y vi ocho moradores de las arenas rodeando el evaporador que había ido a reparar. Apenas tuve segundos, entonces, para decidir qué hacer, lanzarme a través de las siguientes dunas para salvar un evaporador estropeado cuyo rendimiento necesitaba, o dar la vuelta y salir disparado hacia la defensa de mi hogar y mis dos droides. Aceleré el deslizador hacia delante.

Los moradores de las arenas se dispersaron y huyeron, y observé hacia dónde, así que sé desde dónde podrían atacar. *Todo por medio litro de agua*, pensé. Estaba arriesgando mi vida por medio litro de agua. La producción del evaporador se había reducido en un treinta por ciento hasta algo así como un litro al día, y tenía que conseguir que su producción ascendiera al litro y medio estándar y mantenerla ahí. La granja estaba tan al límite que cada evaporador tenía que rendir al máximo o perdería la granja.

En cuestión de segundos estaba junto al evaporador, me detuve en la nube de polvo y arena que levantó mi deslizador.

No podía ver a los moradores de las arenas, aunque su aroma almizclado rondaba alrededor del evaporador en el calor del final del día. Las sombras de los muros del cañón se alargaban sobre las dunas de la superficie del valle.

Pronto estaría oscuro, y yo estaba en un cañón donde habían llegado los moradores de las arenas, lejos de casa.

La tecnología humana asustaba a los moradores de las arenas, mi deslizador ciertamente lo había hecho, pero no permanecerían asustados mucho tiempo. Agarré mi bláster y salté fuera del deslizador para ver qué daño habían hecho al evaporador.

Un indicador de potencia aplastado. Una célula solar rajada. Arañazos alrededor de la puerta del depósito de agua, como si hubieran intentado acceder al agua. El daño era mínimo.

¿Pero qué hacer ahora? No podía vigilar todos mis evaporadores remotos. Tenía diez de ellos, cada uno ubicado a medio kilómetro de arena y roca, no al cuarto de kilómetro estándar. Estaba tan cerca del Mar de Dunas que un evaporador necesitaba el doble de terreno para extraer el litro y medio de agua que hacía falta recolectar del aire. Si los moradores de las arenas habían descubierto que los evaporadores contenían agua y estaban determinados a conseguirla, mi granja estaría arruinada. Puedo reemplazar indicadores de potencia y células solares. No puedo proteger evaporadores a kilómetros de distancia de moradores de las arenas que quieren agua.

Escuché un grave gruñido sobre una duna al norte, e inmediatamente me agazapé junto al evaporador y escudriñé el horizonte. El gruñido sonaba como un bantha salvaje despertándose al calor del día, pero sabía que no era ningún bantha. Los moradores de las arenas regresaban.

Estaban decididos a conseguir aquella agua.

¿Y por qué no deberían?, me pregunté de repente. Antes de que yo llegara, el agua recolectada en el interior de mi evaporador habría sido su agua, destilada del aire por el rocío matutino, no extraída a todas las horas del día por una máquina. Deben estar desesperados por el agua para llegar a acercarse a una máquina humana, para tocarla, para tratar de abrirla. ¿Cómo será su sufrimiento para empujarles a esto?

Escuché más gruñidos de «bantha» viniendo del sur de donde me encontraba, sobre las dunas, y luego del este y del oeste, y finalmente del norte otra vez. Estaba rodeado, y en pocos minutos llegaría un ataque.

De repente me di cuenta de lo que debía hacer.

—Adelante, desperdicia tus ganancias —diría Eyvind, que poseía la granja situada tres valles más allá de la mía—, desperdicia tus ganancias para que pueda comprar tu granja barata a tus acreedores cuando te obliguen a abandonar tus tierras.

Pero no haría caso a la voz de Eyvind en mi cabeza, y tampoco le habría hecho caso a él si hubiera estado conmigo entonces. Hablé al evaporador y un panel se deslizó desde la parte frontal de los controles. Tecleé la secuencia numérica que había programado y escuché cómo el evaporador sellaba el odre de agua en su interior. Cuando terminó, la puerta frontal del depósito se abrió. Extraje el odre y lo dejé en la arena, al oeste del evaporador, a la sombra, fuera del alcance de la luz del segundo sol poniente. Saqué mi navaja e hice una pequeña abertura en la parte superior, donde estaba el aire, para que los moradores de las arenas pudieran oler el agua y acceder a ella.

Tecleé el comando para cerrar la puerta del depósito, luego le dije al evaporador que cerrase la portezuela sobre sus controles, corrí a mi deslizador y lo dirigí a lo alto de una duna al sudoeste del evaporador. No podía ver ningún morador de las arenas, pero sabía que eran maestros en mimetizarse con el terreno y sorprender a los incautos. Había escuchado muchas historias acerca de lo rápidos, y letales, que podían ser con sus bastones gaffi, las armas con aspecto de hacha de doble hoja que fabricaban con el metal que recuperaban de los desperdicios de Tatooine. Me agaché en mi deslizador y traté de observar cualquier movimiento. No me atrevía a volar más lejos, estaban por todas partes a mi alrededor y con toda seguridad me arrojarían sus hachas si intentaba escapar y no me apetecía ser decapitado en mi propio deslizador. Además, esperaba que se dieran cuenta de lo que había hecho, que les había dado agua. Lo que aún no sabía entonces es si podía estar seguro de comprar con eso mi vida y su confianza, y por tanto mi granja.

Vi movimiento. Uno de los moradores de las arenas, viniendo del norte, lentamente, agachado sobre la arena hacia el evaporador y el agua. Cuando alcanzó el odre de agua a la sombra del evaporador, se arrodilló en la arena y olfateó la bolsa. Olía el agua en su interior. Alzó su cabeza lentamente y lanzó un estridente chillido que resonó a través del

cañón. Pronto conté ocho moradores de las arenas, no, diez, apresurándose hacia el agua desde todas las direcciones, cuatro de ellos haciendo un amplio desvío alrededor de mi deslizador.

Solo uno de ellos, uno pequeño, ¿joven?, tomó un sorbo. Los otros vertieron el resto del agua en un fino odre de piel de animal para llevarlo con ellos, y no desperdiciaron ni una sola gota. Cuando terminaron, el que primero había olido el agua me miró. Luego todos ellos me miraron. No hablaron ni hicieron ningún ruido, y no huyeron. El que había olido el agua alzó de repente su brazo derecho, manteniendo el puño cerrado.

Salté del deslizador, me alejé algunos pasos de él, y alcé mi brazo derecho con el puño cerrado como respuesta. Permanecimos así, mirándonos el uno al otro, durante algún tiempo. Nunca antes había estado tan cerca de ellos. Me preguntaba si ellos habían estado nunca tan cerca de un humano. Una ligera brisa proveniente del este del cañón soplaba sobre nosotros y nos refrescaba, y súbitamente todos los moradores de las arenas se giraron y desaparecieron en las dunas.

No destrozaron mi evaporador. No trataron de matarme. Dejaron en paz el evaporador después de que yo les diera el agua, y me dejaron en paz a mí. Habían aceptado mi obsequio.

Prometí, entonces, dejarles el agua de este evaporador. Perdería la posibilidad de vender el agua, lo sabía, y necesitaba venderla, pero me parecía un pequeño precio que pagar si dándoles unos pocos litros no destruían mis evaporadores. Podía apañármelas con el rendimiento de los otros nueve evaporadores durante un tiempo, y entre tanto comprar dos de los viejos evaporadores de segunda generación de Eyvind para arreglarlos. Cuando *estos* estuvieran en marcha, mi rendimiento volvería al mínimo que necesitaba para sobrevivir.

Todo este esfuerzo parecía un precio pequeño que pagar por ser capaz de vivir cerca de los moradores de las arenas en paz.

Conté los días de mi granja a partir de ese día.

Día 2: Una Granja en el Borde

Eyvind me ha dicho que estaba loco por llegar tan lejos.

—Nadie se ha alejado tanto —dijo—. No puedo creerme que los patrones de humedad fluyan de forma continua por esos cañones… ¡estás solo a un puñado de kilómetros del Mar de Dunas!

Pero había comprobado los patrones de humedad. Había agua que obtener allí. No mucha. No sería una granja rica, como las de las afueras de Bestine, pero una mañana mientras acampaba en lo que entonces consideraba un cañón lejano, me desperté en la manta que había colocado sobre la arena, y estaba húmeda a causa del rocío. Mi ropa estaba húmeda. Mi pelo estaba húmedo. Saqué los instrumentos de mi deslizador, los puse en marcha, y todos detectaron una cosa: agua. Agua cosechable. De algún modo cruzó las montañas y se posó allí antes de evaporarse en los eriales del Mar de Dunas, más al oeste, y lo hizo día tras día durante las dos semanas que pasé en ese cañón

realizando pruebas. En el curso de un año, hice pruebas en ese cañón y en los cañones que lo rodeaban veintinueve veces más. Tenía que tener tanta información detallada como para demostrar que esta granja podía funcionar y así pedir prestado el dinero para empezar. Pero supe desde ese primer día en el que me desperté con el pelo húmedo que podía tener una granja aquí.

Pasé meses rellenando formularios de títulos de propiedad y esperando a que se me concediera la tierra, después meses rellenando solicitudes de préstamo y esperando las respuestas, durante los cuales tuve que escuchar a los demás granjeros diciéndome que estaba loco. Pero tenía las pruebas innegables de mis lecturas para mostrarle a cualquiera que pudiera autorizar mi propiedad o prestarme el dinero para empezar o tan solo escucharme y ofrecerme consejo, y finalmente el gerente del banco del grupo Zygian me escuchó, leyó mis informes, comprobó mi historial para ver si sabía algo acerca de las granjas de humedad, lo cual era cierto, y si mantendría mi palabra, cosa que haría. Me prestó el dinero.

Me dio diez mil días para devolvérselo.

Diez mil días eran tiempo suficiente para hacer un sueño realidad, pensé.

Me tumbé en mi cama en la oscuridad al final de un duro día, tras dejar a los moradores de las arenas el agua que les había prometido, recordando todo esto, recordando lo mucho que deseaba venir aquí, lo duro que había trabajado para conseguir mi propiedad y el préstamo y luego para establecer mi granja. Ni una sola vez había pensado en quienes pudieran estar allí de antemano, dependiendo de esa tierra a la que llamaba mi granja.

Me giré y pedí al ordenador que mostrase el holomapa que había hecho de mi granja y de esa región.

—Los archivos que ha solicitado solo pueden ser accedidos tras una autorización de seguridad específica de usuario —dijo—. Por favor, prepárese para el escáner de retina.

Miré durante unos segundos a una luz blanca y brillante que surgió de repente del monitor. Tenía que guardar mi mapa. Había hecho el mapa yo mismo, tras un año de reconocimiento y tomando fotografías que introduje en el ordenador y trabajando a partir de mis notas y de memoria, y si la gente equivocada supiera que estaba haciendo mapas podría ser peligroso. Programé el ordenador para mostrarme los mapas solo a mí y a no hacer nunca referencia a ellos cuando trabajase con otros archivos. No tenían referencias cruzadas, ni estaban indexados. Cuando preguntaba si esos archivos existían, diría que no a cualquier voz salvo a la mía. Si pedía acceder a ellos, respondería y procedería con la autorización de seguridad solo si escuchaba mi voz.

—Escáner de retina completo —dijo el ordenador—. Hola, Ariq Joanson. Mostraré los archivos solicitados.

Parte del muro que mantenía vacío y pintado de blanco tan solo para esta proyección se convirtió de repente en los cañones de mi granja vistos desde el aire: mi casa, marcada en azul; los evaporadores, puntos más pequeños en verde; los cañones y las montañas y las dunas todos con sus colores naturales. Un punto rojo lejos, sobre el Cañón de Bildor

al nordeste de mi granja marcaba la fortaleza jawa. Puntos blancos marcaban las casas de las granjas más cercanas a la mía, y ninguno de esos puntos estaba muy cerca.

—Estarás a tres cañones y a kilómetros de distancia de mí… ¡y yo he sido el más alejado durante dos años! —me advirtió Eyvind.

Sobre todos los cañones, y montañas y dunas había hecho que el ordenador dibujase con líneas negras los límites de las granjas. La tierra se esparcía sobre mi muro en la oscuridad, y los puntos de las casas y los evaporadores brillaban como joyas entre sus líneas negras. Salvo el punto rojo de los jawa, todos ellos representaban casas o máquinas humanas. Nunca había pensado en poner puntos para los nómadas moradores de las arenas, o en dibujar límites para ellos y los jawas.

—Ordenador —dije—. Dibuja una línea de límite desde el borde nordeste de mi granja en el Cañón de Bildor, a lo largo de las crestas a ambos lados del cañón hasta una distancia de un kilómetro sobre la fortaleza jawa.

—Dibujado según petición —respondió el ordenador, y así fue. Las líneas aparecieron.

—Etiqueta el espacio dentro de esas nuevas líneas como «Reserva Jawa».

—Etiquetado según petición.

Las palabras aparecieron, pero no me gustaron.

—Reetiqueta la Reserva Jawa como… —¿como qué? ¿Tierra Jawa? ¿Espacio? ¿Protectorado?— Pon tan solo «Jawa» —dije.

—Etiquetado según petición.

La palabra «Reserva» desapareció del mapa y la palabra «Jawa» quedó centrada bajo el punto rojo.

—Ahora dibuja fronteras al oeste desde el límite noroeste de mi granja hasta el Mar de Dunas y al oeste desde el límite más septentrional de la tierra Jawa también hasta el Mar de Dunas.

—Dibujado según petición.

—Etiquétalo como «moradores de las arenas».

Las palabras aparecieron sobre la tierra.

—¿Tienen los jawas y los moradores de las arenas derechos adquiridos sobre estas tierras? —preguntó el ordenador.

—No —dije—. Solo estoy fantaseando.

—¿Desea que se guarden estos cambios?

Lo pensé con detenimiento.

—No —dije finalmente—. Es una ficción. Elimina los cambios y cierra.

Lo hizo.

Volví a tumbarme en mi cama. Lo que le había pedido al ordenador que dibujase era peor que una ficción. Había pedido a dos gobernadores imperiales sucesivos que encargasen un proyecto de mapeado de la región, con la misma respuesta: «No tenemos el dinero necesario». Traducido: «Tenemos aquí demasiada gente que no quiere mapas

precisos de lo que hay más allá de los asentamientos y granjas conocidos, y si quieres vivir para traer tu próxima cosecha de agua a Mos Eisley, deja de pedir estas cosas».

Así que dejé de pedirlas. Pero entonces no eran los criminales que necesitaban lugares ocultos para actividades ilegales los que amenazaban mi vida o mi modo de vida. Era la violencia de los moradores de las arenas y la deshonestidad y la manipulación de los jawas, todo ello causado en parte, como empezaba a darme cuenta, por las constantes invasiones a los que sin duda habían sido los territorios tradicionales de los jawas y de los moradores de las arenas. Los mapas serían el primer paso hacia un lugar seguro para los granjeros, los jawas y los moradores de las arenas, si se pudiera conseguir que todos ellos negociasen fronteras en esos mapas y las respetasen. Sin tales acuerdos, los granjeros se enfrentaban a la situación de dar palos de ciego; estableciendo granjas en áreas a las que quizá no deberían ir, viviendo en lugares que podrían, y de hecho ocurría, hacer que la gente decente fuera asesinada. Quería que esa matanza terminase.

Pero para eso, necesitábamos un mapa. El gobierno no lo dibujaría.

Así que lo dibujé yo.

Y decidí esa noche llevar ese mapa a los jawas cercanos a mi granja y hablar con ellos acerca de cómo planteárselo a los moradores de las arenas. Si llegábamos a un acuerdo por nuestra cuenta sobre cómo vivir juntos en estas montañas y cañones, quizá algún día el gobierno podría hacer oficiales nuestros acuerdos.

Miré al monitor para otro ineludible escáner de retina.

—Ordenador —dije—, vuelve a mostrar el mapa que acabo de pedirte y redibuja los límites que te hice eliminar. Copia este archivo a la unidad de holopantalla portátil.

Día 3: En la Fortaleza Jawa

Conocía a esos jawas. Había estado a las puertas de su fortaleza muchas veces, especialmente durante el año que pasé midiendo la humedad en los cañones de mi granja. Accederían a intercambiar agua por la chatarra que encontrase en el desierto y por información acerca del Imperio y sus ciudades y los sistemas con los que funcionan, y de las razas alienígenas y cómo tratar con ellas. Traté de ser bueno con los jawas, y justo. Si obtenían lo mejor de mí en algunos tratos, y yo salía ganando en algunos otros, la balanza quedaría más o menos nivelada. Algunos de los jawas incluso llegaron a ser mis amigos, los de más edad, aquellos de los que podría aprender y tenían la paciencia de enseñarme su idioma, el uso de las plantas nativas y conocimientos geográficos.

Su fortaleza de gruesos muros se mezclaba con las paredes del cañón, pero sabía cómo volar justo hasta sus puertas cerradas y ocultas. Salí de mi deslizador y alcé la unidad de holopantalla.

—¡Oh, jawas! —exclamé—. Vengo ante vosotros con información para hacer trueque.

Las puertas se abrieron de inmediato. La palabra «trueque» siempre abría sus puertas y ocho jawas salieron apresuradamente. Intenté de nuevo ver el interior, pero no pude hacerlo con la oscuridad que había. Nunca me habían invitado a entrar. No tenía ni idea

de lo que había dentro. Esta era una fortaleza familiar nueva, quizá solo de unos cien años de antigüedad, con, según suponía, quince clanes, cuatrocientos jawas. Eran celosos de sus secretos y cautelosos ante cualquier alienígena, pero hablarían y harían trueque conmigo, y pasarían horas fuera en la arena.

El primer jawa en alcanzarme fue mi viejo amigo Wimateeka. Comenzó a charlar conmigo en jawa, lentamente, para que pudiera entenderle.

—¿Sigues viniendo aquí pidiendo agua ahora que la cultivas tú mismo? —gorjeó, y todos rieron.

—No —dije—. Pero os he traído agua como presente en agradecimiento por la generosidad que tuvisteis conmigo en el pasado.

Dejé un odre de agua en los brazos de Wimateeka, y él apenas podía sostenerlo por sí solo. Los otros se arremolinaron a su alrededor para ayudarle a dejarlo sobre la arena y para tocarlo, para sentir el agua moviéndose en su interior.

—¿Qué más nos has traído? —preguntó Wimateeka.

—El conocimiento de los mapas —dije—, y cómo el Imperio los usa para decidir asuntos acerca de las tierras. Nosotros podemos usarlos del mismo modo.

Dejé la unidad de holopantalla sobre la arena nivelada del exterior de la fortaleza, tierra batida y compactada por las idas y venidas de los reptadores jawa, y pedí a la unidad que mostrase mi mapa a poca altura del suelo. Los jawas soltaron chillidos asustados y escaparon, pero no Wimateeka. Él no abandonaría el odre de agua: mantenía sus manos sobre él.

—¿Qué es esto que nos has traído, Ariq? —preguntó.

—Un mapa —expliqué. Les conté qué eran los mapas y cuál era su propósito, cómo todas las montañas y valles y llanuras de arena a nuestro alrededor estaban representados ahí con pequeñas réplicas, y comenzaron a reconocer y señalar lugares familiares, maravillados de que a esa escala su fortaleza era tan pequeña como el punto rojo.

Les expliqué qué eran las fronteras y qué podrían significar para nosotros, el modo en el que, si aceptaban respetar los límites de la concesión de tierra que el gobierno me había dado, yo no iría al gobierno a pedir tierras más allá del cañón hacia su fortaleza. De hecho, yo les ayudaría a rellenar los formularios para poder reclamar esa tierra ellos mismos. Les sugerí que comprasen e instalasen sus propios evaporadores, por todo el valle, hasta el borde de mi granja. Incluso si no hacían eso, la línea imaginaria entre su tierra y la mía les daría cierta protección, y les dije cómo esperaba que el Imperio llegara a aceptar las líneas que acordásemos, y evitar que otros humanos hicieran granjas en su valle.

Cuando terminé, los jawas se apresuraron a entrar en la fortaleza para discutir mi información y mi propuesta. Se llevaron el agua. Pedí a Wimateeka que se quedase fuera conmigo un rato más. Nos sentamos a la sombra de mi deslizador para mirar los soles ponientes mientras hablábamos.

—¿Puedes enseñarme un saludo de los moradores de las arenas? —le pregunté.

Me miró, sorprendido.

—Koroghh gahgt takt —dijo unos instantes después—. Que tu partida sea venturosa.

—No, un saludo —dije—. No una despedida. —Pensé que había pronunciado mal la palabra jawa para «saludo» la primera vez que pregunté.

—Eso es un saludo —dijo—. El más educado. Se saludan así entre ellos porque siempre están viajando. Raramente permanecen mucho tiempo en un lugar.

Ni siquiera el tiempo suficiente como para desarrollar saludos, pensé, tan solo bendiciones apresuradas porque se separan los unos de los otros muy pronto.

—Dilo de nuevo —pedí, y Wimateeka lo hizo, y yo lo repetí hasta que supe decirlo.

—¿Por qué quieres aprender este saludo? —me preguntó Wimateeka.

Le expliqué lo de los moradores de las arenas y el agua, y mis preguntas acerca de la tierra, su tierra.

Wimateeka quedó en silencio un tiempo, mirándome.

—Los moradores de las arenas jóvenes serán peligrosos en los días venideros, y durante un tiempo —dijo. Explicó que esta era la época en la que los adolescentes deben realizar alguna gran hazaña para ganarse la madurez, hazañas que a menudo incluían actos de destrucción contra otras razas que no fuesen moradores de las arenas.

—Todos nuestros reptadores vuelven a casa para esperar aquí durante ese tiempo —dijo—. Deberías conducir a tus camaradas humanos a Mos Eisley y hacer lo mismo.

Me contó cómo un gran ejército de jóvenes moradores de las arenas atacó una vez una fortaleza jawa al sur de nosotros y masacró a sus habitantes. Esa fortaleza seguía siendo una ruina vacía, quemada, que Wimateeka había visitado una vez. Tuve suerte de que los moradores de las arenas que rondaban mi evaporador no hubieran sido adolescentes en busca de ganarse su madurez.

Wimateeka me preguntó cómo operar la unidad holográfica, y la programé para que obedeciera a la voz de Wimateeka cuando pidiera mostrar el mapa, y nada más. Él hizo que el mapa se mostrase tres veces, y luego preguntó si podía llevarlo a la discusión del interior de la fortaleza.

—Esto no es un intercambio —le dije—. Quiero esta unidad holográfica de vuelta, intacta.

—Yo te la traeré personalmente —dijo. Cogió abruptamente la unidad holográfica y se apresuró a entrar en la fortaleza.

Me tomé la cena que había traído conmigo. Después de que el último sol se hubo ocultado, extendí mantas sobre la arena. Pretendía dormir allí, bláster en mano, especialmente después de la historia de Wimateeka acerca del rito de madurez de los jóvenes moradores de las arenas, en la relativa seguridad del exterior de las puertas jawa. Pero en mitad de la noche, los jawas se acercaron a mí, con antorchas.

Wimateeka los lideraba.

—Nos has honrado —dijo. Puso la unidad holográfica frente a mí—. Extiende nuestras fronteras para incluir el valle a nuestro oeste hasta el Mar de Dunas, y aceptaremos tu proposición.

Mostré el mapa y le dije a la unidad holográfica que hiciera los cambios de fronteras. Los jawas exclamaron de forma ahogada cuando sus líneas negras se movían para incluir el valle que habían pedido. Era un valle por el que viajaban sus reptadores para llegar hasta el Mar de Dunas para sus búsquedas de chatarra. Todo el mundo estaba de acuerdo en que necesitaban ese valle.

—No estamos seguros aquí en la arena —dijo Wimateeka—. Toma tus mantas, tu deslizador y tu unidad holográfica y entra para pasar el resto de la noche con nosotros.

No me esperaba esto. Me levanté de inmediato y doblé mis mantas, las guardé junto a la unidad holográfica en el deslizador, y lo conduje a través de sus puertas.

No dormimos. Los jawas me llevaron a una gran sala, y en el corazón de su fortaleza hablamos a la luz de las antorchas acerca de mapas y agua y de los moradores de las arenas, y de cómo hablar con ellos acerca de los mapas.

Día 5: Un saludo

Eyvind y yo no sentamos relajadamente enfrente de nuestros deslizadores, en la duna al sudoeste del evaporador y de mi ofrenda diaria de agua a los moradores de las arenas.

—¿Así que vienen hasta aquí en busca de esa agua? —preguntó Eyvind.

—Cada día.

—¿Y no fuerzan el resto de tus evaporadores?

—No.

—Sigue sin gustarme. Tu granja es la más lejana, y estás separado del resto de nosotros, de modo que quizá tengas que vértelas con los moradores de las arenas. Pero mi granja es la segunda más alejada, y no quiero hacer nada que anime a los moradores de las arenas a acercarse a ella. Yo no voy a darles agua… pero, ¿cuánto tardarán en aparecer por mi granja pidiéndola?

—Mira… puedo ver a uno de ellos. Mira las dunas del noroeste. Llegan más frecuentemente desde allí. Deben acampar en algún lugar al noroeste.

—Y tú les estás atrayendo hacia *aquí*.

No respondí a eso. Habíamos discutido acerca de eso una y otra vez en los últimos días. No iba a discutir con Eyvind cuando los moradores de las arenas estaban tan cerca de nosotros. En honor de Eyvind, hay que decir que él también dejó de discutir. El cañón quedó entonces completamente en silencio. Ni una ráfaga de viento. No podía escuchar a los moradores de las arenas moverse. Era la primera vez que traía a alguien más para que viera cómo los moradores de las arenas tomaban mi ofrenda de agua.

Me puse en pie y puse la mano sobre el hombro de Eyvind. No pensaba que los moradores de las arenas fueran a hacerme daño. Esperaba que si me veían físicamente tan cerca de Eyvind decidieran no herirle, o ni siquiera quisieran hacerlo. Había tomado ciertas decisiones, y estaba dispuesto a mantenerlas, pero me daba cuenta de que mis decisiones habían cambiado los límites del intercambio entre razas para todo el mundo, y deseaba que para bien. Esa era mi esperanza.

De pronto uno de los moradores de las arenas se alzó a la sombra del evaporador, cerca del odre de agua. No le había visto llegar. Simplemente, apareció de pronto allí. Alcé el brazo y apreté el puño como saludo, pero él no alzó su puño como respuesta.

—Quizás esto no haya sido una buena idea —susurró Eyvind—. ¿Debería irme?

—Aún no —dije. Mantuve mi brazo alzado y mi puño cerrado—. Koroghh gahgt takt —exclamé.

El morador de las arenas dio un paso atrás, saliendo de la sombra a la luz del sol, casi como si fuera a huir.

—¡Koroghh gahgt takt! —exclamé de nuevo. Esperaba estar pronunciando bien las palabras, o que Wimateeka hubiera aprendido bien el saludo antes de enseñármelo a mí, y que no estuviera retando a los moradores de las arenas a un duelo, o mentándoles a sus madres.

Lentamente, el morador de las arenas comenzó a alzar su brazo y cerrar su puño.

—¡Koroghh gahgt takt! —gritó como respuesta.

O sea que lo he hecho bien, pensé. Esto funcionaba.

Escuché que me gritaban el saludo desde algún lugar más allá de las dunas del este y luego desde todos los lados y desde las paredes del cañón, una y otra vez el mismo saludo: Koroghh gahgt takt.

Eyvind se puso en pie.

—¡Nos están rodeando! —dijo.

Pero solamente podíamos ver a uno de ellos. Aquel recogió el odre de agua y desapareció en las dunas.

Eyvind y yo montamos en nuestros deslizadores y nos fuimos de allí y no vimos a ningún morador de las arenas más aquel día. Fuimos a mi casa y hablamos hasta bien entrada la noche.

Le transmití la advertencia de Wimateeka acerca del rito de iniciación de los moradores de las arenas, para que la transmitiera a todos los demás granjeros de la región, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que no podíamos salir huyendo a Mos Eisley. Si lo hacíamos, no podríamos esperar en absoluto permanecer aquí. Pero para permanecer, necesitábamos tener paz, y la mayoría de los granjeros sentían que eso solo podía garantizarse con blásters y quizá con protección imperial. Unos pocos escucharon mis ideas sobre mapas y buena vecindad. Eyvind no.

Ni una sola vez Eyvind me habló de sus planes de boda.

Día 15: Eyvind y Ariela

Tomé mi deslizador camino de la granja de Eyvind para recoger uno de sus viejos evaporadores estropeados, y él salió de su casa con una bella muchacha.

—Esta es Ariela, mi prometida —dijo—. Vamos a casarnos dentro de cinco semanas.

Tan sencillo como eso. Eyvind no le había hablado a nadie sobre ello, ni siquiera a mí. Yo no sabía que él mantuviera fronteras como esta en nuestra amistad.

—Encantado de conocerte —dije a Ariela—. Y felicidades a ambos.

—Tú eres el granjero con los grandes planes para todos nosotros —dijo ella.

Eyvind me miró fijamente.

—¿Comprendes ahora por qué no quiero que los moradores de las arenas ronden alrededor de mi granja? —dijo.

La discusión no podía detenerse. Apenas conocía a Ariela, apenas me habían informado de su boda, y ya estábamos los tres discutiendo.

—Mirad —dije—. Yo solo creo que ninguno de nosotros puede sobrevivir ahí fuera si no podemos hacer las paces con los moradores de las arenas y los jawas. En cualquier caso, estoy seguro de que vosotros dos no queréis discutir conmigo cinco semanas antes de vuestra boda. Véndeme ese viejo evaporador, Eyvind, y me iré.

—Pero yo creo que estás haciendo lo correcto, Ariq —dijo Ariela, y eso me detuvo de golpe. No supe qué decir.

—Creo que deberíamos ayudarte… y creo que sé el modo de comenzar. ¿Podrían venir tus amigos jawas a nuestra boda? ¿Podrías invitarlos de nuestra parte? Como vecinos, deberían formar parte de los momentos importantes de nuestras vidas.

—Ella nunca los ha olido —dijo Eyvind.

—Vendrán —dije—. Iré hoy a invitarles.

Y lo hice. Dejé el viejo evaporador en mi casa, preparé un paquete con provisiones para una noche en el Cañón Bildor, y partí. Llegué a la fortaleza jawa antes de la puesta de los soles.

—¡Nos has honrado de nuevo! —gorjeó Wimateeka tras comunicarles la invitación—. ¿Pero qué hay de los presentes? Deberíamos llevar algo, pero ¡tenemos tan poco para dar! Nuestros regalos parecerán baratijas de mal gusto.

—Honrarán cualquier cosa que les deis —dije.

Me llevaron de nuevo al otro lado de sus puertas, a la gran cámara del consejo. Hablamos hasta bien entrada la noche sobre regalos de boda: de rocas de sal, que ellos pensaban que podrían ser un buen regalo; de agua, de la que no podían prescindir; de ropa, de la que nunca había suficiente suministro; de droides reacondicionados, los cuales serían regalos elegantes, pero prohibitivamente caros.

—Ofrecedles enseñarles vuestro lenguaje —dije—. Eso sería un buen regalo.

Pero a ellos les gustaba más la idea de las rocas de sal.

No resolvimos el asunto esa noche.

Día 32: Algunos vecinos me hacen una visita

Terminé de instalar el segundo evaporador viejo que le había comprado a Eyvind justo antes de anochecer, y si los diagnósticos que le hice eran precisos, sería un productor decente, quizá hasta 1,3 litros al día. Mi granja produciría entonces de uno a dos litros por encima de mi antigua media, de modo que sabía que definitivamente no iba a echar de menos el agua que les estaba dando a los moradores de las arenas.

Introduje mis herramientas en el deslizador terrestre y me dirigí lentamente de vuelta a mi casa para cenar. Iba despacio porque estaba oscuro y había cosas ahí fuera con las

que había que tener cuidado. Al menos no tenía que preocuparme de los moradores de las arenas como antes. Al menos, eso había ganado.

Descendí al cañón donde había construido mi casa, y vi luces a su alrededor. Muchas luces. Entonces aceleré.

—¡Es él! —oí gritar a la gente cuando me detuve.

¿Qué había pasado?

Eran Eyvind y Ariela, los Jensen, que estaban establecidos junto a Eyvind, los Clay, los Bjornson… y otros seis u ocho más.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Eyvind se adelantó.

—Hemos venido a pedirte, como vecinos tuyos, que dejes de dar agua a los moradores de las arenas. No sabes lo que estás haciendo.

Había imaginado algún tipo de problema imperial. Tal vez habían arrasado Mos Eisley para acabar con la corrupción y hacía falta albergar refugiados. Un problema de tal magnitud que pudiera conducir a la gente a salir hasta mi granja. No esto.

—¿Os han hecho algún daño a cualquiera de vosotros desde que comencé a darles agua? —pregunté.

—Mataron a mi hijo hace cinco años —dijo la Sra. Bjornson.

—No puedes estar segura de eso —dijo suavemente Ariela.

—¡Lo encontré muerto en el cañón al norte de nosotros! ¿Quién más hay por ahí que despedace a la gente con hachas? Los investigadores imperiales *dijeron* que los moradores de las arenas mataron a mi hijo.

Nadie dijo nada durante un minuto. Nadie quiso señalar que mucha gente podía haber estado ahí fuera, no solo los moradores de las arenas. Nadie quiso decir que los investigadores imperiales podrían haber querido cargar la culpa en unos sospechosos que nunca serían llevados a juicio.

—Destruyeron cinco de mis evaporadores —dijo el Sr. Jensen.

—Entraron a la fuerza en mi cobertizo de herramientas y lo destrozaron —dijo el Sr. Clay.

—Uno de ellos lanzó un bastón gaffi que se incrustó en un estabilizador trasero cuando iba conduciendo a Mos Eisley —dijo la Sra. Sigurd—. Casi no consigo llegar a la ciudad.

Ariela les detuvo.

—Así que pasan cosas malas ahí fuera, y todos vosotros saltáis a culpar a los moradores de las arenas.

El Sr. Olafsen le cortó.

—Sois los extranjeros como tú, que venís aquí desde, ¿dónde era, Alderaan?, con vuestras ideas de cómo deberíamos comenzar a vivir, sois los extranjeros como tú, y este Ariq, aquí presente, quienes causáis el mayor daño.

—Yo no soy un extranjero —dije, pero esa no era la cuestión. Mis ideas *eran* nuevas. Podría haber problemas hasta que funcionasen, hasta que todos pudiéramos vivir en paz. Parecía que todos los problemas no iban a venir de los moradores de las arenas.

—De modo que has trabajado en una granja de humedad desde niño —me dijo Eyvind—, y has conseguido que esta granja tuya produzca beneficios… ¿quiere eso decir que puedes proclamarte como representante del resto de nosotros y negociar con los moradores de las arenas y los jawas?

—Los moradores de las arenas habrían arruinado mi granja, Eyvind, lo sabes. Tenía que encontrar una forma de convivir con ellos. Y lo sabes también.

—La mayoría de la gente ahí fuera está en contra de lo que estás haciendo, Ariq.

—¿En serio? Tanto los McPherson, como los Jonson y los Jacques me apoyan, y no veo a ninguno de ellos aquí. ¿Qué hay de Owen y Beru? ¿Habéis hablado con ellos? ¿O los Darklighter? ¿De qué lado están?

—Dentro de dos días tendremos la oportunidad de ver de primera mano cómo están funcionando los planes de Ariq —dijo Ariela—. Eyvind y yo le hemos pedido que invitase a los jawas a nuestra boda, y van a venir como invitados.

Aquel anuncio comenzó más discusiones entre esa gente de la que había escuchado nunca. Eyvind no parecía contento de haber dejado que ella dijera eso.

—Los jawas se sienten honrados por haber sido invitados —dije—. Podemos convivir con ellos, ya lo veréis. Quizá podamos llegar a convivir con los moradores de las arenas.

Pero nadie me escuchó. Ariela me miró, y parecía preocupada. Podía imaginarme cantidad de razones por las que podía estar preocupada. Estaba claro que ella no apoyaba las ideas de Eyvind sobre las mías. Lamentaba ser la causa de lo que probablemente fuese su primera pelea.

—Llevaremos esto a Mos Eisley… lo llevaremos incluso a Bestine —dijo Eyvind cuando todos comenzaron a marcharse.

Introduje mi deslizador en el cobertizo y lo cerré todo para la noche. Cuando volví, Ariela seguía allí de pie.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

Quería hacerle la misma pregunta.

—No lo sé —dije. Nos sentamos en la arena a la entrada de mi casa y quedamos en silencio un instante.

—¿Realmente eres de Alderaan? —le pregunté.

—Sí.

—¿No lo echas de menos?

—En realidad no —dijo—. Estoy enamorada, y eso lo suple. Pero echo de menos el agua… ¡la despilfarramos tanto allí!

—No puedo imaginarme un lugar así. Estoy acostumbrado a atesorar cada gota.

—Allí no. Si pudiera llevaros a Eyvind y a ti a Alderaan, os acabaríais hartando del agua.

—Nadaría en ella todo el día.

—Podrías tomarte una ducha durante una hora y a nadie le importaría.

—Tendría plantas en mi casa y las regaría.

Me miró y sonrió. Tras un instante se levantó.

—No dejaré que Eyvind te cause problemas en Mos Eisley o Bestine. No puedo responder por el resto.

—Gracias —dije. Después de que se fuese para alcanzar a los demás, entré dentro. No tenía estómago para comer. Hacía calor en la casa, así que tomé la unidad de holopantalla y caminé al exterior, hasta un promontorio desde el que se veían mi casa y mis cobertizos. Había apagado todas las luces, así que el complejo estaba a oscuras. Hice aparecer el mapa, que brilló con fuerza sobre las rocas. Las rocas alrededor del mapa parecían las montañas que rodeaban mi granja. Las estrellas brillaban con fuerza, y me tumbé en la roca para observarlas.

No miro hacia arriba con suficiente frecuencia. Estoy todo el tiempo tan ocupado y tan cansado cuando anochece que no miro con suficiente frecuencia a las estrellas.

Me pregunté cómo acabaría todo.

Día 50: Regalos jawa, y la boda

Treinta y un jawas vinieron a la boda, y trajeron sacas de roca de sal, un litro de agua, un gran retal de su tela marrón… y un droide de diagnóstico tan pequeño que cabría en la palma de mi mano. No se habían decidido por un regalo, así que trajeron algo de cada cosa de la que habíamos hablado.

El droide de diagnóstico hablaba el lenguaje binario de los evaporadores. Los jawas lo habían pulido tan a conciencia que hacía daño mirarlo al sol junto a los otros regalos.

La gente se quedaba mirando sus ricos regalos, y se asombraba ante el placer que sentían los jawas por haber sido invitados.

Eyvind fue corriendo hacia mí y me pidió que fuera a traducir para él y Ariela. Querían dar las gracias a los jawas. Estaba junto a la ponchera con los Jensen y la madre y la hermana de Ariela que habían venido desde Alderaan para la boda. La Sra. Jensen me detuvo antes de que pudiera irme.

—Quizás tengas razón acerca de todo esto —dijo la Sra. Jensen—. Quizás la tengas.

Le sonreí y me apresuré para ir a traducir. Todos los jawas me saludaron con una inclinación de cabeza, y yo se la devolví. Traduje para Eyvind y Ariela, y luego comencé a responder a las preguntas de los jawas sobre esta ceremonia humana: sí, los humanos allí reunidos eran potenciales clientes de sus mercancías y, sí, el pequeño droide de diagnóstico les había impresionado a todos; no, Eyvind y Ariela no consumarían su matrimonio en público; sí, todo el mundo esperaba que Eyvind y Ariela tuvieran hijos; sí, los humanos llevaban alimentos especiales a la boda para hacer el día memorable.

—Probad el zumo especiado —dije—. Os encantará. Es mejor que el agua pura.

Me pregunté qué pensarían de la especia. Me siguieron a la mesa de bebidas, y serví una copa de zumo especiado a Wimateeka.

Se limitó a sostener la copa y mirar en su interior.

—¡La copa está muy fría! —dijo.

—Solemos servir bebidas frías en las ocasiones importantes —dije.

—¿Por qué es rojo? ¿Lleva sangre?

—¡No… no bebemos sangre!

Wimateeka me miró de un modo extraño, y de pronto me pregunté si los jawas bebían sangre en sus bodas. Probablemente lo descubriera bastante pronto. Wimateeka aún no había probado la bebida.

—Es bastante bueno —le aseguré—. Al menos, eso pensamos nosotros.

—¿Cuánto cuesta esto? —preguntó finalmente.

De modo que pensaba que tenía que pagar por ello. Sin duda todos ellos estaban preocupados por no tener suficiente para pagar por la comida y las bebidas, especialmente si se veían presionados a probar ciertas cosas.

—Todo aquí son presentes para los invitados a la boda —dije.

Entonces Wimateeka sonrió, y alzó la copa a sus labios. Sus ojos se abrieron cuando probó el zumo especiado, y me pregunté si lo escupiría, pero no lo hizo, y pronto tomó otra bebida. Serví al resto de los jawas, y a todos les encantó el zumo especiado y me pidieron más y estuve sirviendo a los jawas durante quince minutos seguidos.

Eyvind se acercó a mí, nervioso y ansioso.

—Quiero empezar ya —dijo—, pero Owen y Beru aún no están aquí, y me aseguraron que vendrían.

—¿Quién sabe lo que les retrasará? —dije, mientras ofrecía a un jawa otra copa de zumo especiado—. Pero será mejor que empieces pronto o tendré treinta y un jawas borrachos *antes* de la boda.

Eyvind se rio.

Y comenzaron los disparos.

Desde más allá de los deslizadores terrestres. Todo el mundo había aparcado al oeste de la casa de Eyvind, y la conmoción vino de allí: dos o tres hombres estaban gritando y disparando a los deslizadores terrestres. Me pregunté *por qué* harían semejante estupidez, y entonces vi a los moradores de las arenas.

Los adolescentes, pensé. Se les había metido en la cabeza robar un deslizador terrestre o dos mientras estábamos ocupados con la boda.

Los moradores de las arenas contraatacaron con sus bastones gaffi, y lanzaron algunos de ellos con puntería letal, y la gente gritó y corrió en busca de refugio, y Eyvind corrió para empezar a disparar o para detener el tiroteo, no sé cuál de las dos cosas. Corrí tras él, pero le perdí en la multitud, y cuando me abrí paso casi caigo sobre Ariela que sostenía algo en el suelo.

A Eyvind. Me arrodillé junto a ella. Estaba sosteniendo a Eyvind todo cubierto de sangre, y había tiros a nuestro alrededor, y moradores de las arenas. Me levanté y me mantuve ante Ariela por si acaso me reconocían y conseguía que no nos matasen ni a Ariela, ni a mí, o por si alguno de ellos retrocedía al verme.

Pero algo me golpeó en la espalda y me hizo tambalearme, un golpe de revés con la parte ancha y plana de un bastón gaffi, y no pude respirar por un instante, aunque no llegué a desmayarme. Oí gritos, y oí a Ariela gritar, y no podía moverme, solo podía ver, por un instante, los pies de los moradores de las arenas corriendo a mi alrededor, y luego pies humanos, y un humano que me levantaba y me increpaba a la cara.

—¡Es culpa tuya! —gritó—. Esto es por ofrecerles agua.

Me tiró de nuevo al suelo, pero ya podía respirar y me levanté por mí mismo, y se estaban llevando a Eyvind.

—Está muerto —me gritó alguien, y las palabras me golpearon casi tan fuerte como me había golpeado el bastón gaffi. Nuevamente no podía respirar.

—Se han llevado a Ariela —gritó alguien más—. La han apartado de Eyvind y se la han llevado.

La madre de Ariela me agarró el brazo.

—Tienes que salvarla —dijo—. Los otros van a ir tras los moradores de las arenas para dispararles, y los moradores de las arenas seguramente matarán a mi hija antes de que pueda ser rescatada. Tienes que salvarla.

—Iré con Wimateeka —dije—. Él puede traducir por mí.

Y ese llegó a ser nuestro plan: tenía doce horas para encontrar a los moradores de las arenas y convencerles de que me devolvieran a Ariela. Mientras tanto, todos los demás organizarían una batida bien equipada. Si no estaba de vuelta en doce horas, ellos irían en su busca.

E irían a matar a los moradores de las arenas.

Encontré a Wimateeka y a los demás jawas reunidos en su reptador. Les expliqué lo que tenía que hacer, y pedí a Wimateeka que viniera conmigo. Comenzó a temblar, pero se levantó y caminó conmigo a mi deslizador. Seguía temblando cuando nos montamos en él.

Tras ponerlo en marcha, me pregunté por qué yo no temblaba.

Día 50, primera hora de la tarde: Espero junto al evaporador con un último presente de agua

Esperé junto al evaporador porque pensé que los moradores de las arenas llevarían a Ariela a su campamento principal, en algún lugar al noroeste de aquí. Podía viajar más rápido que los adolescentes en mi deslizador de superficie, así que estaría por delante de ellos y ellos tendrían que pasar junto a mí. Probablemente se detendrían a ver si les había dejado algo de agua.

Y había pensado lo que les diría. Ellos eran adolescentes que necesitaban probarse dignos de ser adultos. Podría ofrecerles un modo de ser recordados por siempre en los relatos y de ganarse una madurez que sería honrada siempre: negociar con los jawas y conmigo para asegurar las fronteras de su tierra y, por tanto, su nómada forma de vida.

Sabía que tendrían que consultar con sus adultos, pero los adolescentes podían comenzar el proceso y convencerles de que era necesario.

Esperaba que estuvieran de acuerdo conmigo. Esperaba que no me decapitasen antes. Esperaba que aceptasen que Ariela era un asunto banal comparado con aquello y que el agua y la tela que Wimateeka y yo habíamos traído de mi casa para negociar por ella sirvieran para rescatarla.

Así que esperamos en la arena, con nuestra agua y nuestra tela, y la unidad de holopantalla y mi mapa.

Y entonces, de repente, llegaron junto a nosotros. En un instante estábamos rodeados por jóvenes moradores de las arenas, cada uno de ellos armado con un bastón gaffi, con su afilada hoja brillando bajo la dura luz del sol. Las dunas estaban cubiertas por moradores de las arenas. Busqué a Ariela, pero al principio no pude verla.

Me puse en pie y alcé mi brazo y cerré mi puño y les saludé.

—Koroghh gahgt takt.

Todos estaban inmóviles y silenciosos. Ninguno de ellos habló ni alzó su brazo. Entonces fue cuando vi a Ariela, atada y amordazada y vigilada en lo alto de una duna hacia el sur.

—Diles a los moradores de las arenas lo que yo diga —pedí a Wimateeka, y sabía que tenía que hablar rápidamente y bien, para salvar la vida de Ariela, y probablemente la de Wimateeka y la mía propia.

Les dije que podíamos detener los problemas como el que había tenido lugar hoy. Conocía un modo. Les conté mi plan, y mi esperanza de que el Imperio llegase a reconocer lo que habíamos hecho, y lo que eso significaría para su pueblo y el mío.

Wimateeka tuvo problemas para explicar el mapa, y yo no sabía si podrían entender qué era un mapa. Wimateeka y yo preparamos una zona llana en la arena, y coloqué allí la unidad de holopantalla y presenté mi mapa. Algunos de los moradores de las arenas retrocedieron, sorprendidos, pero otros pronto avanzaron, arremolinándose a su alrededor, y el mapa comenzó a tener sentido para ellos.

Pero yo no negociaría hasta que hubieran liberado a Ariela.

—Lo que estamos a punto de hacer es mejor que más muertes —dije—. Quiero que liberéis a vuestra cautiva. Entregádmela. Es mi amiga. Aceptad esta agua y estas telas como compensación por los problemas que habéis tenido al ocuparos de ella hasta ahora.

Discutieron, pero al final tomaron el agua y las telas y los pasaron hacia alguna parte al fondo de la multitud, y cortaron las ataduras de Ariela, la liberaron y dejaron que se acercase a mí.

Avanzaba lentamente a través de la muchedumbre de moradores de las arenas. Apenas se apartaban para dejarla pasar. Pero era más alta que todos ellos, de modo que mantuvo la vista fija en mí y Wimateeka y al final llegó junto a nosotros. La abracé, y ella nos abrazó a mí y a Wimateeka.

Y comenzamos a regatear y a negociar y a dibujar las líneas en mi mapa.

Estaba funcionando.

Pensé en todas las generaciones de antropólogos que habrían querido estar aquí con los moradores de las arenas. El día brillaba con la luz del sol, y yo podía sentir cómo la tensión se diluía y nos abandonaba. Mi mapa nunca había lucido tan hermoso, pensé, como lo hizo entonces brillando sobre la arena y dividido por las líneas negras de las fronteras.

Terminamos de negociar seis horas antes del final de mi plazo marcado.

Ariela y Wimateeka y yo nos preparamos para irnos.

Los moradores de las arenas permanecieron de pie mirándonos, luego comenzaron a alejarse hacia las dunas, dirigiéndose al noroeste, hacia su campamento.

Ariela subió a mi deslizador terrestre.

Ayudé a Wimateeka a subir a él y luego subí yo.

Y la duna al oeste estalló en llamas. Mi evaporador explotó en pedazos, y salió vapor de él como si fuera humo. Explosiones desgarraron el aire y los jóvenes moradores de las arenas gritaban y corrían.

Seis horas antes del final de nuestro plazo. Después de todo lo que habíamos trabajado para evitar que ocurriera. *Tenía* que detener ese tiroteo.

Volé directamente al lugar del que provenían los disparos, una roca que se alzaba al sur, y no nos alcanzó ningún disparo. A nuestro paso se abría un camino entre los disparos.

Tropas de asalto. Había tropas de asalto imperiales en las rocas. Los granjeros que se me oponían los habían llamado, fue todo lo que pude pensar. Detuve violentamente el deslizador terrestre y corrí hacia las rocas.

—¡Dejad de disparar! —grité—. ¡Ni siquiera son adultos los que estáis matando!

Pero nadie me escuchó ni dejó de disparar. Empecé a empujar a los soldados de asalto y desvié sus armas para hacer que se detuvieran. Me agarraron por detrás y me arrojaron contra la roca.

—¡Detente! —me gritó alguien.

Eran los otros granjeros quienes me tenían, ocho o diez de ellos.

—Los soldados de asalto te matarán —me siseó alguien al oído—. Sobrevive al día de hoy y ya hablaremos más tarde de lo que ha ocurrido.

Traté de liberarme, y me empujaron de nuevo.

—El Imperio nunca dejará que tu plan funcione —me siseó al oído otra persona, y entonces Ariela apareció frente a mí, con la cara pálida y surcada por lágrimas.

—¿No lo ves? —me dijo—. Quieren problemas en todos los mundos para que la mayoría reciba con los brazos abiertos su presencia para mantener la paz. Si creas aquí la paz, nuestros verdaderos enemigos se mostrarán con claridad… ¿y entonces qué?

Debería haberlo previsto. Debería haber sabido que ocurriría desde el primer día que los gobernadores imperiales rechazaron cartografiar esta región.

El fuego se detuvo. Los demás granjeros dieron las gracias a las tropas de asalto por «rescatar» a Ariela y, a Wimateeka y a mí.

—Ahora tendrá que evacuar su granja durante un tiempo —me dijo un soldado de asalto—. No será seguro permanecer en su casa, tan aislada como está.

No solo tendría que evacuar por un tiempo. Este podría ser el final de mi granja. Los moradores de las arenas seguramente querrían matarme, a menos que pudiera encontrar un modo de convencerles de que yo no les había traicionado; a menos que pudiera encontrar un modo de convencerles de quién les había traicionado en realidad.

—Escoltaremos al jawa a su casa —dijo otro soldado de asalto.

—No —dije—. Lo llevaré yo mismo.

Y lo hice. No iba a dejar que lo llevasen solo. Pensé que podrían matarlo si lo llevaban solo, para enfurecer a los jawas y levantar un muro entre ellos y los granjeros. De modo que un contingente de las tropas de asalto nos escoltó a la fortaleza jawa.

Bajé a Wimateeka de mi deslizador, cerca de las puertas de su fortaleza, y se apresuró a entrar sin decirme ni una palabra.

Día 50, noche: Me convierto en rebelde

El comandante imperial me ordenó que fuera a Mos Eisley a prestar declaración, y tuve que ir. Ariela me pidió que llevara a su madre y su hermana al espaciopuerto. Se quedó con los demás granjeros para prepararse ante la ofensiva que los moradores de las arenas llevarían a cabo como revancha.

—Eyvind me ha dejado su granja —me dijo Ariela—. Me gustaría que me ayudases a explotarla cuando esto acabe… cuando podamos volver a ella.

Así que lo estuve pensando durante mi viaje a Mos Eisley.

Dejé a la madre y la hermana de Ariela en el espaciopuerto. En poco tiempo, estarían a salvo en Alderaan. Hice mi declaración, y los imperiales confiscaron mi mapa y me dejaron ir.

Me pregunté por cuánto tiempo.

Mientras tanto, mi granja estaba abandonada.

Mis esperanzas para conseguir la paz con los jawas y los moradores de las arenas estaban arruinadas.

Los moradores de las arenas seguramente se sentirían traicionados y matarían gente inocente.

Mis mapas, mis sueños, mis exitosas negociaciones no significaban nada para el Imperio.

Todo porque el Imperio no quería que tuviéramos paz. Todo porque el Imperio no se preocupaba por la seguridad y el trabajo y las vidas de sus ciudadanos. Éramos peones de usar y tirar, canalizando nuestros esfuerzos en la medida de lo posible por caminos «aprobados».

Me detuve en la cantina para echar un trago. No podía volver sin más.

Me senté en un rincón oscuro y observé a la gente que me rodeaba; gente de todos los rincones del Imperio. Representantes de pueblos que habían sido, cada uno a su manera, oprimidos por el Imperio. Todos lo habíamos soportado.

Pero había otro camino. Yo sabía que había otro camino.

Estaba la rebelión.

El Imperio *me* había conducido a la rebelión.

Pedí otra bebida y miré a mi alrededor. No sabía cómo encontrar a la rebelión. No sabía cómo unirme. Pero esta cantina sería el lugar apropiado para averiguarlo, pensé. Si hacía las preguntas adecuadas, quizá lo averiguara. Decidí preguntar al ithoriano sentado unas mesas más allá.

Pedí otra bebida, para tomar valor, pero antes de que pudiera moverme, Luke, el sobrino de Owen y Beru, entró con alguien a quien no conocía y dos droides a los que ordenaron que salieran.

¿Dónde estaban el tío y la tía de Luke?, me pregunté. Y eso hizo que comenzase a pensar. La granja de Owen y Beru estaba bastante lejos de la mía y la de Ariela. Quizá les vendrían bien una o dos manos extras hasta que las cosas se asentasen y fuera seguro para Ariela y para mí volver a nuestras granjas.

Luego podríamos comenzar a trabajar para la rebelión.

Ariela me seguiría a la rebelión. La mayoría de los demás granjeros probablemente también lo harían después de lo que había pasado hoy. Los jawas podrían ayudar. Con el tiempo, tal vez incluso los moradores de las arenas llegarían a entender qué les había ocurrido, y que restaurar la República acabaría con las atrocidades imperiales. Los granjeros como yo, en extraña alianza con los jawas y quizá con los moradores de las arenas, tendríamos que luchar por nuestro derecho a vivir en paz en el mundo al que llamábamos hogar.

Cuando terminé de pensarlo, algo me dijo que encontraría perfectamente la rebelión, en las montañas y los valles y las granjas de agua de Tatooine.

Algo me dijo que las cosas iban a cambiar en Tatooine, de modos que los imperiales nunca habían imaginado o deseado.

Algo me dijo que, al final, algún día, de algún modo, habría paz aquí.

Dibujaríamos los mapas de la paz.

Una última noche en la Cantina de Mos Eisley: El relato del hombre lobo y la lamproide por Judith y Garfield Reeves-Stevens



Instantes después del salto desde la velocidad de la luz, la situación se volvió tan simple como el equilibrio entre depredador y presa. A pesar de los secretos pagados con sangre bothan, la medio terminada Estrella de la Muerte, suspendida encima de la luna boscosa de Endor, estaba preparada para lo que se suponía que iba a ser un asalto inesperado. La flota rebelde estaba condenada.

Sivrak presionó los controles de su caza ala-X incluso mientras el almirante Ackbar daba la orden de maniobras evasivas. Pero eso solo les procuraría unos pocos momentos de vida. La flota imperial ya avanzaba desde el sector 47: destructores estelares, cruceros y oleadas de cazas TIE, y Sivrak sabía que era una trampa. Había sido una trampa desde el principio.

El pelo de su rostro se erizó y sus colmillos relucieron con una irreflexiva mueca de ataque. En la lengua común de la Alianza, Sivrak era un hombre lobo shistavaniano, y se enfrentó a su muerte con toda la furia primitiva que la evolución y unos desconocidos ingenieros genéticos habían codificado en las células de su especie.

Los cazas TIE se adelantaron a la flota, como si los destructores estelares no fueran necesarios en esta batalla final. Ya estaban floreciendo explosiones letales de naves espaciales en el espacio. Sivrak escuchó sus órdenes a través de la estática de las interferencias imperiales y los gritos de los moribundos: proteger la flota sin importar el riesgo.

Sivrak aulló ante el desafío. *No* tenía nada que perder. Todo lo que había dado sentido a su vida ahora era ceniza esparcida a través de los desiertos helados de Hoth.

Sus labios relucieron con la anticipación de la caza cuando puso sus armas en manual y colocó su nave en un curso de colisión con un trío de cazas TIE. Por el comunicador del casco, oyó que la fragata médica estaba bajo ataque. Pero ya era demasiado tarde para cambiar su trayectoria. Su curso estaba ahora tan fijado como lo estuvo el día en que la conoció a *ella*.

La luna de Endor aumentó vertiginosamente ante Sivrak. Los tres cazas TIE convergieron cuando cambiaron de rumbo para encontrarse con él. Sus armas cincelaron el espacio como ardientes gotas de sangre liberadas por una puñalada de sus colmillos. Las naves imperiales devolvieron el fuego, acercándose más rápido de lo que incluso el ojo de un cazador perfecto podía seguir.

Aun así, Sivrak aceleró, más rápido todavía, y los motores del caza gimieron detrás de él. Su voz a pleno pulmón se unió a ellos cuando pronunció el nombre de *ella* como un grito de guerra. El envolvente rugido se precipitó en un atronador crescendo cuando partículas cargadas procedentes de los cazas imperiales resonaron contra el exterior de la cabina de su propio caza. El espacio se distorsionó, envolviéndolo en una destrucción roja. Abrazó el final de su existencia, el primer paso hacia la nada. Sin embargo, desde algún lugar dentro de esa vorágine sin sentido, Sivrak oyó débiles retazos de música. Música que había oído antes. Hacía mucho tiempo. El día en que por primera vez…

… entró en la Cantina de Mos Eisley, con las botas pesadas por el polvo de Tatooine, quemado por el calor de las calles abrasadas por dos ardientes soles. Se limpió la boca con una pata, sintiendo el roce del polvo y la arena contra sus colmillos, dejando que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz.

Por un momento, experimentó una ligera ola de vértigo, como si su cuerpo no hubiera esperado estar de vuelta en un pozo gravitatorio natural tan pronto después de… de… no podía recordar qué. Cerró los ojos y un mundo verde giró ante él. Algo acerca de un escudo deflector. Algo sobre una… ¿Estrella de la Muerte? Sacudió la cabeza para disipar su confusión, y luego bajó por los escalones pasando por el detector de droides, en dirección a la barra.

Sin preguntar, el camarero sirvió a Sivrak su pedido habitual, una jarra de gilden triturado; zarcillos orgánicos seguían retorciéndose, acreditando su frescura. Sivrak se relamió, tratando de recordar cómo podía ser esa bebida su pedido habitual cuando nunca había estado en esa cantina antes. Él era un explorador, o lo había sido, hasta que el Imperio cerró los Territorios del Borde Exterior a nuevas exploraciones. Ahora no era más que otro ser desplazado, escapando del Imperio y todos los enredos políticos. Y Mos Eisley tenía demasiados soldados de asalto imperiales para su gusto. Reconocía que se marcharía tan pronto como tuviera los créditos necesarios. Él… se apartó a un lado un instante antes de que un jawa se escabullera pasando a su lado, corriendo por los escalones hacia la puerta.

A Sivrak le golpeó una sensación de reconocimiento. Había *esperado* que el jawa corriera pasando a su lado. Había sabido qué iba a hacer el jawa. Exactamente lo que el jawa había hecho la primera vez que entró allí y se encontraron.

Sivrak miró más allá de la barra, a la penumbra del lado de la cantina frente a la banda.

Y la volvió a ver. Justo como la había visto la primera vez.

Caminó hasta su mesa, saboreando las inequívocas feromonas que la identificaban como una hembra, admirando los sinuosos giros de sus espirales musculares colocadas sobre la silla, aún más sensuales por la fuerza que contenían, capaces de aplastar el cráneo de un bantha. Ella se volvió hacia él, con su coralina mandíbula revelando anillos de relucientes colmillos, con los más exteriores de la longitud de las garras de Sivrak. Sus sensores lumínicos se erizaron cuando se giraron hacia él, observando en longitudes de onda incluso más allá del alcance de los brillantes ojos del hombre lobo.

Sivrak había oído hablar de ese tipo de seres antes, los lamproides de Florn, la única inteligencia nacida en un mundo con unos peligros que significaban la muerte instantánea para cualquiera que pusiera un pie en él sin implantes nerviosos hiperacelerados.

—¿Te puedo invitar a una copa? —susurró la lamproide seductoramente. Su inflexión del lenguaje del depredador era intensamente personal, como si ambos hubieran cazado y compartido sangre una y mil veces.

Sivrak sintió aumentar la temperatura de la cantina y se quitó la chaqueta sentándose frente a ella justo como lo hizo la primera vez.

Pero esta *era* la primera vez, ¿no? ¿Cómo podían dos seres encontrarse por primera vez más allá de la primera vez?

—Lak Sivrak —exhaló ella, y Sivrak gruñó al reconocer que, de alguna manera, increíblemente, ella sabía incluso su nombre de camada.

—Dice Ibegon —respondió él, perturbado en el momento en que lo dijo en voz alta por saber su nombre a su vez, como si siempre lo hubiera sabido.

—Estás en problemas —dijo Dice.

—Nos hemos visto antes —Sivrak había dicho esas palabras en un centenar de otras cantinas en una docena de otros mundos, pero esta vez quería decirlas. Aunque, ¿cómo podía, un cazador perfecto, haber olvidado un encuentro con semejante asesina perfecta?

—¿Estás seguro? —preguntó la lamproide. Ella removió la exquisita punta de su cola letal por la translúcida brillantez de una copa de sangre de bantha refinada. La superficie reflectante del líquido hizo que Sivrak pensara en las emanaciones de un campo de fuerza. ¿No había otra cosa que debería estar haciendo? ¿Algún otro lugar en el que supuestamente debía estar?

—En la barra, sabía que un jawa iba a tropezar conmigo —dijo.

—Los jawas lo hacen a menudo.

Sivrak se concentró. Un nuevo recuerdo llegó a él.

—Un droide dorado entrará pronto.

Dice acercó una gota de sangre de bantha al hocico de Sivrak. El líquido tembló en la punta de su cola.

—Aquí no sirven a los de su tipo —dijo ella. Su voz invitaba, distraía.

Sivrak rodeó con sus afiladas garras la fresca carne rosada de la punta de la cola de Dice, cautivado por sus sensores lumínicos, su boca escarlata y sus interminables anillos de dientes como agujas.

—El chico granjero con el droide hablará con él —dijo él.

La voz de Dice bajó de tono, adquiriendo un tinte confidente:

—Y el droide dorado se irá.

La lengua áspera de Sivrak surgió y capturó la gota de sangre de la cola de la lamproide. Sus garras se tensaron alrededor de la dulce carne sin hueso, sintiendo las aceradas líneas de sus músculos flexionándose en respuesta.

—Dime qué está pasando —dijo Sivrak.

—Solamente lo que pasó —contestó la lamproide. Uno de sus sensores lumínicos se desplazó hacia la izquierda. Sivrak miró en esa dirección y vio a un astado devaroniano sentado contra la pared, asintiendo ensoñadoramente al compás de la música de la banda de la cantina mientras observaba la entrada principal.

Sivrak miró por encima a la entrada para ver lo que miraba el devaroniano, un anciano con ropas del desierto, un chico granjero, una unidad Erredós.

Y el droide dorado.

El anciano se apresuró adelantándose hacia la barra. Sin saber cómo, Sivrak era consciente de lo que yacía oculto bajo las ropas del anciano, un antiguo sable de luz. Había un pirata aqualish en la barra que pronto perdería un brazo.

Sivrak liberó la cola de la lamproide y comenzó a levantarse de su silla. Pero las espirales de Dice serpentearon extendiéndose para sujetarlo firmemente, manteniéndolo en su lugar frente a ella.

—¡Eh! ¡Aquí no servimos a los de su clase! —gritó el camarero.

—Dímelo —exigió Sivrak.

—¿Lo que ya sabes? —replicó Dice.

El chico granjero habló con el droide dorado. El droide dorado y la unidad Erredós se fueron. El chico granjero se unió al anciano en la barra. Sivrak luchaba, no contra la lamproide, sino contra el conocimiento oculto que estaba en algún lugar en su interior.

Solo podía haber una respuesta, sin embargo, no tenía sentido.

—¿Es la Fuerza la que nos une a este lugar?

—La Fuerza lo une todo, si crees en ella.

—Yo solo creo en la caza.

Los dientes de la lamproide se menearon con diversión. Era el equivalente en Florn a una sonrisa.

—Eso no es lo que dijiste cuando nos conocimos aquí. Fuiste más elocuente entonces, mi romántico hombre lobo.

Los ojos de Sivrak se entrecerraron. ¿Le estaba tomando el pelo?

—¿Hay que pagar un precio? —preguntó con frialdad. Un altercado comenzó en la barra—. ¿Para entender por qué todo resulta familiar pero nuevo al mismo tiempo?

—Pobre hombre lobo —dijo Dice—. Todavía no entiendes la promesa que te hice. Así que por ahora el precio de tu entendimiento es el mismo precio que fue la primera vez que nos encontramos aquí.

Sivrak buscó en su memoria eventos aún por suceder. Retrocedió para predecir lo que ya había visto. En el otro lado de la barra el chico granjero fue arrojado a una mesa. A pesar de la sujeción de Dice, Sivrak se inclinó hacia adelante amenazadoramente.

—Eres miembro de la Alianza, ¿verdad?

Un sable de luz vibró cobrando vida. El pirata aqualish chilló. Las fosas nasales de Sivrak se inflamaron ante el olor de sangre fresca barriendo a través del aire lleno de humo. La punta de la cola de la lamproide se agitó ligeramente cuando ella también la olfateó. Un brazo amputado cayó al suelo de la cantina.

—*Soy* miembro de la Alianza —dijo ella—. Así como tú elegiste serlo, aquella primera vez.

Pero el embriagador olor de la sangre empujó a Sivrak más allá del entendimiento, y Dice liberó rápidamente feromonas que guiarían al hombre lobo a un estado al que podría llegar sin poner en peligro a los presentes.

Sivrak se arqueó ante su terrible presa, y con una poderosa ondulación, Dice desenrolló el resto de su cuerpo y se deslizó sobre la mesa hacia él. Entonces la asesina perfecta se reunió con el cazador perfecto cuando sus colmillos se enfrentaron, bloqueados en el beso letal de los depredadores. Los sentidos de Sivrak estaban abrumados. Sintió que el suelo de la cantina cambiaba por debajo de él, ganando impulso a medida que giraba más y más rápido, como si estuviera montado en un…

… caza ala-X girando por el espacio. Una tormenta de escombros golpeó el casco de su caza mientras Sivrak luchaba por estabilizar la nave. Su pantalla táctica mostraba que dos de los cazas TIE habían sobrevivido a su precipitado ataque. El tercero era vapor de partículas incandescentes dispersándose en el vacío. Se volvió hacia Dice para asegurarse de que estaba a salvo y gruñó cuando solo vio el reflejo de sus propios ojos brillantes en la cabina. La cantina había sido una alucinación, un sueño de lo que había sido… lo que podría haber sido… no podía estar seguro.

Un segundo sol ardió sobre la luna de Endor y Sivrak fue arrancado de sus recuerdos por una lanza de energía inimaginable que se desencadenó desde la Estrella de la Muerte para reclamar una fragata rebelde. Los canales del comunicador se inundaron con transmisiones de conmoción y confusión. La Estrella de la Muerte estaba operativa.

El almirante Ackbar ordenó la retirada, todos los cazas debían regresar a la base. El general Calrissian derogó la retirada, todos los cazas debían atacar a los destructores estelares a bocajarro. Y todas las otras voces rebeldes preguntaron respecto al comando

de asalto del general Solo en la superficie de la luna. ¿Podrían destruir el generador de campo de fuerza? ¿Ya lo habían intentado y habían fracasado?

Sivrak tiró de los controles para llevar al ala-X rumbo al destructor estelar más cercano. Había muchas formas de morir en el espacio. Se encontraría con una muy pronto, lo sabía.

El ala-X no respondió.

Sivrak activó los diagnósticos, recanalizando energía auxiliar, y cerró las alas para aumentar la estabilidad etérica.

Pero el ala-X siguió cayendo hacia la luna boscosa, y nada que pudiera hacer podría cambiar el rumbo.

Un pensamiento, un solo pensamiento, inundó todo su ser: iba a sobrevivir.

Una vez en la atmósfera de la luna, Sivrak sabía que podría utilizar las superficies de control del caza, inútiles en el vacío, para conducir la nave en un suave aterrizaje. Un mundo boscoso entero le esperaba. La Alianza y el Imperio se olvidarían de él mientras acechara a su presa y regresara a lo que conocía y entendía, la caza. Tal vez, con el tiempo, incluso podría olvidar a Dice Ibegon, y las cosas serían como siempre habían sido. Sencillas. Equilibradas. La pura ecuación de la vida y la muerte, libre del dolor del amor y el deber.

La furiosa batalla espacial quedó atrás. Observó que se desvanecía en la pantalla de la cabina. Al parecer, su ala-X dañado ya no era un objetivo digno para el Imperio.

Se centró en la luna boscosa, acercándose rápido, ofreciéndole una nueva vida. Otra vida.

Como si la vida sin ella pudiera tener sentido.

Una nave rebelde explotó en la pantalla táctica. Sivrak sabía que eso significaba que el generador de campo de fuerza en la superficie de la luna todavía protegía a la Estrella de la Muerte. Tal vez su batalla no hubiera terminado todavía.

Manoseó los controles atmosféricos del caza, buscando la primera señal de resistencia por parte de las tenues capas superiores de la atmósfera en la que se sumergía. En una dirección su curso le llevaría a aterrizar con seguridad. Por otra, los tácticos rebeldes habían establecido las probabilidades de un ataque atmosférico al generador con éxito en un millón contra una. Las defensas terrestres imperiales estándar eran demasiado fuertes.

Las garras de Sivrak sujetaron la palanca de control mientras consideraba su elección. Una dirección u otra. Y entonces su caza se tambaleó violentamente cuando un haz de partículas imperial arrancó un estabilizador trasero. Su pantalla táctica mostró dos cazas TIE acercándose por detrás, ocultándose en su estela de propulsión, los mismos dos a los que se había enfrentado antes. Por alguna razón, tal vez para vengar la muerte de su compañero de ala, Sivrak seguía siendo como poco un objetivo digno para ellos.

El hombre lobo se sintió aliviado porque la elección hubiera sido tomada por él. Ya no había necesidad de planificaciones, no había necesidad de decidir. Solo quedaba la lucha. El equilibrio. La enormidad tranquilizadora del *ahora*.

Incapaz de cambiar el curso del caza en el espacio, lo arrojó en una espiral, liberando todos sus señuelos y minas en una nube en expansión de restos de fibra de carbono que confundirían los sensores. Entonces centró sus miras traseras en el centro oscuro de la nube, para hacer frente a los cazas TIE que lograran sobrevivir a los peligros de la nube. Sivrak calculó que tendría tiempo para al menos dos disparos antes de que los pilotos imperiales pudieran apuntarle. Tal vez esos disparos serían suficientes. Tal vez no. A Sivrak no le importaba, en cualquier caso.

Echó un vistazo por delante al disco de la luna, los colores se emborronaban mientras el caza giraba violentamente. Por fin, sintió los primeros temblores de resistencia atmosférica luchando contra el giro de su nave. Con feroz satisfacción, se imaginó a su ala-X desgarrándose en pedazos, lloviendo sobre la luna como un cometa llegando a su fin. Era una buena imagen. Una imagen apropiada. La muerte de un cazador.

La pantalla táctica parpadeó cuando las minas que había desplegado estallaron detrás de él. Al menos uno de los cazas había desaparecido. Pero entonces la pantalla relució cuando un penetrante haz de brillante energía se disparó desde la nube de carbono defensiva, cegando sus sensores traseros con un baño blanco de estática que envolvió a Sivrak como un asfixiante ventisquero…

• • •

… moldeado por los vientos helados de Hoth.

Sivrak se zambulló en la trinchera por delante de él cuando un rayo de energía de un caminante imperial arrasó un emplazamiento de armas cercano. La Estación Echo, el solitario puesto de avanzada de la base rebelde en la estribación norte, era un osario. Los desgarbados cadáveres yacían a su alrededor mientras él se ponía en pie y se sacudía la nieve y el hielo de su pelaje enmarañado. Hacía un frío tan desgarrador que ni siquiera podía oler la sangre de los moribundos. Pero entonces capturó el olor de *ella*.

El suelo se estremecía por el estruendo de los caminantes aproximándose y los disparos constantes del cañón de iones producto de rebeldes desesperados tratando de despejar un camino para los transportes en retirada. Pero Sivrak solo prestaba atención a una sola sensación, ella estaba cerca.

Corrió hacia ella, esquivando a los otros soldados por la resbaladiza trinchera bordeada de hielo, su brillante mono de vuelo naranja resultaba llamativo entre el paisaje blanco de Hoth. El canal principal del comunicador crepitaba con la llamada para evacuar a todo el personal de tierra. El centro de mando había sido alcanzado. Todas las tropas en el sector 12 debían presentarse en el puesto sur para proteger los cazas. Pero Sivrak ya estaba más allá del alcance de las órdenes. Se desplomó en la nieve al lado de Dice.

Estaba manchada del vívido púrpura de su sangre.

Sivrak pronunció su nombre y le tocó la cara, temeroso de mover el fragmento irregular de metal que se había abierto paso a través de su mono y la había apuñalado

profundamente en la parte superior del tórax. Gotas púrpuras de sangre congelada brillaban ahí, como si para ella, el tiempo se hubiese detenido.

Sus sensores lumínicos temblaron y se pusieron rígidos, y ella le miró.

—Vete —dijo ella.

—¿Cómo podría? —le contestó—. He jurado lealtad a la princesa y al regreso de la República.

Los dientes de la lamproide se movieron con diversión, incluso mientras su jadeo de dolor formaba niebla en el aire helado.

—Nunca estuviste destinado a vestir el uniforme de un rebelde. Aquel día en la cantina, cuando nos conocimos, solo aceptaste mi oferta para unirte a la Alianza como un camino para envolverte entre mis espirales.

Ella tenía razón, por supuesto. La primera vez en la cantina, la *verdadera* primera vez, había forjado la mayor parte de su simpatía por los rebeldes, sintiendo que eso podría hacer de él un compañero más aceptable para ella. Pero con el tiempo, había llegado a creer en lo que la Alianza representaba. Se había convertido en un guerrero orgulloso y dispuesto para su causa. Pero ahora Dice estaba muriendo y el pasado ya no importaba.

—¿Qué *es* el pasado? —preguntó Dice, leyendo su mente de nuevo.

Sivrak arrancó el kit médico de su cinturón, sabiendo de alguna manera que otra batalla estaba siendo librada sobre un mundo boscoso. Se quedó mirando fijamente al contenido del kit. La mayoría de los bálsamos y ungüentos eran para su especie. No tenía ni idea de cómo reaccionarían con la biología de Florn. Pero tenía que hacer algo.

—Ya has hecho algo —dijo Dice con dulzura. Su voz era tranquila, casi apacible. Ella fijó sus sensores lumínicos en el cielo azul claro—. *Somos* iguales —continuó—, como siempre has sabido. El cazador y la asesina saben que la enfermedad y el mal deben ser extraídos de la manada… y el Imperio está podrido por la corrupción. Por eso debes dejarme, para continuar nuestra lucha hasta el final.

Los viales y tubos del kit médico se derramaron por la nieve desde las patas rígidas de Sivrak.

—Dice, no. No puedo.

—Sé que no puedes. Con el tiempo, sé que no lo harás. Pero por ahora, mi amor, es *necesario*. Alianza e Imperio. Depredador y presa.

Por el comunicador de Sivrak surgió el código sonoro de evacuación. Una voz lacónica anunció que las tropas imperiales habían entrado en la base.

—Moriré aquí contigo —dijo Sivrak.

Él acunó su cabeza estrechándola contra su cuerpo caliente.

—¿Qué es la muerte comparada con el amor? —preguntó Dice, con su voz desvaneciéndose.

Sivrak no podía moverse. Estaba perdiéndola.

—Lo que debes hacer —le susurró ella—, es creer en la Fuerza.

—Si así lo deseas, lo haré —dijo Sivrak espesamente, dispuesto a tratar con la antigua religión si eso traía paz a Dice en ese momento. Sintió el llanto del luto elevarse en su pecho.

—No porque yo lo desee, sino porque no puedes tomar otro camino.

Antes de que Sivrak pudiera responder, el cuerpo de la lamproide se estremeció, luego se relajó. Bajó la mirada hacia Dice mientras uno por uno sus sensores lumínicos caían, perdiendo el enfoque, perdiendo el contacto. Y entonces, en medio de los sonidos de la batalla a años luz del momento que compartían, Dice lo bendijo con la Fuerza, dispuesta a permanecer con él, para siempre.

Sivrak permaneció inmóvil hasta que un caminante destruyó el generador principal y las líneas de repliegue finalmente cayeron. Rayos de energía atravesaban el aire como estrellas fugaces. El comunicador de Sivrak transmitió una alerta de evacuación final. El rugido de transportes yéndose, ahora despegando de dos en dos, era continuo.

Pero como si estuviera en un mundo diferente, uno que no conociera guerra o conflicto, Sivrak se incorporó y se movió con una lentitud y certeza que lo aislaban del caos a su alrededor.

No oyó las explosiones mientras tendía a Dice sobre la nieve, protegiéndola en un nicho de la trinchera. No sintió las pisadas de los caminantes mientras colocaba bien la capucha forrada de piel alrededor de su rostro sereno e inmóvil, y acariciaba sus dientes anillados que nunca más disfrutarían de la bendición de la carne desmenuzada.

Un rebelde humano se deslizó por la trinchera hasta detenerse cerca y tiró del brazo de Sivrak para instarlo a ir hacia el punto de evacuación. Pero el gruñido de Sivrak hizo al humano marcharse solo.

Entonces Sivrak se puso en pie sobre su amada y sacó el bláster de la funda. Había oído historias de lo que los biogenetistas imperiales hacían con los cuerpos de los rebeldes muertos. Cómo partes podían ser clonadas y mantenidas vivas para investigaciones abominables, o para deporte imperial. Ajustó el bláster para una completa inmolación.

—Que tu Fuerza te acompañe —dijo en la inflexión más íntima de la lengua del depredador, y su respiración se arremolinó en el aire helado para unirse a ella.

Puede que llegara al punto de evacuación o puede que no. No había ninguna razón para apresurarse.

Sivrak activó el bláster.

El cuerpo de Dice brilló con la energía disociativa del disparo. Se envolvió en llamas, incandescente, y de alguna manera, pensó Sivrak, ella podría haber apreciado esa transformación. Y entonces el fuego que la consumía se extendió hacia Sivrak, engulléndolo a él también cuando…

… un solitario caza TIE emergió de la nube de carbono con todas las armas disparando a ciegas. Parpadeando con sorpresa, Sivrak sintió el frío de Hoth todavía atravesándole mientras instintivamente cambiaba de su timón etérico a los controles atmosféricos completos, y esquivaba los rayos mortales del caza TIE hasta que sus miras traseras le fijaron y disparó.

El caza TIE se alejó cuando un rayo de Sivrak rasgó su casco y la atmósfera de la luna de Endor instantáneamente convirtió la nave imperial en fragmentos de polvo. La caza había terminado.

Pero ahora la luna de Endor llenaba la visión desde la cabina. Sivrak manipuló los controles atmosféricos, luchando por reducir el giro del ala-X. La pantalla de navegación mostró sus dos posibles cursos. Uno a la seguridad. Uno al generador. La pantalla trasera mostraba a la Estrella de la Muerte disparando a placer. El ala-X se sacudía mientras atravesaba la atmósfera cada vez más espesa. Las garras de Sivrak se clavaron en la palanca. Estaba a menos de treinta latidos del punto de no retorno. Una vez más, tenía que decidir. No podía decidir. La atmósfera silbaba contra la nave. Como música. Como la música de…

• • •

… la cantina. Sivrak se apoyó en la pared interior del portal, tratando de entender lo que escuchaba fuera en las calles de Mos Eisley. Lucha. Disturbios. Deslizadores apresurándose. Detonaciones en la dirección del espaciopuerto.

Trastabilló por los escalones hacia la barra, sin aliento, sintiendo el pánico del tiempo escapándose.

Era de noche. La cantina estaba desierta. La música era grabada. Algo iba mal.

Sivrak se apoyó en la barra, sintiéndola vibrar como si se deslizara por una atmósfera.

—Jabba está muerto —dijo Dice.

Sivrak levantó la vista de la barra para encontrar a la lamproide a su lado, estudiando los reflejos en su copa de sangre refinada.

—¿Cómo…? —dijo Sivrak con voz ronca. Su pregunta abarcaba todo lo que había sucedido, pero Dice la entendió de una sola manera.

—Estrangulado en su barcaza —dijo Dice—. Una esclava humana, de entre todas las posibilidades. Utilizó sus propias cadenas.

Desde algún lugar fuera, hubo una explosión, mucho más cerca que desde el espaciopuerto. Las botellas y vasos apilados tras la barra se sacudieron.

Dice levantó su copa.

—Mos Eisley está en llamas. Nadie sabe quién está al mando —desenrolló su lengua introduciéndola en la sangre y la ingirió.

Sivrak alisó el pelaje agitado alrededor de su hocico. Sabía que había algo que tenía que hacer, pero no podía aclararlo. *Tenía* que descubrir lo que estaba fuera de lugar allí.

—Si Jabba está muerto —comenzó con incertidumbre—, entonces Hoth… Hoth ya ha sido evacuado.

Dice puso la copa de vuelta en la barra.

—Así es —dijo ella.

Sivrak sintió el pelaje erizarse a lo largo de su columna vertebral.

—Pero entonces —dijo—, estás muerta.

Dice deslizó la punta de su cola por el antebrazo de Sivrak.

—¿*Parezco* muerta? —preguntó.

El hombre lobo cerró sus garras alrededor de la punta de la cola, centrándose únicamente en la magia de su presencia improbable. Oyó otros sonidos ahora. Pies arrastrándose. Voces. Botas moliendo arena contra el suelo. Miró a Dice. Estaban sentados en la mesa de la esquina, el astado devaroniano asentía con la música tras ellos. Ahora la cantina estaba llena, bulliciosa. Como lo había estado, tiempo atrás.

—El droide dorado vendrá pronto —dijo Sivrak. No estaba seguro de cómo, pero estaba empezando a entender lo que estaba pasando, la elección que debía hacer—. Y luego el droide dorado se marchará de nuevo.

Los sensores lumínicos de Dice eran insondables, tan profundos como un pozo gravitatorio.

—¿Y qué hay de ti, esta vez? —preguntó ella, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Vas a optar por marcharte también?

—La Fuerza —dijo Sivrak con asombro cuando la comprensión finalmente brotó en su interior—. La Fuerza *está* conmigo, ¿verdad?

Dice sonrió, un hábito molesto de aquellos que conocían bien la Fuerza.

—La Fuerza está en todo —dijo.

—Pero aquí y ahora, en esta cantina —la voz de Sivrak se elevó cuando todo lo que había sucedido, todo lo que iba a suceder, todo lo que *podría* suceder, convergió en su interior al mismo tiempo—, en las trincheras de Hoth, o cayendo hacia alguna luna sin nombre de Endor… la Fuerza lo une *todo*.

Su pulso martilleaba, sus pulmones se esforzaban por respirar. Un destello de luz en la entrada delató que alguien había entrado en la cantina. El devaroniano miró para ver quién era.

—Por supuesto —dijo Dice, como si hubiera oído cada palabra que había dicho hacía incontables vidas.

El chico granjero apareció en los escalones mientras el anciano se apresuraba por delante. La unidad Erredós y el droide dorado le seguían.

—Esta vez, cuando el droide dorado se vaya, yo también puedo marcharme, ¿verdad? —preguntó Sivrak.

—Esa elección fue solo tuya cuando nos conocimos —dijo Dice—. Nada ha cambiado.

Sivrak sintió las líneas del universo convergiendo, a continuación, se separaron, no en ese lugar y tiempo, sino en esa sensación única, esa experiencia única que trascendía todo lo demás.

Ahora sabía que, a través de una especie de truco de la Fuerza, *podía* seguir al droide dorado de nuevo a las calles de Mos Eisley, y todo sería como había sido antes de que se encontrara con Dice Ibegon.

Una segunda oportunidad para elegir.

Con amor, Dice le ofrecía esta salida.

—¡Eh! —gruñó el camarero desde detrás de la barra—. ¡Aquí no servimos a los de su clase!

Sivrak observó fijamente. El chico granjero habló con sus droides. Solamente permanecían los latidos del corazón. El tiempo entre una decisión y otra. Una dirección o la otra.

—Yo no quiero dejarte —le dijo Sivrak a Dice.

—¿Sabiendo todo lo que sabes? —preguntó—. ¿Sabiendo con certeza lo que nos espera?

Sivrak no respondió. Simplemente se acercó a ella, para reunir sus espirales a su alrededor en un momento sin tiempo que duraría, había durado, para siempre.

El droide dorado salió de la cantina. La música se escuchaba. Sivrak esperó a que el zumbido del sable de luz del anciano ahogara todos los demás ruidos.

—A veces la elección es una ilusión —dijo Sivrak, sabiendo por fin que todas las opciones eran la misma elección, y así había sido desde el instante en que puso un pie en la cantina y vio a Dice Ibegon, esperando, como siempre lo había hecho, para unirse a él.

Forzó sus ojos a cerrarse, sabiendo todo lo que iba a suceder. El anciano se metió la mano en su túnica y sacó su antiguo sable de luz. El brillo de su haz centelleó en los vasos de la barra. El pirata aqualish chilló. La cantina se estremeció…

… ante el fulminante asalto de la atmósfera de la luna de Endor.

Sivrak aulló a la luna mientras levantaba la nariz del ala-X para sacarlo de la turbulencia, montando su propia onda de compresión sónica, reduciendo justo la suficiente velocidad para que ésta estuviera por debajo de la carga de tensión crítica del ala-X. Esta vez alcanzó el punto de no retorno y supo de inmediato que siempre había vivido su vida precisamente para ese momento. La enormidad del *ahora*. Sus movimientos eran instintivos, ningún pensamiento requerido, ninguna decisión posible. Tiró de la palanca de control para llevar su curso en torno a la intersección con las coordenadas del generador terrestre.

Su ala-X chirriaba a través de la atmósfera, los escudos deflectores delanteros estaban ardiendo, rojos como una estrella moribunda. La pantalla táctica permanecía en silencio, no había defensas terrestres imperiales rastreándolo. Las defensas estándar eran

infranqueables, pero tal vez, con la batalla espacial en curso por encima, estos no eran tiempos estándar.

La pantalla de navegación confirmó su trayectoria. Los escáneres de largo alcance lo fijaron hacia la antena de transmisión del generador. El ala-X se sacudía como un tauntaun enloquecido. Todo lo que Sivrak veía por delante era un borrón, mezclado con la cacofonía de su comunicador: un estallido de estática, pero entonces la voz exultante de Ackbar surgió:

—¡El escudo ha caído! ¡Comiencen el ataque al reactor principal de la Estrella de la Muerte!

Avanzaba centelleante por encima del bosque de la luna cuando vio una columna de humo y fuego levantarse, los restos de la antena de transmisión ya destruidos. El comando de asalto de Solo había tenido éxito después de todo.

La voz del general Calrissian irrumpió a través de la estática.

—¡Estamos de camino!

Voces crudas y animadas. Humanas y bothans. Mon calamari y bith. Incluso un droide anunciaba que siempre había querido hacer esto.

Era el frenesí de una caza exitosa, sabía Sivrak, así como comprendía que ningún poder en el universo podría cambiar el rumbo descontrolado de su caza, porque ya había sido establecido por el poder más fuerte.

Las ruinas llameantes de la base imperial llegaron a él con la velocidad del destino. Con calma, Sivrak llevó sus garras a los controles…

… y caminó por el bosque de la luna de Endor.

Era de noche. La brisa era fresca. Sus fosas nasales estaban inflamadas con los aromas de una multitud de presas y hogueras humeantes. El crujido distante de los fuegos estaba punteado por tambores rítmicos y voces excitadas elevadas en cantos triunfales.

Sivrak aspiró el aire limpio, purgando de sus pulmones los últimos restos de rancio oxígeno reciclado del caza. Esta vez, no trató de recordar lo que había pasado. Sabía que, con el tiempo, todas las respuestas vendrían solas.

—Esos son los ewoks cantando —dijo Dice detrás de él, como sabía que haría.

Se volvió hacia ella, jadeando ante la maravilla etérea de su forma lamproide mientras relucía con la luz interior que siempre había poseído. Los oscuros árboles del bosque se dejaban acariciar por su resplandor.

—Celebran la muerte del Emperador —dijo ella.

—Entonces, ¿la batalla de la luna de Endor…? —empezó Sivrak.

—Se ha ganado. Nuestra lucha ha alcanzado su final.

Sivrak levantó su pata para tocarla, y no se sorprendió cuando vio que su propio brazo relucía como el cuerpo de Dice.

Ella enroscó la punta de su cola alrededor de la pata de él.

—Somos seres luminosos —dijo ella—, y siempre lo hemos sido. El verdadero amor nunca puede ser negado.

Durante un largo rato, Sivrak permaneció en silencio en ese bosque, unido al fin de tal manera que sabía que nunca estaría solo de nuevo, un equilibrio aún más simple que el existente entre depredador y presa, la unión de todas las cosas en la Fuerza. Pero mezclado con el coro de los ewoks, oyó los acordes de una música diferente, de un tiempo diferente.

—La cantina —explicó Dice sin que él tuviera que preguntar.

—Lo sé —dijo Sivrak—. Pero no hay necesidad de volver allí.

—Nunca la hubo —dijo ella.

Y entonces, cola con pata, sus corazones y almas entrelazados para siempre, Dice llevó a Sivrak a través del bosque de la luna de Endor, a un lugar especial cerca de un pueblo ewok donde tres amigos esperaban, como siempre habían esperado, como siempre esperarían, a todos los que quisieran unirse a ellos, ligados por la Fuerza.

Y por detrás de ellos en el bosque, la música de la cantina se desvaneció lentamente, y nunca se escuchó de nuevo.

Biografías de los colaboradores

KEVIN J. ANDERSON ha pasado mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana. Es el autor de la Trilogía de la Academia Jedi y de la próxima novela, *La Espada Oscura*, que será publicada en diciembre de 1995, además de las novelas de ciencia ficción *Climbing Olympus, Resurrection, Inc.*, y varias otras junto con Doug Beason. Actualmente se encuentra editando otras dos antologías de La Guerra de las Galaxias, *Relatos del Palacio de Jabba* y *Relatos de los Cazarrecompensas*. Ha trabajado diez años como escritor técnico en el Lawrence Livermore National Laboratory. Está casado con la escritora Rebecca Moesta.

Autor de doce libros —ocho con el editor de *Cantina* Kevin J. Anderson y cuatro por sí mismo—, DOUG BEASON es un consumado escritor de relatos, que aparecen en publicaciones como *Analog, Amazing, Full Spectrum, SF Age,* y otras. Con un doctorado en física, Doug ha sido miembro de una comisión presidencial con el astronauta Tom Stafford para desarrollar planes de los Estados Unidos para volver a la Luna y seguir hacia Marte. Trabajó en la Casa Blanca para el Asesor de Ciencia del Presidente durante las administraciones de Bush y Clinton. Como teniente coronel de la Fuerza Aérea, actualmente es profesor asociado y director de investigación de la Academia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en Colorado Springs, Colorado.

M. SHAYNE BELL se crio en un rancho en Idaho. Su primera novela, *Nicoji*, fue publicada en 1991 por Baen Books. Sus historias cortas de ficción han aparecido en *Asimov's Science Fiction, The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Amazing Stories*, y en algunas antologías incluyendo *Simulaciones: Quince Relatos de Realidad Virtual*, *Hotel Andromeda*, y *Bajo Cielos Africanos*. También acaba de completar de editar una antología de historias ambientadas en Utah titulada *Washed by a Wave of Wind*, por escritores de CF nacidos o que viven en Utah. Su poesía fue nominada para el Premio Rhysling de la Asociación de Poesía de Ciencia Ficción. Escribe documentación de software médico. En 1987 fue premiado con el primer lugar en el Concurso Escritores del Futuro. En 1991 recibió un Creative Writing Fellowship del National Endowment for the Arts.

Vivió dos años en Brasil en los 1970s, donde vio *Star Wars* por primera vez en un cine en Campanitas, la única película que vio en todos esos dos años. No pudo entender el inglés por el mal sistema de sonido y tuvo que recurrir a leer los subtítulos en portugués.

DAVID BISCHOFF es el autor de más de cuarenta novelas y varias docenas de relatos de ciencia ficción, horror, fantasía, y misterio. Sus trabajos más recientes incluyen *La Cruz*

de Judas, con Charles Sheffield (Warner/Aspect), *Dr. Dimension*, con John de Chancie (ROC Books), y el best seller del *New York Times*, la novela de *Star Trek: La Nueva Generación*, *Grounded*. Vive en Eugene, Oregon.

A. C. CRISPIN es la autora de varias novelas de *Star Trek*, incluyendo *Yesterday's Son*, su secuela, *Time for Yesterday* (*Trek* clásico), y *The Eyes of the Beholders (Next Generation)*. Es la creadora, autora y co-autora de la serie de *StarBridge*: *Starbridge, Silent Dances, Shadow World, Serpent's Gift*, y *Silent Songs* (ACE Books). Además, ha co-escrito dos novelas de fantasía con Andre Norton: *Gryphon's Eyrie* y *Songsmith* (TOR Books).

La Sra. Crispin es una invitada frecuente en las convenciones de ciencia ficción, donde a menudo enseña talleres de escritura. Actualmente se desempeña como la directora regional del este de los Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía de América. Como una residente de Maryland, vive con su hijo adolescente Jason, dos caballos, y tres gatos. En su tiempo libre (¿qué es eso?) disfruta de la equitación, la natación, la navegación a vela, el senderismo, y la lectura.

KENNETH C. FLINT de Omaha, Nebraska, es a la fecha el autor de quince novelas para Bantam Doubleday Dell Books. Todos son trabajos de aventura y fantasía, muchos de los cuales están basados en antiguas leyendas y mitos celtas.

Desde sus primeros años BARBARA HAMBLY encontró que la fantasía y la ciencia ficción eran mucho más interesantes que la realidad en la modesta ciudad de California donde creció. Asistió a la universidad en la Universidad de California en Riverside y pasó un año en la Universidad de Burdeos en Francia. Después de obtener una maestría en historia medieval, ocupó una variedad de puestos de trabajo: modelo, oficinista, profesora de secundaria, instructora de karate (es cinturón negro en Karate Shotokan), escritora técnica, la mayoría en busca de un trabajo que le dejara el tiempo suficiente para escribir. Por último, en 1982 su primera novela fue publicada por Ballantine/Del Rey.

Sus novelas son en su mayoría fantasías de espada y brujería, aunque también ha escrito novelas policíacas históricas, dos novelas de vampiros, y novelas y novelizaciones de programas de televisión, especialmente *Beauty and the Beast* y *Star Trek*. Editó una antología de historias de vampiros originales, *Sisters of the Night*, y su novela de STAR WARS, *Los hijos de los Jedi*, se publicó en abril de 1995. Sus intereses además de la escritura incluyen la danza, la pintura, el vestuario histórico y de fantasía, y de vez en cuando la carpintería. Reside en una casa grande y fea en Los Ángeles con los dos pequineses más lindos del mundo.

REBECCA MOESTA es co-autora, junto con Kevin J. Anderson, de la serie de aventuras para lectores jóvenes de la GUERRA DE LAS GALAXIAS, *Los Jóvenes Jedi*. Actualmente es co-redactora del Foro Americano de Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía. Tiene el grado de master de ciencia en administración de negocios de la Universidad de Boston y trabaja como escritora y redactora técnica en el Laboratorio Nacional de Lawrence Livermore.

DANIEL KEYS MORAN dice que nunca ha hecho nada ni ha ido a ningún lugar interesante. Es el autor de los violentamente populares *Relatos del Tiempo de Continuación*, y de hecho se asemeja mucho a Trent, el personaje de esos libros, salvo que él es más apuesto, más ingenioso, y mucho mejor jugador de baloncesto. La novela más reciente de la serie, *The Last Dancer*, fue publicada en 1993.

Está extremadamente satisfecho de haberle dado nombre, seis años después del hecho, a la canción de Cantina de las *Guerras de las Galaxias*. Ahora se llama, por supuesto, «Loco Por Mí».

JERRY OLTION ha publicado historias en la mayoría de las revistas importantes de ciencia ficción y en varias antologías. Su historia «La Canción de Amor de Laura Morrison» ganó el premio de la elección de los lectores de *Analog* por la mejor historia corta de 1987. Sus novelas incluyen *Marco de Referencia* (Questar 1987) y dos libros, *Alianza* y *Humanidad*, en la serie de *Ciudad Robot de Isaac Asimov*. Su colección de historias cortas, *Canciones de Amor de un Científico Loco*, fue recientemente publicada por Hypatia Press. También es el originador del Premio por una Historia Realmente Buena de Jerry Oltion por logros en ciencia ficción y fantasía.

El matrimonio de JUDITH y GARFIELD REEVES-STEVENS ha sido un equipo de escritores desde 1986. En la educación, son los autores de una serie de libros de texto de ciencia y tecnología para niños, así como de lectura interactiva y escritura de programas de computadora. En la ficción, han escrito tres novelas de *Star Trek*, la primera novela de la serie *Alien Nation*, y han creado su propia serie de fantasía de acción y aventura en *The Chronicles of Galen Sword*. Sus otros créditos de la escritura van desde los cómics a los episodios de *Beyond Reality*, *The Legend of Prince Valiant*, y *Batman: The Animated Series*. Para la temporada de televisión 1994-95, los Reeves-Stevens han ayudado a desarrollar y son editores ejecutivos de la historia de la serie animada de ciencia ficción *Phantom 2040*, una actualización futurista del clásico héroe disfrazado de Lee Falk.

En 1997, a la edad de veintitrés, JENNIFER ROBERSON pasó todo el verano en un cine. El ritual era simple: ella y una amiga encontraban un «novato», lo arrastraban al cine, y revivían a través de él o ella la emoción de ver por primera vez *La Guerra de las Galaxias*. Este ritual tenía dos propósitos: proveía una solución para la adicción de Roberson, y enganchaba también a otros.

Siete años después DAW Books publicó su primera novela de fantasía, *Shapechangers*, el primer volumen de una serie de seis libros titulada *Crónicas de los Cheysuli*. Roberson también ha publicado su saga *Sword-Dancer* de cuatro volúmenes además de ficciones cortas en revistas, antologías, y colecciones, y un best-seller en una reinterpretación histórica de la leyenda de Robin Hood que enfatiza el punto de vista de Marian, titulado *La Dama del Bosque*. Sus próximos proyectos incluyen una trilogía de tapa dura de fantasía e intrigas políticas, *Shade and Shadow*, y una novela histórica ambientada en la Escocia del siglo diecisiete.

Con la intención de dirigirse al mercado de jóvenes adultos, KATHY TYERS comenzó a escribir ciencia ficción en 1983. Bantam Books le pidió que rescribiera su aventura espacial Firebird como una edición para adultos en 1986. Sus otros libros incluyen Fusion Fire (1988), Crystal Witness (1989), Shivering World (1991), Exploring the Northern Rockies (1991), y, próximamente, The Springhill Aliens. La publicación de STAR WARS: *La Tregua de Bakura* en 1994, marcó su regreso a la ópera espacial para todas las edades.

Flautista y arpista, Kathy toca y graba de manera semiprofesional con su esposo, Mark. Tienen un hijo y viven en Bozeman, Montana.

MARTHA VEITCH es una escritora y una artista de vidrieras.

TOM VEITCH escribió STAR WARS: *Imperio Oscuro* y STAR WARS: *Relatos de los Jedi* para Dark Horse Comics. También colaboró con Kevin J. Anderson en STAR WARS: *Señores Oscuros de los Sith*, una serie que continúa la saga de los antiguos Jedi comenzada en *Relatos de los Jedi*.

DAVE WOLVERTON es autor de varias novelas, incluyendo *STAR WARS: El Cortejo de la Princesa Leia*, *Serpent Catch*, *Path of the Hero*, y *On My Way to Paradise*. En 1986 ganó el primer premio del concurso Writers of the Future. Ha trabajado como guardia de prisión, misionero, gerente de negocios, editor y escritor técnico.

TIMOTHY ZAHN creció cerca de Chicago, estudió física en la universidad y la escuela de posgrado, y pasó los primeros cuarenta años de su vida en el Medio Oeste. Con estos antecedentes, era prácticamente inevitable que sentara cabeza plácidamente en una respetable profesión estándar de clase media y tuviera una respetable vida estándar clase media.

En alguna parte del camino, tomó una poco probable rampa de salida.

Escribir ciencia ficción como pasatiempo para relajarse por largos períodos de trabajo en su proyecto de tesis para el doctorado, probablemente habría quedado como un hobby… excepto que en 1979 su consejero murió repentinamente, dejándolo con un proyecto que no iba a ninguna parte. Así que en 1980 respiró hondo y se embarcó en una carrera como escritor a tiempo completo.

Desde entonces, ha publicado más de una docena de novelas y más de cincuenta relatos, entre ellos la novela ganadora del Hugo «Cascade Point». La publicación de sus novelas de STAR WARS alteró su vida de una cómoda oscuridad a una de perplejidad internacional. También le permitió intercambiar los campos de maíz de Illinois por las playas oceánicas de Oregon.

Acerca del editor

Kevin J. Anderson es el autor de casi 100 novelas, 48 de las cuales han aparecido en las listas nacionales e internacionales de las más vendidas; tiene más de 22 millones de libros impresos en treinta idiomas. Ha ganado o ha sido nominado para el Premio Nebula, el Premio Bram Stoker, el SFX Reader's Choice Award, y el New York Times Notable Book.

Anderson ha coescrito once libros de la saga de Dune con Brian Herbert, además de la nueva novela original, *Hellhole*. La popular serie épica de ciencia ficción de Anderson, La saga de los Siete Soles, es su obra más ambiciosa, y ha completado una trilogía de fantasía arrasadora, Terra Incognita, sobre veleros, monstruos marinos, y las cruzadas. Como proyecto innovador complementario de Terra Incognita, Anderson coescribió (con su esposa Rebecca Moesta) las letras de dos ambiciosos CDs de rock basados en las novelas. Interpretados por el supergrupo Roswell Six para ProgRock Records, los dos CD cuentan con las actuaciones de las leyendas del rock de Kansas, Dream Theater, Asia, Saga, Rocket Scientists, Shadow Gallery, y otros.

Su novela *Enemies & Allies* cuenta la crónica del primer encuentro entre Batman y Superman en los 1950s; Anderson también escribió *The Last Days of Krypton*. Ha escrito numerosos proyectos de *Star Wars*, incluyendo la trilogía de la Academia Jedi, la serie de los Jóvenes Caballeros Jedi (con Moesta) y los cómics de Dark Horse Relatos de los Jedi. Los fans también podrían conocerlo por sus novelas de X-Files o *Frankenstein: Prodigal Son* de Dean Koontz.

Por KEVIN J. ANDERSON

Star Wars:
Trilogía de la Academia Jedi
La Espada Oscura
Relatos de la Cantina de Mos Eisley (editor)
Relatos del Palacio de Jabba (editor)
Relatos de los Cazarrecompensas (editor)
Serie de Los jovenes Jedi (con Rebecca Moesta)

Serie de Dune (con Brian Herbert)
The Prelude to Dune trilogy
The Legends of Dune trilogy
The Road to Dune
Hunters of Dune
Sandworms of Dune
Paul of Dune
The Winds of Dune
The Sisterhood of Dune

X-Files:
Ground Zero
Ruins
Antibodies

DC Universe:
The Last Days of Krypton
Enemies & Allies

Novelas Originales:
The Saga of Seven Suns series
The Terra Incognita trilogy
Hellhole (with Brian Herbert)
The Star Challengers series (con Rebecca Moesta)
The Crystal Doors trilogy (con Rebecca Moesta)
Frankenstein: Prodigal Son (con Dean Koontz)
Captain Nemo
The Martian War
Hopscotch
Blindfold
Resurrection, Inc.
Climbing Olympus

Ill Wind (con Doug Beason)
Ignition (con Doug Beason)
Assemblers of Infinity (con Doug Beason)
The Trinity Paradox (con Doug Beason)
Virtual Destruction (con Doug Beason)
Fallout (con Doug Beason)
Lethal Exposure (con Doug Beason)
Landscapes (colección)
Dogged Persistence (colección)
Blood Lite (editor)
Blood Lite II: Overbite (editor)
Blood Lite III: Aftertaste (editor)

Traductores

No hacemos bodas: El relato de la banda, por e_etxebarria.
El destino de un cazador: El relato de Greedo, por Aliensx.
Percutor: El relato de las «Hermanas Tonnika», por Pato_Basz, joao0909, Valverd1, dreukorr y Alvaritto951.
Tócala otra vez, Figrin D'An: El relato de Muftak y Kabe, por dreukorr.
El cuidador de la arena: El relato del cabeza de martillo, por dreukorr.
Tranquilo corazón: El relato del camarero, por e_etxebarria
Lirio nocturno el relato de los amantes, por joao0909 y dreukorr.
El blues del Imperio: El relato del devaroniano, por Yavin201.
Reunión de intercambio: El relato del jawa, por e_etxebarria.
Ganancias de comercio: El relato del ranat, por Yavin201.
Cuando el viento del desierto cambia: El relato del soldado de asalto, por Valverd1 y Durgrim1986.
La sopa está lista: El relato del fumador de pipa, por Javi-Wan Kenobi.
En la encrucijada: El relato del viajero espacial, por CrashMars.
Doctor Muerte: El relato del Dr. Evazan y Ponda Baba, por Javi-Wan Kenobi.
Dibujando los mapas de la paz: El relato del granjero de humedad, por Javi-Wan Kenobi.
Una última noche en la Cantina de Mos Eisley: El relato del hombre lobo y la lamproide, por Durgrim1986 y dreukorr.